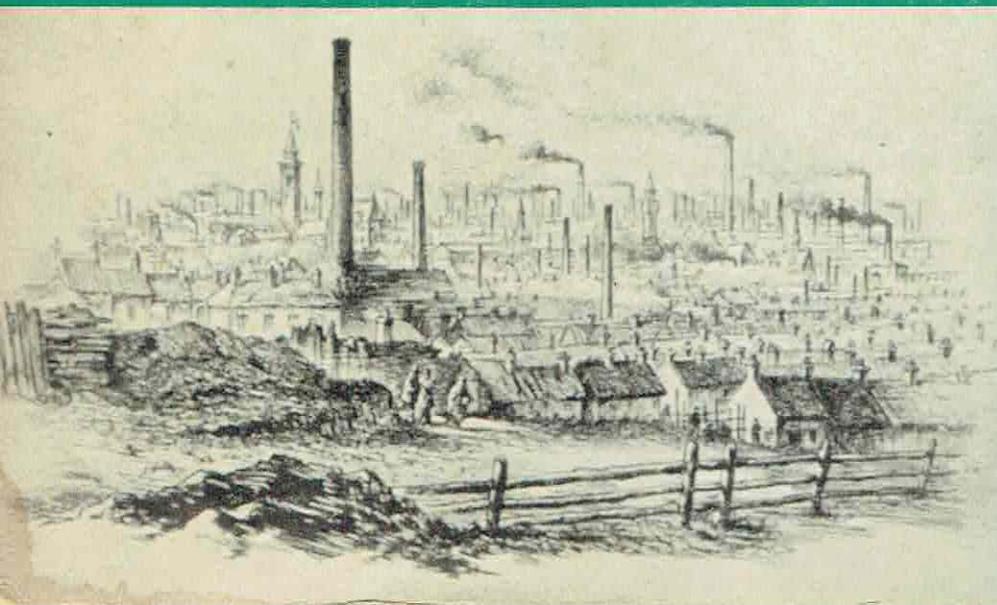


historia y sociedad



DOS TEXTOS INEDITOS
DE CARLOS MARX

11

100 AÑOS DE EL CAPITAL

SUMARIO

- | | |
|---|---|
| 1 PRESENTACION | 88 El Capital y la etapa avanzada del socialismo.
Walter Ulbricht. |
| 5 Enseñanzas de El Capital a los revolucionarios mexicanos.
Gerardo Unzueta. | DOS TEXTOS INEDITOS DE CARLOS MARX. |
| 30 La Metodología de El Capital y el estudio del capitalismo contemporáneo.
Yákov Pevzner. | 121 El método en la economía política. |
| 47 Desarrollo teórico y contradicción.
Evald Ilienkov. | 129 Consecuencias sociales del maquinismo automatizado. |
| 75 El Capital y la crisis de la economía política burguesa.
Vladlen Afanásiev. | LA CRITICA
La lucha por América Latina. 1924-1929. |

historia y sociedad

REVISTA CONTINENTAL DE HUMANISMO MODERNO
No. 11. III Año. Enero-Marzo de 1968 /
Cuatro números anuales
Dirección: Ediciones Historia y Sociedad
Alvaro Obregón 286, desp. 406
México 7, D. F.
Registro en trámite.

COMITE DIRECTIVO: Enrique Semo, *director*; Roger Bartra, *jefe de redacción*; Raúl González, *secretario*; Raquel Tibol y Federico Wilkins, *asistentes*.

REDACCION: Daniel Cazés, Alberto Híjar, Cecilia Rabell, Boris Rosen, Madalena Sancho.

COLABORADORES: Gilberto Argüello, Amador Jiménez, Emma Ortiz, Cesáreo Teroba.

DISTRIBUCION: Celia Franco.

CONSEJEROS:

Héctor P. Agosti (Argentina), Herbert Aptheker (USA), Federico Brito Figueroa (Venezuela), Nicolás Buenaventura (Colombia), Jorge Carrión (México), Enrique Gil-Gilbert (Ecuador), Eli de Gortari (México), N. M. Lavrov (URSS), César A. de León (Panamá), Eduardo Mora (Costa Rica), Ramón Ramírez (México), Wenceslao Roces (México), Emilio Sereni (Italia), Jean Suret-Canale (Francia), Volodia Teitelboim (Chile).

PRECIO: en el país, \$ 12.00 / en el extranjero, Dls. 1.50

SUSCRIPCION ANUAL: en el país, \$ 40.00 / en el extranjero, Dls. 5.00

NUMERO ATRASADO: en el país, \$ 20.00 / en el extranjero, Dls. 2.50

PRESENTACION

LAS diversas conmemoraciones que en todo el mundo han tenido lugar en ocasión de celebrarse el primer centenario de la aparición del tomo uno de *El Capital*, han testimoniado la vitalidad y la enorme influencia que ejercen en el mundo de hoy las ideas que expusiera Carlos Marx en su obra monumental. La gran cantidad de actos que con diverso signo tuvieron lugar en el año del centenario —conferencias, mesas redondas, simposios, mítines de masas, ediciones especiales, etc.— demuestran claramente la trascendencia histórica que reviste el análisis de la sociedad capitalista hecho por Marx en *El Capital*. La prueba del tiempo sólo ha servido para confirmar cómo los dos temas centrales planteados en esta obra —la teoría de la plusvalía como explicación de la estructura interna de la sociedad burguesa y la sustitución revolucionaria del capitalismo por el socialismo— han marcado la evolución del mundo en el último siglo.

Cien años después de que Marx expusiera el contenido de sus diversas investigaciones en el campo de las ciencias sociales, sus ideas siguen siendo el centro de apasionados debates y de profundas controversias. Los círculos burgueses dedican hoy, como entonces, gran cantidad de esfuerzos a silenciar la importancia de los descubrimientos científicos de Marx y tratan de ocultar por todos los medios a su alcance los avances que en el desarrollo de las ciencias sociales han hecho los marxistas contemporáneos. Se trata de enterrar el contenido revolucionario que encierra la interpretación marxista del mundo y circunscribirla en el mejor de los casos al reconocimiento formal del genio de Marx, negando al mismo tiempo la validez de las tesis expuestas en *El Capital* para explicar los fenómenos actuales. Los círculos burgueses desearían convertir *El Capital* en una vieja obra mohosa y olvidada.

Sin embargo, desde su aparición, El Capital ha venido ejerciendo una influencia cada vez mayor tanto teórica como prácticamente. Podemos decir que a partir de su publicación, el socialismo científico ha venido ganando en amplitud y profundidad y se ha constituido en el cimiento del movimiento obrero conduciéndolo a resonantes victorias de carácter internacional. Precisamente como un testimonio del desarrollo alcanzado por el pensamiento marxista, este número de Historia y Sociedad presenta, en el marco de las celebraciones que se han tributado a El Capital, cinco ensayos cuyo común denominador es la defensa que hacen del marxismo frente a las tergiversaciones de que ha sido objeto. Comparten también estos artículos la aplicación de los postulados del marxismo a la interpretación del capitalismo contemporáneo, tanto en sus expresiones monopolistas de capitalismo en descomposición y sus secuelas de explotación en los países dependientes, cómo en sus manifestaciones ideológicas.

El primer artículo que ofrecemos, de Gerardo Unzueta, destaca las principales enseñanzas que El Capital puede suministrar a los revolucionarios del presente, subrayando como el espíritu de partido que caracteriza a esta obra refuerza su validez científica. Además demuestra la utilidad que tienen las categorías de análisis manejadas por Marx en la explicación de dos problemas de la realidad nacional. Por una parte, las ventajas de hacer el análisis de la dependencia del país con respecto al imperialismo norteamericano recurriendo al esquema de la reproducción ampliada de Marx, y por otra, lo acertado de analizar el problema campesino en México utilizando el análisis marxista del régimen de aparcería y de la propiedad parcelaria.

La herencia teórica y metodológica que El Capital contiene constituye uno de los más importantes aspectos de esta obra. Gran parte del significado actual de El Capital descansa en las aportaciones metodológicas que Marx hizo al estudiar de manera científica la estructura de una de las formaciones socio-económicas más complejas: la sociedad burguesa de producción, y descubrir los elementos sobre los que descansa. Por esta razón, este número incluye también dos ensayos dedicados a analizar la importancia del método de Marx. El primero, relacionado con la interpretación del capitalismo contemporáneo, expone como en el mundo de hoy conservan su validez los instrumentos de conocimiento que Marx aplicó para descubrir las leyes fundamentales de este modo de producción. El uso científico de la abstracción, que Marx empleó con mano maestra para entender las leyes de desarrollo y funcionamiento de este sistema, da base en el presente para comprender cual es la dirección

en que marcha el capitalismo de nuestros días. El otro artículo arroja luz sobre el principio de la contradicción —núcleo del método dialéctico— y su papel en el conocimiento teórico, ilustrando sus principales planteamientos mediante un análisis cuidadoso del hilo del pensamiento de Marx al estudiar las categorías más abstractas de El Capital: valor de uso, valor, dinero y plusvalía.

Un aspecto de El Capital que tiene un significado actual es la crítica de la economía política burguesa que Marx desarrolla en esta obra. El papel apologético que juegan las escuelas que precedieron a la economía política clásica se explica en virtud de su carácter limitado de clase. Marx señala cómo a medida que la lucha de clases alcanza niveles más elevados, se agudiza el enfoque deformado de las corrientes burguesas de pensamiento económico. La división de la economía política en dos corrientes fundamentales y la lucha entre ellas, a partir de la publicación de El Capital, científica y proletaria la una y vulgar y burguesa la otra, continúa hasta el presente. De ahí la necesidad de someter a crítica, como lo hace el artículo que analiza la influencia de El Capital en el pensamiento económico occidental, las modernas tendencias de la economía burguesa que como el macroanálisis, por ejemplo, ocultan su carácter anticientífico.

El análisis de la compleja realidad capitalista hecho por Marx sentó las bases no sólo para entender el funcionamiento de las sociedades precapitalistas, sino que, a su tiempo, permitió el desarrollo de la teoría marxista posibilitando la aparición de una nueva rama: la economía política del socialismo. Es sobre la base de la herencia que representa El Capital como se ha desarrollado el sistema socialista mundial. Historia y Sociedad ofrece por eso en este número el discurso que pronunciara Walter Ulbricht, primer Secretario del C. C. del PSUA., en la sesión científica internacional que para celebrar el centenario de la inmortal obra de Carlos Marx se realizara el 12 de septiembre del año pasado en Berlín, República Democrática Alemana. La trascendencia que esta intervención tiene para comprender las bases teóricas por las que se rige la evolución de un país socialista de elevado desarrollo, así como por el hecho de que el autor reúne la doble característica de ser a la vez que un destacado estadista uno de los más distinguidos teóricos del movimiento obrero, es lo que nos ha movido a incluir en este número tan importante documento.

Por último, la revista presenta por segunda ocasión, fiel a sus propósitos esenciales de constituir una tribuna de pensamiento marxista, dos textos inéditos en lengua castellana de Carlos Marx. El primero de ellos, vertido al español por el Doctor Wenceslao Roces,

ha sido tomado de los voluminosos manuscritos del cincuenta y siete titulados Esbozo de Crítica de la Economía Política (Borrador). En este texto Marx aborda con la sorprendente profundidad de pensamiento que le es característica un problema clave de la economía política: el de su método de conocimiento. El segundo texto, titulado Consecuencias sociales del maquinismo automatizado tiene un valor semejante y permite al lector, por decirlo así, acercarse a Marx en los momentos en que reflexiona. Estos dos materiales comparten las mismas características que las del texto denominado Formas de propiedad precapitalistas que presentara en exclusiva por primera vez en nuestra lengua Historia y Sociedad en su número tres. Como entonces indicamos, estos trabajos, que corresponden al período de madurez de Marx, recogen las ideas que él registraba sobre la marcha con el objeto de esclarecer ante si mismo los problemas que se planteaba. De ahí que estos artículos constituyan un valioso material de estudio y reflexión.

La historia no conoce otro ejemplo de una obra científica que como El Capital haya logrado tener una importancia histórico-mundial tan señalada. Por ello presentamos esta selección de artículos que, al mismo tiempo que ofrecen una visión general del marxismo de nuestros días, subrayan el enorme esfuerzo de análisis científico y el espíritu siempre nuevo, revolucionario y transformador que representa El Capital hoy como hace un siglo.

Enseñanzas de El Capital a los revolucionarios mexicanos

Gerardo Unzueta

El 12 de septiembre de 1867* —hace cien años y una semana— Carlos Marx hervía de indignación contra el editor. En carta de esa fecha expresó a Federico Engels su enojo: “La lentitud de Meissner es verdaderamente fatal. En el Congreso de Lausana habrían podido colocarse varios ejemplares. Además el libro se habría comentado allí como un acontecimiento. No me explico esta idiotez. El próximo sábado hará ya cuatro semanas que devolví a Leipzig las últimas pruebas corregidas.”¹

Eran los dolores postreros del alumbramiento. Pocos días después de manos del ideólogo y jefe proletario salió “el proyectil más temible que haya sido lanzado jamás a la cabeza de los burgueses (incluidos los terratenientes)”² el primer tomo de “la biblia de la clase obrera”³ de *El Capital*, la obra monumental

cuyo primer centenario conmemoramos hoy aquí.

Nuestra celebración es, pues, oportuna. Esta Escuela Nacional de Economía, fundada en la década de los años 40 por demócratas revolucionarios mexicanos a quienes inspiraba la teoría de Marx, abrió un frente de difusión y discusión de las ideas cardinales de éste. Sus alumnos ahora, en la década de los 60, sostienen en alto las tradiciones de los fundadores de la ENE. Nos congratulamos de contribuir con ellos en la celebración del primer centenario de *El Capital* en este recinto, que no en balde lleva el nombre de uno de los demócratas revolucionarios a quienes antes nos referimos.

Y hablamos de esta oportuna celebración del primer centenario de *El Capital*, porque la humanidad socialista y comunista del futuro continuará rindiendo homenaje a Carlos Marx y a su gran obra, ya que en ésta y por el genio de él, la libertad se abrió un ancho sendero, que ya camina la vanguardia de los constructores de la historia del hombre y hacia el cual se orientan —nos orientamos— los pueblos.

Se conmemora el primer centenario y

* Conferencia de Gerardo Unzueta en el Auditorio Narciso Bassols de la Escuela Nacional de Economía de la UNAM, el 21 de septiembre de 1967.

¹ Carta de Marx a Engels, del 12 de septiembre de 1867. *El Capital* I, p. 690, FCE, 1959.

² Correspondencia acerca de *El Capital*, p. 111. Moscú, 1948.

³ *El Capital*, ed. cit. p. XXXII.

serán celebrados el segundo y muchos más. ¡Cuánto ha cambiado el mundo desde que los primeros lectores de *El Capital* pasaron sus ojos sobre las líneas iniciales de la sección primera: “La riqueza de las sociedades en que impera el régimen capitalista de producción se nos aparece como un «inmenso arsenal de mercancías» y la mercancía como su forma elemental. Por eso nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía”⁴

Hoy existen no solamente sociedades en que impera el régimen capitalista, sino también sociedades en que la *fuerza de trabajo* ha sido liberada del carácter de mercancía impreso por el modo burgués de producción; sociedades en que la contradicción entre el valor de uso y el valor ha sido suprimida y todos los integrantes de la sociedad realizan trabajo directamente social. Han surgido ya aquellas sociedades que previera Marx donde los instrumentos y los medios fundamentales de la producción —trabajo acumulado, convertido en capital en la sociedad burguesa— no son más propiedad privada, y en que la apropiación del producto es social.

Sí. El reino de la libertad —donde impera el conocimiento de las leyes naturales y sociales y la posibilidad de “hacerlas actuar de un modo planificado para fines determinados”—,⁵ comienza a ser construido por los hombres. La creación del sistema teórico capaz de hacer patrimonio del hombre ese conocimiento y del método que permitiría —que permite— que las leyes actúen “de un modo planificado para fines determinados”, constituye la razón de ser de la vida y la

obra de Marx. Por ello pudo unir en sí mismo al revolucionario y al científico. Por ello las transformaciones que hoy tienen lugar en la sociedad no pueden comprenderse desligadas de su obra. Las transformaciones que aún tendrán lugar en la época que vivimos no podrán jamás desvincularse de su obra revolucionaria y científica.

La primera ruptura del viejo régimen que Marx condenó en *El Capital* cumple en este año el medio siglo de existencia: la Gran Revolución Socialista de Octubre. El genio de Marx descubrió el carácter transitorio, temporal del régimen capitalista; la Revolución de Octubre —bajo la dirección de otro hombre genial— inició la época de su liquidación y sustitución por el régimen socialista. La etapa de la agonía y descomposición del capitalismo puede aún prolongarse ciertamente; pero su desaparición es inevitable.

“La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo —decía Marx— llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. *Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.*”⁶

1. La primera enseñanza de *El Capital*.

Muchas formas válidas hay para conmemorar este centenario. Seminarios científicos, reuniones de masas, actos solemnes se han realizado y se realizarán todavía este año como formas de celebrar la edición del primer tomo de *El Capital*. Pero todas ellas tienen de común —o deben tener de común— el reconoci-

⁴ *El Capital*, ed. cit., pág. 3.

⁵ F. Engels, *Anti-Dühring*. Ed. Pueblos Unidos, Uruguay, p. 139.

⁶ *El Capital*, Ed. cit., pp. 648-649.

miento de que Marx y su obra son una revolución en la ciencia y una ciencia de la revolución.

Es sabido que Marx no era economista por vocación. Ante todo fue un revolucionario convencido de que para transformar la sociedad deben conocerse las leyes que rigen su desarrollo. En los años 40, aún antes de redactar junto con Engels el *Manifiesto Comunista*, elaboró la conclusión de que "el conjunto de las relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, el fundamento real sobre el que se levanta la superestructura jurídica y política... el modo de producción de la vida material condiciona los procesos sociales, políticos y puramente espirituales de la vida".⁷ *El Capital* es el estudio de unas determinadas relaciones de producción y de su superestructura; es el estudio de la génesis, desarrollo y caducidad de las relaciones sociales burguesas; es la comprobación científica de la concepción materialista de la historia en una determinada sociedad, la formación económico-social capitalista.

El reconocimiento de la obra científica de Marx conlleva inevitablemente a reconocer que la posición de clase abierta y militante del fundador del socialismo científico no está de ninguna manera reñida con la ciencia; que solamente una ideología de clase es coincidente plenamente con la ciencia: la del proletariado, y que no hay ni puede haber postura apologetica alguna en la unidad entre el espíritu de partido de que está impregnada la obra de Marx y sus conclusiones científicas.

El Capital es un modelo clásico de ar-

⁷ C. Marx. *Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Citado por Lenin. Obras completas en ruso. V edición.

monía entre el análisis objetivo de los hechos y la pasión revolucionaria; entre la observación y el análisis científico de las relaciones sociales y la defensa consecuente de los intereses de la clase más avanzada de la sociedad. Y si Marx, no siendo economista por vocación, dedicó 20 años de su vida al estudio de las leyes de la sociedad capitalista, esto se explica porque Marx entendió a la perfección la importancia de su obra para la liberación del proletariado.

La obra de Marx nos enseña cómo es necesario aplicar el materialismo militante de partido. El análisis objetivo de los hechos y su espíritu partidario le permitieron esclarecer las posiciones de las diferentes clases, las causas de la lucha entre ellas, más allá de los hechos y de las tendencias sobre cuya superficie rasguñan los elogiados subjetivistas que se jactan de estar al margen y por encima de los partidos y que no alcanzan más resultado que convertir el estudio de la situación realmente existente en apolo-gías del régimen.

En *El Capital*, Marx no disimula sus simpatías y antipatías de clase, y es precisamente el punto de vista del proletariado, cuyos intereses defiende en su obra, el que le ha permitido llevar hasta el fin el análisis científico-objetivo y llegar a una conclusión: la condena a muerte del régimen burgués de explotación.

En *El Capital* Marx aplica en toda su amplitud un método —crítico y revolucionario a la vez—, que le permite superar las limitaciones de la economía política clásica y desenmascarar a los vulgarizadores de la obra de William Petty, Adam Smith y David Ricardo. El libro de Marx es una crítica implacable y sistemática a la economía burguesa desde

las posiciones del proletariado; es la demolición intransigente del edificio de la economía política burguesa, el combate irreconciliable contra las expresiones de la ideología de la clase explotadora.

El libro de Marx cierra una época, la del predominio de la economía política burguesa que se basa en la idea de que el régimen capitalista es la expresión de lo eterno y lo natural en el hombre y la sociedad, y abre otra: la del surgimiento de la economía política proletaria, científica, que proclama el hundimiento del régimen capitalista y el surgimiento de un nuevo régimen de producción social. Marx crea las bases fundamentales y los principios generales de esa nueva economía política.

No fue éste ningún milagro; nada hay de sobrenatural en la gigantesca obra de Marx. Las condiciones para realizar este viraje revolucionario estaban dadas en la ciencia económica y en el desarrollo y la situación del capitalismo.

Ya se habían producido los audaces estudios de William Petty y sus continuadores, las aportaciones de esta escuela a la teoría del valor-trabajo y el esbozo de la doctrina de la plusvalía; sus esfuerzos por explicar las relaciones entre el salario y la renta de la tierra, entre el precio de la tierra y el tipo de interés. Grandes méritos habían conquistado los fisiócratas, que desplazaron sus investigaciones de la esfera de la circulación a la de la producción, con lo que establecieron las bases para el análisis de la producción capitalista e hicieron fructuosas tentativas de englobar en un todo único el proceso de la producción, la distribución y el cambio, y de establecer la diferenciación de las partes integrantes del capital. Contribuciones de especial importancia de esta escuela son el cuadro

económico de François Quesney y las ideas de Turgot sobre la formación y distribución de las riquezas. Las acertadas conclusiones de Adam Smith acerca de la plusvalía hicieron avanzar considerablemente la elaboración de la teoría; fue él el primero en señalar que el beneficio del capitalista proviene del trabajo del obrero. Fue mérito indudable de David Ricardo el llamar la atención sobre el antagonismo entre el trabajo y el capital, y explicar la distribución del producto social a través de la lucha de clases; el desarrollo ricardiano de la teoría del valor-trabajo y su análisis más profundo y agudo de las contradicciones de la sociedad burguesa, culmina y corona el edificio de la economía política clásica.

Habían surgido también las primeras manifestaciones de comunismo intuitivo en Morelli, Mably y Meslier, utópicos del siglo xvii, que hicieron profunda crítica a la propiedad privada. Más tarde los socialistas utópicos ingleses —Owen y Grey, principalmente—, se apoyaron en las concepciones de Ricardo para realizar una crítica aguda y demoledora del capitalismo, de la explotación del trabajo asalariado por el capital, de la situación de la clase obrera, y elaboraron la doctrina del intercambio justo, sin explotación ni apropiación de trabajo ajeno: el intercambio de mercancías conforme al trabajo contenido en ellas.

En los países que habían alcanzado la cima del desarrollo capitalista la expropiación de los pequeños productores independientes concluía en lo fundamental; se desenvolvía la acumulación capitalista con su cauda de sufrimientos para la clase obrera y con el crecimiento inaudito de la desocupación. Al ampliarse las relaciones mercantiles se expandía el mercado mundial; estaba en su apogeo el

proceso de centralización del capital con la expropiación de unos propietarios privados capitalistas por otros. Las contradicciones y antagonismos se manifestaban en crisis del mercado mundial y nacional. *En la vida social estaban dadas las condiciones para que fueran superadas las limitaciones de la ciencia económica clásica.*

Pero ninguno de los teóricos que estudiaban las relaciones sociales capitalistas pudo elevar a un nivel superior la economía política; ello exigía "abandonar su piel burguesa", pasar a las posiciones de la crítica a todo el sistema sin abandonar las posiciones de la ciencia; colocarse —en fin— en las posiciones del proletariado, de la clase que no puede temer la crítica a fondo y la proclamación de la necesidad de la destrucción, hasta que no quede piedra sobre piedra, del régimen de explotación en el que esta clase ha surgido y que le ha hecho su víctima.

A fines de la década de los años 40, Marx y Engels estuvieron en condiciones de cumplir la tarea histórica de cerrar el período de la hegemonía de la economía burguesa y abrir el del surgimiento de la economía política proletaria: fue en esos años en los que abandonaron las posiciones de la democracia revolucionaria para pasar a las del comunismo.

Aunque en ese período ambos ideólogos se plantean en primer lugar los problemas filosóficos y elaboran una nueva metodología de la investigación científica —el materialismo dialéctico—, comienzan a investigar las relaciones de producción y las leyes y categorías económicas del capitalismo, poniendo con ello las bases de la transformación revolucionaria de la economía política. En el *Manifiesto Comunista* hacen un primer resumen de sus

investigaciones iniciales, profundizan la doctrina de la aparición del capitalismo y del desarrollo de las contradicciones del capital y del trabajo asalariado y trazan las ideas básicas de la revolución socialista.

"En la década del cuarenta —señala Engels—, Marx no había terminado aún su crítica de la Economía política. Fue hasta fines de la década del 50 cuando dio término a esa obra. Por eso, los trabajos publicados por él antes de la aparición de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1859), el primer fascículo de su obra grande, difieren en algunos puntos de los que vieron la luz después de aquella fecha..."⁸

A pesar de ello, ya entonces enunciaron la definición marxista de capital y comenzaron a desarrollar la doctrina del valor y de la plusvalía; la conclusión de que la depauperación de la clase obrera estaba en relación directa con la acumulación del capital, aparece en sus formulaciones; caracterizaron las crisis económicas señalando sus fundamentos: la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción capitalista. Las fases de desarrollo en la industria y algunos rasgos de la sociedad comunista fueron expuestos ya en aquellos años.

Pero es en *El Capital* donde adquiere esplendorosa expresión la unidad del espíritu de partido y la rigurosa investigación científica de la sociedad; donde se prueba con toda evidencia que sólo la ideología proletaria puede hacer un estudio exhaustivo, completo y sin limitaciones de clase, del capitalismo y de sus

⁸ *Trabajo asalariado y capital*. Obras escogidas en 2 tomos, I. p.p. 57-58. Ediciones en Lenguas extranjeras, Moscú, 1951.

leyes. de su génesis, desarrollo y caducidad.

El carácter crítico y revolucionario del método de Marx se expresa en *El Capital* en toda su amplitud. Desde la primera hasta la última línea de su obra, el fundador del socialismo científico sostiene una lucha encarnizada contra los economistas que pintan al capitalismo con brillantes y optimistas colores. Marx critica tanto a los representantes clásicos de la economía política como a los economistas vulgares; éstos se encontraban animados no sólo por la ignorancia y la suficiencia, sino por "su miedo apologético a analizar concienzudamente el valor y la plusvalía y atentar acaso contra las ordenanzas policíacas..."⁹

Caracteriza el método de los apologistas de la siguiente manera:

"En las crisis del mercado mundial estallan las contradicciones y los antagonismos de la producción burguesa. Y en vez de indagar en qué consisten los elementos contradictorios que se abren paso violentamente en la catástrofe, los apologistas se limitan a negar la catástrofe misma y, a despecho de su periodicidad fiel a una ley, se obstinan en sostener que si la producción se atuviese a las doctrinas de sus manuales, jamás existirían crisis."¹⁰

Refiriéndose a Ricardo escribe: "Lo admirable de la producción burguesa para Ricardo es que sus formas específicas, a diferencia de lo que ocurría en los regímenes anteriores a ella, descubren un horizonte de desarrollo ilimitado para las fuerzas productivas. Allí donde ese desarrollo se estanca o brotan las contradicciones que lo entorpecen, niega esas con-

tradiciones..."¹¹ Marx subraya en muchas ocasiones la ceguera de clase de los economistas de la vieja escuela que los hace pasar de largo ante las contradicciones reales de la mercancía, del intercambio, las que existen entre el dinero y las mercancías, las de la acumulación del capital, etc.

Marx no se plantea ni soluciona problema alguno en *El Capital* sin oponer su punto de vista a la opinión de los economistas burgueses, sin estigmatizar la naturaleza de clase de esas opiniones. Ya cuando estudia el problema de la plusvalía como problema fundamental de la economía política del capitalismo, ya cuando aborda otros problemas más particulares, siempre demuestra el temor de los economistas burgueses a ir demasiado lejos por el camino del estudio científico.

Pero el espíritu de partido y la rigurosidad científica del método de la obra de Marx no se agotan en la crítica y en la demolición de todas las añagazas burguesas que hacían de la economía política "la tumba de la ciencia"; no asume la misma actitud Marx frente a los investigadores que formaron la Economía Política Clásica aunque ellos estuvieran limitados por sus concepciones de clase. De éstos tomó todo lo valioso, todo lo que era científico, lo despojó de las condicionantes que lo deformaban y lo reelaboró sobre una nueva base. De ellos reconoció las aportaciones y sus esfuerzos, y les dedicó no pocos elogios. De los otros mostró su esterilidad científica y defendió la tradición y los aportes de los clásicos frente a las deformaciones y vulgarizaciones apologéticas.

La primera gran enseñanza de *El Capital* de Carlos Marx cuyo primer centenario conmemoramos, es la consecuen-

⁹ *El Capital*, I, p. 176 (nota).

¹⁰ *Historia Crítica de la Plusvalía*, Ediciones Venceremos II, pp. 31. 32

¹¹ *Ibid.*, pág.

cia revolucionaria, la unidad íntima y sin fisuras entre el espíritu proletario de partido y el rigor científico, la intransigencia ante la ideología burguesa.

Por ello quien pretende ser marxista y seguir en la senda que Carlos Marx abriera y cuya mejor expresión es *El Capital*, debe ser, en primer lugar revolucionario, estar siempre al lado de la clase consecuentemente revolucionaria, combatir en defensa de su ideología, desarrollar ésta, enriquecerla, ya que es la ideología de la clase obrera la única en que el espíritu de clase no preña de subjetivismo a las concepciones sobre las relaciones sociales, a la concepción del mundo.

2. El método para el estudio de la sociedad.

Si ha de conmemorarse el centenario de la edición del primer tomo de *El Capital* con toda la importancia y trascendencia que esta obra tiene para el desarrollo de las ciencias sociales, no puede ignorarse un aspecto que se encuentra en la base de su elaboración: la concepción materialista de la historia, el método elaborado por el marxismo para el estudio de la sociedad.

Ese método es la segunda gran enseñanza de *El Capital* a que deseamos referirnos en esta charla.

Como ya reseñamos, aún antes de elaborar junto con Engels el *Manifiesto Comunista* Marx había llegado a la conclusión de que tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden ser explicadas por sí mismas ni por el llamado "desarrollo general del espíritu humano" tan caro a los idealistas hegelianos: tienen su raíz en las relaciones materiales de vida, y la anatomía de la

sociedad civil hay que buscarla en la Economía política.

"En la producción material de su vida —decía Marx—, los hombres entran en determinadas relaciones, *relaciones de producción*. Estas últimas siempre corresponden al determinado grado de desarrollo de la productividad que en una época concreta, poseen sus fuerzas económicas. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, el fundamento real sobre el cual se levanta la superestructura política y jurídica, y a la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. De esta manera el régimen de producción condiciona los procesos sociales, políticos y puramente espirituales de la vida. La existencia de aquél (el modo de producción) no solamente no depende de la conciencia del hombre, sino al contrario, estos últimos (los procesos sociales) dependen de él..."¹²

Las relaciones materiales de los hombres son lo primario; sus relaciones ideológicas lo derivado. Esa conclusión era, ya de por sí, una contribución de enorme importancia para el estudio de la sociedad. Pero el fundador del socialismo científico entendió que si bien eso era suficiente para explicar el origen de las ideologías e instituciones, no lo era, en cambio, para explicar el paso de un régimen de producción a otro. Marx explicó las crisis sociales por las contradicciones surgidas entre el nivel y el carácter de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en especial las relaciones de propiedad, que se convierten en trabas para el desarrollo de aquéllas: "Se abre así una época de revolución social." Los cambios en la base económica

¹² Citado por Lenin. Obras completas en ruso V edición, p. 135.

revolucionan, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella (ideas dominantes, instituciones jurídicas, políticas, y las correspondientes formas de conciencia social).

En los años 40 esta conclusión de Marx era todavía una hipótesis, pero una hipótesis que introducía el materialismo en la sociología, una hipótesis que hacía posible, por primera vez, asumir una posición rigurosamente científica en relación a las cuestiones históricas y sociales: *nacía la concepción materialista de la historia.*

El Capital es el desarrollo consecuente de esta hipótesis y su plena comprobación. Todos los trabajos de Marx y Engels entre los años 40 y 60 se apoyan en ella, pero sólo en *El Capital* se encuentra completamente sistematizada y argumentada. *La hipótesis elaborada en los años 40 se había convertido en una tesis científica.*

La historia de la sociología estaba preñada, hasta entonces, de concepciones subjetivas. Los sociólogos, incapaces de tomar como punto de partida las relaciones sociales más elementales y primarias, las de producción, para llegar a través de ellas al estudio de las formas político-jurídicas, abordaban directamente la investigación y el estudio de éstas, y se estancaban ante la evidencia de que las formas de gobernar, las instituciones, el derecho, etc. eran derivadas de unas u otras ideas, de uno u otro sistema ideológico predominantes en un momento determinado. Todo parecía indicar —con Juan Jacobo Rousseau— que las relaciones político-jurídicas y todas las relaciones sociales eran resultado de un acuerdo consciente entre los hombres.

Mas las observaciones históricas demostraban que los integrantes de una

sociedad nunca se representan el conjunto de las relaciones sociales como algo definido, que parta y obedezca a un principio ideológico fundamental. Por el contrario, son sólo los ideólogos en las sociedades basadas en la propiedad privada, los que tratan de educar y modelar la conciencia de los hombres para hacerlos creer que viven en el mejor de los mundos posibles, que las relaciones existentes son externas, naturales e incambiables.

(Baste para demostrarlo la simple mención de la idea mistificada de la Revolución Mexicana en nuestro país, a la que se atribuye eternidad e inagotabilidad derivada del carácter no clasista, "popular", que se imprime desde fuera al movimiento de 1910, para embellecer y otorgar eternidad y justicialismo al régimen actual).

La concepción materialista elaborada por Marx elimina la contradicción, profundizando en el análisis hasta llegar al origen de las ideas sociales del hombre en las cuales se basan las instituciones y formas político-jurídicas, así establece la conclusión de que el desenvolvimiento de las ideas depende del de la vida material de la sociedad.

La hipótesis de Marx y su demostración científica en *El Capital* dio un golpe de muerte al criterio subjetivista en sociología, que postulaba la imposibilidad de la existencia de leyes sociales. Al señalar a las relaciones de producción como la estructura de la sociedad, permitió que se aplicará a estas relaciones el criterio científico general de la repetición.

Es natural que los sociólogos pre-marxistas se empantanaran en el piélago de las particularidades, pues se hallaban limitados al estudio de las relaciones ideológicas (es decir de las relaciones que

antes de establecerse pasan por la conciencia de los hombres) y no podían advertir la repetición y la regularidad de los fenómenos sociales de los diversos países y épocas. Los límites de la ciencia de tales sociólogos se encontraba en la recopilación más o menos fidedigna de documentos y la relación más o menos fiel de los acontecimientos.

“El análisis de las relaciones sociales materiales —decía Lenin—, permitió inmediatamente observar la repetición y la regularidad y sintetizar los regímenes de los diferentes países en un concepto fundamental: el de *formación social*. Sólo esta generalización dio la posibilidad de pasar de la descripción (y de la valoración desde el punto de vista del ideal) de los fenómenos sociales a su análisis rigurosamente científico, que subraya, por ejemplo, qué es lo que diferencia a un país capitalista de otro e investiga aquello que es común para todos.”¹³

Desde la elaboración de esta tesis, la única científica, los sociólogos subjetivistas se encontraron en el dilema de explicar los fenómenos sociales sobre esta base, o pasar, voluntaria o inconscientemente al campo de los apologistas del régimen.

En nuestro país sólo un empeinado propósito de mostrar a ultranza las bondades de un régimen excepcional “surgido de la Revolución Mexicana”, puede conducir a la pretensión de negar el predominio y posición rectora de las relaciones capitalistas de producción con todas sus consecuencias. Tiene sin duda sus particularidades el régimen social capitalista en México, pero sólo un afán propagandista y demagógico lleva a caracterizarlo como un régimen especial que no es capitalista ni socialista, en que no

¹³ Lenin. Obras completas. I, p. 152.

tienen lugar la acción de las leyes del capitalismo (la ley de la lucha de clases entre obreros y capitalistas, la de la concentración y centralización del capital y la producción, la de la aplicación capitalista de las máquinas, la ley del valor, la ley de la sobrepoblación relativa etc.)

(Más también un criterio subjetivista puede ignorar las particularidades de la formación económico-social capitalista de México, y olvidar las manifestaciones peculiares que en nuestro medio adquieren esas leyes. Un criterio de este carácter, propio a quienes han decidido ¡ya! la iniciación de la revolución socialista, suplanta las tareas que están maduras realmente en la sociedad mexicana por las que están maduras sólo en su imaginación.)

La elaboración de la concepción materialista para abordar la sociedad y la historia resolvió el problema del surgimiento, el desarrollo y la desaparición de las diferentes formaciones económico-sociales como un proceso histórico-natural, criterio sin el cual no puede haber ciencia social alguna. El método de Marx —ilustrado con absoluto rigor en *El Capital*— consiste en la reducción de las relaciones sociales a las de producción y estas últimas al nivel y carácter de las fuerzas productivas. Ello excluía las ideas acerca de los “héroes que hacen la historia”, de los grandes hombres que a voluntad cambian el curso de los pueblos.

Decía Marx en su prólogo a la primera edición de *El Capital*:

“Quien como yo concibe el desarrollo de la *formación económico social* como un *proceso histórico-natural*, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de las que él es socialmente criatura, aunque subjetiva-

mente se considere muy por encima de ellas.”¹⁴

Marx emprende el estudio efectivo de los materiales que le proporciona una de las formaciones económico-sociales —el sistema de la economía mercantil—, y sobre la base de una inmensa cantidad de datos proporciona un análisis sumamente minucioso las leyes del funcionamiento y desarrollo de esa formación. Este análisis en ningún momento hace a un lado las relaciones de producción existentes entre los miembros de la sociedad: sin recurrir ni una sola vez a factores que se hallan fuera de esas relaciones de producción, Marx nos hace ver cómo se desenvuelve la organización mercantil de la economía social, cómo ésta se transforma en economía capitalista creando, ya dentro del marco de las relaciones de producción capitalistas clases antagónicas: la burguesía y el proletariado; cómo esta economía desarrolla la productividad del trabajo social, aportando, con ello, un elemento que entra en contradicción con los fundamentos de la propia organización capitalista.

Pero no se conforma con esto, que ya es una inmensa conquista de la ciencia y que constituye, según Lenin decía, “el esqueleto de *El Capital*”: lo complementa con la superestructura correspondiente a esas relaciones. Y así aparece ante el lector toda la formación económico-social capitalista “como organismo vivo, con los diversos aspectos de la vida cotidiana, con las manifestaciones sociales efectivas del antagonismo propio de las relaciones de producción, con la superestructura política destinada a salvaguardar el dominio de la clase de los capitalistas, con sus ideas burguesas de libertad, igual-

dad, etc., con sus relaciones familiares burguesas”.¹⁵

Cuánto ha padecido el movimiento revolucionario de México la falta de una investigación integral, global, del desarrollo “histórico-natural” de la formación económica-social, capitalista en nuestro país. La ciencia oficial y semioficial ha producido no pocos pergeños que en vez de aproximar esta conquista, la dificultan más y más. Los esfuerzos realizados por historiadores y sociólogos no uncidos al yugo burgués, han carecido de la profundidad necesaria y, en la mayor parte de los casos —por desgracia—, del método científico indispensable.

Saludamos los esfuerzos que en este sentido han realizado, entre otros, historiadores como Luis Chávez Orozco y Enrique Semo, economistas como Jesús Silva Herzog, José Luis Ceceña y Moisés T. de la Peña, filósofos como Eli de Gortari. De sus trabajos puede obtenerse rico material analítico y en no pocos casos visiones de conjunto extraordinariamente útiles para emprender la tarea que reclama el pueblo mexicano.

La realización de tan alto objetivo ha de cumplirse en el curso de una implacable y enérgica lucha contra todas las formas de expresión —así sean éstas muy elegantes—, de la ideología burguesa, que ha producido en nuestro país una expresión muy típica, aunque particular, de subjetivismo sociológico. Los jóvenes revolucionarios tienen a este respecto un gran deber que cumplir: a ellos se les exige que ya en el período de su estudio empiecen el combate ideológico. Muy bien que participen en los movimientos sociales del país; ello implica una madurez de conciencia, adquirida en un

¹⁴ *El Capital*, T. I. p. 7, Editorial Cartago, 1957.

¹⁵ Lenin. *Lóc. cit.*, p. 153.

plazo relativamente breve. Mas emprender la lucha ideológica, la labor de investigación y las tareas de elaboración, no es extraño a esas inquietudes; sino al contrario, solar propicio para el desarrollo revolucionario integral de cada joven.

Esto es muy necesario en una Universidad como la nuestra, en la que la mistificación del movimiento revolucionario de 1910-1917 ha encontrado numerosos adeptos y realizadores, en la que los ideólogos de la burguesía hacen su escuela de subjetivismo apologético del régimen mexicano y usan precisamente el método tradicional, ya no víctimas de la ignorancia sino responsables de la ideología mexicana (*entendiendo por ello la ideología de la burguesía, clase dominante en nuestro país*). Circulan no pocos libros —recomendados incluso como textos universitarios—, que son modelo y ejemplo de la vieja escuela sociológica, que hoy se parapeta en un *tercermundismo* ya obsoleto, para huir de la aplicación del método y las categorías científicas, en busca de un mítico mundo intelectual de “categorías propias de los países subdesarrollados”, sin que por ello dejen de usar los de la sociología subjetiva norteamericana (por ejemplo *factores de poder, estratificación y movilidad social*), dado que debe entenderse que “las categorías y conceptos europeos que se fundan en la experiencia política de Europa” a los que renuncian son precisamente los del marxismo-leninismo, al que se moteja de “colonialismo intelectual con disfraz revolucionario”.

El estudio del desarrollo *histórico-natural* de la formación económico-social capitalista en México, he allí una tarea que demanda cumplimiento. Nosotros, comu-

nistas, empeñaremos nuestros esfuerzos en realizar ese estudio.

3. El capital chorrea sangre y lodo por todos los poros, de los pies a la cabeza.

“La finalidad última de esta obra —decía Marx en el prólogo de *El Capital*—, es, en efecto, descubrir la ley económica (*ley natural*) que preside el movimiento de la sociedad moderna.”

Marx se ocupa de las relaciones capitalistas de producción en su aparición, desarrollo y decadencia; de aquello que es necesario y en su expresión típica; de aquello que se repite en todos los países donde rigen las relaciones capitalistas de producción, de lo que es común a esas sociedades. Prescinde de lo anormal y de lo que establece particularidad para un país determinado, que modifica la forma de expresión de la ley en los fenómenos, pero no suprime la ley.

No pretendemos abordar en esta plática cuestiones que corresponden a la didáctica de la cátedra, el seminario o el instituto. Por ejemplo no ocuparemos la atención de ustedes en el examen de cuestiones como la ley del valor ni de la manera en que Marx la trata partiendo de la célula de la sociedad productora de mercancías. Creemos que nuestra tarea aquí consiste en hablar de otras cuestiones, a menudo soslayadas.

“Tenemos ante nosotros —dice Engels— una obra que trata toda la relación entre el capital y el trabajo en su conexión con el total de la ciencia económica con una indiscutiblemente rara erudición y que tiene como objetivo fundamental descubrir la ley económica del movimiento de

la sociedad moderna, y con ello, después de investigaciones obviamente sinceras realizadas con un conocimiento indudable de la materia, llega a la conclusión de que todo el modo capitalista de producción debe ser abolido.¹⁷ Y esta cuestión a la que se refiere Engels, es esencial en toda la obra de Marx. Para el fundador del socialismo científico, el capitalismo es un sistema condenado a desaparecer, a consecuencia de la acción de las leyes naturales del desarrollo social.

Con frecuencia los panegiristas del capitalismo utilizan una frase del *Manifiesto Comunista*: “La burguesía ha desempeñado un papel altamente revolucionario”; señalan cómo Marx, a fuer de científico, apreciaba que “la burguesía, con su dominio de clase, ha creado fuerzas productivas más abundantes y más grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas”. Apoyándose en estas o parecidas frases, relativas al período —¡ay tan lejano ya!— ascensional de la burguesía, los *marxistas legales* buscan siempre un resto de progresividad en los capitalistas y en su régimen, que pueda ser generalizado a todo el sistema, para brindarle el mayor y más entusiasta de los apoyos, para reclamar el sostén del proletariado ante un mítico peligro de la reacción. Prefieren el “marxismo temprano” a los contundentes juicios de *El Capital*. En vano tratan de establecer diferencias; el “marxismo de los años 40”, como el de los años 60, como el de todos los tiempos proclama que el capitalismo es un régimen no menos cruel —sino al contrario— que el feudalismo o el esclavismo; un régimen que por su irracionalidad debe desaparecer.

Desde las páginas de *El Capital* Marx

¹⁷ F. Engels. *Sobre el Capital*, editorial Política, La Habana 1965, p. 31

arranca con audacia y severidad revolucionaria todos los disfraces con que el régimen capitalista encubre su imagen rapaz. No hay una sola etapa de las relaciones sociales burguesas que no resuman crueldad. Desde el momento en que se inicia la metamorfosis del dinero capital, bajo una apariencia de legalidad, se desenvuelve el proceso de aniquilamiento del hombre. El propietario de los medios de producción encuentra en el mercado mano de obra libre; la mano de obra libre encuentra en el mercado un empleador. Firman entre ambos un contrato “legal” conforme a todas las reglas del intercambio de equivalentes. ¡Ninguna violencia ninguna violación de los derechos del hombre!

La ironía de Marx cala como un estilete en la hipocresía de las relaciones burguesas:

“La órbita de la circulación o del cambio de mercancías, dentro de cuyas fronteras se desarrollan la compra y la venta de la fuerza de trabajo, era, en realidad, el verdadero *paraíso de los derechos del hombre*. Dentro de esos linderos, sólo reinan la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham (el jurista y moralista inglés que elevaba hasta las nubes la libertad del individuo bajo el régimen capitalista, y consideraba que el principio del interés personal y la utilidad constituyen la base de las relaciones entre los hombres. N. de G. U.) . . . La única fuerza que los une y los pone en relación es la fuerza de su egoísmo, de su provecho personal, de su *interés privado* . . . Al abandonar esta órbita de la circulación simple o cambio de mercancías, adonde el libre-cambista vulgaris va a buscar las ideas, los conceptos y los criterios para enjuiciar la sociedad del capital y el trabajo asalariado, parece como si cambiase algo la

fisonomía de los *personajes* de nuestro drama. El antiguo poseedor de dinero abre la marcha convertido en *capitalista*, y tras él viene el poseedor de la fuerza de trabajo transformado en *obrero suyo*; aquél pisando recio y sonriendo desdeñoso, todo ajetreado; éste, tímido y receloso, de mala gana, como quien va a vender su propia pelleja y sabe la suerte que le aguarda: *que se la curtan.*"¹⁸

Con su aguda crítica Marx echa abajo los adornos a tales relaciones "justicieras" que admiraron a los apologistas del capitalismo. ¿Cuál es la verdadera naturaleza del capital? Marx levanta las faldas a ese "paraíso de los derechos del hombre" y demuestra que desde los días de la acumulación primitiva "*el capital* viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza".¹⁹ "*El Capital*, dice, (no) tiene horror más que a la ausencia de ganancia o a la ganancia demasiado pequeña, como la naturaleza tiene horror al vacío. Conforme aumenta la ganancia, el capital se envalentona. Asegúresele un 10 por 100 y acudirá adonde sea; un 20 por 100, se sentirá ya animado; con un 50 por ciento positivamente temerario; al 100 por 100, es capaz de saltar por encima de todas las leyes humanas; al 300 por 100, y no hay crimen a que no se arriesgue, aunque arrostre el patíbulo. Si el tumulto y las riñas suponen ganancia allí estará el capital encizañándolas. Prueba: el contrabando y la trata de esclavos."²⁰

Marx compara al capital con un vampiro: sólo hartándose de trabajo vivo de los obreros, de su sudor y su sangre, adquiere vida el capital, y vive tanto más

intensamente cuanto más trabajo vivo absorbe. Demuestra que el capital derrocha más fuerza humana viva que cualquier otro modo de producción, y que no sólo derrocha el cuerpo y la sangre como lo hicieron los anteriores, sino también los nervios y el cerebro. Marx nos enseña a no concebir esperanza alguna de justificación social en el capitalismo.

El Capital una vez señalada la ley fundamental del capitalismo, la ley de la plusvalía, dedica uno de sus capítulos principales a develar la "ley general de la acumulación capitalista". Su objetivo central es señalar la influencia que ejerce la acumulación del capital en la situación y destinos de la clase obrera. Surge allí la contradicción, insoluble en los marcos del régimen capitalista, a que arriban las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Las relaciones capitalistas se convierten en un freno para el desarrollo de la producción y también en factor de destrucción de las fuerzas productivas.

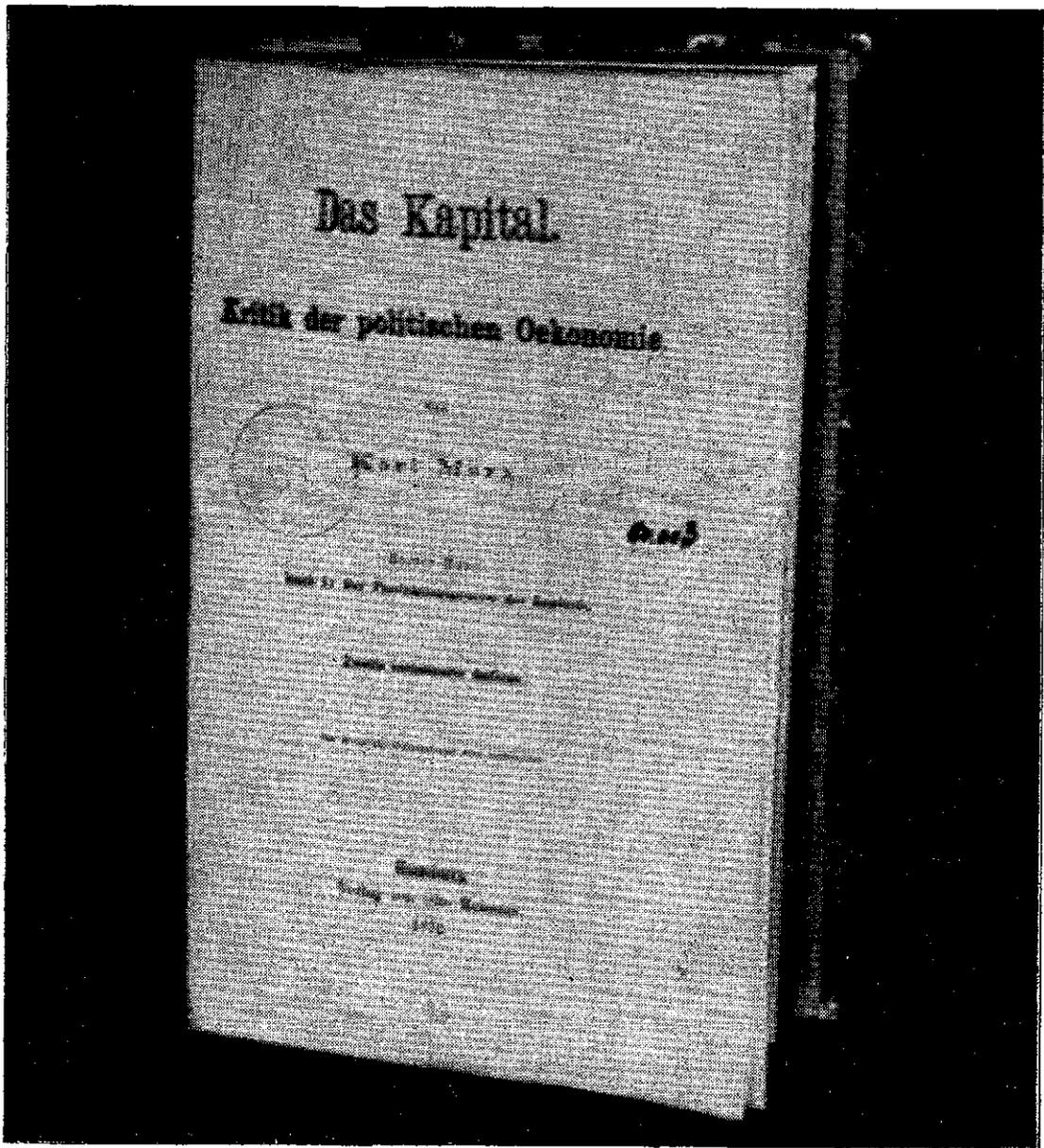
El desarrollo de las fuerzas productivas, las grandes realizaciones de la ciencia y la técnica y el incremento de la productividad del trabajo social sirven de medios para acrecentar y reforzar la explotación de la clase obrera, de vehículo para empeorar sus condiciones de vida e intensificar su dependencia y sojuzgamiento por el capital. El desarrollo del capitalismo transcurre a través de la destrucción creciente de la fuerza de trabajo, primordial fuerza productiva de la sociedad.

Marx descubre que la acumulación capitalista produce constantemente, en proporción a su intensidad y a su extensión, una población obrera excesiva para las necesidades medias de explotación del capital, una población obrera sobran-

¹⁸ *El Capital*, I, p. 128.

¹⁹ *Idem*, p. 646.

²⁰ *Idem*, p. 646.



te; que es sobrante precisamente porque se trata de la población necesaria para la explotación del capital, ya que al producir la acumulación, los obreros producen también en proporciones cada vez mayores su propio exceso relativo. "Es esta una ley de población, peculiar para el régimen de producción capitalista."²¹

La población excedente, producto necesario de la acumulación del capital, deviene a su vez en palanca de la acumulación capitalista e incluso, es condición vital del modo capitalista de producción, al que le es característico el ciclo de formación constante de un ejército industrial de reserva, de donde el capital extrae fuerza de trabajo en las fases de auge y en donde desemboca la fuerza de trabajo en las fases de depresión.

Más la formación del ejército de reserva y de la superpoblación relativa no son un fenómeno fatal de la producción moderna, sino sólo de la producción capitalista. La sociedad no produce excedentes de fuerza de trabajo; la causa de ellos son el régimen capitalista en general y la acumulación capitalista en particular. Marx escribía que si en Inglaterra se hubiera reglamentado el trabajo dentro de límites racionales y estableciendo barreras por sexo y edad, la población disponible hubiera sido absolutamente insuficiente para continuar la producción social en la misma escala.

La construcción del sistema socialista en una tercera parte de la tierra ha demostrado que con la destrucción de las relaciones burguesas termina también la superpoblación, el desempleo. La demanda de mano de obra, brota materialmente del impetuoso desarrollo de las fuerzas

²¹ Idem, p. 5.

productivas a que abre cauce el triunfo de la revolución proletaria.

En *El Capital* Marx llega a la siguiente conclusión:

"Cuanto mayores son la riqueza social, el capital en funciones, el volumen y la intensidad de su crecimiento y mayores también, por tanto, la magnitud absoluta del proletariado y la capacidad productiva de su trabajo, tanto mayor es el ejército industrial de reserva. La fuerza de trabajo disponible se desarrolla por las mismas causas que la fuerza expansiva del capital. La magnitud relativa del ejército industrial de reserva crece, por consiguiente, a medida que crecen las potencias de la riqueza. Y cuanto mayor es este ejército de reserva en proporción al ejército obrero en activo, más se extiende la masa de superpoblación consolidada, cuya miseria se halla en razón inversa a los tormentos de su trabajo. Y finalmente, cuanto más crecen la miseria dentro de la clase obrera y el ejército industrial de reserva, más crece también el pauperismo oficial. Tal es la ley general, absoluta, de la acumulación capitalista. Una ley que, como todas las demás, se ve modificada en su aplicación por una serie de circunstancias que no interesa analizar aquí."²²

Esta es una imagen —reducida— del capitalismo tal como lo presenta Marx en *El Capital*. La profundidad de su análisis concluye en la tendencia histórica de su acumulación capitalista: terminada la expropiación del productor independiente, comienza otro proceso, el de la expropiación de unos propietarios privados capitalistas por otros, que conduce a la centralización de capitales; paralelamente se eleva la productividad del tra-

²² Idem, p. 649.

bajo; avanza la técnica y la organización de la explotación de la agricultura; se amplía el carácter social de las fuerzas productivas; todos los países son absorbidos por la red del mercado mundial. El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él.

“Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación, pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción.”²³

Marx observa todo cuanto ocurre en el capitalismo; lo desentraña, lo expone a la luz del día. Se duele del dolor de los obreros y de todos los explotados; pero no se trata de la contemplación pasiva de los sufrimientos ajenos. Marx se esfuerza por formar la conciencia de los obreros, les abre los ojos, los ayuda a adquirir conciencia de su situación de clase y les muestra su misión histórica. Objetivo en el más alto grado, gracias a su método científico de análisis, *El Capital* es al mismo tiempo un verdadero himno a la lucha del proletariado por su liberación, un llamado al combate para la destrucción del capitalismo y para la creación de un régimen nuevo.

“Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiados son expropiados.”²⁴

Los ideólogos de la excepcionalidad del “camino mexicano” utilizan toda oportunidad para proclamar que esas leyes

del capitalismo que Marx descubriera y que muestran al sistema como el que más fuerza humana viva derrocha, no rigen ni se manifiestan en México. Este país —arguyen—, no ha seguido el camino clásico del desarrollo capitalista; es subdesarrollado y nada más. Supera el subdesarrollo por un camino peculiar en el que imperan la democracia y la justicia social. En México no hay lugar para leyes sociales que determinen una nueva revolución.

Este último criterio —el de la imposibilidad de una nueva revolución— explica que tales ideólogos empleen *sin crítica* el concepto “país subdesarrollado”. En realidad países como el nuestro deben caracterizarse como “países explotados, dominados y con economía deformada”, como ha concluido Charles Bettelheim,²⁵ expresión que establece científicamente su situación real al mismo tiempo que revela su relación con todo el sistema y el lugar que ocupan en el régimen de producción. Ello nos permite también observar lo que es general para todo el sistema —incluidos nuestros países—, y nos exige estudiar en ellos la particular manifestación de las leyes generales de la etapa imperialista del capitalismo, así como las leyes particulares que surgen de su estructura.

Países como el nuestro son resultado, primero, de su absorción por la red del mercado mundial dominada por países altamente desarrollados en el camino capitalista; a su incorporación a esa red, nuestros países ocuparon un papel de eslabones secundarios del sistema. Nuestra economía ha sido deformada y adaptada a las necesidades de la economía im-

²³ Idem.

²⁴ Idem.

²⁵ Charles Bettelheim. *Planeación y crecimiento acelerado*. Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 30.

perialista, somos países económicamente dependientes aunque con diferente grado de predominio de las relaciones capitalistas de producción. En tal situación, la suerte de nuestros países no es distinta a la del sistema mundial capitalista; las leyes de su desarrollo no difieren esencialmente de las leyes de todo el sistema, aunque —como advertía Marx— *se ven modificadas por una serie de circunstancias*.

La estructura de la producción de países como el nuestro incluye sectores hipertrofiados estrechamente ligados a algunos mercados extranjeros —en nuestro caso, al mercado norteamericano—, y fuertemente penetrados de capitales igualmente extranjeros. Nuestras economías se desarrollan o se estancan según la evolución de tal o cual materia prima o producto bruto agrícola. Soportan la carga de pesadas obligaciones exteriores (intereses, dividendos, regalías pagadas a capitalistas extranjeros). La industria nacional —en estado medio o incipiente— ha de afrontar la competencia de industrias poderosas ya establecidas y dominadas por el mismo gran capital que ha dominado las riquezas naturales. Para la reproducción ampliada nuestras economías dependen de equipos provenientes del exterior o no se realiza el ciclo completo por falta de esos equipos. Nuestras economías están deformadas y desequilibradas. Por todo ello hay leyes particulares del desarrollo de este grupo de países, que deben ser estudiadas, pero sin desprenderlas de su relación esencial con todo el sistema.

En países como el nuestro las relaciones capitalistas ya existentes han sido subordinadas a las relaciones del sistema en su conjunto o nos han sido impuestas a fortiori. *Nos han hecho madu-*

rar a palos, pudiéramos decir; pero a causa de ello en una fruta apenas madura ya hay zonas podridas.

En México, muy a pesar de los ideólogos del excepcionalismo y de la insularidad mexicana, se manifiestan las leyes de un capitalismo maduro con la correspondiente acumulación de miseria social sobre las espaldas de los explotados y de riquezas en los bolsillos de la burguesía mexicana y extranjera, con la inevitable formación de una superpoblación relativa en sus formas flotante, latente y estancada. Pero la manifestación de esas leyes se entrelaza con los fenómenos de la acumulación originaria: despojo en masa de los campesinos por medio de la institucionalización y archimexicanísima renta de parcelas ejidales y despojo por la violencia armada o por la violencia de la miseria; el robo de las arcas de la nación y de la plusvalía de las empresas descentralizadas. Las leyes de la actuación del capital financiero y del desarrollo de una oligarquía financiera, se mezclan con la acción amplia y regular de un capital usurario que extrae hasta la última gota de sangre a los pequeños productores de la ciudad y del campo. El funcionamiento extenso de una pequeña y pequeñísima "industria" artesanal y de un minúsculo comercio en pequeño, se confunden con la existencia de potentes monopolios comerciales y con ramas completas de la industria nacional monopolizadas. ¿Acaso no presenciarnos la manifestación de la ley de la acumulación capitalista en México? Veamos: de 10.9 millones de personas que componían la población económicamente activa en 1964 una insignificante minoría de 33 mil —es decir el 0.3%— que recibieron ingresos de 10 mil a 5 millones de pesos mensuales se apropiaron del

54.9% del ingreso nacional; el 84.6% de toda la población económicamente activa —con ingresos de 0 a 1,500 pesos mensuales— obtuvo sólo un 23.4% del ingreso, y únicamente un 14.6% logró ingresos de 1,500 a 5,000 pesos mensuales.²⁷

Se dirá: ¡allí está el subdesarrollo! Y contestamos: ¡Allí está la superexplotación capitalista y archicapitalista! Se trata no de indigentes: se trata de productores; se trata de que 8 millones de trabajadores no reciben ni siquiera una cuarta parte del ingreso nacional, mientras 33 mil individuos se llevan más de la mitad.

Si. Hay atraso, pero atraso a consecuencia de que el capitalismo se ha desarrollado en escala mundial hasta su última y superior etapa; no se trata de que seamos países “que aún no se desarrollan”, sino de países que, para desarrollarse tienen que liberarse de la dependencia que les impone el imperialismo. Mentira que el imperialismo genere bienestar; ceba a una capa de aristocracia obrera, pero genera miseria, opresión, esclavizamiento, degeneración y explotación para nuestros países, como para la clase obrera de los propios países metrópolis.

Pero también genera —no hay que olvidarlo, que es una ley de acumulación capitalista— rebeldía, conciencia y —esto igualmente es una ley—, genera revolución.

¿Más el imperialismo es culpable de que en nuestros países se produzcan los fenómenos de la acumulación originaria, con todo su cúmulo de crueldades sobre el pequeño productor? ¿Es culpa del imperialismo el que una “economía joven”

como la que dicen que tenemos ya cargue el lastre de los monopolios?

Con Marx, no personificamos ni atribuimos responsabilidades. No se trata de buscar culpables. El hecho es que la acumulación originaria prolonga su acción en nuestro país por más de un siglo y se mezcla con los fenómenos del capitalismo maduro, a consecuencia de dos factores “naturales”. 1) la burguesía mexicana no ha tenido la oportunidad de utilizar los factores externos de la acumulación originaria; el saqueo colonial de los nuevos continentes descubiertos; 2) la burguesía mexicana que en otras épocas ha combatido al capital extranjero y un sector de la cual ostentó el signo de burguesía nacional, en lugar de combatir hoy prefiere compartir; en lugar de luchar, conciliar; por ello el signo ha sido y es el de vertir la violencia hacia adentro, hacia el pequeño productor.

Esa burguesía ha sabido utilizar también para su fortalecimiento factores coyunturales —guerras, rivalidades inter-imperialistas, etc—, lo cual imprime inevitablemente, un sello de inestabilidad en los ritmos de producción y lleva a la repetición —ya casi podemos decir que cíclica— de los períodos de su estancamiento.

“Este tipo de capitalismo —el capitalismo dependiente que priva en México— avanza por senderos más reaccionarios, más antidemocráticos a la vez que genera, reproduce y mantiene las características fundamentales del atraso económico. En él están presentes todas las expropiaciones y explotaciones propias del sistema mientras que sus aportaciones al desarrollo de la sociedad —descritas por Marx en el *Manifiesto Comunista*—, se dan con cuentagotas o no se dan. Así tenemos capitalismo con toda su anarquía,

²⁷ La población económicamente activa de México 1964-1965. Secretaría de Industria y Comercio, 1965.

despilfarro y crisis, pero sin desarrollo acelerado de las fuerzas productivas sin crecimiento impetuoso de la productividad, sin «revoluciones técnicas» ni reproducción ampliada independiente, etc.”²⁸

Precisamente las particularidades en el desarrollo del capitalismo mexicano, suponen particularidades en el desarrollo del proceso revolucionario de nuestro país. En México existen tareas maduras que es necesario resolver: la de sacar al país de su dependencia respecto del imperialismo y suprimir el carácter complementario de nuestra economía; la de liquidar la gran propiedad agraria, capitalista y semifeudal; la creación de un régimen político democrático; la supresión de los monopolios y del capital usurario; la elevación del nivel de vida de las masas trabajadoras; la de resolver la crisis de todo el sistema educativo nacional.

Los ideólogos de la burguesía presentan como vía de solución la del perfeccionamiento y la continuación sin límites de la Revolución Mexicana, la del desarrollo lento, lleno de sacrificios para las masas, de un capitalismo sujeto a las interferencias del imperialismo. Los revolucionarios marxistas-leninistas proclamamos otro camino: el de una nueva revolución democrático-popular y antimperialista que dé cumplimiento a las tareas que el desarrollo social plantea y abra el camino hacia el socialismo.

Esa revolución es nuestro camino particular, propio, mexicano, derivado de las particularidades del país. Esa revolución forma parte del movimiento revolucionario mundial que apunta hacia la liquidación del último sistema de explotación: el capitalismo.

²⁸ Arnoldo Martínez Verdugo. Informe al XV Congreso del PCM. Política, No. 171 P. VII.

4. Dos enseñanzas particularmente valiosas para los mexicanos en El Capital de Carlos Marx.

Quiero poner fin a esta charla sobre *El Capital* de Carlos Marx y sobre algunas de sus enseñanzas que me ha parecido necesario subrayar para las condiciones de nuestro país y de la lucha ideológica que en él transcurre, con el señalamiento de dos cuestiones particularmente valiosas para las luchas contemporáneas de México contenidas en la obra cuyo primer centenario celebramos.

Me refiero a la teoría de Marx sobre la reproducción ampliada del capital social y a la cuestión campesina.

Con frecuencia —y a veces por pereza en la investigación económica— se establece que el método preferido por el imperialismo para lograr la dependencia de nuestros países, ha sido el de la violencia. En efecto la violencia ha jugado un gran papel en el sometimiento de nuestros países y de nuestras economías, pero como ya dejó claro en su tiempo Engels, la violencia no puede crear por sí misma una nueva formación económica. La violencia descansa sobre una determinada base económica.

El caso es que, en lo que se refiere a la dependencia de países como el nuestro, la violencia juega un papel complementario de una realidad económica, que sólo podemos explicarnos justamente si acudimos a uno de los grandes descubrimientos de Marx: a su teoría sobre la reproducción ampliada del capital social.

Como es sabido Marx divide en dos grandes sectores toda la producción social: el I que comprende la producción de los medios de producción, y el II que se refiere a la producción de artículos de consumo.

La reproducción ampliada del capital social es un proceso complejo en el que el sector I determina al II; más sin el funcionamiento de éste el I estaría impedido de realizar su producción y obtener los medios de consumo que son necesarios a sus obreros y el gasto personal de los capitalistas. Para que sea posible la ampliación de la producción es necesario poner en acción cierta cantidad de nuevos medios de producción; el sector I consume sus propios medios de producción (materias primas y medios de producción para producir medios de producción); en cada ciclo de la producción el sector I debe crear una cantidad mayor de medios de producción que los que él mismo consume y los que consume el sector II (materias primas y maquinaria). En la reproducción ampliada, el desarrollo de las fuerzas productivas se expresa en que la parte de trabajo social destinado a la producción de medios de producción crece con más rapidez y marcha siempre adelante de la destinada a la producción de artículos de uso y de consumo.

Bajo el capitalismo existe una contradicción insoluble entre la producción y el consumo. El objeto de la producción capitalista —el máximo de ganancia— se logra ampliando la producción y acumulando capital. Pero al mismo tiempo esto sólo es posible con la reducción de vida de los trabajadores: bajan el consumo y la capacidad de compra, lo cual conduce a la contracción del mercado y crea dificultades para la realización de las mercancías.

Los capitalistas tratan de superar esa contradicción apoderándose del mercado exterior. A su vez, la ley del desarrollo desigual —que es ley absoluta del capitalismo en la etapa imperialista— conduce a disparidades constantes en el ritmo de

acumulación entre los diferentes países “civilizados”, y lleva a continuas disputas y desgarramientos del sistema por apoderarse de esos mercados para “realizar” su producción.

Para que esa “realización” sea posible en el mercado exterior, es necesario que haya un determinado número de países que no produzcan lo que otros deben exportar; de esta manera se crea la “necesidad” —necesidad para los capitalistas— de establecer el monopolio sobre la fabricación de los medios de producción, y la “necesidad” —también para los capitalistas— de que haya países atrasados incapaces de producir esos medios de producción. Entonces surge el campo propicio para la violencia armada y para la violencia política contra quienes quieran salirse del carril impuesto para la “realización” de las ganancias de los monopolistas de los medios de producción y de no pocos de los medios de consumo.

Sin embargo, en la propia sociedad capitalista no es posible parar en seco el desarrollo de las fuerzas productivas en cada país. El desarrollo ascendente de las fuerzas productivas es una ley absoluta de la sociedad. Tarde o temprano en los países “salvajes”, “subdesarrollados”, o como quiera llamárenos, se eleva el nivel y se amplía el carácter social de las fuerzas productivas, y éstas chocan con las relaciones sociales que nos exporta el imperialismo, las relaciones de dependencia.

Resulta necesario entonces introducir ciertas modificaciones al sistema; se hacen algunas concesiones —“letrinas doradas” e infraestructura en especial—. Pero una que no está dispuesta a hacer el imperialismo es la de ceder el monopolio sobre una parte de la producción de medios de producción: aquélla que se denomina sección A del sector I, o sea la

producción de medios de producción para producir medios de producción, es decir, máquinas-herramientas, industria pesada o máquinas para producir máquinas.

Y sin ello no hay desarrollo económico-social verdadero y consolidado, no hay posibilidad real de superar el atraso en un plazo breve, incorporarse a la "civilización". La ruptura de ese monopolio es —sin embargo—, necesidad fundamental sin la cual no es posible liquidar la dependencia. El crecimiento rápido que es necesario a los países rezagados, sólo se puede conseguir si el ciclo completo de la reproducción se realiza en el seno de cada país y eso no es posible mientras el país depende, para realizar tal reproducción empleada, de los equipos del exterior.

Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que México ha logrado un desarrollo de las fuerzas productivas que no sólo permite plantearse la eliminación de las tradicionales desproporciones existentes entre los dos sectores de la producción, sino que exige esa supresión. De acuerdo con el índice de la producción industrial elaborado por la Nacional Financiera, en el período 1950-1965 el sector más dinámico de la producción industrial fue el de la industria que produce bienes de producción con incremento de 339%; le sigue la producción de energía eléctrica con un aumento de 293% y la de petróleo con 287%. En contraste la producción de bienes de consumo aumentó sólo en 171%.

El aumento preferencial del sector I no ha bastado, sin embargo, para acabar con la desproporción que existe entre las dos grandes ramas de la producción; ese crecimiento no es, por otro lado, firme, sino oscilante y en los últimos cinco años los dos sectores han ido casi al parejo. Dentro de la estructura de la producción

social sigue predominando el sector que produce bienes de consumo, que aportó el 56.2% de todo el producto, mientras el que produce medios de producción constituyó sólo el 43.8% restante.

¿Cuál es la razón de que exista esta inestabilidad y esas oscilaciones? ¿Dónde está el peligro de que el aumento preferencial no cumpla la función de impulsar fuerte y sólidamente el desarrollo económico nacional?

Se encuentra precisamente en que la producción en el sector I se constriñe principalmente a materias primas y energéticos, productos que si bien pueden emplearse en los dos sectores, se destinan casi exclusivamente al sector II, debido a la estructura existente en la producción mexicana.

La ausencia de ramas fundamentales de la industria pesada como son la industria química pesada y la industria de máquinas-herramientas impide que nuestro sector I se encuentre en condiciones de producir en su mayor parte medios de producción para producir medios de producción y no medios de consumo.

Unos cuantos datos de fuente oficial muestran cuán grave es la situación al respecto. De acuerdo con el estudio del ingeniero Carlos Quintana, de la Nacional Financiera, en el lapso de 1955 a 1964 México importó 12,964 tornos, mientras produjo sólo 128; importó 10,553 taladros, mientras produjo únicamente 1,526.

¡He aquí el principal signo de la dependencia de México! ¡He aquí algo que no abordan los que —en pos de la excepcionalidad— renuncian a utilizar como instrumento de investigación científica el esquema de la reproducción ampliada elaborado por Marx!

Este esquema es un instrumento de

enorme valor para la investigación de la realidad de nuestro país y de la localización del principal elemento de su dependencia, en tanto que economistas burgueses y pequeño-burgueses se quedan en la superficialidad de los empréstitos y las inversiones extranjeras.

El asunto merecería, por su propia importancia, una conferencia especial. No me es posible, por desgracia, continuar abordándolo. Diré, sin embargo, que no es inevitable que esto ocurra aún en las condiciones de un régimen político como el existente en México, Y no es fatal porque el monopolio capitalista —imperialista— de la producción de medios de producción para producir medios de producción ha sido roto, y que hoy es posible a todos los países crear completo su sector I, reconquistar la sección A que les ha sido sustraída, robada, por los monopolios imperialistas. Esa posibilidad se encuentra en la existencia del sistema socialista mundial, que puede brindar a nuestros pueblos la ayuda técnica, el utillaje necesario para que se forme en nuestros países la industria pesada. Si se quiere un ejemplo de ello, lo tenemos sólo a tres horas de vuelo, en el Mar Caribe: la Cuba socialista y revolucionaria. Y si esta posibilidad no se utiliza y aprovecha en México, ello es debido sólo a la extrema cobardía de las clases gobernantes, y a su incapacidad —revelada en más de una forma— para encabezar la lucha por los intereses de la nación.

Cuántas ocasiones hemos escuchado la afirmación de que en México es completamente inoperante la teoría de Marx sobre la renta del suelo. Algunos teóricos pequeño-burgueses han llegado a afirmar que es tan diferente el planteamiento de la cuestión de *El Capital* y la realidad mexicana, que en el primer caso los te-

rratenientes alquilan la tierra y en nuestro país son los ejidatarios los que alquilan sus parcelas.

¡Gran torpeza y exagerada presunción! Lo que en realidad sucede es que no han estudiado a fondo las tesis de Marx y ni siquiera han pasado de los manuales de divulgación. En *El Capital* Marx estudia las condiciones típicas de la producción agrícola capitalista e investiga y elabora las leyes de esta producción; descubre las diversas formas de renta —la renta absoluta, las rentas diferenciales—, y su fuente verdadera: la explotación del trabajo asalariado de los obreros agrícolas.

Marx hizo abstracción —y para obtener los resultados científicos que se proponía eso era indispensable—, de la economía campesina existente en casi todos los países, en la que las leyes de la producción agrícola capitalista no rigen sino en el ámbito de las relaciones mercantiles de los campesinos. Pero Marx de ninguna manera olvidó la existencia de este tipo de economía. En *El Capital* todo un párrafo del capítulo XLVII del tercer tomo, el número 5, está destinado a estudiar las relaciones que existen en esa economía, las causas de su existencia y su decadencia general.

Ese párrafo, *El régimen de aparcería y la propiedad parcelaria de los campesinos*, es de extraordinaria utilidad para la comprensión de la situación existente en el campo mexicano. Dice Marx: “Tenemos además la *propiedad parcelaria*. En este régimen el campesino es al mismo tiempo propietario libre de su tierra, la cual aparece como su instrumento fundamental, como el campo indispensable de acción de su trabajo y su capital... El límite de la explotación para el campesino parcelario, no es, de una parte, la ganancia media del capital... El límite

absoluto con que tropieza como pequeño capitalista no es sino *el salario que se abona a sí mismo*, después de deducir lo que constituye realmente el precio de producción. Mientras el precio del producto lo cubra, cultivará sus tierras, reduciendo no pocas veces su salario hasta el límite estrictamente físico... Por consiguiente, para que el campesino parcelario cultive su tierra o compre tierras para su cultivo no es necesario, como ocurre en el régimen normal de producción capitalista, que el precio del mercado de los productos agrícolas sea lo suficientemente alto para arrojar la ganancia media y menos aún un remanente sobre esta ganancia media plasmado en forma de renta...

"Las causas por las cuales sucumbe esta economía señalan sus propias limitaciones... la destrucción de la industria doméstica rural que le sirve de complemento, como consecuencia del desarrollo de la gran industria; el empobrecimiento y el estrujamiento graduales de la tierra sometida a ese tipo de cultivo; la usurpación por los grandes terratenientes de la producción comunal que constituye en todas partes el segundo complemento del régimen parcelario y que hace posible el mantenimiento del ganado; la competencia de la agricultura en gran escala, ya sea en régimen de plantaciones o en régimen capitalista... La usura y el sistema de impuestos tienen necesariamente que arruinar en todas partes a la propiedad parcelaria..."²⁹

Si hemos hecho esta cita tan larga del párrafo mencionado es para demostrar que quienes formulan la supuesta inoperancia de los estudios de Marx en la situación mexicana, proceden con una superficialidad extrema. ¿Puede acaso

²⁹ *El Capital*, ed. cit. pp. 744-747.

negarse que el régimen económico a que se sujetaba el del campesino parcelario expuesto por Marx, es el mismo que rige fundamentalmente para el campesino mexicano, sea este ejidatario, arrendatario o minúsculo propietario? Todos estos campesinos mexicanos trabajan —como el parcelario de Marx— por el precio de producción más el salario que se abonan a ellos mismos, reduciendo este salario la más de las veces, al límite estrictamente físico.

¿Puede acaso negarse que las causas que liquidan y destruyen la economía parcelaria, son las que producen la liquidación de la economía campesina de los ejidatarios, pequeños arrendatarios y minúsculos propietarios? Los campesinos mexicanos sufren la destrucción de la industria doméstica, el empobrecimiento de las tierras, la usurpación de la propiedad comunal, la competencia de la economía capitalista —sobre todo de la gran propiedad capitalista—, y la usura y el sistema de impuestos.

Pero, podría decirse y se dice, el campesino mexicano cobra el precio de garantía con el que el Estado lo protege. ¡Cínica falacia burguesa! El precio de garantía no lo cobra *nunca* el campesino; se lo estafan, desde el momento en que se aplica a la agricultura, los usureros, los instrumentos oficiales de crédito y distribución, los intermediarios, el sistema impositivo, y hasta el cura a través de los diezmos y primicias. Y es natural, pues el precio de garantía en México no es una institución para los campesinos, sino para los capitalistas, ya que son éstos los que —para seguir cultivando la tierra— requieren de una ganancia garantizada, mientras los campesinos seguirán cultivando la tierra con "el salario que se abonan a ellos mismos".

Hoy la economía campesina vive un proceso de liquidación por las causas que apuntara Marx, pero también a causa de la voracidad de la economía capitalista que no tolera a su lado nada que no sea sostén y apoyo para sus relaciones de producción.

Pero aunque Marx señalaba las limitaciones de la economía campesina, no era tampoco un fatalista; nunca planteó que las formas con que había sido liquidada la economía campesina en los países de Europa occidental por el capitalismo, fuese el camino obligado para todas las naciones. Al contrario, rechazó el criterio que pretendía hacer de su examen de los hechos ocurridos en el período de la acumulación originaria, una teoría filosófico-histórica "sobre la trayectoria general a que se hallan sometidos fatalmente todos los pueblos, cualesquiera que sean las circunstancias históricas que en ellos concurren".³⁰ Ante el curso que se imponía al desarrollo del capitalismo en el campo en Rusia, Marx decía en 1877: "Si Rusia sigue marchando por el camino que viene recorriendo desde 1861 (la destrucción de la comunidad rural), desperdiciará la más hermosa ocasión que la historia haya ofrecido jamás a un pueblo para esquivar todas las fatales vicisitudes del régimen capitalista."³¹

Con ese mismo criterio, los comunistas mexicanos rechazamos todo fatalismo en el sentido de que sea necesaria la liquidación de la economía campesina para el desarrollo de la producción en México; por el contrario la defendemos sobre la base de pugnar por elevar también sus condiciones de trabajo productivo, principalmente a través de la cooperación campesina en la compra de productos, en la venta de ellos, en la concertación de

³⁰ *El Capital*, ed. cit., I, p. 711.

operaciones mercantiles y en la propia producción. Planteamos una política que la fortalezca y una reforma agraria radical que liquide la gran propiedad feudal o capitalista.

En cuanto a la idea de que al campo mexicano son inaplicables los estudios e investigaciones de Marx, los argumentos de que en las leyes de Marx el terrateniente alquila la tierra y aquí el ejidatario alquila su parcela, revelan un profundo desconocimiento —o lo que es peor un ocultamiento falaz— del carácter de una y otra "rentas". Y constituyen, por lo tanto, una falsa premisa para concluir que en México hay una enorme diferencia de realidades respecto a la situación examinada en *El Capital*.

La renta que el capitalista paga al terrateniente expresa el monopolio de la propiedad de la tierra por el terrateniente que transfiere el monopolio de la explotación al capitalista; es la fusión del capital con la tierra a través del arrendamiento. Es a esta forma de renta y de producción a la que se aplican las leyes de Marx sobre la renta del suelo. Si el capitalista —esto también se prevee en *El Capital*— es al mismo tiempo dueño de la tierra, se apodera de la ganancia capitalista, de la renta absoluta y de la renta diferencial en sus dos formas. Estas leyes son perfectamente aplicables a toda la producción agrícola capitalista de nuestro país, que es la forma predominante en la actualidad.

En el caso del campesino, la "renta" es la separación del productor de la tierra, de ese campo indispensable para la aplicación de su capital de que habla Marx, y la tal "renta" no constituye en verdad sino el precio del despojo del campesino por el capitalista, prácticamente consagrado por el régimen de la "Revolución

Mexicana" a través del alquiler de las parcelas.

* * *

Compañeros estudiantes:

Termino ya mi charla a propósito de *El Capital*. Tal vez mi exposición haya sido prolija, mas quise dejar constancia en este local que tantas inquietudes estudiantiles ha abrigado, que tantos debates ha cobijado, de nuestra concepción acerca de la mejor forma de celebrar el primer centenario de *El Capital*, de cómo asimilar las enseñanzas del genio que creó una obra en que se reúnen el rigor científico y el espíritu de Partido. Estamos convencidos de que el homenaje que debemos a la obra de Marx es el de recoger los frutos mejores de esa unidad para utilizarlos en la lucha de clase del proletariado mexicano por el socialismo, y en la lucha de todo el pueblo por una patria libre de opresión imperialista, de gran propiedad sobre la tierra, de monopolios mexicanos y de antidemocracia.

Los dirigentes del Partido Comunista Mexicano hemos deseado que en esta charla se expresara nuestro criterio sobre el gran valor que tiene para la juventud el asimilar las enseñanzas de la ciencia siempre joven del marxismo-leninismo. Hemos deseado entrar en contacto directo con las inquietudes revoluciona-

rias de la juventud estudiosa de México y proponerles un camino: el del estudio científico verdadero y el de la lucha indoblegable por la transformación de la realidad socio-económica de nuestra patria, ya que como dicen Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*, nuestra lucha es, en primer término, nacional, contra las propias clases dominantes en nuestro país, contra lo que representan su régimen económico, sus leyes, su Estado como formas de opresión y explotación del proletariado mexicano y de todos los trabajadores.

¡Qué sea éste el inicio de un contacto fructuoso entre los estudiantes de esta escuela, de esta universidad y el Partido Comunista Mexicano! ¡Qué sea el principio de un intercambio cobijado por la sombra de la inmortal ciencia del marxismo-leninismo!

La teoría de Marx es todopoderosa porque es exacta, dijo Lenin, la teoría de Marx nos inspira para impulsar el movimiento revolucionario y para encauzarlo por la senda de la unidad de la ciencia con el espíritu revolucionario.

Marx nos legó *El Capital* y una colosal obra de investigación y de lucha obrera revolucionaria, comunista. *Seamos dignos de ese legado.*

Ciudad Universitaria,
21 de septiembre de 1967.

La metodología de *El Capital* y el estudio del capitalismo contemporáneo

Yakov Pevzner*

LA ABSTRACCION EN EL CAPITAL

EL rasgo más característico de *El Capital* es sin duda la estrecha unidad que en el curso de la obra se establece entre el objeto y el método de investigación. *El Capital* es la dialéctica revolucionaria unida a un profundo análisis objetivo de la realidad.

Descubrir la ley económica fundamental del capitalismo —como se propuso Marx— era únicamente posible en base a la teoría materialista del conocimiento. “Si —como escribió Lenin— Marx no nos dejó una **Lógica** (con mayúscula), dejó en cambio la **Lógica de El Capital**... En *El Capital*, Marx aplicó a una sola ciencia la lógica, la dialéctica y la teoría del conocimiento del materialismo”.¹

* Yakov Pevzner, es Doctor en Ciencias Económicas, colaborador del Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales y autor de varias obras sobre la economía de los países desarrollados.

¹ Lenin. *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 38, pág. 311.

Las leyes fundamentales de la dialéctica que reflejan la realidad —la unidad y lucha de los contrarios, el cambio de la cantidad en calidad, el desarrollo de lo simple a lo complejo— están en *El Capital* estrechamente ligadas con los métodos de análisis que permiten conocer esa realidad en su variedad y evolución. Estos métodos consisten en el paso ininterrumpido del análisis a la síntesis, de los hechos particulares a los conceptos generales y, luego, de éstos últimos a los hechos concretos nuevamente. La fuerza del método dialéctico de conocimiento reside así en su esencia científica, pero sobre todo, en la sustancialidad de las abstracciones que maneja. Esto es lo que permitió a Marx descubrir los rasgos y aspectos más esenciales de la cambiante realidad capitalista.

Sin proponernos estudiar los distintos aspectos de la dialéctica en *El Capital*, nos detendremos únicamente en un tema actual: el uso que hace Marx de la abstracción como instrumento de conocimiento.

En el prólogo de *El Capital*, se subraya que “en el análisis de las formas económicas de nada sirve el microscopio ni los reactivos químicos, el único medio de que disponemos, en este terreno, es la capacidad de abstracción”.²

Toda la experiencia de la evolución científica testimonia que cuanto más compleja es la realidad más difícil resulta crear una abstracción que refleje sus propiedades esenciales. Precisamente por eso, a pesar de las concepciones opuestas, las ciencias sociales que tienen que trabajar con una gran cantidad de factores, interinfluyentes y en ocasiones opuestos unos a otros, son las disciplinas más complejas e intrincadas.

La fuerza del método dialéctico de conocimiento, que tiene su más viva expresión en *El Capital*, consiste en que es ajeno a todo apriorismo. Para él las concepciones, categorías y leyes no existen dadas de antemano, sino que cristalizan en el proceso del análisis de la realidad y a su turno, se convierten en instrumentos más precisos para conocer su desarrollo posterior, lo que requiere de una nueva investigación para deducir nuevas y más elevadas abstracciones científicas.

Marx partía de que la realidad de la vida social no se compone únicamente de fenómeno y esencia, sino que es “estratiforme”, y que sus propias y particulares abstracciones son necesarias no sólo para comprender todo el edificio en su conjunto, sino también para estudiar cada una de sus partes. Esta complejidad de las abstracciones resultó inasequible, extraña y hostil para la apología burguesa.

La ciencia burguesa se ha caracterizado siempre por su incapacidad de crear abs-

tracciones que ahonden en la comprensión de los fenómenos. Esta ineptitud suelen disfrazarla los teóricos burgueses y reformistas con ataques al concepto del valor y otras categorías generales reveladoras del origen, el aspecto cualitativo, la esencia clasista de su estructura y las facetas más importantes de la sociedad capitalista.

Sin embargo, en nuestro tiempo, es imposible como lo hicieron antes Dühring, Struve, Bernstein y otros, declarar simplemente “fantasmagorías”, “doctrinalismo” y “escolástica” esas abstracciones cuyo contenido científico ha sido comprobado repetidas veces por la experiencia histórica. Los métodos de la “crítica del marxismo” son en nuestros días más sutiles y refinados. Quizás el recurso preferido de la economía política burguesa contemporánea consiste en aplicar determinada abstracción (categoría) contenida en *El Capital*, no a ese aspecto de la realidad capitalista a que corresponde, sino a cualquier otro que no guarde relación directa con tal abstracción. Lo que equivale a rechazar las leyes objetivas que gobiernan la trayectoria de los cuerpos cuya velocidad de movimiento se acerca a la de la luz, por la sencilla razón de que estas leyes no se aplican a los cuerpos que se desplazan a velocidades ordinarias.

Sin embargo, ese procedimiento no brilla por su novedad. Hay que recordar cómo después de ver la luz el tomo I de *El Capital* los economistas burgueses, especulando sobre la igualdad de las cuotas de ganancia en las ramas con distinta composición orgánica del capital, encontraban en esto una contradicción con la tesis de que, en igualdad de condiciones, la cuota de ganancia en las ramas con una composición relativamente baja debe ser supe-

² C. Marx. *El Capital*, La Habana, Ed. Venceremos, 1965, t. I, pág. XXI.

rior a la que priva en las ramas con una composición orgánica más elevada.

Pero Marx no hubiese pensado en forma dialéctica de no haber advertido esa contradicción y encontrado la explicación de la misma. Ya dos años antes de aparecer el tomo I de *El Capital* tenía escrito el capítulo décimo del tomo II, en el que se desarrolla la teoría marxista de la ganancia media y se investiga la mecánica de la conversión del valor en precio de producción, demostrando así que la contradicción entre estas dos categorías es sólo aparente que, en realidad, entre una y otra existe necesaria y plena correspondencia. Pero esta coherencia entre valor y precio de producción no puede descubrirse si el análisis se realiza superficialmente. Para comprenderla es necesario otro nivel y otro tipo de abstracción. En el caso del valor interviene una abstracción que corresponde al trabajo abstracto como base de la producción mercantil. Mientras que en el caso del precio de producción, se maneja una abstracción que abarca uno de los aspectos específicos más importantes de la producción mercantil, la fase más elevada de su desarrollo: la fase capitalista. La correspondencia entre el uno y el otro se establece en el transcurso de la producción, en el proceso de la competencia entre las distintas ramas y el movimiento de capitales entre ellas. Al revelar la correspondencia que existe entre el valor y el precio de producción, Marx no sólo resolvió este problema sino que fundamentó el análisis dinámico sin el cual es inconcebible la moderna ciencia económica.

Los críticos de Marx recurren cada vez más frecuentemente a diversos subterfugios anticientíficos en la medida en que la realidad capitalista se vuelve más com-

pleja. Un buen ejemplo de esta tendencia es el ataque que contra Marx ha lanzado J. Strachey, uno de los principales líderes laboristas de derecha. Sin escatimar elogios y cumplidos, Strachey acusa a la teoría marxista del valor-trabajo en *El Capitalismo Moderno* (libro que fue publicado en 1956 y que provocó un gran revuelo) de representar una "hipótesis superflua", y de no ser posible mediante ella, seguir la dinámica del producto social y de la renta nacional. "...De aceptar el trabajo socialmente necesario expresado en horas como unidad de medida del valor —escribe— nos privamos de la posibilidad de revelar los cambios acontecidos en la productividad del trabajo... Todo el volumen del producto social se representa como una magnitud constante".³ "Marx —continúa Strachey— tenía una medida, aunque en sumo grado imperfecta, con la que intentaba hacer una apreciación cuantitativa de los distintos campos de la economía y establecer el carácter de la división del producto social entre las clases. Pero no podía medir el crecimiento del producto social en su conjunto. Y aunque el rasero de Marx podía dictarle únicamente el esquema aproximado de la división del producto, él pretendía obtener mediante ello resultados más concretos que lo que esa medida podía dar. Por eso gran parte de su sistema se basa en conjeturas que no han sido confirmadas por el curso de los acontecimientos".⁴

Esta tesis de Strachey, emitida en los momentos en que la ciencia burguesa se veía obligada a emprender una elaboración apresurada de las "teorías del crecimiento", fue recogida por muchos ideólo-

³ J. Strachey, *Contemporary Capitalism*, London, 1956, págs. 63-64.

⁴ *Ibid.*, págs. 99-100.

gos burgueses y reformistas. Así, dice lo mismo el economista japonés T. Horie, cuando asevera que sobre la base del enfoque marxista de la correlación del valor de las mercancías y la productividad del trabajo "no es posible medir el crecimiento de todo el volumen del producto social o el grado de ascenso del rendimiento del trabajo..."⁵

Las anteriores acusaciones van dirigidas contra la tesis de Marx de que una variación de la productividad del trabajo socialmente necesario lleva a producir en un lapso determinado una mayor cantidad de mercancías, pero no a incrementar el volumen del valor nuevamente creado.⁶ Este grado superior de abstracción es necesario para revelar la contradicción entre el valor de cambio y el valor de uso así como para esclarecer el origen y la naturaleza del dinero como equivalente universal. A despecho de Strachey, esa abstracción, lejos de ser una "hipótesis superflua" y de "interferir el camino a la medición de la dinámica de la renta nacional", es indispensable para descubrir posteriormente el nexo y la interdependencia que existen entre el valor de cambio, el valor de uso, la productividad del trabajo y el volumen del producto social. Tomemos como ejemplo hipotético el caso de los países A y B.

Supongamos que en el primer año de actividad, cada uno de ellos ha producido mil millones de unidades de mercancías con un costo de mil millones de horas de tra-

⁵ T. Horie, *Towards a Higher Stage of Marxian Economics*.

⁶ "El mismo trabajo rinde durante el mismo tiempo idéntica cantidad de valor, por mucho que cambie su capacidad productiva. En cambio, puede arrojar en el mismo tiempo cantidades distintas de valores de uso, mayores o menores según que su capacidad productiva aumente o disminuya" (C. Marx, *El Capital*, La Habana, Ed. Venceremos, 1965, t. I, pág. 14).

bajo socialmente necesario. Aceptemos además que el valor de cada hora de trabajo y el de cada unidad de mercancías es equivalente al de un gramo de oro. Después de 10 años, en los que suponemos que el valor del oro respecto a otras mercancías no ha cambiado (es decir, permanece constante la cantidad de trabajo socialmente necesario contenido en un gramo de oro), la situación en los países A y B se ha modificado de la siguiente manera. El país A ha producido en el año décimo cinco mil millones de unidades de mercancías con un gasto igual al del primer año, es decir de mil millones de horas-hombre. El país B, por el contrario, en ese último año ha producido también cinco mil millones de unidades de mercancías, pero no a un costo de mil sino de cinco mil millones de horas-hombre. Como vemos, a pesar de que los cambios en el volumen de los valores de uso producidos han sido idénticos, la diferencia en los resultados del desarrollo económico de los dos países es enorme. En uno de ellos, en A, la productividad se incrementó en 5 veces, mientras que en B permaneció constante. En consecuencia, mientras que en A el valor de las mercancías, que era en el primer año de mil millones de gramos de oro permanece sin modificación, en el último año el volumen de valores de uso producidos ha crecido en cinco veces. Es decir, el valor creado en el año décimo también corresponde a mil millones de gramos de oro (aunque como el valor del oro no ha cambiado cada gramo equivale no ya a una sino a cinco unidades de la mercancía). En el segundo país, la situación es diferente; aquí la productividad del trabajo es la misma de antes, y el crecimiento en cinco veces del volumen de la producción de valores de uso es el resul-

tado del correspondiente incremento del valor, es decir, del número de horas-hombre de trabajo socialmente necesario invertidas. Aquí, al nuevo volumen del valor corresponderán no mil sino cinco mil millones de gramos de oro. De este modo, aunque la producción de ambos países se ha incrementado en la misma magnitud, el país A, de mayor productividad, ha obtenido el mismo resultado pero a un costo social cinco veces menor. De ahí que como decía Marx: "...Dependerá de la productividad del trabajo la cantidad de valores de uso que se produzca en un determinado tiempo y, por tanto, en un determinado tiempo de sobretabajo. La riqueza real de la sociedad y la posibilidad de ampliar constantemente su proceso de reproducción no depende, pues, de la duración del sobretabajo, sino de su productividad y de las condiciones más o menos abundantes de producción en que se realice".⁷

La verdadera riqueza de la sociedad depende no de la duración del trabajo, sino de su productividad: tal es la conclusión a la que llega Marx en los grados subsiguientes del análisis y que lejos de contradecir los planteamientos básicos de la teoría del valor-trabajo, se basa, por el contrario, plenamente en ella.

Hay que tener en cuenta que en los tiempos en que Marx escribía *El Capital* no había todavía en ningún país estadísticas más o menos regulares de la renta nacional. Y que, aun ahora, esa estadística se encuentra lejos de ser perfecta. La determinación de las proporciones de la renta nacional exige que se consideren una gran cantidad de factores que influyen sobre los precios y los índices de volumen de la producción. Es particularmente difi-

⁷ C. Marx. *El Capital*, La Habana, Ed. Venceremos, 1965, T. III, pág. 826.

cil llevar una contabilidad correcta de la parte de la renta que se origina en las esferas de los servicios y la circulación. Pero, por muy grandes que sean las complicaciones estadísticas prácticas, sólo sobre la base de la teoría marxista del valor es posible determinar el grado de extensión e intensidad del crecimiento económico. Es decir, establecer la diferencia que existe entre un incremento del volumen de riqueza, de los valores de uso, proporcional al aumento del valor, del tiempo de trabajo socialmente necesario (crecimiento extensivo); y ese otro tipo de incremento de la riqueza que se realiza dentro de los marcos de un volumen dado de valor, con la misma inversión de trabajo socialmente necesario (crecimiento intensivo).

En la práctica estadística, los economistas burgueses recurren con mucha frecuencia a los enunciados de la teoría marxista del valor. ¿Qué representan si no los índices del volumen físico de la producción tantas veces utilizados, o los del volumen del producto por trabajador a precios constantes? No son sino índices de variación del volumen del valor de uso en los límites de una proporción dada de valor.⁸ Respecto a los ataques teóricos de Strachey, acerca de que la concepción marxista sobre la interrelación de la pro-

⁸ En una de las variantes para el prólogo del "Anti-Dühring" (1878) Engels escribió: "...hasta en Alemania la nueva escuela económica sólo acierta a remontarse por encima del vulgar librecambismo copiando a Marx (no pocas veces falsamente) bajo el pretexto de criticarlo (F. Engels. *Anti-Dühring*, La Habana, Ed. Política, 1963, pág. 407). Esta observación de Engels tiene validez actual. La ciencia económica burguesa recurre a los plagios de las ideas de Marx en forma directamente proporcional a los esfuerzos que realiza para silenciarlo, mixtificarlo y "rebatirlo". El propio Keynes llamó a *El Capital* "manual envejecido de Economía Política", aunque su análisis sobre el papel determinante de las inversiones en la coyuntura económica no es más que una variante mala de la tesis de Marx sobre el movimiento del capital fijo como base material del ciclo.



ductividad del trabajo y las proporciones del valor, dificulta la dinámica del producto social, nada tienen de común ni con la teoría ni con la práctica del análisis económico y por eso les aguarda la misma suerte que corrieron las anteriores "refutaciones" del marxismo.

DE LA PRODUCCION MERCANTIL SIMPLE AL CAPITALISMO MONOPOLISTA

La investigación de cualquier fenómeno de la vida social requiere aclarar lo específico del mismo, su esencia cualitativa. Ese análisis será eficaz sólo en el caso de que sea continuo. Es decir de que se sitúe firmemente, como lo hicieron los clásicos del marxismo, en el terreno de los resultados alcanzados por la ciencia, de las deducciones revolucionarias hechas ya por ella, pero no para limitarse a repetir las, sino avanzando siempre, investigando el cambio de las condiciones objetivas de la lucha revolucionaria.

Por otro lado, la verdadera naturaleza de cualquier fenómeno social únicamente puede ser comprendida si se considera en su origen. El análisis marxista de la ley del valor, de la relación que existe entre la economía mercantil simple y el capitalismo es un modelo insuperado de la aplicación de este principio (conocido en filosofía como "negación de la negación").

El intercambio mercantil aparece, como es sabido, en los albores de la sociedad clasista y el estudio de sus principios fue iniciado desde la antigüedad. La ley del valor, ley del intercambio de las mercancías de acuerdo con la cantidad de trabajo social cristalizado en ellas, fue elaborada por primera vez por los representantes más ilustres de la ciencia burguesa, siendo

conceptuada por éstos como atributo de la libre competencia, como base económica de la "libertad, igualdad y fraternidad". Marx, continuando este análisis, articuló la teoría científica del valor como medida especial de las cosas, mostrando cual había sido su desarrollo y cual era su acción en las distintas formaciones sociales.

El análisis marxista descubrió que en el contexto del dominio de la propiedad privada sobre los medios de producción, la ley del valor actúa como ley de expropiación, que detrás de las relaciones de las mercancías como objetos se ocultan relaciones clasistas y antagónicas. Marx concibió sobre sí el odio de la burguesía al establecer la diferencia entre el trabajo y la fuerza de trabajo como mercancía de tipo especial, porque al hacerlo no sólo dejó bien sentado que la producción de plusvalía constituye la ley fundamental del capitalismo, sino probó también que la explotación capitalista surge y se desarrolla no en oposición a la ley del valor, sino sobre la base de ella.

Marx estudió las leyes radicales de la sociedad capitalista y su génesis teniendo ante sí como "modelo vivo" a Inglaterra, donde como consecuencia del proceso de la acumulación originaria, de la implacable expropiación violenta de los campesinos y de los pequeños propietarios urbanos, a comienzos del siglo XIX cristalizó ya una sociedad integrada por tres clases principales: capitalistas, terratenientes y obreros asalariados; en donde el campesinado quedó casi reducido a la nada. Pero tan poderosa era la fuerza de la abstracción que hizo Marx, que el cuadro de la génesis del capitalismo trazado por él en su forma clásica es actual para multitud de países. A finales del siglo XIX, el análisis mar-

xista del tránsito de la economía mercantil simple al capitalismo pertrechó a los marxistas rusos en su lucha ideológica contra el populismo. En esta segunda década de postguerra, la persistente ruina de los granjeros de los Estados Unidos y de las haciendas campesinas en Europa Occidental, así como el próspero "agrobusiness" aceleran el desenlace de la secular polémica del marxismo-leninismo con el reformismo burgués en lo que se refiere a la "estabilidad de la pequeña producción".

La doctrina de Marx descubre de una manera irrefutable el hecho de que, en perspectiva histórica, la producción mercantil simple debe ceder el sitio a formas más elevadas y rentables de economía social, si bien la transformación de la producción mercantil simple en capitalista, su muerte bajo los golpes del capitalismo, acontece en países concretos, en plazos y períodos históricos diferentes y no es una fatalidad inevitable. En los países de capitalismo monopolista, la producción mercantil simple retrocede más y más ante la presión de las formas dominantes; en cambio, en otros casos, dada la correlación en el ámbito mundial entre socialismo y capitalismo, no sólo se mantiene, sino que fortalece su resistencia al empuje de los monopolios extranjeros y del capital doméstico a través de las más diversas formas, incluso con la participación del Estado. Y esa resistencia constituyen uno de los factores que abren la perspectiva del desarrollo no capitalista en los países ayer coloniales y dependientes.

La conversión de la ley de la plusvalía en ley básica del capitalismo dio origen a nuevas leyes y tendencias: la ley de la ganancia media y del precio de producción, la ley general de la acumulación ca-

pitalista, la del curso cíclico de la reproducción, la tendencia al descenso de la cuota media de ganancia, etc.

Analizando estas leyes, Marx escribió: "...en toda la producción capitalista ocurre lo mismo: la ley general sólo se impone como una tendencia predominante de un modo muy complicado y aproximado, como una media jamás susceptible de ser fijada, entre perpetuas fluctuaciones".⁹ Como señalara Engels, las leyes económicas "no tienen otra realidad que la de la aproximación, la tendencia, el promedio, y no en la **realidad inmediata**. Sucede así, en parte porque su acción se entrecruza con la acción simultánea de otras leyes y además, por razón de su naturaleza como conceptos".¹⁰

Esta peculiaridad de las leyes de la economía capitalista, el hecho de que "se ejecutan a través de la no ejecución" no debe ocultar la diferencia entre dos tipos de leyes: las leyes fundamentales del capitalismo y las tendencias inherentes a este modo de producción.

Las leyes expresan la determinación cualitativa de los diferentes aspectos de la realidad, sus rasgos constitutivos por decirlo así. Sin los rasgos esenciales de uno u otro fenómeno, que las leyes expresan, no existen los fenómenos como tales. En lo que se refiere a las tendencias, aquí el problema es diferente: las tendencias no expresan la esencia cualitativa del fenómeno, sino aquellas de sus propiedades que dependiendo de las circunstancias, pueden manifestarse con más o menos intensidad, y en ciertas condiciones incluso suspender su acción temporalmente al influjo de tendencias opuestas. Pero, aun

⁹ C. Marx. *El Capital*, la Habana, Ed. Venceremos, 1965, t. III, pág. 183.
¹⁰ C. Marx y F. Engels. *Obras*, T. 39, pág. 355. (Ed. en ruso)

en estos casos, la determinación cualitativa de uno u otro aspecto de la realidad subsiste, por cuanto siguen actuando las leyes fundamentales que le son inherentes.

Leyes fundamentales del capitalismo son y han sido siempre las leyes de la plusvalía y de la ganancia. "La producción de la plusvalía, la obtención de lucro: tal es la ley absoluta de este sistema de producción", escribió hace cien años Marx."

Multitud de factores diversos puede influir haciendo subir o bajar la tasa de explotación o las cuotas y masas de ganancia, pero nada, excepto la supresión revolucionaria del capitalismo, puede poner fin a la explotación capitalista, eliminar la ganancia capitalista y la producción de plusvalía. ¿Reconocen los "renovadores" del marxismo el hecho de la explotación capitalista; reconocen que el magno descubrimiento de Marx —la ley de la plusvalía, la ley de la explotación— ha sido y sigue siendo la ley fundamental del llamado "mundo libre"? Como hemos visto antes, los modernos críticos reformistas del marxismo no pueden contestar a esta pregunta cardinal. Por eso combaten con tanto ahínco las tendencias descubiertas por Marx del crecimiento de la composición orgánica del capital, del descenso de la cuota de ganancia, del aumento preferencial de los medios de producción y algunas otras, es decir, los planteamientos de *El Capital* relacionados con aquellos rasgos de la realidad capitalista susceptibles de ser debilitados e incluso temporalmente neutralizados por factores contrapuestos.

¿Se observa por un período más o menos largo el descenso de la cuota de ganancia, su estabilidad o incluso su crecimiento.

11 C. Marx *El Capital*, La Habana, Ed. Venceremos, 1965, pág. 562.

Adelante el primer sector de la producción social al segundo o, por efecto de distintas circunstancias (contratendencias), el ritmo del desarrollo de la producción en ambos sectores se aproxima?: todas estas y otras muchas cuestiones parciales desempeñan un gran papel en el análisis de las leyes del proceso productivo, del movimiento de la coyuntura, de los problemas de la competencia económica entre el socialismo y el capitalismo. Pero ningún cambio de esta índole significa la "transformación" del capitalismo, ya que todas las tendencias y contratendencias mencionadas, accionan sobre el terreno de las leyes fundamentales: las leyes de la plusvalía y de la ganancia.

Aunque entre las leyes y tendencias existe una gran diferencia, en la realidad y, por tanto, también desde el punto de vista teórico, estos dos conceptos no están separados de manera absoluta.

Las tendencias pueden convertirse en leyes y, por el contrario, las leyes pueden "retroceder" a la condición de tendencias. También la plusvalía en los albores del capitalismo fue una tendencia, que devino en ley, únicamente después de culminado el proceso de acumulación originaria.

Entre las nuevas tendencias que afloran con el capitalismo ha desempeñado una función especial la tendencia al monopolio. Ya en los años sesenta del siglo pasado, en *El Capital* (t. III, cap. 27), descubrió Marx lo específico de las sociedades anónimas, cuyo auge inaugura una nueva fase de la expropiación capitalista. "... Los triunfos y los fracasos conducen por igual a la centralización de los capitales y, por tanto, a la expropiación en la escala más gigantesca".¹²

12 C. Marx. *El Capital*, La Habana, Ed. Venceremos, 1965, T. III, pág. 459.

La aparición entre los siglos XIX-XX de la fase imperialista del capitalismo tenía por base económica la transformación de la tendencia hacia la monopolización en **ley dominante**. El gran mérito del análisis científico de esta nueva ley le pertenece a Lenin. Al celebrarse el primer centenario de la aparición de I tomo de **El Capital**, la opinión de los países socialistas, y el pensamiento marxista-leninista del mundo entero, solemnizan también el 50 aniversario de la publicación de la obra de Lenin **El imperialismo, fase superior del capitalismo**. Entre estos dos tratados teóricos fundamentales del socialismo científico existe continuidad ideológica y metodológica.

Para comprender el alcance de la continuidad que hay entre las obras de Lenin sobre el imperialismo, y **El Capital** hay que tener presente que el aspecto externo de los fenómenos económicos, el análisis superficial de los cambios originados por la fase monopolista del capitalismo (sobre todo en el período de su crisis general), alentó en notable medida las tendencias apoloéticas de la burguesía. Basándose en el nuevo fenómeno de la "difusión de las acciones", en el aumento del salario y el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida alcanzadas por la clase obrera, logrados en grandes batallas, los apoloetas del capitalismo acentuaron sus ataques a la doctrina marxista sobre la producción de la plusvalía como pilar del modo capitalista de producción, contra la intensificación de la explotación y la concentración creciente de la propiedad capitalista.

La significación histórica de los trabajos de Lenin sobre el imperialismo consiste en que en ellos, en base de la metodología marxista, se explica cómo detrás de los

nuevos fenómenos del desarrollo capitalista, de las grandes transformaciones acaecidas en las fuerzas productivas y los cambios de la gestión capitalista (incluyendo la formación del capital financiero, el ascendente papel de la exportación de capitales, etc.) se oculta una nueva etapa en el desenvolvimiento de la expropiación capitalista sobre el terreno de las leyes del valor y de la plusvalía.

Cualesquiera que sean las formas que adopte la gestión económica capitalista, la producción en el capitalismo seguirá siendo producción que únicamente persigue ganancia, que se amasa mediante la explotación de la clase obrera y los demás trabajadores. Y, cuanto más enmascaren su esencia los métodos de gestión capitalista, mayor será el papel que tenga que jugar la teoría revolucionaria como instrumento revelador de esa esencia. La metodología marxista permitió hacer lo que, debido a la falta de estadística de la renta nacional, era impracticable en la época de Marx: calcular la cuota de plusvalía, cuya dinámica revela por doquier la tendencia al recrudecimiento de la explotación, aun con elevación del salario real.

Un problema especialmente complejo en el período del capitalismo monopolista es el de la relación recíproca entre monopolio y competencia. En realidad, esto nos conduce a la cuestión misma de la ley del valor: ¿conserva esta ley su acción reguladora de todos los procesos económicos cuando el número y la intensidad de los factores que desvían los precios respecto del valor aumentan grandemente? A los primitivos factores de ese género (la correlación entre la demanda y la oferta, la competencia interramal) se suman el papel creciente de los precios monopolistas y otros muchos fenómenos que operan

al margen de la circulación monetaria debido a la compensación de títulos bancarios por oro y el progreso general de la inflación.

Ya en la segunda mitad de los años cuarenta (s. XIX), en la *Miseria de la filosofía*, escribió Marx: "en la vida práctica encontramos no solamente la competencia, el monopolio y el antagonismo entre la una y el otro, sino también su síntesis, que no es una fórmula, sino un movimiento. El monopolio engendra la competencia, la competencia engendra el monopolio. Los monopolistas compiten entre sí, los competidores pasan a ser monopolistas... La síntesis consiste en que el monopolio no puede mantenerse sino librando continuamente la lucha de la competencia".¹³ Esta hipótesis, magnífica por su penetración que fuera emitida en una época en que el monopolio era todavía muy raro, un fenómeno episódico, se confirmó por entero posteriormente cuando el monopolio pasó a ser la fuerza dominante. "...Los monopolios —escribe Lenin—, que se derivan de la libre competencia, no la eliminan, sino que existen por encima de ella y al lado de ella, engendrando así contradicciones, rozamientos y conflictos particularmente agudos y bruscos".¹⁴

EL CAPITAL Y ALGUNOS PROBLEMAS DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE ESTADO.

Otro de los procedimientos favoritos de los críticos burgueses del marxismo consiste en desfigurar hasta lo absurdo el determinismo económico del materialismo histórico, exponer las cosas de tal modo

¹³ C. Marx *Miseria de la filosofía*, p. 147. En español, Moscú.

¹⁴ V. I. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, t. 22, pág. 280.

como si el marxismo no reconociese la influencia que sobre la evolución social ejercen otros factores, aparte de los económicos (siendo de notar que estos últimos suele reducirlos la crítica burguesa-reformista del marxismo al desarrollo de las fuerzas productivas exclusivamente). La endeblez de tales acusaciones sin embargo fue más de una vez señalada por los propios fundadores de la teoría revolucionaria del proletariado. "...La misma base económica... puede mostrar en su modo de manifestarse infinitas variaciones y gradaciones debidas a distintas e innumerables circunstancias empíricas, condiciones naturales, factores étnicos, influencias históricas que actúan desde el exterior, etc., variaciones y gradaciones que sólo pueden comprenderse mediante el análisis de estas circunstancias empíricamente dadas".¹⁵

"Al explicar —escribió Lenin— la estructura y el desarrollo de una formación social determinada exclusivamente por las relaciones de producción, él (Marx —Nota del autor) no obstante, siempre y en todas partes, estudiaba las superestructuras correspondientes a estas relaciones de producción, cubría el esqueleto de carne y le inyectaba sangre".¹⁶

En oposición al reformismo, el marxismo parte siempre de que los factores superestructurales (la política estatal, la lucha de clases, etc.) en el marco del capitalismo no pueden impedir la acción de las leyes de la producción capitalista. Pero, a la vez, el marxismo ha reconocido siempre por completo que las leyes y tendencias económicas se manifiestan como resultado del choque de factores complejos y contradictorios, entre los que destacan los de orden político. Del mismo modo que la

¹⁵ C. Marx, *El Capital*, La Habana, Ed. Venceremos, 1965, t. III, pág. 799.

¹⁶ V. I. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, 1960, T. I. págs. 155—156.

fricción y el freno no excluyen la ley de la inercia, y el vuelo de los pájaros y los aviones no invalida la ley de la gravedad, la influencia de los distintos factores extraeconómicos complica, pero no anula, la acción de las leyes económicas.

El Capital está consagrado ante todo y principalmente al análisis de las leyes y los problemas económicos. Si bien esa obra colosal, creación del autor de importantísimas obras del análisis histórico político como **El dieciocho brumario de Luis Bonaparte**, **La guerra civil en Francia**, etc., contiene un extenso cúmulo de ideas sobre problemas políticos, espléndidas por su profundidad y trascendencia; éstas, en su conjunto, corresponden a esas vertientes de la vida social que Marx no tocó deliberadamente en **El Capital**.

Si para los propósitos que se impuso Marx esa abstracción era absolutamente lógica, al investigar los radicales problemas teóricos de la fase monopolista del capitalismo el abstraerse de las circunstancias políticas hubiera podido significar un divorcio entre el análisis y la realidad. La continuidad de **El imperialismo fase superior del Capitalismo** con relación a **El Capital** consiste en que basándose consecuentemente en el análisis de los factores económicos, por cuanto ellos fundamentan todos los restantes fenómenos sociales, Lenin dedica singular atención al estudio de los asuntos políticos, es decir, de esos problemas que en la fase del capitalismo monopolista, la víspera de la revolución socialista, han adquirido un significado determinante en la vida social.

Partiendo de las grandes diferencias observadas en la evolución capitalista en distintas partes del mundo y del propósito trazado, Marx hace abstracción de esas disparidades y se concentra principalmente

en Inglaterra como el país del desarrollo clásico del capitalismo en los siglos XVII-XIX. El análisis de la nueva fase del capitalismo —el imperialismo— requería otro método de investigación. Pues uno de los principales rasgos del imperialismo consiste en que se ha transformado en un **sistema mundial** es que el proceso de socialización de la producción ha rebasado con mucho las fronteras nacionales, si bien se encuentra bajo la influencia determinante de la apropiación privada. Con la particularidad de que esta diferencia en los niveles del desenvolvimiento de los distintos países y partes del mundo cobraba un significado radicalmente nuevo. En la desigualdad del desarrollo económico y político de los distintos países capitalistas y en las consecuencias de este hecho vio Lenin lo específico del ulterior efecto de las leyes del capitalismo descubiertas por

Marx. Y ello desempeñó un gran papel en el análisis de toda la situación internacional y de todo el proceso revolucionario mundial. En nuestro tiempo, la elaboración de los problemas teóricos del capitalismo moderno no pueden comprenderse sin el análisis de la evolución específica de los distintos países capitalistas y del lugar que ocupan en la contienda interimperialista.

Entre los problemas planteados al marxismo por la nueva realidad capitalista es particularmente complejo el concerniente a la función económica del Estado burgués. Ya Marx y Engels señalaron que la intervención estatal en el proceso de la producción era una necesidad económica latente. Marx observó que el desarrollo de las sociedades anónimas “en ciertas esferas implanta al monopolio y provoca, por tanto, la ingerencia del Estado”.¹⁷ “De un modo o de otro, con o sin trusts —escribió

17 C. Marx. **El Capital**, La Habana, Ed. Venceremos, 1965, t. III, pág. 458.

Engels en su obra **Del socialismo utópico al socialismo científico**—, el representante oficial de la sociedad capitalista, el Estado, tiene que acabar haciéndose cargo del mando de la producción. La necesidad a que responde esta transformación de ciertos sectores en propiedad del Estado empieza manifestándose en las grandes empresas de transportes y comunicaciones, tales como correos, telégrafos y ferrocarriles”.

En la época del imperialismo, debido al auge de las fuerzas productivas, al progreso de la concentración de la producción y de su carácter social, la necesidad objetiva de la regulación estatal en la economía es cada vez más acuciante extendiéndose a nuevas esferas del proceso reproductivo. Pero el camino por el que esta necesidad objetiva se abre paso es extraordinariamente difícil: el problema de la ingerencia del Estado en la economía es en el período de la crisis general del capitalismo un punto donde se cruzan los intereses de fuerzas sociales contrapuestas.

Como en otros aspectos el acelerado progreso de la intervención estatal en la vida económica es aprovechado por los apologistas burgueses de distintos matices para divulgar la tesis de la “transformación” del capitalismo, de la sustitución de sus rasgos de economía fundada sobre la base de la propiedad privada sobre los medios de producción. A Lenin le pertenece el mérito de haber revelado su falsedad y su sentido apologetico.

Basándose en los hechos de los primeros dos decenios del imperialismo (en particular, de los años bélicos), Lenin trazó la diferencia teórica y política entre la maduración de las premisas materiales para el socialismo y el paso directo al mismo. Tanto el impulso de los monopolios como

la creciente participación estatal en la economía aceleran, sin duda, la plasmación de tales premisas, y en este sentido el capitalismo monopolista de Estado, según Lenin, “es la antesala inmediata hacia el socialismo”. A la par, Lenin demostró que por lejos que vaya la “estatización” capitalista, no pasa de ser un nuevo instrumento de la burguesía monopolista en la lucha por el mantenimiento de su dominio, por el fortalecimiento de la explotación de los trabajadores y en la pugna recíproca de sus distintos destacamentos nacionales. Igual que el dominio de los monopolios, la regulación estatal en la economía surgió y existe sobre la base del capitalismo. Y aún cuando las necesidades bélicas permitieron al Estado burgués vencer muchos aspectos de la anarquía, la producción capitalista conservó sus rasgos económicos fundamentales, basados en la explotación del trabajo asalariado.

Toda la historia posterior del capitalismo monopolista de Estado ha confirmado íntegramente la justeza de este análisis, fundado en la metodología marxista. No obstante, durante un largo período, desde los años 30 hasta el XX Congreso del PCUS, el estudio marxista de los problemas del capitalismo monopolista de Estado adoleció de serias lagunas y deficiencias. Durante esos años, la investigación del capitalismo monopolista de Estado se reducía únicamente a la descripción de las distintas formas de sometimiento del Estado a los monopolios.

Los marxistas no han dudado jamás que el Estado burgués es un instrumento de la clase capitalista y, que en la época imperialista, es un instrumento de los monopolios ante todo. Pero el reducir la investigación a esos hechos empobrecía el análisis del capitalismo monopolista de Estado y

Llevaba a desdenar muchos aspectos importantes del mismo. En primer lugar, aplicar este criterio sin un desarrollo más amplio significaba violar los principios de la correlación en el análisis de lo general con lo particular. El sometimiento del Estado a los monopolios es un enunciado general que halla su expresión en multitud de factores diversos: Ese fenómeno tuvo lugar también antes del capitalismo monopolista de Estado y existe en notable medida independientemente de él. Lo específico de éste consiste en que cuando la anarquía y la competencia engendran contradicciones que amenazan no sólo a las superganancias de los monopolios, sino a la propia existencia del régimen capitalista, el Estado burgués practica la ingerencia activa en el proceso de reproducción y se convierte en el agente indispensable de este proceso.

El segundo defecto metodológico esencial del análisis del capitalismo monopolista del Estado, íntimamente relacionado con el primero, consiste en soslayar las particularidades de su dinámica. Entendíase que el capitalismo monopolista de Estado se ampliaba paralelamente al fortalecimiento de los monopolios, es decir, de un modo más o menos continuo. Sin embargo, el capitalismo monopolista de Estado no prospera de forma rectilínea y ascensional. Después de su expresión militar (durante la primera guerra mundial), se inició un período de prolongado restablecimiento de la competencia entre los monopolios más o menos libre de la intromisión estatal. La quiebra de tal competencia originó un nuevo robustecimiento del capitalismo monopolista de Estado, empleado todavía más por los preparativos bélicos, y en particular por la Segunda Guerra Mundial. El fin del conflicto y con él de la

regulación militar llevó nuevamente a un debilitamiento general de la ingerencia del Estado en la vida económica. Aunque posteriormente se dieron paso hacia una intervención mayor. Nunca en los países del capitalismo monopolista había sido en tiempo de la paz tan visible y elevado el grado de intromisión del Estado en la economía y su influencia sobre el proceso reproductivo como en los años cincuenta y sesenta.

Las causas de tan fuerte regulación no suscitan dudas: la necesidad económica objetiva reciente de la regulación estatal se ha reforzado debido a la competencia entre los sistemas del socialismo y el capitalismo, y de un nuevo agravamiento de las contradicciones interimperialistas de la pugna por los mercados. Hace sólo 25 años, no existía el problema de la emulación en los ritmos de incremento para los gobiernos de los Estados capitalistas y para los ideólogos burgueses. Hoy ese problema ocupa un lugar central en la contienda ideológica y política.

Con todo, sigue siendo un hecho que el capitalismo monopolista de Estado avanza no por efecto de la vigorización del capitalismo. Por el contrario. "Las guerras mundiales y las crisis económicas, el militarismo y las conmociones políticas —dice el Programa del PCUS— han acelerado la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado". Y aun en las presentes condiciones, en las que adquiere gran envergadura la regulación estatal de la economía, en los países capitalistas se desarrolla una aguda lucha entre dos tendencias contradictorias: la tendencia a mantener y reforzar la regulación estatal y la que propende a su debilitamiento.

Esa peculiaridad del desarrollo del capitalismo monopolista de Estado no puede



ser comprendida sin conocer y considerar las leyes fundamentales del modo capitalista de producción, descubiertas por Marx. Por muy grande que sea la necesidad objetiva de regular la economía desde un centro, para los monopolios y todos los sectores de la burguesía esa regulación no sólo representa ventaja, sino conlleva también fenómenos tan inadmisibles para la propia naturaleza del capital como son los del elevamiento de los impuestos sobre los beneficios y la gran ingerencia del Estado en la esfera de la gestión productora, y, particularmente, su intromisión en el reparto de las ganancias. Para no hablar ya del aspecto político que representa la acentuación de la interferencia estatal en la economía, al revelar con mayor eviden-

cia lo arcaico de la propiedad privada capitalista.

El análisis científico desplegado en la literatura marxista a raíz del XX Congreso del PCUS descubrió lo complejo y contradictorio del contenido mismo del capitalismo monopolista de Estado. Sin tal análisis es inconcebible la posibilidad de elaborar una línea estratégica acertada para la clase obrera y su vanguardia marxista leninista. El carácter clasista de este fenómeno se pone de relieve en el curso de la lucha en torno a las líneas concretas de la política económica estatal. A pesar de la gran diversidad de las formas concretas que asume el capitalismo monopolista de Estado, por todas partes se observa la tendencia de la oligarquía financiera a no permitir en modo alguno se socave el mo-

nopolio del capitalismo privado. La oligarquía combate el desarrollo de la regulación estatal y el intento de incrementar las proporciones absolutas y el peso relativo de la propiedad pública. Además, si como resultado de unas u otras circunstancias históricamente plasmadas (tales como la nacionalización de la propiedad de los monopolios alemanes en Austria después de la guerra, y de algunas ramas de la industria francesa durante el periodo en que los comunistas estuvieron en el gobierno, etc.), la propiedad estatal ocupa, no obstante, un lugar notable en la economía, los monopolios y sus gobiernos centran el esfuerzo en convertir nuevamente la propiedad pública en privada. La réplica de la clase obrera, cuyas fuerzas han crecido en la postguerra sensiblemente, desbarata a menudo ese empeño de la burguesía.

La esencia económica del capitalismo monopolista de Estado es la redistribución de la renta nacional, efectuada de manera que el poder público pueda fiscalizar una gran parte (en varios países del 25 al 40 %) del volumen total de las inversiones, con la particularidad de que la propiedad de los monopolios sobre los medios de producción no se toca; al contrario, son exonerados de "cargas" fiscales desorbitadas. El Estado ejecuta las inversiones en aquellas ramas cuyo impulso ejerce una influencia estimulante sobre toda la economía perc en las que son muy largos los plazos de circulación del capital y de grandes riesgos respecto a la rentabilidad (infraestructura, obras energéticas, prospecciones geológicas, investigaciones científicas, etc). Esto unido al incremento de las proporciones y vigorización de la estructura de los monopolios, a la programación estatal de la economía, y también a otras medidas del poder público para la regulación econó-

mica (sobre todo en la esfera del crédito, de la circulación fiduciaria y el comercio exterior), así como la participación creciente del Estado en las inversiones ha repercutido sensiblemente en el ciclo capitalista. Debido a las marcadas diferencias que existen en los distintos países, los cambios en conjunto se caracterizan por que las depresiones cíclicas de la producción aparecen menos profundas.

No obstante, el imperialismo ha conseguido el poder público para la regulación económica (sobre todo en la esfera del crédito, de la circulación fiduciaria y el comercio guiado evitar estos descensos cíclicos de la producción tan sólo en los periodos de guerras mundiales, es decir, cuando el Estado supervisaba directa o indirectamente la mayor parte de la riqueza y del producto sociales. En condiciones de paz, el capitalismo monopolista es incapaz de eso, ya que convertir un grado tan alto de intervención estatal en un fenómeno normal implicaría socavar los cimientos de la gestión privada. **La necesidad objetiva del gobierno estatal de la economía hace crecer continuamente las posibilidades del capitalismo monopolista de Estado:** en este hecho se manifiestan las leyes fundamentales del capitalismo, descubiertas por Marx. Ahora, como hace un siglo, la realidad capitalista confirma la deducción de que "el verdadero límite de la producción capitalista es el mismo capital".¹⁸

"Desde que hay en el mundo capitalistas y obreros —escribió Engels acerca de **El Capital**— no se ha publicado un solo libro que tenga para los obreros la importancia de éste...".¹⁹

En los cien años transcurridos desde que

18 C. Marx. **El Capital**, La Habana, Ed. Venceremos, 1965, t. III, pág. 272.

19 C. Marx y F. Engels. **Obras escogidas en dos tomos**, Moscú Ed. Progreso, t. I, pág. 449.

viera la luz *El Capital*, los mayores éxitos en la lucha por la emancipación de la clase obrera, por los intereses de todos los trabajadores los alcanzaron aquellos partidos que se pertrecharon con esta obra como tratado científico que revela las leyes de la evolución social, las leyes del capitalismo y la inevitabilidad de su hundimiento. El socialismo, después de convertirse en realidad, ha pasado a ser la fuerza determinante de nuestro tiempo. El régimen social capitalista, en la forma que lo observó Marx, ha testimoniado su quiebra completa. La evolución del capitalismo en la época contemporánea comprueba la idea de Marx de que las sociedades anónimas y el crédito, "este resultado del máximo desarrollo de la producción capitalista, constituye una fase necesaria de transición hacia la reversión del capital a propiedad de los productores, pero ya no como propiedad privada de productores aislados, sino... como propiedad directa de la sociedad".²⁰ Se confirma la idea de Lenin de que el capitalismo monopolista "...arrastra, por decirlo así, a los capitalistas en contra de su voluntad y conciencia a un nuevo régimen social de transición entre la absoluta libertad de competencia y la socialización completa".²¹

²⁰ C. Marx y F. Engels. *Obras Escogidas* en dos tomos, Moscú, Ed. Progreso, t. I, pág. 449.

²¹ V. I. Lenin. *Obras Completas*. Buenos Aires. T. 22 pp. 215-216.

Al mismo tiempo, el capitalismo, al pasar por varias etapas y conservar los rasgos más esenciales del régimen social fundado en la explotación, en la producción de plusvalía, adquirió nuevos perfiles y en la lucha por demorar su muerte reveló su aptitud de adaptarse a condiciones cambiantes.

El estudio de estos nuevos rasgos es posible sólo sobre la base de la metodología de Marx y de las leyes radicales del modo capitalista de producción por él descubiertas. Ese estudio descubre no sólo la vitalidad del capitalismo y la presencia de reservas en su arsenal, sino también el límite de éstas posibilidades. El progreso ulterior, y la necesidad de asegurar las condiciones indispensables para la reproducción ampliada, para el máximo aprovechamiento eficaz de las fuerzas productivas creadas por el género humano requieren imperativamente transformaciones que no puede propiciar el capitalismo monopolista de Estado, toda vez que estas mutaciones afectan a los pilares de la propiedad privada. Mas por complejas que sean las vías de la evolución histórica, de las rutas del tránsito hacia el socialismo, la historia ha comprobado la deducción formulada en el primer tomo de *El Capital*: "suena la hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores serán expropiados".

Desarrollo teórico y contradicción *

Evald Ilienkov * *

La lógica de El Capital y el concepto de valor

Analicemos la diferencia de principio que existe entre el proceso de deducción de las categorías en *El Capital* y la deducción lógica formal. Es decir, investiguemos la esencia concreta del método de ascender de lo abstracto a lo concreto.

En Ricardo, el concepto de valor, categoría universal del sistema de la ciencia, es una abstracción que, además de ser incompleta, tiene un carácter formal y, por tanto, no es correcta. Ricardo no se propone aún investigar el valor especialmente, en una abstracción distinta de las demás categorías, ya que ve en él una expresión de lo general y abstracto propio de cada una de las categorías desarrolladas y de cada fenómeno concreto que abarca este concepto.

* Capítulo del libro *La dialéctica de lo abstracto y lo concreto* en "El Capital" de Marx. Moscú, 1980.

* * Candidato a doctor en Ciencias Filosóficas, colaborador del Instituto de Filosofía, Academia de Ciencias de la URSS.

Así pues, en las definiciones teóricas de la categoría universal de partida y en los modos de su definición se encierra ya, como en embrión, toda la diferencia entre la deducción de categorías por el metafísico Ricardo y el método de ascensión de lo abstracto a lo concreto usado por el dialéctico Marx.

Marx forma conscientemente las definiciones teóricas del valor mediante el análisis concreto más detallado del cambio simple de mercancías, dejando aparte como ajena al asunto toda la riqueza de los fenómenos desarrollados sobre la base de aquél y las categorías que los expresan. Esto es, en realidad, una abstracción efectivamente completa, por una parte, y efectivamente sustancial (en vez de formal o "genérica"), por otra.

Tal interpretación, que supone el enfoque histórico concreto de las cosas, es la única que posibilita el análisis especial de la forma del valor, el estudio especial del contenido concreto de una categoría universal, permitiendo analizar el valor no

como concepto, sino como una **realidad concreta perceptible por los sentidos**, como fenómeno económico elemental.

El valor no se analiza en tanto que abstracción mental de lo general, sino como una **realidad** económica bien especificada que está a la vista, y por tanto, puede ser objeto del estudio especial; como una realidad de un contenido histórico concreto propio, cuya revelación teórica coincide con la formulación de definiciones del **concepto de valor**.

Marx muestra que el contenido real de la forma del valor no es simplemente una identidad cuantitativa abstracta de las porciones de trabajo, como suponía Ricardo, sino **identidad dialéctica de los contrarios** de las formas relativas y equivalencia en que se expresa el valor de cada una de las mercancías que entran en la relación de cambio. En el descubrimiento de la **contradicción intrínseca** de la forma simple de mercancía reside, precisamente, el punto que opone la dialéctica de Marx al pensamiento metafísico de Ricardo.

Es decir que Marx, prescindiendo del principio de la identidad abstracta, elabora el contenido de una categoría universal, del concepto concreto de valor, sobre la base del principio dialéctico de la identidad de los polos que se presuponen mutuamente y de las definiciones que se excluyen entre sí.

Esto significa que el contenido de la categoría de valor se descubre en la revelación de las contradicciones internas de la forma simple de valor que se realiza a modo de cambio de una mercancía por otra. Marx presenta la mercancía como **contradicción viva** de una realidad desig-

nada con este término, como antagonismo vivo sin resolver dentro de ésta. La mercancía contiene la contradicción en su propio seno, dentro de sí misma, en sus definiciones económicas inmanentes.

Adviértase que, como muestra Marx, el desdoblamiento interno en momentos que se excluyen y, al mismo tiempo, se presuponen mutuamente, es propio de **cada una** de las dos mercancías que se enfrentan, en el acto del cambio.

Cada una de ellas encierra la forma económica del valor como su propia determinación económica inmanente. En el cambio, que es el acto de sustitución de una mercancía por otra, esta determinación se **manifiesta, se expresa**, pero nunca se crea.

Este es el punto cardinal de cuya interpretación depende no sólo el problema del valor, sino también el problema lógico del concepto concreto como unidad de las definiciones que al mismo tiempo se excluyen y se presuponen mutuamente.

En el fenómeno del cambio se da el siguiente cuadro: una mercancía es sustituida en manos de su poseedor por otra, con la particularidad de que se trata de una sustitución recíproca, posible sólo cuando ambas mercancías se equipararan como valores. Por eso, la pregunta debe formularse así: ¿qué es el valor?

¿Cómo es la realidad económica, cuya naturaleza se revela en el cambio, y de qué manera puede expresarse en un concepto? El cambio efectivo muestra que cada una de las mercancías representa con respecto a su poseedor sólo un valor de cambio, pero nunca de uso. Y al contrario, cada uno de los sujetos del cambio ve en manos del otro sólo un valor de

Das Kapital.

Kritik der politischen Oekonomie.

von

Karl Marx.

Erster Band.

Buch I: Der Produktionsproceß des Kapitals.

Das Recht der Uebersetzung wird vorbehalten.

Hamburg

Verlag von Otto Meissner.

1867.

New-York: L. W. Schmidt, 24 Barclay-Street.

uso, es decir, un objeto que puede satisfacer una necesidad suya. Eso es por lo que procura apropiarse de él. Ambas partes tienen una actitud absolutamente igual en este aspecto.

Desde el punto de vista de un poseedor, cada una de las mercancías funciona en una forma distinta, directamente contraria a la otra: la que le pertenece (lienzo) es nada más que **valor de cambio** y nunca de uso, pues de otro modo no habría querido enajenarla (cambiar); la otra (levita), por el contrario, es para él sólo **valor de uso**, sólo equivalente de su propia mercancía.

El sentido del cambio real estriba, precisamente, en la sustitución recíproca de los valores de cambio y de uso, de las formas relativa y equivalencial.

Esta sustitución o conversión recíproca de las formas económicas polarmente contrapuestas del producto del trabajo —formas que se excluyen la una a la otra— es un acto de todo punto real que se opera fuera de la cabeza del teórico y no dependen en nada de ella.

En esta conversión recíproca de los contrarios se realiza y se efectúa el **valor**. El cambio se presenta como la única forma posible en que se manifiesta y se expresa, en el fenómeno, la naturaleza valorativa de cada mercancía.

Está claro prácticamente que esta naturaleza misteriosa no puede **manifestarse** o **revelarse**, sino a través de la conversión recíproca de las antítesis que implican los valores de cambio y de uso, de la sustitución recíproca de las formas relativa y equivalencial o, dicho de otro modo, cuando una mercancía (lienzo) funciona como valor de cambio, y la otra (levita), co-

mo valor de uso; cuando una asume la forma relativa de expresión de valor, y la otra, la forma equivalencial contraria. Ambas formas no pueden coincidir en una misma mercancía, ya que entonces desaparecería toda necesidad de cambio. Por medio del cambio se enajena sólo lo que, sin representar directamente un valor de uso, es nada más que valor de cambio.

Marx formula teóricamente este estado de cosas real: "Por tanto **una misma mercancía no puede asumir al mismo tiempo ambas formas en la misma expresión de valor**. Estas formas se excluyen la una de la otra como los **dos polos**".¹

El metafísico se complacerá sin duda con esta tesis. Pues fíjense: ¡dos definiciones que se excluyen entre sí no pueden haber realmente en una misma mercancía! ¡La mercancía puede encontrarse sólo en una de las formas económicas que se excluyen la una a la otra, pero de ninguna manera en ambas a la vez!

¿Acaso no significa esto que el dialéctico Marx niegue la posibilidad de coincidencia de definiciones polares en un concepto? A primera vista puede parecer que sí.

Pero al analizar el hilo de los pensamientos de Marx, uno se convence en el acto de que la cosa no es tan sencilla. Pues ocurre que el fragmento citado corona el análisis de la forma empírica de revelación del valor y no hace sino conducir al problema del valor como contenido inmanente de cada mercancía. El concepto de este último aún está por formular. El pensamiento que por ahora se

¹ C. Marx. *El Capital*, t. I, Buenos Aires. 1965. pág. 44

limita a fijar la forma de revelación empírica del valor, y no el contenido intrínseco del mismo, deja sentado que cada una de las mercancías puede asumir en esta manifestación de valor una de sus formas polares, y no puede asumir las dos a la vez.

Pero la forma que asume cada una de las mercancías enfrentadas no es el valor, sino únicamente una revelación unilateral de éste. El propio valor como tal, cuyo concepto aún está por expresar, es algo tercero que no coincide con ninguna de sus formas polares por separado ni con su combinación mecánica.

Un examen más profundo del cambio muestra que la "imposibilidad" arriba fijada, de que las dos características económicas polares y mutuamente excluyentes coincidan en una misma mercancía, no es otra cosa sino la forma indispensable de revelación del valor en la superficie de los fenómenos.

"Por tanto, la antítesis interna de valor de uso y valor que se alberga en la mercancía toma cuerpo en una antítesis externa, es decir en la relación entre dos mercancías, de las cuales la una, aquella cuyo valor trata de expresarse, sólo interesa directamente como valor de uso, mientras que la otra, aquella en que se expresa el valor, interesa sólo directamente como valor de cambio. La forma simple de valor de una mercancía es, por tanto, la forma simple en que se manifiesta la antítesis de valor de uso y de valor, encerrada en ella".²

Mas por cuanto no se trata ya de la forma exterior de revelación del valor,

sino del propio valor como realidad económica objetiva, la cual se encierra en cada una de las mercancías objetos de cambio y constituye la naturaleza inmanente, oculta, de éstas, por la misma razón es distinto todo el cuadro.

El principio que prohíbe la conciencia directa de formas del ser mutuamente excluyentes en una misma cosa en un mismo tiempo y, por consiguiente, en la expresión teórica de ésta, se observa donde se trata de la forma empírica exterior de manifestación de la realidad investigada (en este caso, del valor), pero se niega directamente cuando se trata del contenido interno de esta realidad, de las definiciones teóricas del valor como tal.

La naturaleza intrínseca del valor se expresa teóricamente sólo en el concepto de éste. Y el rasgo distintivo del concepto marxista de valor consiste precisamente en que se descubre a través de la identidad de las definiciones teóricas mutuamente excluyentes.

En el concepto de valor se expresa la relación interna de la forma mercancía, y no la relación exterior entre dos mercancías (aquí la contradicción intrínseca no se revela directamente por estar desdoblada en contradicciones de relaciones diversas: "en una relación", con respecto a su poseedor, la mercancía aparece sólo como valor de cambio, y en la "otra", con respecto al poseedor de otra mercancía, sólo como valor de uso, aunque, objetivamente, en este caso no hay más que una sola relación). Dicho de otro modo, aquí la mercancía no es considerada ya en su relación con otra mercancía, sino en la relación "consigo misma", reflejada a través de aquélla.

² C. Marx. El Capital, t. I, Buenos Aires, 1965, pág. 54.

Ahí está el secreto de la dialéctica de Marx; por eso, si no se tiene una idea clara de este núcleo decisivo de la lógica de *El Capital*, no se comprenderá nada ni en *El Capital* ni en su lógica.

La esencia interna de cada mercancía —su valor— no hace más que manifestarse expresarse o “reflejarse” en la relación con otra mercancía. Este valor en tanto que realidad económica objetiva no se crea en el cambio ni brota de él, sino que sólo se manifiesta, reflejándose unilateralmente en otra mercancía como en un espejo capaz de reproducir únicamente el lado que está delante de él, lo mismo que el verdadero espejo refleja el rostro del hombre, sin que por ello deje de existir la nuca.

De ahí que el valor “reflejado en el exterior” aparezca bajo la forma de contrarios exteriores, incompatibles en una misma mercancía, es decir como valores de cambio y de uso, como formas de expresión relativa y equivalencial.

Ahora bien, cada mercancía en cuanto valor es una unidad directa de las formas económicas que se excluyen y, a la vez, se presuponen la una a la otra. Pero en el fenómeno (acto del cambio) y en su expresión teórica, esta naturaleza económica concreta doble aparece siempre como disgregada, por decir así, en sus dos momentos abstractos contrapuestos, cada uno de los cuales excluye el otro y, al mismo tiempo, lo presupone como condición indispensable para su propia existencia, condición que no se encuentra dentro, sino fuera de él.

En el concepto de valor, estas antítesis contrapuestas abstractamente en el fenómeno vuelven a unirse, con la particula-

ridad de que no se trata de una unión mecánica, sino de la inherente a la propia realidad económica de la mercancía, con las formas económicas vivas (que se excluyen y, a la vez, se presuponen mutuamente) de existencia de cada mercancía y de su contenido inmanente, el valor.

En otros términos, el concepto de valor fija la “inquietud inmanente” de la forma mercancía, el estímulo interno de su movimiento y autodesarrollo, es decir, el contenido económico inmanente a una mercancía antes de todo cambio, fuera de toda relación con otra mercancía.

El método dialéctico y la solución de las contradicciones

Partiendo del concepto de valor, revelado como coincidencia viva dialécticamente contradictoria de los contrarios dentro de cada mercancía por separado, Marx descubre luego con certeza y exactitud la evolución de la forma simple de valor en forma dinero, el proceso de generación del dinero por el movimiento del mercado simple de mercancías.

¿Por qué se impone, según Marx, el paso del trueque simple y directo de una mercancía por otra al cambio mediatizado por el dinero?

Esta necesidad se deduce directamente de la imposibilidad de resolver la contradicción de la forma simple del valor sin rebasar los límites de ésta.

El caso es que cada una de las mercancías que entran en la relación de cambio entre sí representa una viva antinomia. La mercancía A puede asumir una forma del valor, pero no puede asumir las dos a la vez. Pero si el cambio se efectúa en

realidad, esto significa que cada mercancía supone en la otra la forma que ésta no puede revestir por encontrarse ya en la forma contraria. Pues, en efecto, el otro poseedor no acude al mercado con su mercancía para que alguien pueda medir en ella el valor de su propia mercancía, sino que debe y quiere medir en la otra el valor de la suya propia, es decir, considera la mercancía enfrentada como equivalente. Pero ésta no puede serlo, porque se encuentra ya en la forma relativa.

Tal actitud es absolutamente igual por ambas partes. El poseedor del lienzo ve en la mercancía levita nada más que un equivalente, y en su propia mercancía, sólo una forma relativa. El poseedor de la levita razona de manera contraria; para él, el lienzo es equivalente, y la levita únicamente valor de cambio o forma relativa. Y si el cambio se efectúa, de todos modos, esto significa, expresando teóricamente el hecho del cambio, que ambas mercancías **miden su valor** recíprocamente y, con la misma reciprocidad, sirven de material en el que éste se mida. Es decir, tanto la levita como el lienzo acusan uno en el otro la forma de expresión de valor que no pueden asumir por encontrarse ya en la otra.

El lienzo mide su valor en la levita, haciendo de ella equivalente, y la levita mide el suyo en el lienzo, también convirtiéndolo en equivalente. Pero tanto el lienzo como la levita se encuentran ya en la forma relativa del valor, ambos miden su valor en el otro y, por consiguiente, no pueden asumir la forma de equivalente. Y sin embargo, puesto que el cambio ha tenido lugar realmente, las dos

mercancías han medido su valor una en la otra, reconociéndose mutuamente como valores equivalentes, aunque ambas se encontraban ya antes en la forma relativa que excluye la posibilidad de asumir la forma contraria, la equivalencial. Por tanto, el cambio real es una coincidencia real y efectiva de las dos formas polarmente excluyentes de expresión de valor en cada una de las mercancías.

El metafísico dirá que esto no es posible, que Marx se contradice a sí mismo al afirmar, unas veces que la mercancía no puede poseer las dos formas polares del valor, y otras, que en el cambio real ha de asumir las dos a la vez.

Marx indica que esto no es sólo posible, sino que también ocurre realmente. Es la expresión teórica del hecho de que el cambio de mercancías directo no representa para el intercambio social de substancias una forma en que éste pueda operarse lisamente, sin roces, sin obstáculos, conflictos ni contradicciones. No es otra cosa sino la expresión teórica de la imposibilidad real, con que tropieza el propio movimiento del mercado: la imposibilidad de establecer con precisión las proporciones del gasto del trabajo socialmente necesario en las diversas ramas del trabajo social, ligadas entre sí sólo por dicho mercado, es decir, de asegurar la expresión exacta del valor.

El cambio directo de una mercancía por otra resulta incapaz de expresar la medida socialmente necesaria del gasto de trabajo en las distintas esferas de la producción social (valor). Por eso, la antinomia del valor dentro de los límites de la forma simple de mercancía no ha sido ni puede ser resuelta. Aquí la mercancía

tanto debe como no puede encontrarse en ambas formas económicas mutuamente excluyentes, pues de otro modo sería imposible el cambio según el valor. Pero de ninguna manera puede asumir las dos formas a la vez. Nos encontramos con una antinomia sin salida, cuya solución es imposible en el marco de la forma simple de valor.

El genio dialéctico de Marx se manifestó precisamente en que supo comprender y expresar esta antinomia.

Por cuanto el cambio según el valor ha de efectuarse a pesar de todo, en una u otra forma, por la misma razón la antinomia del valor debe encontrar una u otra solución relativa real.

Esta solución la encuentra el propio movimiento del mercado simple de mercancías, al engendrar el dinero, la forma dinero de expresión de valor. En el análisis de Marx, el dinero aparece como la forma natural en que el propio movimiento del mercado encuentra el medio de resolver la contradicción de la forma simple de valor, del cambio directo de una mercancía por otra.

En este punto se manifiesta diáfana-mente la diferencia de principio entre el método dialéctico materialista de solucionar las contradicciones, y todos los métodos al alcance del pensamiento metafísico.

¿Cómo procede el metafísico si en la expresión teórica de una realidad determinada resulta contradictoria la definición? Procura siempre resolver la contradicción mediante la "precisión de conceptos", una restricción mayor de los términos, etc., interpretándola en todos los casos no como una contradicción interna, sino exterior y existente en relaciones

diversas, con la que la metafísica se aviene perfectamente. Es decir, procura alterar la expresión de la misma realidad en que se ha revelado la contradicción.

El procedimiento de Marx es en este caso por completo distinto. Partiendo desde dentro, de la forma simple de valor, la antinomia que se ha establecido en las definiciones queda sin resolver y es insoluble objetivamente. Por eso no vale la pena buscar su solución en el examen de esta misma forma. Puesto que dicha antinomia no puede ser resuelta objetivamente (por el movimiento del propio mercado de mercancías) ni tampoco subjetivamente (en la teoría) dentro de los límites del cambio directo de una mercancía por otra, hay que dejar de reflexionar acerca de la misma forma simple de valor para observar la necesidad espontánea objetiva con que el propio mercado encuentra, crea y elabora el medio real para darle una solución relativa.

Así pues, el modo dialéctico materialista de resolver la contradicción en las definiciones teóricas consiste en observar el proceso por medio del cual el propio movimiento de la realidad la resuelve dándole una forma nueva de expresión. En el aspecto objetivo, el caso se reduce a observar mediante el análisis de materiales empíricos nuevos el proceso de generación de una realidad en la que la contradicción antes revelada se soluciona relativamente en la forma objetiva de su realización.

Así procede Marx en su análisis del dinero. Este se presenta como un medio de origen natural con cuya ayuda empieza a efectuarse la transformación recíproca

del valor de uso en valor de cambio y viceversa.

Antes de la aparición del dinero, cada una de las mercancías enfrentadas en el cambio era sujeta a ambas metamorfosis mutuamente excluyentes dentro de una misma relación única, transformándose de la forma del valor de uso en forma del valor de cambio, y, en el mismo momento y dentro de un mismo acto, de ésta en aquélla. Ahora este proceso es distinto, pues la doble transformación no se opera ya como coincidencia inmediata de ambas formas mutuamente excluyentes, sino que está mediatizada por la conversión en dinero en tanto que equivalente general.

La transformación del valor de uso en valor no coincide ya directamente con la transformación inversa del valor en valor de uso. El trueque de una mercancía por otra se descompone en dos actos de transformación contrapuestos, que no coinciden ya en un mismo punto del espacio y el tiempo. Una mercancía se convierte en dinero, y no en otra mercancía. El valor de uso se convierte en valor de cambio, nada más. En otro punto del mercado y, quizás, en otro tiempo, el dinero se transforma en mercancía, el valor se transforma en valor de uso o es sustituido por éste.

La coincidencia de ambas transformaciones polarmente dirigidas se desdobra, en la propia realidad del cambio, en dos transformaciones distintas que no coinciden ya en el tiempo ni en el lugar: el acto de la venta (conversión del valor de uso en valor) y el de la compra (conversión del valor en valor de uso).

El dinero monopoliza por completo la forma económica del equivalente, pasan-

do a ser una encarnación pura del valor como tal, mientras que a todas las demás mercancías les queda únicamente la forma del valor relativo y se contraponen al dinero sólo como valores de uso.

La antinomia en la expresión teórica del cambio de mercancías parece estar resuelta, pues la contradicción (como coincidencia inmediata de los dos contrarios polarmente excluyentes de la forma económica) se presenta como dividida entre dos cosas distintas: la mercancía y el dinero.

Pero en realidad, al aparecer la forma dinero del valor, la contradicción de éste no se esfuma, ni mucho menos, sino que asume una forma de expresión nueva. Sigue siendo, aunque de manera no evidente, una contradicción **interna** que penetra tanto el dinero como la mercancía y, por tanto, sus definiciones teóricas.

En efecto, la mercancía que se contrapone al dinero ha pasado a ser, según parece, nada más que valor de uso, y el dinero se ha convertido en expresión pura de valor de cambio. Pero de otro lado, cada mercancía se refiere al dinero sólo como valor de cambio, pues se vende por dinero precisamente porque no representa valor de uso para su poseedor. Y si el dinero desempeña el papel de equivalente, lo hace porque sigue contraponiéndose a cualquier mercancía, como imagen universal del valor de uso, porque el sentido de la forma equivalencial reside en que ésta expresa el valor de cambio de otra mercancía como valor de uso.

Por tanto, la antinomia inicialmente revelada del intercambio mercantil simple sigue existiendo tanto en el dinero como en la mercancía formando la esencia sim-

ple de ambos, aunque en la superficie de los fenómenos, esta contradicción intrínseca de las formas dinero y mercancía resulta extinguida.

“Veámos —decía Marx— que el proceso de cambio de las mercancías encierra aspectos que se contradicen y excluyen entre sí. El desarrollo de la mercancía no suprime estas contradicciones; lo que hace es crear la forma en que pueden desenvolverse. No existe otro procedimiento para resolver las verdaderas contradicciones. Así por ejemplo, el que un cuerpo se vea constantemente atraído por otro y constantemente repelido por él, constituye una contradicción. Pues bien, la elipse es una de las formas de movimiento en que esta contradicción se realiza a la par que se resuelve”.³

Contradicción exterior y contradicción intrínseca

Marx parte de la contradicción exterior de los valores de uso y de cambio para revelar la contradicción interior encerrada directamente en cada una de las dos mercancías. Para él, el mismo hecho de que la contradicción aparezca al principio como contradicción en relaciones distintas (valor de cambio en relación con uno de los poseedores de mercancías, y valor de uso con respecto al otro) indica el carácter abstracto, incompleto y no suficientemente concreto del conocimiento. Y el carácter concreto del conocimiento significa ver en esta contradicción exterior el modo superficial de revelación de algo “distinto”, de la contradicción interna como coinci-

dencia de las definiciones teóricas que se excluyen entre sí en el concepto concreto de valor.

Aclaremos esto comparando el análisis del valor hecho por Marx con las disquisiciones del empírico inglés Bailey.

Este último estima que la forma exterior de revelación del valor en el cambio es la única realidad económica auténtica del mismo y que todas las habladerías sobre el valor como tal, son una escolástica dialéctica abstracta. “El valor —dice— no es nada especial ni absoluto” porque “no cabe más modo de expresar el valor de una mercancía que el hacerlo por medio de una determinada cantidad de otra mercancía”. Marx le responde así: “También es imposible expresar una idea más que por medio de una determinada cantidad de sílabas. ¿Acaso se atrevía Bailey a decir, en vista de esto, que una idea no es sino una cantidad de sílabas?”⁴

En este caso, Bailey trata de representar el valor como relación entre dos mercancías, como forma exterior de una cosa, supuesta por su relación con otra, mientras que Ricardo y Marx procuran encontrar la expresión de valor como contenido interno de cada cosa que entra en relación de cambio. En la relación de una cosa con otra no hace más que manifestarse —pero en ningún caso se crea— el valor inmanente de aquélla.

En tanto que empírico, Bailey intenta representar la relación inmanente de una cosa en sí misma como relación exterior entre dos cosas.

Ricardo y Marx —ahí está el carácter teórico de su enfoque— procuran desen-

³ C. Marx. El Capital, t. I, Buenos Aires, pág. 86.

⁴ C. Marx. Historia crítica de la teoría de la plusvalía, t. V. Buenos Aires, 1965, pág. 184.

trañar a través de la relación de una cosa con otra la relación interna de aquella consigo misma, es decir, el valor como esencia de la mercancía, que no hace más que manifestarse en el cambio a través de la relación exterior de una mercancía con otra.

El metafísico tiende siempre a "reducir" la contradicción interna de una cosa a la exterior entre ella y otra cosa (contradicción en relaciones distintas), o sea a la forma de expresión que elimine aquella del concepto de cosa. En cambio, Marx procura siempre ver en la contradicción exterior únicamente la revelación superficial de la contradicción intrínseca inmanente a cada cosa que se enfrenta con otra en la relación de contradicción exterior. En ello radica la diferencia entre un enfoque auténtico y la descripción empírica de los fenómenos.

La dialéctica consiste precisamente en saber discernir la contradicción interna de una cosa, el estímulo del autodesarrollo de ésta, donde el metafísico se contenta con ver la contradicción exterior originada por la colisión más o menos casual de dos cosas no contradictorias intrínsecamente.

En este caso, la dialéctica obliga a interpretar la contradicción exterior de dos cosas como manifestación mutuamente necesaria de la contradicción interna de cada una de ellas. La primera aparece como mediatizada por la relación con la segunda, como reflejada a través de otra identidad interna de los momentos que se excluyen entre sí, de la relación interiormente contradictoria de una cosa consigo misma, es decir como contradicción en una misma relación y en un mismo momento.

Marx va de la manifestación exterior de una contradicción al esclarecimiento de su base intrínseca, del fenómeno a la esencia de la contradicción, mientras que el metafísico tiende a proceder al revés, refutando la expresión teórica de la esencia de una cosa desde posiciones de la apariencia exterior que es, según él, la única real.

Así es como procedió Bailey en el razonamiento que hemos aducido y así procede también el metafísico, que procura siempre representar la verdad de una contradicción interpretándola como contradicción en relaciones distintas. Con ello se mata ineludiblemente el enfoque teórico elemental de las cosas.

Según Marx, el valor es la relación de una mercancía consigo misma, y no con otra mercancía, y en esta calidad aparece precisamente como una contradicción intrínseca viva que no ha sido ni puede ser resuelta. Y no se resuelve por el hecho de que salga a la superficie de los fenómenos como contradicción en dos relaciones distintas, como dos transformaciones desiguales: la compra y la venta. Todo el análisis de Marx tiene por objeto mostrar precisamente que la contradicción del valor es insoluble de principio en el marco del intercambio mercantil simple, que el valor no deja de ser aquí una viva antinomia en sí misma por mucho que se intente precisar los conceptos, examinarlo y reflexionar sobre él.

La mercancía como encarnación del valor no puede asumir ambas formas excluyentes de éste a la vez, pero, en realidad, las asume simultáneamente en cuanto se efectúa el cambio según el valor.

En esta antinomia teórica se expresa sólo la imposibilidad real con que tropieza

en cada instante el movimiento del mercado simple de mercancías. Y la imposibilidad no desaparecerá aun cuando se la presente teóricamente como posibilidad, como algo exento de contradicción.

El mercado real con su movimiento deja atrás a la forma de cambio directo de una mercancía por otra. Al examinar los abundantes datos empíricos que expresan este movimiento, Marx pasa al análisis teórico de formas más complejas con las que el mercado realiza y a la par resuelve la contradicción dada. Ahí está la necesidad del paso al dinero.

El enfoque filosófico del asunto pone en claro que en ello se expresa el materialismo del modo marxista de derimir las contradicciones existentes en la expresión teórica de la realidad objetiva. Este modo no supone resolver la contradicción eliminándola de la teoría; por el contrario, arranca de que la contradicción en el propio objeto no puede ser resuelta ni se resuelve sino en el proceso de desenvolvimiento de la realidad que la alberga y su conversión en otra más alta y desarrollada.

La antinomia del valor encuentra su solución relativa en el dinero. Pero éste tampoco la elimina, pues no hace más que crear una forma en que aquélla se realiza y expresa como antes. Este método de representación teórica del proceso real es la única forma lógica adecuada para expresar teóricamente el desarrollo dialéctico del objeto, su autodesenvolvimiento a través de las contradicciones.

El carácter materialista del método usado por Marx para "resolver" las contradicciones teóricas en la definición del

objeto se explica perfectamente en los comentarios de Engels.

"Con este método, partimos siempre de la relación primera y más simple que existe históricamente, de hecho... Nos encontramos con contradicciones, que reclaman una solución. Pero, como aquí no seguimos un proceso discursivo abstracto, que se desarrolla exclusivamente en nuestras cabezas, sino una sucesión real de hechos, ocurridos real y efectivamente en algún tiempo o que siguen ocurriendo todavía, estas contradicciones se habrán planteado también en la práctica y en ella habrán encontrado también, probablemente, su solución. Y si estudiamos el carácter de esta solución, veremos que se logra creando una nueva relación, cuyos dos lados contrapuestos tendremos que desarrollar ahora, y así sucesivamente".⁵

La imposibilidad objetiva de resolver la contradicción entre el carácter social del trabajo y la forma privada de apropiación de su producto mediante el cambio directo, sin intervención del dinero, de una mercancía por otra, se expresa teóricamente como antinomia, como contradicción insoluble de la forma simple del valor y de las definiciones teóricas de éste. Por eso es que Marx ni aun no se proponía suprimir el carácter contradictorio de la definición del valor. Este sigue siendo, pues, una antinomia, una contradicción que no ha sido ni puede ser resuelta, una coincidencia inmediata de las definiciones teóricas polarmente excluyentes. El único medio real de solucionarlas es la revolución socialista que suprime el carácter privado de la apropiación del producto del trabajo

⁵ C. Marx y F. Engels. *Obras escogidas en dos tomos*, t. I, Moscú, 1966, págs. 359-360.

social, apropiación que se efectúa a través del mercado de mercancías.

La deducción dialéctica de categorías

La imposibilidad objetiva de resolver la contradicción entre el carácter social del trabajo y la forma privada de apropiación de sus productos, mientras que el cambio social a través del mercado se impone cada día y cada hora, obliga a buscar los medios y procedimientos naturales que permitan efectuarlo. Eso es por lo que surge, al fin y al cabo, el dinero.

Lo mismo que el dinero surge, en el movimiento real del mercado, como medio natural de resolver las contradicciones del intercambio mercantil directo, las definiciones teóricas del dinero en *El Capital* se elaboran en calidad de medios para resolver el carácter contradictorio de la definición del valor. Aquí nos encontramos con el punto cardinal del método dialéctico de ascensión de lo abstracto a lo concreto, usado por Marx: la deducción dialéctica materialista de categorías. Resulta que el estímulo del desarrollo teórico, el resorte que hace desenvolverse el sistema de definiciones teóricas de la cosa, es la **contradicción interna** de la teoría, porque y cuando refleja inmediatamente la contradicción intrínseca del objeto, que constituye el estímulo interno de su desenvolvimiento, de su complicación y del desarrollo de las formas de su existencia. Y se comprende que a la expresión teórica de este estímulo en un concepto antecede una gran y minuciosa labor de selección y análisis de los datos empíricos sobre el desarrollo de dichas formas.

Desde este punto de vista, la estructura lógica de *El Capital* ofrece un aspecto nuevo, interesante de principio: el proceso discursivo teórico en él no excede de los dos polos inicialmente revelados de la expresión de valor.

La primera categoría concreta siguiente al valor —el dinero— aparece ya como medio real de conversión recíproca de los polos de la expresión de valor, como una metamorfosis por la que se ven obligados a pasar los dos polos del valor —que tienden y a la vez excluyen uno al otro— en el proceso de dicha conversión.

Esto da una orientación objetiva al pensamiento cuando afronta la tarea de revelar las definiciones teóricas generales e indispensables del dinero, haciendo que, al examinar todo el conjunto de datos sensitivos concretos, empíricos, destaque y fije sólo aquellas características que supone necesariamente el proceso de conversión del valor en valor de uso y viceversa y deja aparte todas las particularidades empíricas de la forma dinero, que no dimanen con carácter de necesidad de dicho proceso.

Aquí se pone de manifiesto la diferencia de principio entre la deducción dialéctica materialista de categorías y la deducción por medio de razonamientos abstractos.

Esta última tiene por base el concepto genérico, abstracto, general, en el que se integra el fenómeno específico en cuyo examen se advierten luego los indicios que forman las particularidades distintivas de la especie dada. Con ello se obtiene la apariencia de una deducción. Por ejemplo, la abstracción "caballo en general" se hace extensiva a la raza percherón, y

en la definición de esta raza específica se introducen aquellos rasgos suyos que la distinguen de cualquier otra. Pero es de todo punto evidente que la abstracción "caballo en general" no contiene en absoluto los indicios específicos del percherón y que éstos no pueden deducirse de ella. Su asociación a las definiciones del "caballo en general" es puramente mecánica. Por eso, la deducción formal no garantiza en modo alguno que estos rasgos específicos han sido leídos correctamente y pertenecen con carácter de necesidad a la raza examinada. Es muy posible que se haya tomado por rasgos distintivos del percherón algo que tiene de común con una raza semejante del Estado de Oklahoma.

Lo mismo ocurre, como hemos visto ya, con las definiciones teóricas del dinero formuladas por Ricardo. Del valor tal como lo concibe no se deducen de ninguna manera los rasgos distintivos de la forma dinero. Por eso no puede distinguir entre las características económicas verdaderamente necesarias del dinero como tal y las propiedades que éste, observado empíricamente, posee por encarnar el movimiento del capital. De ahí que considere muy a menudo como definiciones específicas del dinero las características de un fenómeno por completo distinto, del proceso de circulación del capital.

Marx obtiene resultados diametralmente contrarios. Puesto que en su teoría, el valor se concibe en el movimiento de los contrarios y la definición teórica del "valor en general" encierra una contradicción, puede descubrir en los fenómenos de la circulación monetaria, observados empíricamente, sólo y precisamente aque-

llos indicios que pertenecen con carácter de necesidad al dinero como tal dinero y, además, lo definen de manera **omnímoda** como forma específica del movimiento del valor.

La definición teórica del dinero formulada por Marx, incluye sólo aquellos rasgos de la circulación monetaria que se deducen necesariamente de las contradicciones del valor y son producto necesario del movimiento del cambio simple de mercancías.

Esto es lo que se llama **deducción** en Marx. Ahora no cuesta trabajo ver que tal deducción se hace posible sólo cuando tiene en calidad de premisa fundamental, en vez de un concepto general abstracto, otro de carácter **concreto universal** interpretado como unidad (identidad) de los contrarios mutuamente convertibles, como reflejo de la contradicción real del objeto.

Aquí conviene recalcar una vez más que esta deducción teórica se basa en el examen omnímodo más detallado del sistema de los hechos y fenómenos empíricos que forman la realidad económica objeto de la teoría.

Sólo por esta vía era posible obtener las abstracciones verdaderamente completas —sustanciosas y no formales—, que descubren la esencia específica de la forma dinero. Marx obtuvo las definiciones teóricas del dinero al considerar el proceso "en abstracto, es decir, dejando a un lado todos los hechos que no se deriven de las leyes inmanentes de la circulación simple de mercancías..."⁶

Las circunstancias que se derivan de las leyes inmanentes a la circulación mer-

⁶ C. Marx. *El Capital*, t. I, Buenos Aires, pág. 129. (subrayado por el autor del presente ensayo).

cantil simple son precisamente productos de la contradicción interna del valor como tal, de la forma simple de valor.

La dialéctica de lo abstracto y lo concreto se manifiesta aquí con particular diafanidad: precisamente por examinar el dinero de manera abstracta se obtienen definiciones teóricas concretas que expresan la naturaleza histórica concreta del dinero como fenómeno específico.

Es fácil extender el concepto general abstracto de lo "redondo" al balón de fútbol, al planeta Marte, al cojinete de bolas, etc., pero ningún esfuerzo del pensamiento lógico podrá deducir de lo "redondo en general" las formas de estos objetos, ya que ninguna de ellas se deriva de la realidad reflejada en dicho concepto, es decir de la similitud o identidad real de todos los cuerpos redondos.

Mientras tanto, la forma económica dinero se deduce con la mayor escrupulosidad del concepto del valor en su interpretación marxista, ya que la realidad económica objetiva, reflejada por la categoría "valor en general", encierra la necesidad objetiva real de la generación del dinero.

Esta necesidad no es otra cosa sino la contradicción intrínseca del valor, insoluble en el marco del cambio simple de una mercancía por otra. El valor tal como lo concibe Marx es una categoría universal concreta porque contiene en sus definiciones una contradicción interna, descubriéndose como unidad (identidad) de las definiciones teóricas que se excluyen y a la par se presuponen mutuamente.

El carácter concreto del concepto universal en la obra de Marx va ligado indisolublemente al carácter contradictorio de

su definición. Lo concreto es, dicho generalmente, la **identidad de contrarios**, mientras que lo general abstracto se obtiene según el principio de la identidad escueta, exenta de antítesis.

Al estudiar atentamente el curso del pensamiento de Marx, que va de la mercancía y el valor en general al dinero, y compararlo con el proceso discursivo análogo de Ricardo, percibimos con toda claridad la diferencia existente entre la dialéctica y la metafísica en lo referente a los resortes que impulsan el desenvolvimiento del sistema de categorías.

A Ricardo lo lleva adelante la contradicción entre la insuficiencia, la pobreza y el carácter unilateral de la abstracción universal (valor en general) y la plenitud, la riqueza y el carácter multilateral de los fenómenos de la circulación monetaria. Al hacer extensiva al dinero (como a todas las demás categorías) la fórmula general de la ley del valor, Ricardo se convence de que aquél se deja incluir en la categoría de valor (pues el dinero es también mercancía), pero al mismo tiempo tiene muchas particularidades no expresadas en la abstracción del valor en general. En pocas palabras, ve que en el dinero hay, fuera de lo general fijado en la categoría de valor, algunas diferencias que luego se pone a esclarecer. Así es como procede con respecto a todas las categorías desarrolladas. Hemos visto ya que, por consiguiente, los hechos empíricos se asimilan sin ser digeridos teóricamente.

Marx piensa de otro modo. En *El Capital*, el estímulo directo que mueve el pensamiento, haciéndolo avanzar de una definición a otra, no es en modo alguno la contradicción entre la "abstracción

incompleta” y la “plenitud de la imagen sensitiva concreta” de la realidad. Imaginarse así la contradicción motriz de la teoría significaría concebir el proceso de interpretación teórica de la realidad tal como lo concebía Locke e identificar por completo el método de Marx con el de Ricardo. El desarrollo teórico de las categorías en *El Capital* tiene por base un criterio más concreto de la contradicción que impulsa directamente el pensamiento. Este se guía aquí por el principio siguiente: la contradicción objetiva se refleja en forma de contradicción subjetiva —teórica o lógica— y como tal plantea ante el pensamiento el problema teórico (lógico) susceptible de ser resuelto únicamente por medio de la investigación ulterior de hechos empíricos y datos sensitivos.

Esta investigación no se efectúa ya a ciegas, sino a la luz de un problema teórico estricto de carácter concreto, que se formula cada vez a modo de una contradicción lógica, formalmente insoluble.

La dialéctica como método de análisis concreto y la creación de la plusvalía

Hemos analizado ya el paso del examen del valor al examen del dinero señalando que en los fenómenos reales, empíricamente perceptibles de la circulación monetaria desarrollada, Marx se limita a destacar las definiciones que hacen comprensible el dinero como medio de solución relativa de la contradicción inherente al cambio de mercancías. El pensamiento encara luego una nueva contradicción y un nuevo problema teórico, pues como el análisis de la circulación monetario-mercantil ha demostrado, esta esfera no con-

tiene en sí las condiciones necesarias para que la circulación del valor pueda engendrar un valor nuevo, la plusvalía.

“No hay que darle vueltas; el resultado es siempre el mismo. Si se cambian equivalentes, no se produce plusvalía, ni se produce tampoco aunque se cambien valores no equivalentes”.⁷

Pero esta generalización se halla también en una contradicción excluyente con el hecho no menos evidente de que el dinero puesto en circulación reporta ganancia. “No hay que darle vueltas”; este hecho es siempre el mismo desde la aparición de la usura, y ésta es tan antigua como el propio dinero. Así, pues, el análisis de la esfera monetario-mercantil hace concluir que el capital usurario es imposible. Pero en realidad, no sólo no es imposible, sino que representa un hecho corriente tanto bajo el capitalismo como en los sistemas económicos anteriores (régimen esclavista y feudalismo).

Esta nueva antinomia —contradicción de la idea teórica consigo misma— encierra la formulación del problema teórico que Marx pudo resolver por primera vez en la historia del pensamiento económico, precisamente por haberlo planteado y formulado de manera correcta.

Plantear correctamente el problema significa ya resolverlo a medias. Como es sabido, a la lógica antigua no le preocupaba, en general, el problema en tanto que forma necesaria del proceso lógico. El idealismo especulaba hábilmente con este defecto de la lógica antigua. Por ejemplo, Kant hizo constar que la naturaleza nos responde sólo a las preguntas que le plan-

⁷ C. Marx. *El Capital*, t. I, Buenos Aires, 1906, pág. 124.

teamos y argumentó con este hecho su concepción apriorística del conocimiento teórico: la contestación depende sustancialmente de cómo ha sido formulada la pregunta, y la formulación incumbe al sujeto.

El saber plantear correctamente la pregunta o formular el problema constituye una de las tareas más importantes de la lógica dialéctica materialista. Marx muestra de manera concreta en *El Capital* qué significa plantear a la investigación un problema concreto y cómo encontrar una contestación también concreta.

La lógica de Marx se observa con toda claridad en el planteamiento y la solución del problema de la aparición de la plusvalía. Formula el problema no en forma arbitraria, sino con arreglo a un análisis objetivo de las leyes inmanentes a la circulación monetario mercantil y de manera que el estudio de éstas conduce a una contradicción teórica.

"Como se ve, el capital no puede brotar de la circulación ni puede brotar tampoco fuera de la circulación. Tiene necesariamente que brotar en ella y fuera de ellas al mismo tiempo... Tales son las condiciones del problema. Hic Rhodus, hic salta"⁸.

Tal planteamiento del problema por Marx, nada casual ni retórico, va ligado a la esencia de la dialéctica como método de análisis concreto, método adaptado a la evolución de la propia realidad que se desarrolla a través de las contradicciones.

El pensamiento que reproduce este desarrollo de la realidad se efectúa en forma análoga: a través del surgimiento y la so-

lución de las contradicciones. Esta particularidad del método dialéctico permite, además de plantear correctamente el problema, encontrar la solución teórica del mismo.

La investigación objetiva de la circulación monetario-mercantil muestra que esta esfera no encierra en sí las condiciones que hagan posible y, más aún, indispensable un hecho económico evidente e indiscutible de carácter universal: la valorización del valor por sí mismo. Por tanto, el pensamiento se orienta a determinar la condición económica real necesaria para que la circulación de mercancías y dinero se convierta en circulación mercantil capitalista.

Esta incógnita debe corresponder estrictamente a toda una serie de condiciones. Se trata de un problema teórico cuyas premisas han sido reveladas por la investigación de la circulación de mercancías y dinero como base del sistema mercantil capitalista. En este plano, el proceso del pensamiento es rigurosamente deductivo: de lo general a lo particular, de lo abstracto a lo concreto. De ahí su orientación bien precisa.

Marx formula así el problema: la plusvalía era posible sin vulnerar la ley del valor únicamente en el caso de que se descubriese "...dentro de la órbita de la circulación, en el mercado... una mercancía cuyo valor de uso poseyese la peregrina cualidad de ser fuente de valor, cuyo consumo efectivo fuese, pues, al propio tiempo, materialización de trabajo, y por tanto creación de valor"⁹.

Aquí se pone de relieve la oposición de

⁸ C. Marx. *El Capital*, t. I, Buenos Aires, 1965, págs. 135-136.

⁹ C. Marx. *El Capital*, t. I, Buenos Aires, 1965, pág. 136.

principio de la dialéctica de Marx, de carácter materialista, a la dialéctica idealista especulativa de Hegel, a su método de construir la realidad partiendo del concepto.

El axioma y principio indiscutible de la dialéctica hegeliana prescribe desarrollar todo el sistema de categorías a base de las contradicciones immanentes al concepto inicial. Un partidario ortodoxo de la lógica hegeliana que quisiera representar la transformación de la circulación de mercancías y dinero en circulación mercantil capitalista, debería probar que las contradicciones inmanentes a la esfera mercantil engendran, de por sí, todas las condiciones necesarias para que el valor se valorice a sí mismo.

Marx hace lo diametralmente contrario al mostrar que la circulación monetario-mercantil, por muchos que sean sus giros interiores, no puede incrementar el valor global de las mercancías en proceso de cambio, es decir, crear por su movimiento las condiciones en que el dinero lanzado a la circulación reporte nuevo dinero con carácter de necesidad.

En este punto decisivo del análisis, el pensamiento vuelve otra vez a los hechos empíricos del mercado de mercancías capitalistas, encontrando en ellos, precisamente, la realidad económica que convierte el movimiento del mercado de mercancías y dinero en proceso de producción y acumulación de plusvalía. La única mercancía que está sujeta a la ley del valor, y, al mismo tiempo —sin vulnerarla en lo más mínimo—, hace posible y necesaria la plusvalía que contradice directamente a dicha ley, es la fuerza de trabajo.

Aquí resalta otra vez la enorme importancia teórica de la interpretación marxista de la mercancía como de una unidad (identidad) inmediata de los contrarios que suponen el valor y el valor de uso.

La esencia de la mercancía fuerza de trabajo se descubre también, en *El Capital*, como identidad inmediata de las definiciones mutuamente excluyentes del valor y el valor de uso, pues el valor de uso de la fuerza de trabajo —cualidad específica de ésta— consiste, ni más ni menos, en que en el proceso de su consumo se convierte en su propia antítesis: el valor.

Las definiciones económicas de la fuerza de trabajo dentro de las condiciones de la producción inherentes al sistema mercantil capitalista residen en esta unidad de los contrarios excluyentes, en su coincidencia antinómica en una misma mercancía cuyo valor de uso se reduce a la capacidad de convertirse en valor, con la particularidad de que esta conversión se opera durante el propio acto de consumo.

En el momento en que la fuerza de trabajo figura como valor de uso (acto de su consumo por el capitalista), funciona al mismo tiempo como valor materializado en el producto del trabajo. Aquí se trata de nuevo de una contradicción en una misma relación en el proceso de la producción y acumulación de plusvalía—. Es la contradicción inherente al proceso capitalista.

La deducción silogística y el método de ascensión de lo abstracto a lo concreto

Lógicamente se destaca aquí una circunstancia trascendental: cualquier cate-

goría concreta de **El Capital** reviste una de las formas de **conversión recíproca** del valor y el valor de uso, es decir de los dos polos mutuamente excluyentes, revelados en la fase inicial del estudio al analizarse la "célula" del organismo investigado; de los dos polos que en su unidad antagónica forman el contenido de la categoría universal de partida en que descansa toda la deducción de categorías ulterior. Bajo tal punto de vista, ésta última se presenta como proceso de complicación de la cadena de eslabones intermedio, por los que ambos polos del valor han de atravesar en el curso de su conversión recíproca.

La instauración del organismo capitalista aparece como proceso de aumento de la "tensión" entre los dos polos de la categoría inicial. La conversión recíproca del valor y el valor de uso antitéticos va cobrando un carácter cada vez más complicado. En el trueque simple de una mercancía por otra, esta conversión es un acto inmediato; con la aparición del dinero, cada uno de los polos se convierte primero en dinero, y sólo después, en su propia antítesis. La fuerza de trabajo sirve de eslabón intermedio de la transformación del valor en la forma nueva en la que ésta se realiza.

Los polos del valor que tienden el uno al otro, siguen siendo dos puntos extremos, entre los que surgen más y más formas económicas nuevas. Una realidad económica nueva adquiere sentido y significación únicamente cuando sirve a la conversión recíproca del valor y el valor de uso, en calidad de forma en que el valor se realiza como unidad antagónica viva de sus contrarios internos.

El valor pasa a ser el árbitro supremo

de los destinos económicos, el criterio máximo de la necesidad económica de cualquier fenómeno por su movimiento. El propio hombre, sujeto del proceso de producción, se convierte en juguete pasivo, en "objeto" del valor que se erige en "sujeto automático" del proceso en su conjunto, "sujeto de este proceso... valorizándose a sí mismo".¹⁰

Marx define el papel del valor en el proceso de la producción capitalista de mercancías así: "En la circulación simple, el valor de las mercancías reviste, a lo sumo, frente a su valor de uso, la forma autónoma del dinero: en cambio, aquí se nos presenta súbitamente como una substancia progresiva, con movimientos propios, de la que mercancías y dinero no son más que simples formas".¹¹

En estas expresiones de Marx se advierte sin trabajo una polémica implícita con la propia esencia de la filosofía hegeliana argumentada capitalmente en **Fenomenología del espíritu**. El dialéctico idealista exige en esta obra clave de su filosofía que la ciencia "conciba y exprese lo verdadero no sólo como substancia, sino también en una medida no menor, como sujeto".¹²

Para Hegel, el sujeto equivale a una realidad progresiva que se desarrolla a través de las contradicciones. Pero Hegel niega esta cualidad a la realidad objetiva existente fuera e independientemente del espíritu. La única substancia progresiva es, a su juicio, la idea lógica. Por eso supone y argumenta que la exigencia de

¹⁰ C. Marx. *El Capital*, t. I, Buenos Aires, 1965, págs. 126 y 127.

¹¹ C. Marx. *El Capital*, t. I, Buenos Aires, 1965, pág. 127.

¹² G. F. Hegel. *Phänomenologie des Geistes*, Leipzig, 1912, S. S. 12-13

“concebir y expresar lo verdadero no sólo como substancia sino también, en una medida no menor, como sujeto” puede realizarse únicamente en la ciencia del pensamiento, en la filosofía que ha de ser necesariamente el idealismo objetivo.

Al utilizar en *El Capital* la terminología de Hegel, Marx subraya ipso facto la oposición de principio de su credo filosófico al hegeliano, dando ejemplo de una dialéctica materialista como ciencia del desarrollo a través de las contradicciones internas.

Si hubiese que expresar en términos

prender nadie que no sea dialéctico materialista consciente.

Sólo aceptando que las leyes objetivas del desarrollo significan el desarrollo a través de las contradicciones es cómo se puede comprender la esencia de la lógica de la investigación, usada en *El Capital*, la esencia del método de ascensión de lo abstracto a lo concreto.

A juzgar por la forma exterior, esto es pura deducción, el movimiento desde la categoría universal (valor) hacia las específicas (dinero, plusvalía, ganancia, salario, etc.). Aparentemente, el curso del



filosóficos la esencia de la revolución de la economía política, efectuada por Marx, podría decirse así: en su teoría se ha llegado a comprender no sólo que la substancia del valor es el trabajo (esto lo comprendía también Ricardo), sino que el valor es al mismo tiempo sujeto de todo desarrollo, es decir una realidad que se desenvuelve a través de sus contradicciones internas y llega a constituir todo un sistema de formas económicas. Esto no lo comprendía Ricardo, ni puede com-

pensamiento se asemeja mucho a la deducción tradicional pues el dinero (y luego, la plusvalía y otras categorías) se presentan como una imagen más concreta del valor en general, como un modo de ser específico de éste. A primera vista puede crearse la impresión de que el valor es un concepto genérico, abstractamente general, cuyas especies son el dinero y demás categorías.

Sin embargo, el análisis pone en claro que las relaciones de género y especie no

existen en este caso. En efecto, el "valor en general" acusa su contenido como unidad contradictoria inmediata de valor y valor de uso. El dinero, por el contrario —especialmente el papel moneda—, no posee ya el valor de uso, realizado en sus funciones económicas sólo una de las dos definiciones del valor: la función equivalente general. El "valor en general" resulta ser más rico por el contenido que su propia especie, el dinero. La categoría universal tiene un rasgo que falta en la específica. Así pues, el dinero se limita a realizar unilateralmente (de manera abstracta la doble naturaleza del valor, pero, a pesar de ello, es un fenómeno económico históricamente derivado, más concreto y complejo que el valor. Desde el punto de vista del concepto tradicional de la deducción, esto suena paradójico y no es ya deducción sino algo distinto.

En efecto, esto no es deducción tal como la comprendía la vieja lógica, sino un proceso discursivo que compagina orgánicamente en sí el paso de lo universal a lo específico y viceversa, el movimiento de lo abstracto a lo concreto y de lo concreto a lo abstracto.

Toda realidad económica reflejada por las categorías de *El Capital* —la mercancía, el dinero, la fuerza de trabajo, la plusvalía, la renta, etc.— representa objetivamente, sin depender del proceso de su interpretación teórica, tanto lo abstracto como lo concreto. Cada una de estas categorías refleja una formación o fenómeno económico por completo concreto y, al mismo tiempo, una realidad que materializa sólo de manera unilateral (abstracta) la naturaleza de un todo en que entra orgánicamente como momento en vías de

desaparición de su movimiento, como su manifestación abstracta.

La deducción reproduce el proceso real de constitución de cada una de las categorías (es decir, de cada formación económica real) y de todo su sistema en conjunto, revelando la conexión y la unidad genética reales donde salen a la superficie fenómenos aparentemente incoherentes o incluso contradictorios.

De ahí proviene la diferencia de principio entre la deducción silogística sujeta a la lógica formal y el método de ascensión de lo abstracto a lo concreto.

La primera tiene por base, como premisa mayor, el concepto genético, abstractamente general del contenido más escaso y el volumen más amplio. Pueden incluirse en tal concepto sólo los fenómenos específicos que no tengan ningún indicio contradictorio con los del concepto universal; desde el punto de vista lógico, tal concepto ningún fenómeno que carezca de siquiera sea uno de los indicios con que se define el contenido del concepto universal; desde el punto de vista lógico, tal fenómeno será considerado como perteneciente a otro sistema, a otro "género" de fenómenos.

El axioma de la deducción tradicional dice: cada uno de los fenómenos específicos susceptibles de ser incluidos en un concepto abstractamente general debe poseer todos los indicios que integran la definición del concepto universal y ninguno que los contradiga. Sólo los fenómenos que corresponden a esta exigencia son considerados como pertenecientes al género determinado por el concepto universal. Este viene a ser aquí el criterio de la selección de los fenómenos que se

debe tener en cuenta al examinar tal o cual género, predeterminado desde el principio mismo, el término de la lógica, el plano de la abstracción y el ángulo de enfoque de las cosas. El carácter extremadamente artificial y subjetivo de este axioma se pone en claro, una vez que se lo aplique a las categorías de la economía política.

Así, el dinero carece de uno de los atributos del "valor en general", ya que no posee directamente el valor de uso. La circulación de mercancías capitalistas tiene un indicio que contradice de manera directa e inmediata a la ley del valor, del cambio de equivalentes: la capacidad de crear la plusvalía. Esta no se ajusta sin contradicción a la categoría de valor y, por tanto, empieza a presentarse como fenómeno de una esfera distinta a la del movimiento del valor.

Semejantes paradojas dejaban perplejos a los economistas burgueses que no reconocían ninguna lógica que no fuese formal, ni otra deducción que no fuese silogística.

El desarrollo de la economía política premarxista planteó objetivamente la tarea teórica de explicar cómo se hacen posibles y aún necesarios, sobre la base de la ley del valor y sin vulnerarla en lo más mínimo, los fenómenos contradictorios de manera directa e indirecta con la teoría del trabajo del mismo.

Hemos mostrado ya con detalle que este problema es insoluble en absoluto si se entiende por valor un concepto abstractamente general, genérico, pero se resuelve racionalmente si el valor se interpreta como categoría universal concreta, como reflejo de una realidad

económica del todo concreta (cambio directo de una mercancía por otra) que alberga una contradicción.

Esta última interpretación del valor dio a Marx la clave para dirimir todas las dificultades teóricas con que tropieza siempre el análisis teórico de la viva realidad en desarrollo contradictorio.

El análisis marxista descubre ya en el propio valor, categoría inicial del desenvolvimiento teórico, la posibilidad de las contradicciones que bajo el capitalismo desarrollado salen a la superficie de manera inequívoca, en forma de crisis de superproducción destructiva, de antagonismo violentísimo entre la riqueza excesiva, en un polo, y la miseria insoportable en el otro, de lucha de clases directa cuya solución definitiva está en la revolución.

Teóricamente, esto es el resultado ineluctable del desarrollo de la contradicción que encierra como en germen, en grano, el cambio simple de mercancías y la "célula" de todo el sistema: el valor.

Se hace comprensible por qué en la vía del desarrollo teórico de las categorías de la economía capitalista, el valor resulta ser un punto de referencia cabal que permite destacar de la realidad sólo aquellos rasgos que se hallan en una conexión atributiva con ella, representando las formas universales y necesarias de existencia del sistema capitalista. En la representación teórica de éste se excluyen únicamente las generalizaciones adaptables a la definición del valor. Pero la adaptación que encontramos en *El Capital* es ajena por su misma esencia al ajustamiento formal de unos conceptos a otros. Así, por ejemplo, con la inclusión de la fuerza de trabajo como categoría se refleja

directamente el hecho del establecimiento real de relaciones mercantil capitalistas

El análisis de este sistema ha mostrado que la circulación monetario-mercantil es la base universal, la condición general y necesaria más simple, sin la cual el capitalismo no puede surgir, ni tampoco subsistir y desarrollarse objetivamente. Por tanto, las definiciones teóricas de la circulación de mercancías y dinero se dan en calidad de reflejo de los atributos objetivos universales que debe reunir todo lo que, en general, ha podido o podrá ser incluido en el movimiento del organismo mercantil capitalista.

El fenómeno que no se adapta a las condiciones impuestas por las leyes de dicha circulación no ha podido ni podrá nunca incluirse en este movimiento, ser forma del cambio mercantil capitalista de trabajo en la sociedad.

Así pues, en las definiciones del valor, el pensamiento teórico adquiere el estricto criterio de distinción y selección de los fenómenos y formas económicas inmanentes al capitalismo.

Lo que se adapta realmente, sin depender del pensamiento, a las condiciones dictadas por las leyes intrínsecas de la esfera monetario-mercantil, lo que pueda ser asimilado por ésta y pueda también asumir la forma económica del valor, será la única realidad capaz de convertirse en forma de movimiento del sistema capitalista. Por eso el pensamiento, que abstrae del océano infinito de hechos empíricos sólo su determinación histórica concreta que deben al capitalismo como sistema económico, tiene derecho a abstraer de la realidad únicamente los rasgos compatibles con las definiciones del valor.

El no ser adaptable a estas definiciones, por no corresponder a las exigencias reveladas en el análisis de la esfera monetario-mercantil y expresadas teóricamente por la categoría de valor, indica ya de manera categórica que el hecho dado no pertenece objetivamente al género de hechos cuya generalización debe servir de base para la teoría, para el sistema de las definiciones históricas concretas del capital. Lo que no puede asumir la forma del valor tampoco puede convertirse en capital.

Todo el sentido de la categoría de valor en la teoría de Marx consiste precisamente en que esta categoría refleja el momento universal e indispensable, el elemento o "célula" del capital, es la expresión universal y más abstracta de lo específico del capital, aunque representa a la par un hecho económico del todo concreto: el cambio directo de una mercancía por otra.

A la luz de lo dicho es muy significativo el paso teórico del examen de la esfera monetario-mercantil al análisis de la producción de plusvalía.

¿En qué se basa la necesidad lógica estricta de este paso?

Ante todo, en que el pensamiento llega a analizar la producción de plusvalía partiendo de las definiciones reveladas por el análisis de la esfera monetario-mercantil. Y en segundo lugar, en que se investiga analíticamente el hecho real de que el dinero lanzado a la circulación capitalista, después de pasar por todas sus metamorfosis se recupera con creces, reporta plusvalía. El pensamiento vuelve a esclarecer las condiciones que hacen posible este hecho. Pero una de ellas, absoluta-

mente necesaria, ha sido identificada ya por el análisis de la esfera monetario-mercantil; nos referimos a la ley del valor, de la que se sabe que es la ley absolutamente universal del todo que se investiga, pero no incluye en sí todas las condiciones necesarias para que sea objetivamente posible la plusvalía.

Como quiera que falta aún una condición imprescindible del hecho económico que se analiza, el pensamiento empieza a buscar, con una orientación determinada, esta condición que hace posible la plusvalía.

El problema se formula así: la incógnita no se busca mediante construcciones lógicas, sino en la sucesión de hechos económicos reales, en la realidad empírica del capitalismo desarrollado. Por ahora ignoramos cómo es este hecho, pero ya sabemos de él algo de importancia excepcional. En todo caso ha de ser una mercancía, es decir una realidad económica sujeta incondicionalmente a la ley del valor y a sus imposiciones categóricas, y, además, poseer la particularidad siguiente: su valor de uso debe consistir precisamente en la capacidad de convertirse en valor en el propio acto del consumo. Se comprende que este segundo atributo obligatorio de la incógnita es la condición, revelada analíticamente, que hace posible la plusvalía, el capital.

El examen empírico de la circulación mercantil capitalista desarrollada muestra que la sola realidad económica que reúne los dos requisitos es la fuerza de trabajo. El problema correctamente planteado, desde el punto de vista de la lógica, supone aquí la única solución posible: la incógnita acorde con las condiciones reve-

ladas por la teoría es la fuerza de trabajo.

Esta conclusión o generalización teórica de hechos reales posee todas las ventajas de la inducción más perfecta (entendiéndose por inducción una generalización que parte de los hechos de la realidad), pero al mismo tiempo corresponde a las exigencias más rigurosas de quienes abogan por el carácter deductivo del conocimiento científico teórico.

El análisis teórico y la determinación histórico-concreta de los fenómenos

El método de ascensión de lo abstracto a lo concreto permite revelar estrictamente y expresar en forma abstracta sólo las condiciones absolutamente necesarias para que sea posible un objeto dado en la contemplación. El Capital muestra con detalle que la plusvalía ha de realizarse siempre que existan la circulación monetario-mercantil desarrollada y fuerza de trabajo libre.

Con este método de análisis, el conjunto de las condiciones necesarias se presenta como posibilidad real concreta, mientras que la circulación monetario-mercantil aparece en forma de posibilidad abstracta de la plusvalía. Ahora bien, esta posibilidad abstracta es una imposibilidad para el pensamiento lógico, pues del análisis de la esfera monetario-mercantil se desprende que las leyes inmanentes a ésta se hallan en una contradicción mutuamente excluyente con el hecho de la plusvalía. Por otra parte, al analizar la naturaleza de la fuerza de trabajo, se pone en claro que tampoco ella puede considerarse como fuente de la plusvalía. El "trabajo en general" crea el producto, el valor de

uso, pero en ningún caso el valor.

Con este método, la interpretación teórico-científica de la plusvalía se reduce al esclarecimiento de las condiciones imprescindible que la hacen posible sólo en su **interacción histórica concreta**. Cada una de ellas examinada por separado, fuera de su interacción concreta con otra, excluye de principio la misma posibilidad de la plusvalía. El pensamiento lo concibe como contradicción mutuamente excluyente entre la ley del valor (posibilidad del hecho) y el propio hecho (plusvalía).

Lo único real es la posibilidad **concreta** como conjunto de **todas** las condiciones históricas concretas interdependientes que se requieren para que la cosa subsista. Sólo descubriendo este conjunto concreto puede el pensamiento resolver efectivamente la contradicción entre la ley general y la forma empírica de su realización, entre la abstracción y el hecho concreto. La ley general expresada en forma abstracta entra inevitablemente en una relación de contradicción excluyente con el hecho que se investiga. Pero, según la lógica dialéctica, aquí no hay nada por que asustarse. Al contrario, la contradicción lógica indica en este caso que el objeto del análisis ha sido comprendido sólo de manera abstracta y que no se han revelado todavía todas las condiciones necesarias, dentro de las cuales subsiste. Así pues, las contradicciones lógicas que surgen con carácter de necesidad en el proceso de la cognición se resuelven a medida que se despliega el sistema concreto de categorías, que reproduce el objeto en la plenitud de sus características indispensables, de las condiciones objetivas de su ser.

Ahora bien, la comprensión concreta no elimina por completo, ni mucho menos, las contradicciones reveladas; por el contrario, muestra con detalle que éstas son formas lógicamente correctas del reflejo de la realidad objetiva que se desarrolla a través de las contradicciones. El conocimiento teórico concreto muestra el carácter necesario con que surgen, sobre la base de la ley general fenómenos que contradicen directa e inmediatamente a esta ley, sin ninguna infracción, modificación ni transformación de la misma.

Además, las condiciones que hacen posible el fenómeno analizado no se enumeran simplemente, colocándolas una al lado de otra, sino que se conciben en su interconexión histórica concreta, en su relación genética.

La suma mecánica simple de las condiciones de la plusvalía —circulación monetario-mercantil desarrollada y fuerza de trabajo— no constituyen aún la naturaleza real concreta de la misma. La plusvalía es producto de la interacción orgánica de ambas condiciones, una realidad económica cualitativamente nueva cuya comprensión concreta no es mera suma de las características que se podría obtener por el examen de la circulación monetario-mercantil y de la fuerza de trabajo. Esta última pasa a ser factor de la producción de plusvalía sólo cuando empieza a funcionar en la forma social desarrollada por el movimiento del mercado de mercancías y dinero, o sea, en la forma mercancía. Por otro lado, la forma económica de la mercancía pasa a ser forma de movimiento del capital sólo en caso de supeditar a sí misma el movimiento de la fuerza de trabajo. La interacción de las

leyes de la circulación monetario-mercantil y de la fuerza de trabajo engendra una realidad económica nueva, que no se contenía en ninguna de ellas tomadas por separado, fuera de su acción recíproca concreta.

Por tanto, el movimiento del pensamiento lógico, que reproduce los momentos necesarios del desarrollo de la plusvalía, no puede consistir en la reunión o síntesis formal de las definiciones teóricas obtenidas en el análisis de sus componentes (definiciones de la esfera monetario-mercantil, por una parte, y de la mercancía fuerza de trabajo, por otra). El pensamiento que concibe la plusvalía puede avanzar sólo a través de un análisis nuevo de los hechos nuevos inherentes al movimiento de la plusvalía como fenómeno económico particular que no se reduce de principio a sus componentes.

Sin embargo, el examen teórico sucesivo de los hechos del movimiento de la plusvalía sería imposible sin las categorías desarrolladas en la investigación de las leyes que rigen el movimiento del mercado de mercancías y dinero y de las particularidades de la mercancía fuerza de trabajo. Es imposible analizar teóricamente los hechos empíricos del movimiento de la plusvalía sin previo desarrollo de las mencionadas categorías, porque no se obtendrían más que características abstractas de la producción de plusvalía, en las que, en vez de definiciones teóricas concretas se reflejaría únicamente la apariencia exterior del proceso.

El análisis teórico coincidente inmediatamente con la síntesis teórica de las definiciones abstractas de la plusvalía, reveladas con anterioridad, no expresa las

formas superficiales abstractas del movimiento de ésta, sino los cambios necesarios que el movimiento del mercado de mercancías y dinero experimenta al incluir en él una mercancía tan peculiar como la fuerza de trabajo. Esta mercancía *sui generis* introduce en el movimiento de la circulación monetario-mercantil precisamente los cambios que la convierten en esfera de producción de plusvalía.

Pero la propia fuerza de trabajo no se toma aquí en su característica eterna (igual para todas las formaciones), sino en su determinación histórica concreta en cuanto mercancía. Esto significa revelar (y fijar en el concepto), ante todo, su forma **históricamente determinada** que adquiere sólo estando en la esfera de la circulación monetario-mercantil.

Ahí está la diferencia entre la **reproducción teórico-científica** del proceso de producción de plusvalía y la **descripción abstracta** del mismo, la expresión abstracta de sus fenómenos superficiales.

Para comprender y **expresar en conceptos** la esencia de la producción capitalista del trabajo que produce plusvalía, es preciso revelar previamente todo el conjunto de las condiciones necesarias que hacen posible en general este trabajo, y sólo después examinar los cambios que introduce en las propias condiciones de su realización.

Por eso, el análisis de los cambios que la fuerza de trabajo impone al proceso de la circulación monetario-mercantil y de producción de valor supone previo análisis de las condiciones que son **objeto** de este cambio, es decir, el proceso de producción de valor, que se opera ya antes de aparecer el trabajo asalariado. Sin ello

es imposible de principio comprender cómo surge la plusvalía.

Este método de conceptuar los fenómenos permite no limitarse a su mera descripción según se dejan contemplar inmediatamente en la superficie de la fase desarrollada de la existencia, sino reproducir su génesis, examinar el proceso de su surgimiento y desarrollo hasta el estado actual, prescindiendo de todo lo que no sea estrictamente necesario.

En este punto, el método de ascensión de lo abstracto a lo concreto se apoya en la circunstancia real de que las condiciones auténticamente necesarias y universales del surgimiento y desarrollo del objeto se conservan en cada momento dado en calidad de formas de existencia del mismo. Por eso, al analizar un objeto desarrollado, el pensamiento puede leer su historia "condensada". El enfoque histórico en la investigación del objeto es posible sólo valiéndose del método de ascensión de lo abstracto a lo concreto.

Por eso es que el cuadro presentado por las secciones más abstractas de la teoría (v. gr., el primer capítulo de *El Capital*) diverge en grado máximo del que ofrece a la contemplación y representación directas la fase desarrollada del proceso. Y viceversa, cuanto más fenómenos, tendencias e influencias lógicos se atraigan en el curso de la ascensión de lo abstracto a lo concreto y más concreta sea la imagen, tanto más se aproximará ésta a la coincidencia con el cuadro que se contempla y representa inmediatamente.

Como resultado, *El Capital* de Marx no se circunscribe a mostrar el "esqueleto económico", la "estructura interior", del organismo social. Lenin veía la ventaja

inmensa del método marxista en que "al explicar la estructura y el desarrollo de una formación social determinada exclusivamente por las relaciones de producción, Marx, no obstante, siempre y en todas partes, estudiaba las superestructuras correspondientes a estas relaciones de producción, cubría el esqueleto de carne y le inyectaba sangre". *El Capital* —señalaba— muestra "toda la formación social capitalista, como organismo vivo, con los diversos aspectos de la vida cotidiana, con las manifestaciones sociales efectivas del antagonismo de clase propio de las relaciones de producción, con su superestructura política burguesa destinada a salvaguardar el dominio de la clase de los capitalistas, con sus ideas burguesas de libertad, igualdad, etc., con sus relaciones familiares burguesas".¹³

En *El Capital* se prueba que estas relaciones efectivas no pueden ni podrán ser distintas mientras toda la vida social descansa en la economía mercantil capitalista de propietarios privados, como tampoco puede hacerse esbelto un hombre con la espina dorsal encorvada. Estas relaciones seguirán así hasta la sepultura. Mientras actúe la ley de la plusvalía serán inevitables las crisis, el paro forzoso, la depauperización relativa y absoluta de las masas trabajadoras, la mentira y la hipocresía en la ideología, en las relaciones humanas y en la vida personal, ya que todo ello es forma exterior de revelación de la esencia más íntima del organismo mercantil capitalista, es decir, de las contradicciones que encierra el proceso de acumulación de plusvalía. Estas contradic-

¹³ V. I. Lenin. Obras completas, Buenos Aires, t. I, págs. 155—156.

ciones son inherentes al capitalismo tan orgánicamente como el metabolismo lo es al cuerpo vivo; no son "manchas" en la superficie, sino expresión de la quinta esencia del capitalismo. Esto es lo que prueba *El Capital* y a que sirve su método de conceptualizar los fenómenos partiendo del concepto de su esencia universal, método de ascensión de lo abstracto a lo concreto.

El que acepta el método de Marx no puede dejar de aceptar también todas las conclusiones de *El Capital*. Tal es, en rigor, la razón de que lo odien tanto los apologistas del capitalismo moderno. Demuestra que las crisis de superproducción, el ejército de reserva de los sin trabajo y todas las demás formas semejantes de la "riqueza" burguesa son formas orgánicas, universales y absolutas del proceso de producción y acumulación de plusvalía; no sólo consecuencia, sino también condiciones necesarias de éste.

Los filósofos y lógicos burgueses se esfuerzan desde hace mucho por desacreditar el método de Marx, calificándolo de "construcción especulativa", de "forma hegeliana de pensamiento" asimilada sin espíritu crítico por Marx, etc. Mientras tanto, como hemos tratado de evidenciar, la semejanza con el método hegeliano es aquí puramente exterior y formal. El método de "remontarse", propio de Marx, es simplemente sinónimo del método materialista de explicar las relaciones ideológico-espirituales, políticas, jurídicas, morales y otras partiendo de las relaciones materiales, de las de producción.

Marx señala en forma categórica esta

circunstancia: "En efecto, es mucho más fácil encontrar, mediante el análisis, el núcleo terreno de las imágenes nebulosas de la religión que proceder al revés, partiendo de las necesidades de la vida real en cada época para remontarse a sus formas divinizadas. Este último método es el único que puede considerarse como el método materialista, y por tanto científico".¹⁴

Este método indica que el conocimiento científico del dinero no consiste en comprender que éste es también mercancía, sino en examinar cómo y por qué la mercancía se convierte en dinero. Esto es mucho más difícil, pero mucho más certero. Dicho método no se limita a mostrar las relaciones de la vida real reflejadas en las notorias formas ideológicas, sino que también explica por qué habían de desarrollarse estas y no otras formas ideológicas, políticas, jurídicas y científicas. Todas estas formas "se remontan", literalmente, partiendo de las relaciones de la vida real, de sus contradicciones (del "autorrompimiento de la base laica"). Ahí está la diferencia profunda entre la crítica de las formas de conciencia religiosa por Marx y por Feuerbach. En ello reside la ventaja principal del método dialéctico de Marx, Engels y Lenin y, al mismo tiempo, su carácter materialista en toda esfera de investigación a que se aplique, desde la economía política hasta la teoría del conocimiento y la estética.

¹⁴ C. Marx. *El Capital*, t. I, Buenos Aires, 1965, pág. 239.

El Capital y la crisis de la economía política burguesa

Vladlen Afanásiev *

El *Capital*, publicación cuyo centenario se ha celebrado en todo el mundo, ha jugado un destacado papel en el desarrollo de la economía política burguesa. No fue por casualidad que Marx diera a su obra el subtítulo de *Crítica de la Economía Política*, pues con ello contrapuso a la apología vulgar del capitalismo un análisis verdaderamente científico de las leyes sociales, —de las fuerzas motrices y de la dirección del desarrollo de la sociedad— en su tránsito del capitalismo al socialismo.

El *Capital* señala con certeza que la economía política-burguesa es sólo un reflejo del modo capitalista de producción, de su formación, desarrollo y decadencia. Al respecto, Marx escribió: “El desarrollo de la economía política y del antagonismo implícito en ella (considerando incluso las doctrinas económicas proletarias —Nota del autor—) discurre, en efecto, paralelamente con el desarrollo de los antagonismos so-

ciales y de las luchas de clase inherentes a la producción capitalista”.¹

Las causas sociales de la crisis

Este enfoque permitió a Marx determinar, que a la etapa revolucionaria en el desarrollo del capitalismo, a la época de su lucha contra el feudalismo, correspondió la economía política burguesa clásica (científica), mientras que la expresión de su etapa conservadora, que comenzó después del paso del poder político a manos de la burguesía, en los principales países de Europa y América, fue la economía vulgar. Desde este punto de vista, la aparición de la economía vulgar significó un fenómeno objetivamente ineluctable.

Del estudio de la evolución de la teoría económica burguesa, de las ideas de sus representantes más conspicuos, Marx llegó a la conclusión de que, después de las primeras intervenciones armadas del proleta-

* Candidato a Doctor en Ciencias Económicas y Maestro de la Academia de Ciencias Sociales de Moscú.

¹ C. Marx. *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*, Buenos Aires. 1956. t. V, págs. 393-394.

riado contra la burguesía, en los años 30-40, del siglo XIX, la economía política burguesa perdió la facultad de analizar científicamente las leyes del desarrollo de la sociedad. "La economía política —escribió— cuando es burguesa, es decir, cuando ve en el orden capitalista no una fase históricamente transitoria del desarrollo, sino la forma absoluta y definitiva de la producción social, sólo puede mantener su rango de ciencia, mientras la lucha de clases permanece latente o se trasluce simplemente en manifestaciones aisladas".² Pero, en cuanto en la propia base de la sociedad burguesa comienza a desarrollarse una fuerza capaz de asegurar la transición a un nuevo y más progresista régimen social, la economía política burguesa deja de ser científica.

La escuela clásica de Petty, Smith y Ricardo, que se desarrolló desde la mitad del siglo XVIII hasta el comienzo del XIX, hizo aportaciones valiosas a la ciencia económica, pero Say, Bastiat y otros economistas dogmáticos, la hicieron descender hasta la posición de vulgar apología del capitalismo. En la base de esta transformación radical subyace, como lo demostró Marx, el cambio del papel social de la burguesía que de clase revolucionaria se convirtió en clase reaccionaria, como resultado del cambio de dirección del desarrollo social.

La economía política burguesa clásica investigó el desarrollo de la sociedad desde el feudalismo hasta el capitalismo. Con ello la burguesía revolucionaria manifestaba su interés en emplear la economía política en su lucha contra el sistema caduco. Como se sabe, el interés de clase burgués coincidió en este período con la dirección prin-

cipal del desarrollo de la sociedad hacia el capitalismo.

Una situación completamente distinta se creó a partir de los años 30-40 del siglo XIX, cuando en el escenario histórico irrumpió, con sus propias demandas políticas, una nueva clase revolucionaria: el proletariado. La dirección del desarrollo social sufre entonces un nuevo cambio: en las entrañas de la sociedad burguesa comienzan a madurar las premisas materiales y subjetivas de la revolución socialista.

En estas circunstancias, el interés de clase burgués entra en contradicción con la dirección principal del desarrollo social. Era natural que los teóricos burgueses ya no mantuvieran su anterior imparcialidad en el análisis de los procesos económico-sociales.

"Con el año 1830 —escribió Marx en las palabras finales a la segunda edición del primer tomo de *El Capital*— sobreviene la crisis decisiva. La burguesía había conquistado el poder político en Francia y en Inglaterra. A partir de este momento, la lucha de clases comienza a revestir, práctica y teóricamente, formas cada vez más acusadas y más amenazadoras. La ciencia económica burguesa había muerto".³

Es importante tener en cuenta que Marx habla aquí precisamente de la economía política burguesa y no de la diversidad de disciplinas económicas, sobre cuyo desarrollo la posición burguesa de clase ejerce una influencia más amplia, y, a veces, esencialmente diferente, que sobre la economía política. En la economía burguesa aplicada —economía de las ramas, por ejemplo— el interés clasista burgués interviene como estímulo de las investigaciones. Marx y los marxistas, nunca consideraron infructuosa toda la ciencia económica bur-

² C. Marx. *El Capital*, Buenos Aires, 1956, t. I, pág. 10.

³ C. Marx. *El Capital*, Buenos Aires, 1956, t. I, pág. II.

guesa. Es conocido con qué atención estudiaron Marx y Lenin los trabajos de los autores burgueses que contenían, desde el punto de vista científico-práctico, importantes conclusiones. Es suficiente citar, por ejemplo, el empleo que hizo Marx del trabajo de Chuprov "La Economía Ferroviaria" (1875), en el que son expuestas una serie de valiosas ideas sobre la economía de este tipo de transporte; o el análisis crítico hecho por Lenin de las obras de Taylor sobre la organización del trabajo. Lenin subrayó enérgicamente la necesidad del estudio crítico, desde las posiciones de clase del proletariado, y del empleo por los marxistas de las investigaciones concretamente económicas de los autores burgueses. Sin esto, escribió, no es posible dar "ni un paso en el estudio de los nuevos fenómenos económicos".⁴

El *Capital* no sólo señala la crisis de la economía política burguesa y da una explicación científica de sus causas sino descubre también las fuentes histórico-teóricas de la economía vulgar. Demuestra asimismo que, al principio, los economistas vulgares prácticamente no tenían conceptos teóricos propios y se apoyaban en la separación y sistematización de elementos científicos de las teorías de la escuela clásica.

"La economía política clásica —escribió Marx— llevó... a enredos y contradicciones insolubles, a la par que brindaba a la economía vulgar una base segura de operaciones para su superficialidad, atenta sólo a las apariencias".⁵

Apoyándose en los elementos erróneos y anticientíficos de las doctrinas de los clásicos, los economistas vulgares trataron de destruir sus posiciones científicas. Marx demostró que la diferencia gnoseológica de

principio entre la economía vulgar y la clásica, consiste en que esta última investiga las relaciones internas del modo de producción capitalista, mientras que la primera se limita a la descripción apologética de la apariencia exterior de estas relaciones. "Y para decirlo de una vez para siempre, advertiré que yo entiendo por economía política clásica toda la economía que, desde W. Petty, investiga la concatenación interna del régimen burgués de producción, a diferencia de la economía vulgar, que no sabe más que hurgar en las concatenaciones aparentes —escribió Marx, subrayando el extremo dogmatismo inherente a la economía vulgar— cuidándose tan sólo de explicar y hacer gratos los fenómenos más abultados, si se nos permite la frase, y mascando hasta convertirlos en papilla para el uso doméstico de la burguesía, los materiales suministrados por la economía científica desde mucho tiempo atrás".⁶

El análisis realizado por Marx en *El Capital* permitió descubrir la dirección seguida por la evolución de la economía vulgar y las principales manifestaciones de su crisis. En esta obra se demuestra que la economía vulgar, desde Say y Malthus, hasta MacCulloch y Bastiat, y de ellos hasta la "escuela histórica", ha seguido un proceso de agudización de su carácter anticientífico, pasando del análisis de la esencia de los procesos económicos, a la descripción apologética de los aspectos superficiales, hasta culminar con la mera exposición de su forma histórico-concreta.

La etapa del proceso de agudización de la crisis de la economía política burguesa, de 1830 a 1870, comprende los años de la libre competencia y su culminación en forma de "escuela histórica" tuvo lugar bajo la evidente influencia del marxismo en gestación. Marx atinadamente caracte-

⁴ V. I. Lenin. Obras Completas, Buenos Aires, 1960, t. 14, Pág. 339.

⁵ C. Marx. *El Capital*, Buenos Aires, 1956, t. I, pág. 432.

⁶ C. Marx. *El Capital*, Buenos Aires, 1956, t. I, pág. 69.

rizó a esta escuela como la “última forma” de la economía vulgar, ya que al basar la apología del capitalismo en la descripción de las expresiones histórico-concretas de éste, la doctrina citada llegó al límite de la **apología económica** propiamente dicha. Tratando de escapar de las peligrosas conclusiones para la burguesía, sus partidarios negaron, de principio, las leyes económicas comunes para todos los países y la necesidad de una teoría económica abstracta. Con motivo de esto, Marx escribió: “Esta clase de trabajos comienzan a partir del momento en que la economía política cierra su ciclo como ciencia; son, por tanto, al mismo tiempo, la tumba de la ciencia económica”.⁷

Interpretación no económica de los procesos económicos.

La influencia de *El Capital* en la evolución de la economía política burguesa, tanto en general, como en sus manifestaciones particulares, es determinante y multifacética. La economía política marxista ha suscitado profundos y variados cambios en el contenido y en la forma de la apología del capitalismo. La aparición del movimiento revolucionario proletario y, relacionado con esto, el establecimiento del dominio de la economía vulgar, significaron la imposibilidad de la defensa de los intereses de la burguesía, desde las posiciones del análisis científico de los procesos económico-sociales del capitalismo, y obligaron a los economistas burgueses a pasar a la descripción apologética de las manifestaciones aparentes de estos procesos. El nacimiento del marxismo obligó a los economistas vulgares a recurrir a los falsos argumentos en favor del capitalismo, copiados, principalmente, de otras ciencias naturales y sociales.

⁷ C. Marx. *Historia Crítica de la Teoría de la Plusvalía*, Buenos Aires, 1956, t. V., pág. 394.

Toda una serie de tendencias de la economía política burguesa de fines del siglo XIX y comienzos del XX, pretenden dar una interpretación no económica y, naturalmente, apologética de los procesos económicos del capitalismo. Estas tendencias integran la base metodológica fundamental de la economía política burguesa contemporánea. Tales son la “psicológica” (austriaca y anglo-norteamericana), la “jurídico-social”, la “histórica nueva”, la “biológica” (Malthusiana), la “ética”, la “matemática”, la “sociológica” (institucionalista), la “teológica”, la “económico-geográfica” (geopolítica) y otras de parecida índole.

La economía vulgar, durante la nueva etapa de la lucha de clases del proletariado —cuyo punto de partida fue la Comuna de París— y bajo la influencia de la publicación del principal trabajo económico del marxismo, se vio obligada a pasar de la descripción de la apariencia externa de los procesos económicos del capitalismo, cada vez más alejada de su propia esencia, a la interpretación no económica y, por tanto, infinitamente más lejana a dicha esencia. El alto nivel de madurez del movimiento obrero, que se elevó hasta la generalización científica del proceso histórico y de su propia lucha en calidad de teoría económica, determinó los rasgos cualitativos de la segunda etapa en el desarrollo de la crisis de la economía política burguesa, la cual comprendió desde el final del siglo XIX hasta el comienzo del XX.

Desde luego, el que la forma no económica de la apología sea la predominante, no suprime en absoluto el extenso empleo ni el desarrollo de sus formas económicas, por lo contrario, se entrelaza con ellas, las complementa y se desarrolla ella misma con base en sus postulados.

Estos nuevos fenómenos en la economía política burguesa, reflejan su evidente incapacidad de contraponerse al marxismo

en el campo de la teoría propiamente económica, y también el hecho de que el desarrollo de la crisis de la economía política burguesa y su descomposición, se produzcan bajo la indudable influencia de la transformación del socialismo en una verdadera ciencia.

La paradoja de la economía burguesa Moderna

El problema referente al estado de la economía política burguesa contemporánea tiene un interés especial. Al estudiar su contenido llama la atención un fenómeno algo insólito: los elementos de análisis científico se encuentran no sólo en las disciplinas económicas burguesas que se ocupan de las ramas, como ocurría anteriormente, sino también en una serie de tendencias que tienen como objeto de estudio los problemas macroeconómicos, tal es el caso de las teorías keynesiana y neokeynesiana del crecimiento, del análisis neoclásico, de la econometría —el insumo-producto y la programación lineal— y de algunas otras.

Es claro que estas corrientes no determinan el carácter de toda la economía burguesa moderna, no obstante, no tenemos derecho a ignorarlas: a) por consideraciones de orden práctico, ya que en las concepciones de estas tendencias se generaliza la experiencia económica de los países capitalistas más desarrollados y la experiencia de la regulación estatal-monopolista de la economía nacional, y, por otra parte, en una serie de casos, los resultados de dicho análisis después de una depuración crítica, pueden ser empleados en la economía socialista planificada para pronosticar el desarrollo económico, en la determinación de la efectividad económica de unas u otras medidas, etc.; y, b) por motivos teóricos e ideológicos, ya que los nuevos fenómenos de la economía burguesa

exigen análisis y explicación científicos, más aún cuando, a primera vista, el surgimiento del macroanálisis en la economía burguesa contradice su característica fundamental como ideología burguesa apologética-vulgar y anticientífica.

¿Acaso es paradójico el surgimiento del macroanálisis en la literatura burguesa a la luz de las consideraciones que hasta aquí se han hecho? ¿Qué es lo que ha ocurrido con la economía burguesa? ¿Perdió su naturaleza de clase y por este hecho se desprendió de sus limitaciones y se colocó de nuevo, como en el período clásico, sobre la vía científica? ¿O acaso no era correcta la apreciación anterior de la economía política, como vulgar? La cuestión relativa a las fuentes del macroanálisis burgués, plantea agudos e importantes problemas teóricos que rebasan los límites de las dificultades propias del desarrollo de la ciencia económica.

El peligro de destrucción que se cierne sobre el régimen capitalista, en virtud de la agudización de sus contradicciones internas, como ya ha ocurrido en una tercera parte del globo terrestre, ha obligado a los economistas y a los políticos burgueses a juzgar más sensatamente la realidad económica y a regresar a los principios de la escuela clásica.

Es difícil sobreestimar la influencia de la crisis general del capitalismo sobre la ideología económica de la clase dominante. Sin embargo esto no responde a la pregunta acerca de qué es lo que ha ocurrido con la regularidad fundamental del desarrollo de la economía política burguesa. A nuestro juicio, la presencia del socialismo ha hecho que el análisis científico de los procesos del desarrollo social, que a fin de cuentas lleva objetivamente a este nuevo régimen, sea ahora no menos peligroso para la burguesía que hace un siglo, cuando el movimiento obrero apenas



comenzaba a convertirse en fuerza independiente. Precisamente este peligro hizo que el pensamiento económico burgués fuera incapaz de realizar un análisis científico del desarrollo de la sociedad. En nuestro tiempo, dicho peligro es mucho mayor que entonces. No es casual, por tanto, que hoy día la teoría económica burguesa siga manteniendo sus posiciones anticientíficas en lo que atañe a los problemas fundamentales de la regularidad del desarrollo de la sociedad, mientras que, por lo contrario, sus postulados más realistas se agrupan en torno a problemas diferentes.

Desde este punto de vista, cualquier investigación que tenga aspecto económico-nacional, es político-económica. Sin embargo, como es sabido, los fenómenos de la economía nacional, por su carácter multifacético son estudiados no sólo por la economía política, sino también por otras disciplinas como la estadística o la cibernética, las cuales examinan los procesos de la economía nacional, en forma diferente a como lo hace la economía política.

El macroanálisis como nueva ciencia aplicada

La solución del problema, debe buscarse, en opinión nuestra, partiendo de la definición de desarrollo del conocimiento científico generalmente aceptada, de la ley de diferenciación de las ciencias. Estimamos que los elementos del conocimiento científico de la actual economía política

burguesa son resultado de la formación de una nueva —por la finalidad de su investigación— disciplina de la economía nacional que tiene, como toda ciencia, carácter internacional.

La particularidad de la nueva ciencia, que surge en el punto de unión de la economía política, de la estadística, de la matemática y de una serie de disciplinas económicas aplicadas, consiste en que, si bien se diferencia notablemente de la economía política por la naturaleza de su investigación de los fenómenos de la economía nacional, su carácter de ciencia aplicada estrechamente relacionado con la política económica, la identifica con la economía política. Es comúnmente conocido, por ejemplo, que la teoría de Keynes, la teoría del crecimiento económico y otras, se plantean la tarea de elaborar las bases teóricas de la política de regulación estatal-monopolista de la economía capitalista. Harrod, en el subtítulo de su trabajo “Acerca de la Teoría de la Dinámica Económica” señala que en él se trata de “las nuevas conclusiones de la teoría económica y de su aplicación a la política económica” (Subrayado por V. Afanásiev).

El macroanálisis es más bien una ciencia económica aplicada, y no una teoría de la economía política. En efecto, hemos visto que las limitaciones del pensamiento científico originadas por el interés de clase burgués, son mayores en el análisis de las perspectivas históricas del desarrollo social y de las leyes económicas objetivas que les sirven de base, que en las ciencias



económicas aplicadas, lo cual demuestra que la relación del macroanálisis y de la economía política ante el interés de clase burgués, es esencialmente diferente. ¿No es esto testimonio de las considerables diferencias en su objeto de investigación?

Contestar a esta pregunta no es nada fácil, ya que las diferencias, a veces, conciernen sólo a aspectos del análisis de los procesos de la economía nacional. A pesar de todo, estas diferencias son completamente perceptibles. La economía política del capitalismo tiene como objeto de su investigación las leyes del desarrollo del modo capitalista de producción, las leyes de la transformación de aquél en su extremo opuesto: el socialismo (por esto los economistas burgueses no son capaces de hacer un análisis científico de estas leyes); por su parte, el análisis macroeconómico del capitalismo investiga la regularidad del funcionamiento de la economía a base de las relaciones dominantes de la propiedad (lo que asegura un enfoque, más o menos objetivo, por parte de los economistas burgueses, de este aspecto del estudio de los fenómenos de la economía nacional). Si bien la economía política realiza un análisis de las leyes objetivas internas de la economía capitalista que descubren el profundo mecanismo del proceso histórico; el macroanálisis, en cambio, investiga sus regularidades concretas, externas, las cuales, como se sabe, poseen una relativa independencia. Por otra parte, la economía política estudia todos los aspectos económico-sociales; el macroanálisis, a su vez,

solo concentra su atención sobre los aspectos técnico-económicos, sobre el estudio de los fenómenos generales de su coyuntura.

Tales son las principales diferencias cualitativas en el objeto de investigación de la economía política y del macroanálisis. A dichas diferencias corresponde también una discrepancia esencial en los métodos de investigación: el método de abstracción científica, el método lógico e histórico son característicos de la economía política; el macroanálisis, en cambio, no puede prescindir del método de análisis cuantitativo, de la matemática. El avance experimentado en las últimas décadas en el desarrollo del análisis matemático, permite, en cierta medida, investigar los diferentes aspectos de la coyuntura económica.

Un claro ejemplo de la diferencia entre la economía política y el macroanálisis lo da, en particular, la teoría de Keynes. Este autor toma como constantes, tanto las fuerzas productivas como las relaciones de producción: "...La calificación y la cantidad de la mano de obra que se tiene, la cantidad y la calidad de los medios de producción disponibles... y también la estructura social...". Junto a esto, Keynes se abstrae, conscientemente, del análisis de las leyes del desarrollo de la economía capitalista. "Esto no significa —escribe acerca de los elementos decisivos del capitalismo mencionados arriba— que nosotros consideramos invariables todos estos factores. Esto sólo significa que, en el punto dado y en la ligazón dada, no exa-

minamos ni tenemos en cuenta la influencia y las consecuencias de los cambios suscitados por ellos".⁸ De igual modo, Keynes manifiesta su aspiración a encontrar las regularidades del funcionamiento de la economía dentro de los marcos tanto de las fuerzas productivas, como de las relaciones de producción dadas del capitalismo (en esto consiste, por cierto, una de las posiciones decisivas en que se apoyan los críticos burgueses de Keynes, quienes le reprochan su enfoque estático). "Nuestro objetivo final puede ser la selección de tales cantidades variables que se sometan al control consciente y a la dirección por parte de las autoridades centrales dentro de los límites del sistema económico en el cual vivimos".⁹

De esta manera, el objeto de investigación formulado por Keynes, difiere esencialmente del correspondiente a la economía política propiamente dicha. Lo que por otra parte es la finalidad que persigue la nueva ciencia burguesa aplicada a la economía nacional.

En las ciencias biológicas y médicas, la diferencia entre los aspectos evolutivos y funcionales en la investigación de sistemas, como los organismos vivos, ha sido aceptada universalmente. Estos aspectos se han separado en ciencias independientes, aunque estrechamente relacionadas entre sí. Tales son, por ejemplo, la fisiología del hombre y la teoría evolucionista acerca de su origen y desarrollo.

La medicina es, en general, una ciencia más antigua que la teoría económica. Además, en los procesos motivo de su estudio, diferencias en el funcionamiento del sistema y en su desarrollo se manifiestan en forma considerablemente más aguda que en la esfera de la economía. Sin

embargo, también la sociedad humana y su economía representan un sistema cuyas leyes de desarrollo y de funcionamiento no pueden dejar de diferenciarse. Se comprende que cada ciclo de funcionamiento de la economía (el año económico o el ciclo económico) contiene en sí un momento de su desarrollo, es más, es portador de tal desarrollo. Pero cuenta asimismo con una independencia relativa.

El hecho de que el objeto del macroanálisis esté constituido por las concenaciones técnico-económicas (y no económicas-sociales), de la producción, o por las regularidades funcionales concretamente económicas de las proporciones de la economía nacional, que dejan a un lado las profundas leyes económicas del desarrollo histórico del capitalismo moderno,



J M KEYNES

⁸ J. M. Keynes. Teoría General del Empleo, del Interés y del Dinero.

⁹ *Ibid.* (Subrayado por el autor).

permite a los economistas burgueses enfocar, más o menos objetivamente, el análisis de esos fenómenos. Como una buena ilustración de esto, puede servir el análisis de las "funciones de producción" hecho por los partidarios de la teoría neoclásica, que representa, en particular, la investigación de la dependencia del volumen físico de la producción de todo un conjunto de ramas de la industria, de la variación de la cantidad de trabajo invertido en su producción y de los gastos de capital fijo. Es evidente, que aquí se examina un importante problema de la economía nacional, el cual tiene más bien un carácter de relación cuantitativa, funcional, que de dependencia político-económica causal.

La dualidad de la ciencia económica burguesa, su división en economía política propiamente dicha, y en macroeconomía, tiene como base última la dualidad, descubierta por vez primera en *El Capital*, de la propia producción social capitalista, del doble carácter del trabajo que produce la mercancía.

La base objetiva de la separación del macroanálisis con respecto a la economía política, es el auge gigantesco de la socialización de la producción capitalista, que ha alcanzado el nivel de capitalismo monopolista de estado, en virtud de lo cual, se necesitaba una rama especial de la ciencia que permitiera captar las regularidades de las relaciones cuantitativas del funcionamiento del mecanismo económico social contemporáneo. Si tal necesidad es evidente con relación a ramas aisladas de la economía (personificada en la ciencia económica de las ramas), con mayor razón deberá ser evidente para toda la compleja economía nacional moderna.

Se sabe que distintas partes de una misma ciencia, aunque estén vinculadas en un todo único por el objeto común de

la investigación, tienen, a pesar de todo, una relativa independencia. Con el tiempo, es muy posible la separación de una de estas partes como ciencia independiente, si aumenta la importancia de la finalidad específica de su investigación. Así ocurrió, en realidad, con la economía política y con una de sus partes componentes: con la teoría de la reproducción, que se separó de la economía política en forma del llamado análisis macroeconómico. Precisamente la teoría de la reproducción, tiene un aspecto de economía nacional inherente a toda la economía política.

Se comprende, entonces, que la economía política considerada como teoría general, sigue siendo la base metodológica del análisis concreto de los vínculos funcionales de la economía nacional. El defecto más importante del macroanálisis burgués, que emana de su naturaleza de clase, consiste en el aislamiento completo de las investigaciones de las leyes de desarrollo del modo de producción capitalista, sin la cual no pueden ser descubiertas completamente las leyes de su funcionamiento. Dichas investigaciones son las que la burguesía es incapaz de realizar, en virtud de su carácter anticientífico. Es comprensible, en consecuencia, el escepticismo mostrado a veces por los economistas burgueses respecto a las posibilidades prácticas del macroanálisis. El economista alemán, E. Dühr, por ejemplo, escribió sobre el Keynesianismo, que éste es incapaz de ser la base teórica directa de la política del crecimiento.

Por otra parte, es significativo el hecho de que el comienzo de la formación del análisis macroeconómico en la literatura burguesa, se remonte a los años treinta del siglo XX, o sea, al período de la más profunda y prolongada crisis económica

en la historia del capitalismo, la que recibió el nombre de "gran depresión" y fue resultado de la explosión de las contradicciones de la reproducción capitalista. En aquellos años, ante los ideólogos burgueses surgió, en toda su agudeza, la necesidad de elaborar las bases teóricas de la regulación estatal-monopolista de la producción capitalista, que dio origen al surgimiento del macroanálisis. Precisamente en los años treinta fue publicado el principal trabajo de Keynes, a quien a menudo se considera como su fundador, más tarde, en 1939, en el número de marzo de la revista inglesa, "Economic Journal", fueron publicadas las tesis más importantes de la teoría del crecimiento de R. Harrod.

Como fue señalado, la base objetiva del análisis macroeconómico —principalmente del análisis cuantitativo de la correlación entre las proporciones de la economía nacional— es el alto nivel de la socialización de la producción moderna, que exige la regulación de la economía nacional. Por eso no hay nada de asombroso en el hecho de que en las fuentes de muchas tendencias de esta ciencia, esté la práctica de la Unión Soviética, que fue el primer país que tropezó con la necesidad objetiva de planificar la economía nacional; las investigaciones de los economistas soviéticos de los años veinte, quienes se apoyaron tanto en la metodología, como en las principales conclusiones de la teoría de la reproducción de Marx, consignadas en *El Capital*.

La teoría expuesta por Keynes representa un intento de adaptar los métodos surgidos en la práctica de la planificación del socialismo, a la tarea de fortalecer y rejuvenecer al capitalismo. Leontiev, el conocido representante de la econome-

tría, —autor del método "inducto-producto", destinado a investigar las relaciones de equilibrio entre las distintas ramas individuales—, conocía de cerca la teoría y la práctica del empleo del método de balances por los órganos de planificación de la URSS, en el análisis de las relaciones de la economía nacional.

En los años veinte fueron publicados en la Unión Soviética varias investigaciones originales sobre los problemas en cuestión, entre los cuales llama la atención el trabajo de P. I. Popov, Presidente de la Comisión Preparatoria del balance de la economía nacional en los años 1923-1924.¹⁰ El primer modelo de crecimiento económico fue elaborado por el economista soviético G. A. Feldman, 10 años antes de la intervención de Harrod.¹¹ El método de programación lineal como es sabido, fue elaborado por el matemático soviético L. V. Kantoróvich en los años treinta. Mucho también fue hecho por los economistas soviéticos respecto al desarrollo del análisis macroeconómico en los años ulteriores, especialmente en los de postguerra; ante todo, deben citarse los trabajos de Strumilin, Nemchínov y Kantoróvich.

La etapa moderna de la crisis.

El plantearse el problema del macroanálisis como disciplina distinta de la economía política, permite trazar con mayor precisión aquellos procesos en la teoría econó-

¹⁰ Véase, por ejemplo, "Obras de la Dirección Central de Estadística" T. XXIX; "Balance de la economía nacional de la URSS en los años 1923-24". Bajo la redacción de P. I. Popov, Moscú, 1926 (en ruso).

¹¹ Véanse sus artículos: "Contribución a la teoría de los ritmos de la renta pública" (revista "Economía Planificada", No 11-12 año 1928) y "Método analítico de organización de planes perspectivas" ("Economía Planificada" No 12, año 1929) (en ruso).

mica burguesa moderna que dan testimonio de su estado de crisis.

Naturalmente, las formas en que se manifiesta dicha crisis, han sufrido una considerable modificación desde la época de Marx. En nuestros días, sus particularidades están relacionadas, antes que nada, con la materialización de las ideas del socialismo científico, con el proceso histórico de formación y de desarrollo del modo socialista de producción, con la lucha de dos sistemas mundiales, con la quiebra del sistema colonial del imperialismo y con el auge de los movimientos obrero y nacional-liberador. Precisamente, estos avances histórico-mundiales, son los que han dado lugar a que la crisis de la economía política burguesa, entre en una nueva etapa cualitativa de su desarrollo.

Sin embargo, en el mecanismo social de esta crisis y en sus fuerzas motrices principales, descubiertas ya por Marx en *El Capital*, no ha habido cambios esenciales. Hoy, como nunca antes, el interés de clase de la burguesía se encuentra en contradicción con la dirección principal del desarrollo de la sociedad en su tránsito del capitalismo al socialismo, lo que excluye la posibilidad de un análisis verdaderamente científico y objetivo de la regularidad de dicho desarrollo.

De esto dan testimonio las expresiones del pensamiento económico burgués moderno, en las que, de una u otra forma, se plantean los problemas referentes al contenido de las relaciones económicas del capitalismo moderno y a la tendencia de desarrollo de éstas, o sea, las corrientes político-económicas propiamente dichas. Tales son, por ejemplo, las teorías del "capitalismo popular", del "estado del bienestar general", de la fuerza ponderada", "relaciones humanas", "etapas del

crecimiento", "competencia monopolista", "neoliberalismo", "doctrina social católica", "escuela sociológica", etc.

Es evidente el hecho de que la mayoría de las corrientes de la economía política burguesa moderna han cambiado su carácter teórico-general, "de sistema", que antes les era inherente por uno nuevo: el "de problema". Ahora, los economistas burgueses, apoyándose en la forma económica o en la no económica de la apología o, lo más probable, en una combinación de ambas, no intervienen en el círculo tradicional de problemas de la economía política, sino, como regla general, en uno cualquiera de los problemas económicos, relativamente limitados, pero que en el período y en el país dado en que se analizan, es el más agudo para el capitalismo. La crisis general les ha obligado a concentrar la defensa del orden capitalista en los sectores más peligrosos del frente ideológico.

Las doctrinas "de sistema" (el "neoliberalismo", la "doctrina social católica" y otras) se vuelven, en este caso, más bien una excepción que una regla, aunque son, indudablemente, anticientíficas.

La economía política burguesa moderna se apoya aún en las dos formas principales de vulgarización que ya fueron descubiertas por Marx en *El Capital*.

En primer lugar, la utilización de la forma externa de los procesos económicos para encubrir su esencia social. Los economistas burgueses utilizan, por ejemplo, los procesos que han llevado a la alteración de la forma del capital, es decir, a la transformación de este en "acciones" para propagar la tesis sobre la transformación de la propia naturaleza del capitalismo, de su conversión en un cierto "capitalismo popular". Sin embar-

go, es completamente evidente que el cambio aparente en la forma de explotación de los trabajadores no puede llevar a la liquidación de ésta. Por lo contrario, el capitalismo en forma de acciones lleva en sí nuevas posibilidades de aumentar la explotación de los obreros, de los empleados y de la pequeña burguesía.

En segundo lugar, la forma no económica de vulgarización de la economía política continúa jugando un papel importante, aunque, como es natural, ha sufrido también algunos cambios. En particular, llama la atención la teologización de la economía política burguesa, lo que manifiesta, en la época del derrumbamiento del modo capitalista de producción, la ineficacia de las formas precedentes de la apología, pues éstas no pudieron liquidar la idea sobre la existencia de los vínculos de causa a efecto en los fenómenos económico-sociales.

En consecuencia, hubo necesidad de enfocar los fenómenos económicos del capitalismo contemporáneo, desde las posiciones de los dogmas místicos, religiosos, no controlados por la conciencia, y que excluyen por completo la posibilidad de un enfoque consciente de la realidad capitalista. Esto explica en cierto modo el hecho de que antes de la crisis general del capitalismo, la apología teológica no ocupara tan destacado lugar en el arsenal ideológico de este, ni los partidos clericales burgueses alcanzaron el poder en varios países (RFA, Italia, Portugal, España).

En la teoría económica vulgar moderna, existe una profunda contradicción interna, una ruptura entre el contenido y la forma. A medida que aumenta la necesidad, para la burguesía, de una defensa más activa del régimen capitalista, es in-

dispensable enmascarar más cuidadosamente el contenido real de las teorías económicas del gran capital. Muchas de ellas adquieren una apariencia pequeño-burguesa: "liberalismo", "capitalismo popular", "teoría de las relaciones humanas", etc.; otras —socializantes de derecha— caracterizan como socialistas los procesos del desarrollo del capitalismo monopolista de estado; e incluso, la ideología más reaccionaria del capitalismo del siglo XX —el fascismo alemán— adquirió una forma de cierto "nacionalismo".

El actual estado de crisis de la economía política burguesa, es una demostración indiscutible de que el análisis de las leyes de desarrollo de la ciencia económica burguesa, hecho por Marx en *El Capital* es absolutamente correcto.

El desarrollo del análisis macroeconómico tiene una importante significación práctica y científica, y, al mismo tiempo, posee aspectos interesantes desde el punto de vista ideológico. A menudo, los éxitos del macroanálisis burgués se atribuyen, sin fundamento alguno, a la teoría económica burguesa y se presentan como testimonio de su carácter científico y de su viabilidad. Aún más, la mezcla de la economía política capitalista con el macroanálisis, ha engendrado en varios científicos de buena fe, un afán —digno de mejor causa— por revisar en su esencia las anteriores apreciaciones correctas del período posttricorniano.

La economía política burguesa, como hemos visto, hoy día sigue dirigiendo sus esfuerzos a la justificación del capitalismo, al encubrimiento de su naturaleza explotadora y de su carácter histórico. De ahí que, la imposibilidad de los economistas burgueses para delimitar la teoría eco-

nómica capitalista y las investigaciones macroeconómicas, engendre, por una parte, una confusión dañina y, por otra, frene el empleo, por parte de los marxistas, de los logros científicos del macroanálisis burgués.

Es igualmente importante tener en cuenta que esta corriente cumple también una función ideológica. De ahí que sea mayor la dificultad para comprender la separación del macroanálisis, de la propia economía política burguesa. Y, aunque la finalidad fundamental del mismo es servir a los objetivos prácticos de la burguesía y dar la dirección para regular los procesos de la economía nacional, conforme al interés de dicha clase, las obras macroeconómicas de los autores burgueses contienen, también, de manera general, la apología del orden capitalista. Una ilustración convincente de esto la da la teoría económica de J. Keynes, que representa una extravagante combinación de economía política vulgar y de embriones de análisis macroeconómico, lo mismo que las teorías postkeynesiana y las neoclásicas del crecimiento, aunque éstas últimas reflejan un grado más alto de independencia del macroanálisis.

Hay muchas posiciones vulgares, particularmente en los aspectos de la teoría general y del método del macroanálisis, donde la influencia de la teoría económica

capitalista es más perceptible. Empero, es bien conocida la influencia que la economía vulgar ejerce también sobre la economía aplicada a las ramas, lo que no excluye, mediante un determinado enfoque crítico de ellas, la posibilidad de emplear todo lo valioso desde el punto de vista práctico, que hay en estas ciencias, en función del desarrollo de la economía socialista. Tal debe ser la actitud hacia todo lo útil que contengan las investigaciones macroeconómicas de los autores burgueses.

Así pues, *El Capital* de Marx da una base metodológica decisiva para el análisis de los fenómenos más modernos de la ciencia económica contemporánea, para el descubrimiento de las leyes objetivas internas de su desarrollo, en general, y de los procesos y formas de manifestación de la crisis de la economía política burguesa moderna, en particular. Finalmente, las ideas de *El Capital* desarrolladas en las obras de Lenin, dan un cuadro verdaderamente científico de las leyes y tendencias del desarrollo social contemporáneo, de sus fuerzas motrices y perspectivas. Precisamente por esto, el desarrollo de la crisis de la economía política burguesa durante el siglo pasado, transcurrió bajo una determinada influencia de la economía política científica del proletariado.

El Capital y la etapa avanzada del socialismo*

Walter Ulbricht

I

SOBRE LA IMPORTANCIA DE EL CAPITAL

El 14 de septiembre de 1867, salían de la Editorial Otto Meissner de Hamburgo, los primeros 1.000 ejemplares de la obra, **El Capital** que iba a hacer época. Desde entonces, que sepamos, el primer tomo ha sido traducido a 43 idiomas y ha alcanzado las 220 ediciones. Solamente en la URSS, durante los años del poder soviético, se han impreso más de 6 millones de ejemplares de los tres tomos de **El Capital** en 18 idiomas. En la RDA las ediciones han alcanzado la cifra de 888.000 ejemplares. Medio año después de la aparición de **El Capital** escribía Engels, fundador con Marx del socialismo científico y fiel compañero de éste: «Desde que existen capitalistas y obreros en el mundo no ha aparecido ningún otro libro que tenga tanta importancia para los trabajadores como este».1 Con razón podemos decir que esa



* Informe de Walter Ulbricht, primer secretario del C. C. del Partido Socialista Unificado Alemán, PSUA, presentado en la sesión científica internacional, celebrada el 12 de septiembre de 1967 con motivo del centenario de la publicación del primer tomo de **El Capital** de Carlos Marx, en Berlín, República Democrática Alemana.

1 K. Marx y F. Engels, Obras, p. 235, vol. 16, Dietz Verlag, Berlín 1962.

apreciación sigue siendo hoy completamente válida. Este libro inició el viraje en la historia de la humanidad.

Carlos Marx descubrió la esencia de la propiedad capitalista y la irreconciliable contradicción de clases resultante de ello entre los capitalistas y los obreros, entre los poseedores y los no poseedores de los medios de producción. Sobre esta base desarrolló la teoría de la plusvalía con la cual probó científicamente la explotación de los obreros por los capitalistas. La clase capitalista, que posee el poder político y económico, se apropia de la plusvalía que crece absoluta y relativamente. Los capitalistas se hacen cada vez más ricos; los trabajadores, que están obligados a vender como una mercancía su único patrimonio, su fuerza de trabajo, siguen siendo explotados aun cuando luchando puedan llegar a mejorar su nivel de vida.

Las enseñanzas expuestas por Marx en *El Capital* capacitaron a la clase obrera para conducir la lucha de clases sobre bases científicas. *El Capital*, junto con el *Manifiesto Comunista*, fue el punto de partida teórico para la estrategia y la táctica de la clase obrera, para la destrucción del capitalismo y para la construcción del nuevo orden social socialista.

El gran contenido ideológico que irradiaba *El Capital* para todos los explotados y oprimidos, hizo imposible a la burguesía mantener por mucho tiempo en silencio la obra principal de Marx. Por ello se lanzó a una desenfadada campaña de desprestigio de las ideas de Marx. Sus intentos de falsificar al marxismo con ayuda del revisionismo y del reformismo, fueron desechados por la misma experiencia de la clase obrera. En ninguna parte del mundo, la política reformista de la socialdemocracia llegó a poner fin a la explota-

ción del hombre por el hombre ni llevó a la conquista del poder político y económico por la clase obrera. Aun en los países capitalista donde el nivel de vida de la clase obrera ha llegado a ser alto, crece la inseguridad social y está amenazada la propia existencia del pueblo a causa de la política imperialista. De ahí que tenga tanta importancia la enseñanza de Marx de que la clase obrera y sus organizaciones no puede limitarse a la lucha por las mejoras económicas y las reformas, sino que ha de tener como objetivo acabar con el poder del gran capital y con la explotación del hombre por el hombre. El reformismo y el revisionismo no han podido refutar el marxismo, no han podido evitar su influencia sobre el movimiento obrero, ni impedir la aparición del sistema mundial socialista y el creciente fortalecimiento del movimiento comunista y obrero.

Bajo las condiciones actuales del capitalismo monopolista de Estado los mismos economistas burgueses se ven obligados a estudiar las leyes del capitalismo descubiertas por Marx. Esperan así poder dominar los problemas de desarrollo de las modernas fuerzas productivas para los que su propia acientífica teoría económica resulta inservible. Sobre esta base pasó también la gran burguesía germano-occidental a emplear elementos de la programación en los marcos del sistema de poder del capital monopolista de Estado, en forma de una regulación de la economía. Una parte de los ideólogos burgueses partidarios de la teoría del crecimiento recuerdan de nuevo a Marx. Reconocen la verdad de las contradicciones del capitalismo, pero tratan de aliviar esas contradicciones con medidas estatal-monopolistas, sin eliminar su causa: el poder del capital monopolista. Niegan las conclusiones que se desprenden de las enseñanzas expuestas por Marx en

El Capital: la necesidad de la desaparición del orden capitalista y de la construcción de una sociedad sin explotación y opresión como premisa fundamental para la seguridad social y para el incesante progreso económico. Esta histórica tarea sólo puede llevarse a cabo bajo la dirección de la clase obrera y de su partido marxista-leninista que se basa consecuentemente en las enseñanzas de **El Capital**.

¿Qué es lo fundamental?

Marx hace en **El Capital** un amplio y científico análisis de todo un sistema social. Para ese análisis utilizó el materialismo dialéctico e histórico que él profundizó y desarrolló a la vez en su fundamentación teórica.

La concepción histórica materialista se transforma en **El Capital**, como señalara Lenin, de hipótesis en teoría científica.

En **El Capital** fundamentó Marx la categoría central del materialismo histórico, la formación social económica. Probó la regularidad de la sucesión histórica de las diversas formaciones sociales y descubrió que cada formación social se diferencia cualitativamente de las otras por leyes fundamentales que le son inmanentes.

Mientras Marx definía el concepto de formación social y el papel determinante del modo de producción de los bienes materiales, elaboraba al mismo tiempo la teoría del carácter del sistema social. Esa teoría afirma que cada formación social comprende un determinado sistema de leyes económicas, y esa sociedad es caracterizada por una complejidad de los más diversos rasgos sociales que corresponden a una determinada etapa de desarrollo de la sociedad humana. En esa teoría nos basamos cuando en el VII Congreso decidimos construir en la RDA el sistema

social avanzado del socialismo. Volveré sobre esto más adelante.

En la elaboración de su teoría económica descubrió Marx las leyes económicas fundamentales y las categorías de la formación social capitalista, pero también aquellas leyes y categorías que determinan el desarrollo de todos o varios modos de producción.

De las primeras forman parte la ley de la plusvalía, la ley de la acumulación de capital, la ley de las crisis y la ley de la tendencia decreciente de la cuota de beneficio. De las últimas nombraremos la ley del valor y la ley de la economía del tiempo y la ley general de la concordanza de las relaciones de producción con el carácter de las fuerzas productivas. Así se sentó en **El Capital** la base teórica de la economía política marxista y se crearon las premisas más importantes para el desarrollo creador de la economía política marxista-leninista.

Al lado del descubrimiento de las leyes del modo de producción capitalista, de su ley de desenvolvimiento y la demostración de la necesidad de superar al capitalismo mediante la lucha de clase del proletariado, **El Capital** contiene también indicaciones sobre los rasgos fundamentales del modo de producción socialista y comunista. Marx demostró que la clase obrera que surge en el seno de la sociedad capitalista tiene la misión histórica de sustituir el poder capitalista, condenado a perecer, por el poder de la clase obrera en alianza con los campesinos trabajadores y con los intelectuales, y de construir la nueva sociedad socialista.

La teoría económica de Marx vino a ser parte inseparable de la filosofía materialista de la clase obrera. La realización de la doctrina económica fundamentada en **El Capital** demostró que la teoría

se transforma en un poder material cuando toma cuerpo en las masas.

En Alemania, el país de Europa de más alta concentración del capital y de más vigoroso desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, se manifestaron con especial agudeza las contradicciones del sistema capitalista. Sobre las fuerzas dominantes del capital monopolista alemán recae toda la responsabilidad de las numerosas crisis y de las dos guerras mundiales en la primera mitad de nuestro siglo. El poder de los monopolios capitalistas llevó a la muerte a millones de hombres, y puso en juego la existencia de la propia nación. El ansia de expansión del capital monopolista alemán, el ansia de obtener mayores ganancias mediante la conquista y la explotación de otros pueblos, condujo a aquella bárbara guerra de conquista contra la Unión Soviética y los pueblos de Europa y del Cercano Oriente, con lo que quedó demostrado que la gran burguesía alemana ha perdido todo derecho a dirigir la nación.

Cuando después de la derrota de la Alemania de Hitler, las fuerzas democráticas, bajo la dirección de las fuerzas más progresistas de la clase obrera y mediante la creación del frente unido del Partido Comunista de Alemania y del Partido Socialdemócrata de Alemania, comenzaron

a crear en Alemania un nuevo orden antifascista y democrático, las fuerzas reaccionarias de la gran burguesía, apoyadas por los EE.UU., llevaron a cabo la división de Alemania. La burguesía temía el desarrollo de las fuerzas democráticas y del pueblo en toda Alemania y por eso incorporó las zonas occidentales ocupadas por las potencias imperialistas al sistema del imperialismo occidental. La gran burguesía se jugó la existencia de la nación en interés de la restauración de las viejas relaciones de poder políticas y económicas.

En la República Democrática Alemana, la clase obrera, los campesinos trabajadores, los intelectuales, los artesanos y los pequeños industriales han extraído las justas enseñanzas de la historia alemana. De acuerdo con las doctrinas de Marx, Engels y Lenin han acabado con el capitalismo y construyen conscientemente el socialismo.

Por ello, el pueblo de la República Democrática Alemana ha venido a ser el genuino porta-estandarte de la Nación.

Finalidad de mi informe es señalar la actual significación de **El Capital** para la lucha de la clase obrera alemana en la República Democrática Alemana y en Alemania occidental, y extraer algunas enseñanzas.

II

EL MARXISMO COMO PRONOSTICO SOCIAL CIENTIFICO

El Manifiesto Comunista fue y sigue siendo un magistral pronóstico social que se encuentra completamente elaborado en la obra fundamental de Marx **El Capital**. Esta teoría se ha convertido a través de la lucha

de la clase obrera bajo la dirección de su partido marxista-leninista, en un poder material y, al iniciarse hace 50 años, en el suelo de la antigua Rusia zarista la construcción de la sociedad socialista que ahora

existe también en otras partes de la tierra, se confirmó la verdad del genial pronóstico; el socialismo fue el resultado científicamente previsto de la lucha de la clase obrera. Esta es la particularidad del pronóstico del desarrollo de la sociedad sobre la base de la teoría marxista leninista que se hace realidad en la actuación práctica, en la lucha política. La clase que formula este pronóstico y hace de él su patrimonio ideológico, tiene también la fuerza para hacerlo realidad siendo el pronóstico mismo meta y orientación de la lucha.

Fundada por Marx y Engels, desarrollada por V. I. Lenin en la época del imperialismo y enriquecida por las experiencias del movimiento internacional, la previsión científica vino a ser un elemento característico de la actividad de dirección de los partidos obreros marxistas leninistas. Contribuyó esencialmente a realizar la transformación social que se inició en el mundo en los días de la Gran Revolución Socialista de Octubre y que se caracteriza hoy como el tránsito del capitalismo al socialismo en escala mundial.

Los fundamentos teóricos de los pronósticos sociales marxistas son el materialismo dialéctico e histórico. El descubrimiento de que la naturaleza y la sociedad se desarrollan conforme a leyes objetivas, da a la clase obrera la posibilidad de obtener una visión científica de las condiciones de su lucha y le da la firme certidumbre de su victoria. El conocimiento de las leyes de desarrollo de la economía y de la sociedad capitalista y la previsión científica de su acción, basada en ello, ha venido a ser premisa indispensable para el éxito en la lucha de la clase obrera. Solamente por ello estuvo en condiciones de elaborar la estrategia y la táctica de acuerdo con las concretas condiciones

de desarrollo. En los países en que la clase obrera ha conquistado el poder político y construye el socialismo, surge la necesidad de efectuar pronósticos sociales científicos que se correspondan con el carácter de las leyes de desarrollo del socialismo y con el complejo desarrollo que alcanzan las fuerzas productivas en la revolución científico-técnica. Es un instrumento indispensable en la contienda con los países capitalistas que se desarrolla ante todo en los marcos de la producción material y de la ciencia.

Marx y Engels señalaron que la decisiva parte integrante de los pronósticos sociales marxistas es el conocimiento de las fuerzas sociales portadoras del desarrollo y del desarrollo inherente a ellas. Ya cuando el capitalismo industrial se encontraba todavía en sus comienzos y la clase obrera estaba débilmente organizada, Marx y Engels reconocieron en el proletariado la fuerza revolucionaria que acabaría con la sociedad capitalista y construiría la sociedad socialista. En el epílogo a la segunda edición de *El Capital* escribía Marx que existe una clase «cuya misión histórica es transformar el modo de producción capitalista y, finalmente, abolir las clases: es el proletariado».¹ Con la victoria del socialismo en la Unión Soviética los obreros y campesinos soviéticos demostraron por primera vez la verdad de esa genial predicción científica. Ellos señalaron que la clase obrera conquista el poder político para con él transformar radicalmente las relaciones de producción capitalistas y para construir la economía y la sociedad socialista. La validez universal de esta afirmación se probó cuando, después de la segunda guerra mundial, otros países de Europa y Asia —y con

¹ K. Marx y F. Engels, *Obras*, vol. 23, p. 22, Dietz Verlag, Berlín 1959.

Cuba también en América— se separaban del sistema capitalista y emprendían el camino del socialismo.

La instauración del poder socialista en la Unión Soviética y el nacimiento del sistema mundial socialista, demuestran también la justeza de la previsión leninista de la posibilidad del triunfo del socialismo en uno o en varios países y de la coexistencia a que ello obliga, por un período más o menos largo, del socialismo y el capitalismo. Esto dio a los obreros y campesinos soviéticos vencedores, la necesaria fuerza para construir el socialismo bajo las más difíciles condiciones.

El movimiento obrero alemán hizo suyas las previsiones marxistas cuando se impuso la dictadura fascista y en los momentos en que los imperialistas alemanes preparaban y después realizaban su guerra de conquista. Basándose en el análisis marxista de las contradicciones internas del capital alemán y en la aplicación de la doctrina de Lenin sobre el imperialismo, fue elaborado un pronóstico correcto y su estrategia correspondiente. Se basaba en la unión de todos los adversarios de Hitler y tenía como fin la derrota militar del imperialismo fascista alemán y la construcción de un orden antifascista y democrático. Se pudo primeramente derrotar el poder estatal fascista y acabar con el poder de los grandes monopolios como raíz principal del imperialismo alemán. No podía plantearse todavía, y no fue planteada, la tarea general de acabar con el capitalismo como sistema social. Sobre ello debía decidir después el propio pueblo alemán a fin de poder levantar un nuevo orden social que correspondiera a las condiciones reales existentes.

Ese pronóstico se demostró que era correcto y pudo ser realizado en el este de Alemania.

Pero ese pronóstico debía ser elaborado de nuevo para Alemania occidental. Al comienzo existían en toda Alemania, en el interior, las condiciones objetivas y subjetivas para la transformación antifascista democrática en todo el país. El cambio en las condiciones externas producido al lanzarse las potencias occidentales imperialistas de la coalición antihitleriana a una política antisoviética, por el incumplimiento del Acuerdo de Potsdam, al aliarse esas potencias con el adversario derrotado hacía poco en la guerra, los imperialistas germano-occidentales, cambió la correlación política de fuerzas en las tres zonas de ocupación occidentales. Es así como la acción internacional del imperialismo impidió se cumplieran las leyes objetivas históricas en el oeste de Alemania.¹

Cuando las fuerzas reaccionarias del gran capital, junto con los imperialistas norteamericanos, reinstauraron en Alemania occidental las viejas relaciones de poder políticas y económicas, e hicieron de Alemania occidental un Estado separado cuya función era la de servir de avanzada contra el socialismo en Europa, los intereses del pueblo exigían la creación de la República Democrática Alemana como bastión de la paz y de la democracia en Alemania.

Para desarrollar y fortalecer al primer Estado obrero y campesino alemán, la clase obrera, los campesinos y los intelectuales hubieron de aprender a utilizar todas las ventajas del orden social socialista, hubieron de aprender a cumplir con su responsabilidad en la dirección del Estado. Debieron aprender a acabar con las contradicciones del capitalismo y a quitar

¹ K. Marx y F. Engels, Obras, vol 23, p. 22, Dietz Verlag, Berlin 1959.

al imperialismo toda posibilidad de mantener o ganar posiciones en la RDA.

Así se hizo necesaria la estructuración consecuente del orden social y económico socialista a fin de lograr la seguridad política y social para el pueblo, para poder superar las destrucciones de la guerra y las consecuencias de la división económica de Alemania y para elevar el nivel de vida del pueblo.

Con el traspaso de la mayor parte de los medios de producción a poder del pueblo, la clase obrera, junto con sus aliados, realizaba una muy importante parte de la revolución socialista. Pues con la apropiación por el pueblo de los medios de producción se dio vida a las leyes económicas del socialismo y se les puso en movimiento. Con el crecimiento de la propiedad popular adquirieron mayor fuerza esas leyes económicas, hicieron, no sólo posible, sino absolutamente necesario, el trabajo previsor en el terreno de la economía nacional, es decir, en el de la economía socialista.

En un poco más de quince años hemos creado paso a paso, desde los primeros comienzos, un moderno sistema de planificación y dirección de la economía nacional que corresponde a las exigencias de una sociedad socialista avanzada y de la revolución técnico-científica. Cuando en 1954, en el 21 pleno del Comité Central nos ocupábamos sistemáticamente de la fundamentación teórica y de la aplicación práctica del cálculo económico en la dirección, sabíamos que al principio sólo se trataba de dar los primeros pasos. Pero entonces teníamos una idea de pronóstico aproximada, un modelo de lo que llamamos hoy sistema económico del socialismo. En ese moderno sistema nuestro de planificación y dirección tiene hoy la actividad de pronóstico un firme y justo lugar.

Pronosticación marxista significa consciente aprovechamiento de las leyes objetivas actuantes en la sociedad. Pronosticación desde el punto de vista de los monopolios y de los representantes del aparato de Estado capitalista, no puede significar, en última instancia, más que el intento de oponerse a la acción de las leyes del desarrollo social. La planificación y la pronosticación de los monopolios no pueden hacer desaparecer la contradicción antagónica entre capital y trabajo. Por eso todas las afirmaciones fundamentales de un pronóstico científicamente fundamentado son contrarias a los intereses de los monopolios. Por todo esto, los círculos gobernantes en Alemania occidental ni pueden ni quieren adelantar pronósticos reales. El pueblo de Alemania occidental, por el contrario, debería basarse, para su actuación, en los pronósticos marxistas del desarrollo social y orientar su lucha contra el armamento atómico y la política de expansión de los monopolios que ponen en peligro sus intereses vitales.

Una tan amplia transformación social como es la revolución socialista, que conduce a nuevas y más altas formas de producción, de relaciones entre los hombres, a la expansión de la actividad creadora de las gentes, sólo es posible con la participación activa de las masas. Ello muestra al mismo tiempo lo que vale la palabrería de los gobernantes bonnianos sobre que la República Democrática Alemana no está «democráticamente legitimada». ¿Qué puede ser más democrático que las acciones del pueblo que acaban con la explotación, la opresión y el atraso y señalan el camino hacia el progreso, la paz duradera y el humanismo?

El capital monopolista germano-occidental ha atajado el camino a los trabajadores y campesinos de la República federal ha-

tía esos únicos y verdaderos derechos democráticos. El conocido filósofo, Karl Jaspers, que se siente completamente ligado al orden social burgués, pero que sigue con gran preocupación la marcha de los acontecimientos en la República federal, «de los partidos de la oligarquía hacia la dictadura», señala cuáles son las raíces de ese peligroso desarrollo cuando escribe: «Los autores de la Ley fundamental parece que han tenido miedo al pueblo pues esa Ley limita a un mínimo la actividad del pueblo».¹

La República federal Alemana sigue la ley de desarrollo del orden capitalista. También a ello se refiere Jaspers cuando escribe: «Los movimientos y las transformaciones revolucionarias son necesarios para preservar la libertad. No las falsas revoluciones mediante golpes de Estado y violencia. Pero sí las revoluciones por vías legales, hasta la huelga general política».²

En la República Democrática Alemana el pueblo, dirigido por la clase obrera, ha realizado la revolución socialista por vía pacífica y ha alcanzado así su libertad social. La clase obrera está empeñada en alcanzar sus objetivos por medios pacíficos; pero ha sido y es método de la reacción imperialista hacer fracasar o frenar el desarrollo pacífico con sangrientos actos de violencia, con golpes de Estado y el terror militar. Pero la burguesía monopolista no puede ya decidir sobre el destino ni señalar el futuro del pueblo alemán. Sólo la clase obrera y las fuerzas democráticas aliadas a ella pueden garantizar al pueblo alemán un futuro de paz, seguridad y bienestar. La República Democrática Alemana da el ejemplo de lo

¹ Karl Jaspers, *¿Hacia dónde va la República Federal?*, ps. 129/130, Editorial R, Piper & Co., Munich 1966.

² *Ibidem*, p. 218.

que debe ser una Alemania unida, pacífica y socialista. La burguesía monopolista ha dividido a la nación, la clase obrera de los dos Estados alemanes la volverá a unir.

La pronosticación social, para el partido marxista leninista no es algo que se hace de una vez, sino un permanente proceso de pensamiento y actividad creadores que es tanto más apremiante cuanto más intenso sea el desarrollo de las relaciones de producción y de las fuerzas productivas socialistas. Con el triunfo de las relaciones de producción socialistas en todas las esferas de la economía y de la sociedad y con la eficaz defensa de las fronteras estatales y con ello del orden social de la República Democrática Alemana contra los asaltos del imperialismo germanooccidental, entraron completamente en acción las leyes económicas objetivas del socialismo y apareció una cualidad nueva en su utilización consciente, es decir: la utilización planificada. «La libertad en ese terreno puede consistir solamente», escribía Marx en *El Capital*, «en que el hombre social, los productores asociados, regulen racionalmente sus intercambios con la naturaleza, la pongan en común bajo su control, en vez de dejarse dominar por su fuerza ciega, y lo hagan con el menor gasto de fuerza y bajo las condiciones más honrosas y adecuadas a su naturaleza humana».¹

¡Con la configuración del sistema económico del socialismo, es decir, con el aprovechamiento científicamente fundamentado del complejo, hoy completamente en vigor de las leyes objetivas económicas del socialismo, alcanzamos completamente esa libertad!

¹ K. Marx y F. Engel, *Obras*, vol. 25, Dietz Verlag, Berlín 1962, p. 828.

En la República Democrática Alemana entran en primer plano los pronósticos del desarrollo de la ciencia como fuerza productiva y de la dirección de la economía y la sociedad. Ello nos permite prever a largo plazo, reconocer las relaciones de intercambio de las desarrolladas fuerzas productivas y de las relaciones de producción, conocer oportunamente las contradicciones existentes y buscar las posibilidades de solución. Nuestro partido supo ver a tiempo la revolución técnico-científica y su importancia para el desarrollo de las relaciones de producción socialistas, especialmente para la organización y la dirección, para el desarrollo de las gentes, y para la lucha entre el socialismo y el capitalismo. Tomó oportunamente las medidas correspondientes. Pero en el centro se sitúa siempre el desarrollo de las gentes de la República Democrática Alemana que mediante el continuo despliegue de su capacidad creadora pueden satisfacer cada vez mejor sus necesidades materiales, políticas, sociales, morales y culturales.

El pronóstico social marxista va siendo cada vez más una ciencia exacta. Los científicos burgueses que quieren utilizar el pronóstico social en el sentido de una llamada «futurología» para el desarrollo pacífico de la sociedad capitalista, se sitúan, por el contrario, en una difícil posición. En tanto que niegan la dialéctica materialista llegan, en el mejor de los casos, a obtener una visión limitada, por ejemplo, en el marco de la ciencia, de la construcción de viviendas y la instrucción pública.

Pero el mayor obstáculo es el hecho de que el poder político y económico, que de-

be hacer posible la realización de esos pronósticos, se encuentra en manos de la burguesía monopolista que sólo le interesa de esos pronósticos lo que sirva para asegurar la ganancia y su poder; toda iniciativa partiendo de esa base fracasará por las propias limitaciones de las relaciones de producción del capitalismo monopolista de Estado. Para la clase obrera de Alemania occidental, por el contrario, el pronóstico social marxista del desarrollo del capitalismo es una eficaz arma científica. Constituye la base para la elaboración de la estrategia y la táctica de la lucha contra el capital monopolista y financiero.

El Partido Socialista Unificado de Alemania se deja guiar por la teoría marxista leninista y por eso está en condiciones de elaborar pronósticos que permiten un aprovechamiento consciente de las leyes objetivas.

La pronosticación es una gran fuerza para desarrollar todas las capacidades de la sociedad socialista y de sus ciudadanos. Mediante el estudio ininterrumpido y gracias a la capacidad de nuestro partido para captar las nuevas condiciones de desarrollo y de actuar conforme a ellas, pudieron realizarse todas esas obras de las que se siente orgulloso el pueblo de la República Democrática Alemana.

Apoyándose en las valiosas experiencias y conocimientos teóricos adquiridos, pudo elaborar nuestro partido en el VII congreso otro pronóstico del desarrollo social que da nuevas fuerzas a todos los ciudadanos de nuestra República y señala el camino para todo el período de la culminación del socialismo en la RDA.

**PROBLEMAS DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA DE
ESTADO Y LA LUCHA DE LA CLASE OBRERA
EN ALEMANIA OCCIDENTAL**

El análisis del capitalismo tuvo para Marx el mismo significado que el descubrimiento de las leyes del origen, desarrollo y superación del modo de producción capitalista. En *El Capital* le importaba, como él mismo escribió, «revelar la ley del movimiento económico de la sociedad moderna...»¹

Esto lo realizó Marx al formular la teoría de la plusvalía y al caracterizar al capital como un factor social. De este modo reveló el secreto de la explotación capitalista, descubrió la esencia de las relaciones entre la clase obrera y la burguesía y fundamentó el papel histórico de la clase obrera en el proceso de superación del sistema capitalista.

**«El capital» y la miseria de los críticos
burgueses de Marx**

No es de extrañar que los ideólogos burgueses de la República Federal, ahora como antes, combatan decididamente este reconocimiento marxista. Para ello se apoyan, sobre todo, en que el Estado capitalista dio a la economía una nueva significación cualitativa. Su objetivo principal dicen, es garantizar el bienestar general, la justicia social y la seguridad. Los conocimientos marxistas, a lo sumo, según ellos, fueron válidos en el siglo XIX, pero ahora ya no sirven.

Para los defensores ideológicos del capitalismo, el día en que se celebra el 100°

¹ K. Marx/F. Engels, *Obras*, tomo 23, Berlín 1962, p. 15/16.

aniversario de la publicación de *El Capital* tiene gran significación. Este centenario representa también 100 años de vanos esfuerzos por ignorar o refutar el análisis marxista del capitalismo. Los intensos esfuerzos de los ideólogos imperialistas por demostrar la no validez en la actualidad de las conclusiones expuestas en *El Capital*, confirman, sobre todo, cuánta razón tuvo Marx al escribir que, con su obra, esperaba «dar teóricamente un golpe a la burguesía, del cual no se podrá nunca reponer».²

Actualmente, apenas hay entre los economistas burgueses quien se atreva a atacar de frente la teoría marxista y a negar su veracidad general. El método principal de esa gente consiste ahora en reducir la validez de *El Capital* al siglo XIX, al capitalismo de la libre concurrencia, y caracterizarlo como no válido para el capitalismo del siglo XX. Pero este truco no sirve. En *El Capital* se trata, como Marx mismo subrayó, «no de un grado superior o inferior del desarrollo de los antagonismos sociales, que surgen de las leyes naturales de la producción capitalista. Se trata de esas mismas leyes, de esas tendencias que actúan y se imponen imperativamente».³ Precisamente *El Capital* contiene, no solamente el análisis de un específico estadio del desarrollo del capitalismo, sino el análisis de los procesos y leyes fundamen-

² K. Marx/F. Engels, *Obras*, vol. 31 Dietz Verlag, Berlín 1965, p. 418.

³ K. Marx/F. Engels, *Obras*, vol. 23, prólogo a la primera edición de *El Capital*, Dietz Verlag, Berlín 1962, p. 12.

tales válidos para todo el capitalismo, de la esencia del capitalismo. Por eso, el análisis dado por Marx corresponde al actual capitalismo, en muchos sentidos, aún más que al capitalismo que existió hace 100 años.

El desarrollo histórico del capitalismo aparece como una agudización gradual ascendente de sus fundamentales contradicciones económicas y conflictos sociales. Como Marx demostró, el poder estatal fue utilizado, primeramente como poder concentrado y organizado, «para impulsar el proceso de transformación del modo de producción feudal en capitalista y acortar el período de transición».¹

Con esta transformación el capital fue suficientemente fuerte para basarse en la acción de las leyes objetivas económicas del capitalismo de la libre competencia, pues el Estado tenía solamente que asegurar las condiciones sociales generales para el proceso de realización del capitalismo.

Pero ya en los años 60 y 70 del siglo XIX, el capital comenzó a actuar como freno de su propio desarrollo, y cambió nuevamente la relación entre la economía y el Estado. Se formaron elementos de la intervención estatal en la economía, porque las fuerzas espontáneas ya no bastaban para asegurar el dominio del capital. Ya Marx había llegado a la conclusión de que las nuevas formas de contradicción capitalista surgidas con el sistema de acciones, produce en ciertas esferas el monopolio, lo que conduce a la intromisión estatal y da origen a una nueva aristocracia financiera.² Engels siguió de cerca la elevación a la segunda y tercera potencia, que entonces se iniciaba, de la sociedad

por acciones, de los trusts, y comprobó: «...La vieja y famosa libertad de concurrencia llega a su fin y debe anunciar ella misma su manifiesta bancarrota escandalosa».³

Si ahora los ideólogos del capitalismo sostienen que el cada vez más importante papel del Estado capitalista en la economía contradice los análisis de Marx y Engels, no hacen más que el ridículo como todos los «liquidadores de Marx», pues no comprenden, o no quieren comprender, el proceso de desarrollo orgánico del análisis marxista y sus métodos científicos.

¿Qué es lo que caracteriza al gobierno homogéneo en la actual Alemania occidental?

Si se observa quien domina la economía y la sociedad en la República Federal, a quien pertenecen los medios de producción fundamentales, se ve que, ahora como antes, son los grupos monopolistas más poderosos. En interés de esos monopolios el Estado moviliza enormes sumas de capital, utiliza y dirige globalmente el proceso de reproducción. Ello es lo que hace inevitable que la situación social de la abrumadora mayoría de la población germano-occidental, la clase obrera, esté determinada por su carencia de medios de producción. Sus condiciones de trabajo y de vida, su existencia, dependen, ahora como antes, de la venta de su fuerza de trabajo, lo que en la actual crisis ha sido nuevamente confirmado. El entretrejimiento del poder de los monopolios y el poder del Estado, no protege al obrero de despidos, ni del paro parcial, ni de los ataques a los salarios y a las conquistas sociales. ¡Por el contrario! El Estado y los

¹ K. Marx/F. Engels, Obras, vol. 23 (El Capital, primer tomo).

² K. Marx/F. Engels, Obras, vol. 25 (El Capital, tercer tomo), Dietz Verlag, Berlín 1964, p. 454.

³ Ibidem.

monopolios avanzan juntos y tratan de superar la depresión actual a costa de los obreros y otras capas trabajadoras.

Contrariamente a todas las teorías de los ideólogos burgueses sobre una supuesta transformación del sistema capitalista, se comprueba que el nuevo papel que ahora desempeña el Estado en la vida económica es solamente la expresión de que en la República Federal se ha efectuado ya el proceso del paso del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado.

La causa fundamental de ello es el movimiento y desarrollo de la contradicción básica del modo de producción capitalista, descubierta por Marx, la contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista. Pero la historia del imperialismo alemán enseña también que esta contradicción no produce automáticamente el capitalismo monopolista de Estado, sino que intervienen en ello una gran cantidad de factores.

La agudización de las contradicciones capitalistas en Alemania condujo a la política de expansión del imperialismo alemán, a su lucha por un nuevo reparto del mundo. Y precisamente, la política expansionista condujo, por su parte, a una mayor agudización de estas contradicciones. También ahora el imperialismo germano-occidental trata de debilitar o superar las contradicciones antagónicas, mediante la política de expansión, que tiene su expresión actualmente en la pretensión a la representación exclusiva, en el revanchismo, en los esfuerzos por obtener la hegemonía sobre Europa occidental y en el neocolonialismo. La agudización de las contradicciones internas y exteriores, indujo a la gran burguesía de Alemania occidental a cambiar las formas y métodos de su dominio y, como se dice en la reso-

lución del Congreso de la CDU/CSU, celebrado en Düsseldorf, «pasar a la sociedad homogénea». Pero esto no es otra cosa que el capitalismo monopolista de Estado ligado con el armamento atómico, la constitución de emergencia, la militarización de la vida y la guerra psicológica. El tránsito al capitalismo monopolista de Estado es un factor esencial en la crisis general del sistema capitalista, para conservar el dominio de los explotadores y, al mismo tiempo, es una reacción al avance del socialismo en el mundo.

Las contradicciones capitalistas se han agudizado en Alemania occidental, especialmente en relación con el desarrollo impetuoso de la revolución técnico-científica. Durante un tiempo la revolución técnica ha dado al capitalismo germano-occidental la posibilidad de crear nuevas ramas de producción y de renovar el aparato de producción en partes esenciales. En ese tiempo, la burguesía, gracias a sus ganancias crecientes, hizo a la clase obrera ciertas concesiones económicas. Los dirigentes socialdemócratas fantasearon sobre la economía libre de crisis, el Estado del bienestar y el paso del capitalismo al socialismo sin lucha de clases.

Pero la gran burguesía germano-occidental ha tenido poco en cuenta que la revolución técnico-científica, agudizó rápidamente bajo la superficie las contradicciones internas en Alemania occidental. Esa revolución acrecentó las diferencias del desarrollo económico de los países capitalistas, lo que se expresó especialmente en el atraso cualitativo de Alemania occidental frente a los EE.UU. en campos importantes. La revolución técnico-científica agudizó la lucha de competencia en el mercado mundial, e indujo al gran capital germano-occidental a intensificar la

explotación en las empresas, por cuyo motivo se agravó la lucha de clases en Alemania occidental. A ello se agregó, por los cambios estructurales en la industria, que parte de las fuerzas obreras, como por ejemplo los mineros de Ruhr, fueran condenadas a la desocupación permanente y que, a consecuencia de la racionalización, se pusieran a la orden del día los despidos de trabajadores. La burguesía creó un ejército de reserva industrial, para forzar la supresión de las conquistas sociales y enprender un ataque frontal contra la política de tarifas sindicales.

El capital monopolista germano-occidental trata de resolver las contradicciones por medio de la política de expansión, (por la obtención del papel dirigente en la CEE y frente a los Estados de la EFTA) con la inclusión de la RDA en la esfera de explotación del capital monopolista germano-occidental, con la marcha atrás del socialismo en los demás Estados socialistas y poniendo obstáculos en el camino no capitalista en los Estados nacionales liberados. Con este fin emprende una gigantesca producción de armamento que viene a agravar aún más las contradicciones internas.

Son precisamente los rápidos progresos de la revolución técnico-científica los que determinan que el capitalismo no pueda dar al pueblo ninguna seguridad social, que una parte de los trabajadores y los intelectuales sean excluidos durante largo tiempo del proceso de producción. Para el equipamiento atómico y el tremendo aparato de poder para reprimir y engañar al pueblo se derrochan gigantescas sumas. Esto impide a Alemania occidental ir al paso, en campos principales, con la revolución técnico-científica.

En qué medida el capitalismo monopolista de Estado se ha convertido en un impedimento en Alemania occidental, lo demuestra el atraso del sistema de instrucción y la sistemática manipulación de las gentes por los fabricantes de opinión capitalista, cuya misión es impedir que los trabajadores piensen independientemente y que tengan una verdadera vida cultural.

Basándose en el análisis del desarrollo del imperialismo en Alemania occidental, se llega a la conclusión de que las contradicciones fundamentales del sistema capitalista se han agudizado de tal manera, que la imbricación del poder de los monopolios con el poder del Estado ha venido a ser objetivamente la única posibilidad de existencia del imperialismo actualmente. El capitalismo monopolista de Estado se ha convertido en una forma de desarrollo determinante de las relaciones de producción capitalistas. El regreso a las viejas formas del capitalismo sin fusión del poder de los monopolios con el del Estado, ya no es posible. En este sentido el capitalismo monopolista de Estado es una fase del desarrollo del imperialismo. A él se aplica la predicción de Lenin de que el capitalismo monopolista de Estado es la preparación material del socialismo, su etapa anterior directa.¹

Esta frase de Lenin se refiere al alto grado de socialización del trabajo y las formas de dirección del proceso de reproducción social objetivamente resultantes de ello. En esencia el capitalismo monopolista de Estado como orden social, como conjunto, es, naturalmente, diametralmente opuesto al socialismo porque en aquél no ha sido suprimida la propiedad capitalista, la base objetiva de la contradicción de clase.

1 V. I. Lenin, Obras, vol. 25, Berlín 1960, p. 370.

El monopolio como principal organización económica del imperialismo ha dejado de ser ya un sencillo organismo privado, ahora es patrocinado por el Estado. Como factor de producción puede existir solamente con la ayuda del Estado. Los procesos fundamentales de la producción social, como la explotación capitalista y por ende las relaciones de clase fundamentales, el desarrollo de la ciencia y de la investigación, la acumulación, el mercado, etc. ya no pueden ser consecuencia de la actividad privada, deben ser organizados y dirigidos monopolizadamente por el Estado.

Al entrelazarse los monopolios con las potencias del Estado, el sistema alcanza su máximo grado de desarrollo. La concentración del poder económico y político en las manos del capital monopolista se lleva al extremo. La tendencia inmanente en el monopolio hacia el poder absoluto sobre todas las esferas de la economía y de la vida social, se impone cada vez más enteramente. Se orienta a unificar todas las fuerzas del sistema capitalista bajo su dominio.

El Estado imperialista, por medio de su actividad reguladora, amplía en cierta medida el espacio para el movimiento de las fuerzas productivas. El resultado es una mayor impregnación del carácter social a la producción. En este proceso la regulación por el Estado de los monopolios brinda nuevas y más grandes posibilidades de movilización y disposición sobre todo el capital social. Una parte cada vez más grande de la riqueza social se concentra en las manos de la oligarquía financiera. La regulación monopolista de Estado sirve ante todo al mantenimiento de la propiedad capitalista de los medios de producción.

De esta profundización de la contradic-

ción fundamental resulta la mayor agudización de la contradicción entre anarquía y competencia y la tendencia a la planificación en el capitalismo actual. En la organización de la producción no se trata ahora solamente de una empresa o de una rama industrial, sino que abarca toda la economía. Ahora en la economía capitalista chocan constantemente las tendencias contrarias de organización y desorganización, de planificación y anarquía. Esto no puede ser de otra manera mientras la necesaria dirección planificada del proceso de reproducción con la ayuda del Estado esté subordinada a los intereses de lucro y de poder del capital monopolista. En esto se manifiesta la contradicción y limitación histórica del capitalismo monopolista de Estado. El Estado, al poner en el primer plano de su actividad económica el asegurar económica, política y militarmente al sistema capitalista, al defender los intereses generales y colectivos de la burguesía monopolista, cae inevitablemente en conflicto con los intereses de las masas trabajadoras, con las fuerzas productivas y especialmente con la ciencia; puede también caer en conflicto con los intereses específicos de cada uno de los monopolios o grupos de monopolios. Por eso se producen constantemente reacciones contra cada una de las medidas de regulación estatales que ponen en entredicho su eficacia. El Estado capitalista no puede resolver el problema del mercado ni acabar con las crisis.

Cada paso en el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado va unido a una mayor concentración del poder económico y político del capital monopolista, a una mayor profundización de la contradicción entre el capital y el trabajo. Por consiguiente, la culminación del capitalismo monopolista de Estado conduce a que

sea cada vez más grande la contradicción entre el rico y el pobre, la contradicción entre los intereses de la mayoría del pueblo y los de los magnates de las finanzas dueños del poder.

El capitalismo monopolista de Estado y la ley de las crisis económicas

Durante largos años se ha hablado del llamado milagro económico, los defensores del resurgido imperialismo germano-occidental se empeñan en sostener que el tiempo de las crisis económicas ha pasado definitivamente. «La coyuntura será como se quiera que sea. Tengo suficientes medios en la mano, para estructurarla»¹ anunció, por ejemplo, Erhard, en aquellos años. Sin embargo, en el primer semestre de 1967, la producción industrial de la República Federal fue un 6 por ciento más baja que en el mismo período del año anterior. Aproximadamente el 25 por ciento de las capacidades de producción están improductivas. De ello resulta en 1967 una pérdida de aproximadamente 30 mil millones de marcos en el producto social germano-occidental.

La palabra crisis se ha convertido nuevamente en Alemania occidental en un tópico. Ahora como antes es efectiva la ley de las crisis descubierta por Marx. Naturalmente, el capitalismo monopolista de Estado ha creado nuevas condiciones que condujeron a formas específicas de su actuación. Así, por ejemplo, las contradicciones antagónicas ya no se manifiestan como antes, solamente en la misma crisis, sino también en otras fases del proceso económico. Ejemplos de ello son la desocupación permanente como consecuencia de la automatización, crisis financieras y otras

cosas más. Algunas señales indican que los síntomas de crisis típicos en países como los EE.UU. llegan a ser también, cada vez más, típicos para Alemania occidental, es decir el entrelazamiento entre el equilibrio creciente durante largo tiempo y las frecuentes crisis que en su mayoría aparecen como crisis parciales, o sea como crisis de sobreproducción en general breves. En la práctica, los círculos gobernantes de los EE.UU. enseñan que en tales situaciones buscan la salida cada vez más en la intensificación del rearme y en la guerra limitada. Es decir, la ley de las crisis descubierta por Marx sigue siendo válida.

Por cierto, esto no puede ser de otra manera pues la contradicción fundamental del sistema capitalista, es decir, la raíz más profunda, de la cual surgen las crisis económicas, pone su cuño también ahora al imperialismo.

Aunque la específica situación de postguerra favoreció el desarrollo económico de Alemania occidental, aun cuando en relación con el tránsito efectuado al capitalismo monopolista de Estado en Alemania occidental pudo influir la burguesía monopolista sobre el desarrollo cíclico, aun cuando también en los años 50 se logró asegurar un auge económico relativamente rápido en Alemania occidental, en los años 60 cambió el cuadro. No solamente desde entonces la parte de Alemania occidental en la producción industrial del mundo capitalista está en retroceso. Incluso en la propaganda hacia las masas se tuvo que renunciar al tópico «milagro económico», pues los signos de crisis en el sistema no se pueden ocultar por más tiempo.

La causa de ello la reveló Marx ya hace un siglo: los explotadores, ahora especialmente los monopolios, en su afán de obtener ganancias fabulosas, está interesa-

¹ *Industriekurder* del 5. 11. 1963.

dos, no sólo en lograr la producción máxima, sino en obtenerla con los menos costos posibles. Esto significa también salarios más bajos. Pero, en la economía general, el poder adquisitivo de las masas es el más importante factor de demanda en el mercado, la más importante vía de salida de todos aquellos valores que se producen. Aquí surge, sin embargo, el abismo entre producción creciente y poder adquisitivo limitado, que necesariamente desemboca en la crisis. Siguen siendo válidas las palabras de Marx: «La causa última de todas las verdaderas crisis son siempre la pobreza y la limitación del consumo de las masas frente a la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productivas como si no tuvieran más límites que la capacidad de consumo absoluto de la sociedad.»¹

Aún cuando la clase obrera germano-occidental en los años del auge económico pudo lograr importantes éxitos en su lucha económica, el abismo entre la producción y el mercado, sobre todo en vista del rápido desarrollo de las fuerzas productivas, adquirió tal proporción, que ninguna de las medidas monopolistas de Estado pudieron impedir la aparición de señales de crisis, lo que es agravado por la coincidencia de crisis cíclica y de las crisis estructurales en la economía. Pero son sobre todo las enormes sumas que absorbe la política agresiva del imperialismo germano-occidental, y que superan considerablemente las posibilidades del potencial económico de Alemania occidental creando así nuevas contradicciones, lo que da más impulso a la aparición de síntomas de crisis.

Como siempre, ahora también las masas

¹ Karl Marx. *El Capital*, tomo III, Obras vol. 25, p. 528.

populares, sobre todo la clase obrera, deben cargar con el peso de la crisis y con los costos de la política expansionista. La «acción concertada» de los monopolios y su gobierno se orienta a doblegar a los trabajadores con la congelación de salarios, por el temor a la desocupación, el aumento de los impuestos, desmontaje social, con la constitución de emergencia para crear en el interior las condiciones necesarias para poder intensificar la expansión hacia el exterior. Nunca las recetas de crisis del imperialismo sirvieron para remediar la situación social de las clases trabajadoras, siempre sirvieron para incrementar las ganancias y fortalecer el poder político del gran capital.

Es completamente correcta la conclusión a que llegan dirigentes de los sindicatos germano-occidentales:² «Debemos ocuparnos más intensamente que hasta ahora del análisis de las relaciones sociales. De lo contrario no podremos comprender debidamente las causas de los cambios surgidos ni podremos extraer las enseñanzas correctas para nuestra actividad sindical. Es necesario tener las cosas claras pues de lo contrario corremos el peligro de equivocarnos de rumbo; a quien no tiene puerto adonde ir no le sirve ningún viento».

Pero la clave para tener claridad es la teoría de Marx. Sobre el capital y el trabajo existen, ahora como antes, aquellas «concepciones», sin cuyo conocimiento el movimiento obrero no puede mantener el rumbo que le lleve a puerto seguro.

Las contradicciones antagónicas en el capitalismo monopolista de Estado de Alemania occidental han sido profundizadas por la revolución técnico-científica y segui-

² Otto Brenner, conferencia pronunciada el 20.5.1967 ante los funcionarios de la IG Metall de Hamburgo, citado según *Gewerkschaftsspiegel*, información y documentación sindical y social-política, No. 23/1967, p. 15.

rán profundizándose. Esto se deja ver en las crisis estructurales, en la no completa utilización de numerosas empresas, en la creciente desproporción entre la producción y el poder adquisitivo de las masas, en la ruina de muchos pequeños campesinos y grupos de las clases medias. Especialmente surgen contradicciones como consecuencia de la automatización. En Alemania occidental, la política económica del capital monopolista conduce a una permanente desocupación. Lo nuevo en la situación consiste en que, como resultado de la automatización, muchos obreros y empleados son excluidos por largo tiempo del proceso de producción.

Esto afecta sobre todo a los mayores de 45 años, pero también a una parte de la juventud.

Este factor repercute en la contradicción entre la producción y el mercado. Ya ahora se puede prever que para la próxima etapa de la automatización aumentará el número de los trabajadores despedidos de la industria que no pueden encontrar un nuevo trabajo. Algunas apreciaciones estiman que con la aceleración del ritmo de automatización que se producirá en los próximos 20 años en los países imperialistas se reducirá a casi la mitad el número de los trabajadores industriales. Es claro que tales factores limitan el poder de compra de las masas y han de agudizar aún más la contradicción entre la producción y el mercado. La parte de los trabajadores que sigan empleados en el proceso de producción podrá mantener un nivel de vida relativamente elevado, mientras que amplios sectores de trabajadores serán separados a la larga del proceso de producción. Una gran parte de los campesinos serán arruinados. Algunos pequeños industriales sólo podrán mantenerse como simples suministradores de los grandes

monopolios, mientras que otros caerán en bancarrota. En la práctica, los círculos dominantes de Alemania occidental no dejan ya lugar a dudas de que quieren aprovechar el ejército de desempleados permanentes, no sólo para presionar sobre los salarios, sino para intensificar en medida hasta ahora desconocida la dependencia y la subyugación de la clase obrera y sus organizaciones, sobre todo de los sindicatos. Como los sindicatos de los EE. UU., los sindicatos germano-occidentales afrontan una complicada situación que deben analizar cuidadosamente.

El gobierno germano-occidental, como órgano ejecutivo del capitalismo monopolista de Estado, se apoya en los consejos del teórico del monopolismo de Estado, Keynes, quien recomendaba superar la depresión con la ayuda de créditos estatales inflacionistas y la redistribución del ingreso nacional en perjuicio de los trabajadores, es decir aniquilando las conquistas sociales.

La llamada acción «concertada», a la que el señor Schiller aspira bajo el mando de Abs y Strauss, parte del empeño por aumentar, por medio de la expansión económica, las ventas en el mercado mundial y reforzar en el interior el poder de los monopolios. Tiende, de acuerdo con las recomendaciones de Keynes, a atajar la depresión y estimular la coyuntura a través de la política de inversión del Estado y con el armamentismo. En su sentido estricto son las mismas medidas ya conocidas, que el señor Schacht puso en acción en tiempos de Hitler.

En Alemania occidental se hace evidente que la revolución técnico-científica, que el capitalismo monopolista aprovecha para aumentar aún más rápidamente sus ganancias con el progreso de la automatización, agudiza cada vez más la contradic-

ción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Es cada vez más claro que el dominio del gran monopolio es un impedimento para el desarrollo de la ciencia y de la economía, y ha conducido, y conduce, constantemente a la inseguridad social. El intento del ministro socialdemócrata Schiller, de remozar con nuevos conceptos decorativos las viejas teorías y prácticas de Lord Keynes, no cambiará nada de esto.

Si los dirigentes sindicales germano-occidentales declaran que se debe «coger el problema desde la raíz»,¹ nosotros les decimos: Marx probó en *El Capital* que la raíz de todos los males está en el mismo sistema capitalista, que ahora lleva la marca del dominio de los monopolios. La superación de este dominio es una condición necesaria para el aseguramiento de los intereses vitales del pueblo que van desde la conservación del puesto de trabajo hasta el aseguramiento de la paz general.

La explotación y expoliación de la abrumadora mayoría de la población germano-occidental por el capital monopolista es especialmente intensificada porque el monopolio y el Estado llevan juntos el ataque contra la clase obrera.

El entrelazamiento del Estado y los monopolios tiene como consecuencia que la lucha económica del capital monopolista contra la clase obrera se ligue cada vez más estrechamente con la política del Estado para el sojuzgamiento de las masas explotadas. La distribución de salarios y beneficios se decide, en parte, por las tradicionales formas de la lucha por los salarios. El Estado, en su calidad de distribuidor, es

¹ Otto Brenner, conferencia pronunciada el 20. 5. 1967 ante los funcionarios de la IG Metall de Hamburgo, citado según, *Gewerkschaftsspiegel, información y documentación sindical y social-política*, No. 23/1967, p. 23.

cada vez un factor más decisivo en el empleo del presupuesto nacional y, con ello, de casi la mitad de la renta nacional. Objetivamente se agudiza, no solamente la contradicción entre los intereses de los obreros, empleados, campesinos y las demás capas de la población y los de los monopolios, sino también la contradicción entre los intereses del pueblo y la política estatal. Por eso, ahora, la lucha económica de la clase obrera puede ser llevada con éxito si al mismo tiempo se dirige contra los patronos y contra la política del Estado bonniano.

Se trata de conocer el carácter clasista del Estado imperialista actual

Diferentes factores hacen que una gran parte de la clase obrera difícilmente comprenda el papel del Estado. Esto se debe en parte a que el papel económico que desempeña hoy el Estado en los países capitalistas es, hasta cierto punto, objetivamente necesario. La necesidad relacionada al desarrollo de las fuerzas productivas de hacer avanzar el sistema de enseñanza, la ciencia y la investigación, el transporte, etc., y también las imprescindibles medidas estatales de regulación en el campo de la economía empresarial, conducen a la extensión de estas actividades del Estado e implican que se redistribuya una parte cada vez mayor del ingreso nacional. Por cierto que la política estatal es, objetivamente, la política de los monopolios. Sin embargo, muchas veces se presenta bajo la forma de un compromiso, frente a las demandas de las diferentes fuerzas políticamente activas, entre ellas también la de los sindicatos. La función del régimen del capitalismo monopolista de Estado consiste precisamente en desempeñar apa-

rentemente el papel de mediador entre todos los intereses sociales y en divulgar, en este sentido, todo tipo posible de «ilusiones de asociación» y otras sobre la así llamada sociedad pluralista mientras en realidad se impone la dictadura de los monopolios.

De la misma manera el nuevo desarrollo del capitalismo trae consigo factores que dificultan la comprensión de las relaciones de clase entre obreros y capitalistas. Los cambios estructurales dentro de la clase obrera, la diferenciación y especialización de las actividades en el proceso de producción, etc., borran, cuando se mira superficialmente, la división de clases de la sociedad. En su lugar aparece una jerarquía muy subdividida que va desde el obrero auxiliar hasta el director general. Se comprende que la burguesía monopolista, por medio de la concesión de privilegios, de adiciones a los sueldos y salarios, trate de reforzar esta falsa apariencia, haciendo creer que la división de clases en la sociedad capitalista es cosa del pasado y que ha surgido la llamada sociedad industrial caracterizada únicamente por la división del trabajo.

Pero la supuesta neutralidad del Estado, desde el punto de vista de clase, y la afirmación del carácter no clasista de la sociedad capitalista pueden parecer verosímiles a través de fenómenos superficiales del capitalismo actual. En realidad, la sociedad capitalista se divide, ahora como antes, en poseedores y no poseedores de medios de producción, en explotadores y explotados.

El aseguramiento del dominio del capital es ahora más complicado. Esto se refleja en la «homogenización de la sociedad» puesta en práctica por el gobierno Kiesin-

ger-Strauss. Ello, por una parte, es expresión de una determinada fuerza relativa de la posición de la burguesía monopolista en Alemania occidental, apoyada por su potencia económica y por lo dirigentes derechistas del PS. Únicamente con el apoyo activo de la socialdemocracia, puede la oligarquía monopolista estatal tratar de integrar una gran parte de la clase obrera en su sistema social homogéneo. Pero este afán por la «homogeneización» es, por otra parte, síntoma de la debilidad de la burguesía monopolista. Ante todo por la presión de las fuerzas crecientes del socialismo y de la revolución técnico-científica, la burguesía monopolista es cada vez más incapaz de solucionar, a la antigua manera, los problemas a que se enfrenta. Hay que considerar los dos aspectos si se quiere hacer un análisis correcto de las posibilidades de lucha de la clase obrera.

La burguesía monopolista se esfuerza por integrar ideológicamente a la clase obrera haciendo una mescolanza con la despolitización de las contradicciones y «deficiencias» del capitalismo con la más acerbada instigación anticomunista. Al mismo tiempo se sirve del terror más brutal contra cualquier expresión democrática reforzando más aun con las leyes de la dictadura de emergencia.

Para el capital monopolista en Alemania occidental es cuestión de supervivencia la solución de la contradicción que existe entre los crecientes antagonismos de clase y la necesidad de evitar cualquier estallido de estas contradicciones de clase teniendo enfrente al socialismo cada vez más potente y especialmente a la RDA. Apoyado en su política nacionalista en la lucha por el restablecimiento de la Alemania imperialista, ha logrado dividir a la clase obrera alemana y desviar a gran parte de la clase

obrero germano-occidental de la lucha contra el enemigo en el propio país, el capital monopolista.

A este fin el capital monopolista germano-occidental hace servir el paso de los ministros socialdemócratas a las posiciones del imperialismo germano-occidental. Ya en los pocos meses de la existencia del gobierno Kiesinger, Strauss, Brandt y Wehner han demostrado que la burguesía monopolista puede contar firmemente con la ayuda de los dirigentes socialdemócratas derechistas. Sin la ayuda de los ministros del PS no hubiera sido posible el viraje a la derecha del gobierno bonniano después de la caída de Erhard; no hubiera podido participar en la estrategia global de EE.UU., en la guerra contra Vietnam, en la guerra de Israel y en el golpe militar fascista en Grecia; no hubiera podido proseguir el armamento atómico y la llamada «nueva política hacia el Este», ese intento de «ablandar» políticamente a los países socialistas. Fue necesaria la ayuda de los ministros socialdemócratas para poder sanear el presupuesto de Estado a costa de los trabajadores y para poder suprimir los derechos sociales e imponer la legislación de emergencia.

La dialéctica de la relación entre la economía y la política, así como entre la reacción hacia el interior y la agresión hacia el exterior del sistema del capital monopolista de Estado, contradice también la llamada transformación del capitalismo y la así llamada convergencia de los dos sistemas sociales. La revolución técnica hace imprescindible la planificación y regulación de la economía. Esto es para el capital monopolista tanto más necesario cuando se ve obligado a confrontarse con el sistema mundial socialista, económica, política y militarmente más fuerte cada

vez. Pero de la planificación y dirección estatal monopolista de la economía no se puede deducir la convergencia del capitalismo y el socialismo y tampoco se puede fundamentar la supuesta desaparición del proletariado en el capitalismo por el hecho de que cada vez sean más los trabajadores que poseen refrigerador y automóvil. Los medios de la planificación y regulación de la economía son utilizados para conservar al capitalismo y para combatir incluso con la fuerza militar, al socialismo y frenar todo progreso social. Por eso es ilusorio suponer que el capitalismo monopolista de Estado se aproxima al socialismo. Es ridículo también querer ver en el desarrollo del sistema socialista, con la ayuda de reformas económicas, el retorno en parte a la economía de explotación capitalista. No existe ninguna convergencia entre la sociedad de explotadores que se basa en la propiedad capitalista y el socialismo que se basa en la propiedad social.

El hecho que el capitalismo se vea obligado a aplicar determinadas formas de planificación, no prueba el acercamiento de los dos sistemas sociales, sino solamente la caducidad histórica de las relaciones de producción capitalistas.

El capital ha llegado al punto caracterizado por Marx en sus «Principios básicos de la crítica de la economía política» de la siguiente manera: «Cuando empieza a sentirse a sí mismo como freno del desarrollo y llega a tener conciencia de ello, toma formas que, aparentando perfeccionar el dominio del capital por la restricción de la libre competencia, son a la vez el anuncio de su disolución y de la disolución de las formas de producción propias de él».¹

El dominio del capital tiene que ser con-

¹ Karl Marx: Principios básicos de la crítica de la economía política, Berlín 1953, págs. 544/545.

solidado actualmente con ayuda del Estado con medios y métodos que contradicen y al mismo tiempo socavan la propiedad privada de los medios de producción. Aquí tiene su origen la inestabilidad y la corrupción creciente del capitalismo actual.

Cualquier desarrollo ulterior del capitalismo monopolista de Estado agudiza aún más las contradicciones del sistema capitalista. Cada progreso en este desarrollo va contra los intereses de la mayoría de la población, no solamente contra la clase obrera, sino también contra el campesinado, las capas medias y la burguesía pequeña y media. Por esto la burguesía monopolista no puede impedir que la inestabilidad creciente del capitalismo induzca a las masas populares a «reflexionar sobre el orden social, les obligue a tomar en sus manos la forja de su propio destino».¹

De ello surgen permanentemente movimientos y aspiraciones democráticas. Pero las fuerzas de la oposición necesitan concentrarse en el problema de la democracia, en su desarrollo y extensión, como medio de lucha contra la omnipotencia de la oligarquía financiera. Por eso el capitalismo monopolista de Estado se esfuerza por asegurar su existencia sobre el camino de la supresión de la democracia. A ello sirve en Alemania occidental la centralización del poder estatal. La llamada reforma de la democracia está dirigida a eliminar los derechos del parlamento, a modificar el derecho electoral en sentido reaccionario, a restringir los derechos de los Estados federales y las comunidades, y ante todo, a alcanzar para la oligarquía monopolista de Estado poderes dictatoriales en for-

ma de la legislación de emergencia. El apoyo prestado a la burguesía monopolista por los dirigentes socialdemócratas derechistas convierte esta política en serio peligro para el pueblo de Alemania occidental.

Por esto, las fuerzas democráticas no deben limitarse a la defensa de sus derechos democráticos. Por esto, las demandas por reformas económicas, políticas y culturales únicamente pueden ser cumplidas si se les liga a la lucha fundamental contra el dominio del capital monopolista y sus métodos de dominio basados en leyes de emergencia y militarización.

De la dialéctica de la lucha de clases resulta que ciertas mejoras conquistadas por la clase obrera pueden actuar como pasos encaminados a limitar el poder de los monopolios, como pasos en el camino hacia la liberación de la clase obrera; sin embargo, falsificadas por la burguesía monopolista, pueden convertirse en lo contrario. Así, el derecho a codeterminar, defendido exitosamente durante muchos años por la industria minera, derecho que la burguesía monopolista tuvo que reconocer a la clase obrera en 1951, no cumple con su finalidad cuando en algunas empresas los representantes de los trabajadores pueden «codeterminar» a quién se despide y cuándo se trabaja a jornada reducida. La codeterminación no debe consistir en ayudar a la burguesía monopolista en la solución de sus problemas; la codeterminación debe tener la finalidad de hacer retroceder el poder de los monopolios. En sus obras sobre los sindicatos Engels escribió que la clase baja primero lucha por una parte y luego por todo el poder, «para estar en condiciones de modificar las

¹ V. I. Lenin. Obras, vol. 2, Berlín 1961, pág. 211

leyes existentes de acuerdo a sus propios intereses y necesidades».1 La codeterminación debe desembocar finalmente en el

quebrantamiento del poder de los monopolios que bloquea el camino hacia una democracia antimperialista.

IV

PROBLEMAS DEL SISTEMA SOCIAL AVANZADO DEL SOCIALISMO

En el informe al VII Congreso del Partido expuse detalladamente la necesidad de la creación del sistema social avanzado del socialismo en la RDA. Podemos partir de hechos: Hemos logrado probar en una parte de Alemania, es decir en aquel país de Europa con el más alto desarrollo del capitalismo monopolista de Estado, el camino democrático hacia el socialismo y la vitalidad del sistema socialista en un Estado industrialmente desarrollado.

Nuestro partido se ha mostrado capaz de haber encontrado y seguido el camino del paso del capitalismo al socialismo de acuerdo a las condiciones alemanas. Continuamos nuestro trabajo tal como lo señaló el programa del Partido Socialista Unificado de Alemania: con la culminación completa e íntegra de la construcción del socialismo en la RDA.

También en este período es muy importante conocer y aplicar correctamente las leyes objetivas del desarrollo social. Precisamente ahora es de gran importancia comprender el carácter sistemático de la formación de la sociedad.

Cada vez es más estrecha la relación de la economía con la política y toda la esfera de la vida intelectual y de las relaciones ideológicas de la sociedad. La formación de la sociedad se muestra cada vez más

como un sistema de elementos y subsistemas estrechamente relacionados entre sí por dependencias funcionales y de otro género.

¿Cuál es la importancia de la enseñanza de Marx sobre la formación de la sociedad para la culminación del socialismo?

Marx descubrió la formación de la sociedad como un organismo social unido, del que el modo de producción de los bienes materiales forma la base determinante y al que está incorporado todo el conjunto de las relaciones sociales. Estos conocimientos tienen significación actual. Después de un detenido estudio de los nuevos procesos del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción en la RDA, en el VII Congreso del partido, y apoyándonos en la teoría marxista leninista, formulamos el objetivo estratégico de construir el sistema social avanzado del socialismo culminando así el socialismo. Este planteamiento de objetivos generaliza las experiencias adquiridas en el cumplimiento del programa adoptado por el VII Congreso del partido. Con ello nuestro partido profundizó de forma creadora y con espíritu marxista las ideas del socialismo como un nuevo orden social.

¿Cuál es la conclusión más importante a la que hemos llegado en este sentido? Esta conclusión es la de que el socialismo no es una fase de transición a corto plazo

1 F. Engels: La Trade-Union, Obras, tomo 19, pág. 258.

en el desarrollo de la sociedad, sino una formación económica social relativamente independiente en la época histórica de la transición del capitalismo al comunismo en escala mundial. Antes era usual, especialmente partiendo de las observaciones de Marx al Programa de Gotha, considerar al socialismo como una mera fase de transición en la que la sociedad se libra de las secuelas del capitalismo y crea las premisas materiales y morales para la segunda fase: el comunismo. No se consideró suficientemente que el socialismo se desarrolla sobre una base propia. La carga del pasado capitalista dificultó comprender esto, por lo que, muchas veces, se cayó en el error de considerar las categorías de la economía socialista, que formalmente se parecen a las categorías de la economía capitalista (dinero, precio, ganancia, etc.) como «males» inevitables cuyos efectos deberían ser superados. Naturalmente, la construcción del socialismo comprende también la lucha contra las secuelas del capitalismo, va ligada a la superación de las consecuencias materiales y morales del capitalismo. Pero consideramos estos procesos como lo más importante, esencial y determinante para el nuevo orden social: El socialismo en el Estado obrero y campesino, es construido sobre la base de relaciones de producción de un tipo cualitativamente nuevo.

El VI Congreso de nuestro partido confirmó el triunfo en la RDA de las relaciones de producción socialistas. No consideramos este triunfo como la culminación de la construcción del socialismo, sino como una etapa importante en la construcción de la sociedad socialista. Con el triunfo de las relaciones de producción todos los elementos del sistema social del socialismo, entre ellos también las relaciones de producción mismas, comienzan a desarrollarse

sobre la base propia del socialismo. Como resultado de la lucha revolucionaria de la clase obrera, dirigida por nuestro partido, del aprovechamiento consciente de las leyes del desarrollo, surge, en comparación con el capitalismo, una formación social cualitativamente nueva: el socialismo.

Las leyes objetivas y categorías de la formación social socialista, entre ellas la producción de mercancías, la ley del valor, precio y ganancia, hacen efecto sobre su propia base socioeconómica.

Esas categorías existen también objetivamente en el socialismo porque se encuentran profundamente arraigadas a las condiciones concretas actuales de la relación de intercambio entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Por eso, tarea de la actividad de dirección científica en la construcción de la formación social socialista, no es superar esas categorías, sino aprovecharlas plenamente en interés de los trabajadores.

Si observamos el proceso social desde la aparición de los elementos del socialismo en el orden antifascista y democrático hasta la actualidad, podremos distinguir dos fases de desarrollo. En la primera fase se sentaron las bases del socialismo mediante el paso paulatino de los medios de producción a manos del pueblo, mediante la organización de la planificación de la economía, mediante la evolución de las cooperativas de producción agrícola, de las cooperativas de producción artesanal y de las empresas con participación estatal hacia formas socialistas de gestión así como mediante importantes reformas en la enseñanza. Esa fase terminó con el triunfo de las relaciones de producción socialistas, con lo que se hizo completamente efectivo el sistema de las leyes económicas del socialismo.

En la segunda fase se trata de organizar el sistema social avanzado del socialismo, cuyo núcleo lo forma el sistema económico del que forma parte también el sistema socialista de enseñanza.

Tal vez haya quien plantee la pregunta de cómo vemos la relación entre la formación social socialista y la comunista. Ambas se basan en la propiedad social de los medios de producción. La transición del socialismo al comunismo se realizará también en este país y en los otros países socialistas paulatinamente a medida que maduren las condiciones del orden social más elevado y, ante todo, en que las fuerzas productivas alcancen un más alto nivel. En este sentido el socialismo es el orden social preparatorio del comunismo. Ante todo debe probar su superioridad en lucha encarnizada, frente al orden social capitalista. Esta lucha se muestra en las más diversas formas: en la emulación económica y técnico-científica en la lucha ideológica y política, en polémicas diplomáticas y hasta en enfrentamientos militares como lo es en el caso de Vietnam.

En esta lucha multifacética y, evidentemente, no corta, el socialismo únicamente puede triunfar como orden social más elevado si desarrolla todos los aspectos, todos los elementos del nuevo sistema social en una unidad armónica y si se convierte en fuerza de atracción irresistible para los trabajadores de otros países, material y moralmente.

También por esta razón el socialismo, bajo las condiciones históricas dadas, no puede ser una fase de transición a corto plazo en el desarrollo de la sociedad. Necesitaremos más bien una determinada etapa histórica para la construcción del sistema social avanzado del socialismo en la RDA. En este sentido el socialismo se

muestra cada vez más como un sistema sumamente dinámico, en continuo desarrollo, de relaciones sociales multifacéticas.

Sobre la meta de la producción socialista

En este sentido quiero hacer algunas observaciones sobre cómo juzgamos la efectividad del desarrollo de la economía nacional.

Marx probó que la meta de la producción capitalista es el aprovechamiento máximo del capital invertido. Por esto el grado del aprovechamiento del capital tiene su expresión en la cuota de beneficio. Correspondiente a este objetivo del orden social capitalista, todas las relaciones sociales están caracterizadas por la explotación. Para la clase dominante el hombre tiene importancia únicamente cuando sirve a la producción de beneficios. Una tarea esencial que hubo de ser solucionada en el proceso de la elaboración del sistema social socialista avanzado, especialmente del sistema económico, es la **determinación de la función económica final de este sistema**, del criterio general de utilidad, en el que se reflejan todos los factores del crecimiento económico. La solución de esta tarea urgía tanto teórica como prácticamente, por el hecho que en el proceso de la revolución técnico-científica crece rápidamente la diversidad de los factores del efecto útil económico, la complejidad y dinámica de su eficacia.

El objetivo de la producción socialista es el de satisfacer cada vez mejor las necesidades materiales y espirituales de las gentes, el despliegue de las relaciones sociales y personales socialistas y de las capacidades creadoras, y el fortalecimiento de su organización política, del Estado y la sociedad.

En el socialismo todo lo producido por la sociedad pertenece a los trabajadores. No existe contradicción antagónica entre producto excedente y el necesario, lo que en el capitalismo es expresión del antagonismo de clase entre la burguesía y la clase obrera. En el sistema económico del socialismo el efecto útil, por consiguiente, no es determinado solamente por el excedente, como en el capitalismo, sino adquiere su más clara expresión en el conjunto del nuevo valor creado, esto es, en el volumen físico de la renta nacional disponible. Naturalmente que la relación entre el producto excedente y el necesario es de mayor importancia para el desarrollo de la sociedad socialista porque es sobre lo que se decide la acumulación y el consumo reales. La importancia de la acumulación fue subrayada por Marx en *El Capital* con las siguientes palabras: «la acumulación es la conquista del mundo de la riqueza social».¹

Con su teoría de la determinación del valor por el trabajo, Marx quería poner al descubierto el proceso social global de reproducción, para lo cual formuló la ley de la economía del tiempo y dedujo el valor mismo de la cantidad de tiempo de trabajo social necesario. Con eso aclaró la relación causal entre el fondo social de tiempo de trabajo y el desarrollo de la riqueza social y creó así las bases fundamentales para la exacta planificación de la producción social, para el análisis de la efectividad económica en la renta nacional y la organización de la lucha por la disminución de los costos. Toda la obra de Marx recorre como una línea roja los análisis y el descubrimiento de aquellos factores que determinan la efectividad del proceso de produc-

ción industrial. Muestra tanto su esencia como sus formas económicas y su conexión. Se puede afirmar que, en última instancia, la teoría moderna de la optimización, la planificación y el análisis cuantitativo del gasto y aprovechamiento tiene su base en la teoría marxista.

Por eso digo, para subrayarlo una vez más, que la teoría marxista y su exposición concreta en *El Capital* es de una importancia inapreciable para la dirección socialista de la economía también hoy, bajo las actuales condiciones.

Por eso configuramos las condiciones económicas de las empresas de manera que la ganancia sea la medida de su contribución a la riqueza social. Con la orientación general del sistema económico al crecimiento de la renta nacional somos consecuentes con el hecho de que la utilidad del trabajo social en el socialismo está determinada, por el rendimiento económico. Todo miembro de nuestra sociedad vive bien y en seguridad, en la medida en que es estable el desarrollo de la economía nacional, y ésta depende decisivamente de la contribución que cada uno aporta al conjunto.

La economía en la sociedad socialista es el núcleo del sistema, pero forma sólo una parte de todo el sistema social del socialismo. Las relaciones de producción socialista se realizan por la actividad de las gentes cuyos intereses, principios e ideales son los que guían toda su actuación. Las relaciones materiales de producción están, como demostró Marx, inseparablemente ligadas con las relaciones ideológicas y sociales, con la política y el Estado, el derecho y la moral.

La dirección principal de la actividad del partido, en el desarrollo de todo el sistema social del socialismo, está determi-

¹ C. Marx y F. Engels, *Obras*, tomo 23, pág. 619, Dietz Verlag, Berlín 1962.

nada por el deber de desarrollar una democracia socialista real y desplegar plenamente la actividad de los trabajadores. A este objetivo están subordinados el perfeccionamiento del sistema de la dirección estatal de la economía, la elaboración del derecho y los principios de la moral socialista, el trabajo educativo político e ideológico de nuestro partido. Con el desarrollo de este sistema de relaciones se crea una verdadera comunidad de gentes en la que cada personalidad es elevada a sujeto del proceso social. El hombre, como Marx señaló, es un ser social, y el desarrollo de la personalidad socialista universal requiere el desarrollo de toda la riqueza de las relaciones sociales del socialismo. El desarrollo universal del hombre constituye, por consiguiente, el punto central de nuestra política. En el socialismo se acrecienta la común responsabilidad de los hombres ante la sociedad y entre unos a otros. Los trabajadores progresistas tratan de solucionar sus problemas desde el punto de vista del desarrollo social general. Nosotros nos dejamos guiar por el hecho de que la participación de los trabajadores en la dirección del Estado y de la economía, su capacidad y la posibilidad de participar en la planificación, el gobierno y el trabajo son decisivas para la consolidación internacional del nuevo orden social.

La inconsistencia de la teoría de enajenación burguesa en el socialismo

La realidad de la vida en la sociedad socialista confirma la inconsistencia de la afirmación burguesa de la enajenación en el socialismo, que desgraciadamente se reflejan también en las concepciones de algunos teóricos socialistas. Marx analizó

precisamente en *El Capital* el carácter histórico transitorio de la enajenación, cuya base social desaparece con la abolición de la propiedad privada de los medios de producción.

Marx describe la enajenación de la producción de mercancías capitalistas con las siguientes palabras: «El obrero es tanto más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más aumenta su producción en poder y volumen. El obrero es una mercancía tanto más barata cuanto más mercancías produce. Con el **aprovechamiento** del mundo de las cosas aumenta en relación directa la **desvalorización** del mundo de los hombres. El trabajo no produce solamente mercancías; se produce a sí mismo y al obrero como una **mercancía**. . . El objeto producido por el trabajo, su producto, se enfrenta a él como algo **extraño**, como poder **independiente** del productor. Esta realización del trabajo aparece. . . como **pérdida y servidumbre del objeto**, y la apropiación como **enajenación**, como expropiación. La apropiación del objeto aparece tanto como enajenación que cuanto más objetos el obrero produzca tanto menos puede poseer y tanto más queda subordinado al dominio de su producto: el capital».¹

La enajenación económica, que radica en la propiedad privada de los medios de producción, es la base de las otras formas de enajenación. Es la base de la enajenación política, que se expresa en la profunda contradicción entre los intereses del pueblo de la clase obrera y los del Estado capitalista, en una contradicción profunda e irreconciliable entre los intereses personales de los explotados y los intereses de la sociedad capitalista. Es la base de la

¹ C. Marx/F. Engels, *Pequeños Escritos Económicos*, Berlín 1955, pág. 98/99.

enajenación ideológica, que se expresa en las más diversas formas de opresión ideológica al pueblo por la clase dominante. La enfrentamos hoy en forma aguda, que es la manipulación del pueblo por el imperialismo. La lucha de la clase obrera se dirige por esto decididamente contra todas las formas de enajenación.

La abolición de la propiedad privada y de opresión al pueblo conducen a la eliminación de la enajenación. Naturalmente que todo ello no sucede por sí sólo, sino únicamente a través del desarrollo consecuente de la iniciativa de los trabajadores por el partido en el proceso de la construcción socialista, a través del desarrollo de la democracia y de la comunidad de hombres socialistas. **La construcción del sistema social socialista avanzado es nuestra alternativa frente al capitalismo monopolista de Estado en Alemania occidental.** En el capitalismo monopolista de Estado se aprovechan los conocimientos sobre el carácter sistemático de la sociedad y las relaciones sistemáticas para mantener el dominio de clase. Los nuevos medios científicos, la aplicación de las matemáticas y de la cibernética tampoco pueden eliminar el antagonismo entre el hombre y la técnica, inherente al capitalismo, porque niega lo más importante, la transformación necesaria de las relaciones de producción. En manos de los monopolios, los nuevos descubrimientos científicos sirven únicamente al perfeccionamiento de la técnica del dominio clasista. Sin embargo, no debemos subestimar la eficacia de los intentos del capital monopolista germano-occidental en sus esfuerzos por encontrar soluciones al carácter del sistema, a la complejidad de la sociedad.

Los imperialistas están decididos a transformar todo el sistema social mediante la

«formación» de todos sus elementos, todos los campos de la actividad social y todas las clases y capas sociales en una especie de «superempresa» en la que dominen ilimitadamente la voluntad y el orden prescritos por los intereses de los monopolios. A ello sirve también el amplio sistema de la manipulación espiritual de los hombres.

Para eliminar el antagonismo entre el hombre y la técnica hay que liquidar el dominio de clase de la burguesía monopolista. De otra forma no se puede corresponder al carácter sistemático de la sociedad moderna, en la que concuerdan el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

¿De qué se trata en la construcción del sistema económico del socialismo?

Nuestro partido se guía en su programa por las leyes objetivas del desarrollo social, especialmente por las leyes objetivas económicas. En el VII Congreso del partido aprobamos la continuación consecuente de esta política de hacer del **sistema económico del socialismo** el núcleo del sistema social avanzado. Así correspondemos también a los requerimientos de la revolución técnico-científica. La revolución técnico-científica es una forma de desarrollo específica y actualmente decisiva de las fuerzas productivas modernas. Sin el dominio de la revolución técnico-científica no podemos garantizar el aumento de la productividad actualmente necesaria y no podemos combatir con éxito la lucha contra el imperialismo germano-occidental. Por eso la perfección de la construcción socialista no debe ser separada del dominio de la revolución científico-técnica. El dominio de la revolución técnico-científica está relacionada con el dominio de la alta

y creciente complejidad de los procesos sociales. El sistema económico corresponde al carácter de las modernas fuerzas productivas, de la dinámica de la revolución técnico-científica y a las relaciones de producción socialistas.

En el sistema económico se entrelazan ante todo

- la concordancia de los intereses sociales, los intereses materiales colectivos y personales de los productores socialistas;
- el sistema moderno de planificación y dirección;
- la ciencia como fuerza productiva inmediata;
- el nivel técnico-científico más elevado de los productos más importantes, de la tecnología y de la organización de la producción;
- la estructura de gran efectividad de la economía nacional;
- la calidad socialista del pensar económico, la democracia socialista en la economía, el espíritu creador y la iniciativa de los trabajadores en el proceso de trabajo;
- el trabajo colectivo socialista y la emulación socialista;
- la efectividad económica de las relaciones económicas con el exterior ;
- las condiciones de trabajo y de vida socialista de los trabajadores.

Estos elementos no deben considerarse como aislados, forman el conjunto estrechamente relacionado del sistema económico del socialismo. Si se admite contradicciones entre los elementos surgen pérdidas económicas por fricción, que merman la eficacia del sistema en conjunto. Correctamente ensamblados, estos elementos multiplican su eficacia y todo el sistema alcanza una mejor calidad. Por esto, la calificación y la elevada eficiencia de la

planificación y organización del sistema económico están ligadas inseparablemente al despliegue de la democracia socialista en todas sus formas, del trabajo colectivo y la aplicación práctica universal del interés material y espiritual. La construcción del sistema económico va acompañado del desarrollo permanente de la conciencia de los trabajadores.

La dialéctica de la dirección central y la iniciativa creadora, problema cardinal

El sistema económico del socialismo se basa en un principio decisivo subrayado por mí en el VII Congreso del partido: «La planificación y dirección central estatal de los problemas fundamentales del proceso social general deben relacionarse orgánicamente con la actividad de planificación y dirección bajo responsabilidad propia de los productores socialistas de mercancías por una parte, y con arreglo a la vida social en el territorio, bajo responsabilidad propia de los organismos locales del poder estatal por la otra».

La racionalización de la organización económica de la producción se basa en la unión de la propiedad socialista de los medios de producción y con ello de toda la planificación y dirección social condicionadas, con las empresas, con independencia económica. De las relaciones mismas de producción socialistas surge la necesidad primordial de la actuación unificada de los hombres en el proceso de reproducción. A través del manejo central del desarrollo en los problemas fundamentales se toma en consideración, consecuentemente, tanto las necesidades de la economía nacional en conjunto como también la necesidad específica de los procesos

parciales e individuales de la reproducción. Esto es posible porque sobre la base de la propiedad socialista de los medios de producción no existen contradicciones antagónicas entre los intereses de las empresas, ramas económicas, intereses locales y economía nacional. Sin embargo, las experiencias de la construcción socialista nos enseñan que entre los sistemas parciales de la economía nacional y dentro de estos sistemas surgen siempre, debido a la dinámica del desarrollo, nuevas contradicciones que debemos solucionar.

El arte de dirigir consiste en captar esas contradicciones en germen y, mediante su solución, impulsar el desarrollo.

De la necesidad de lograr la mayor efectividad del proceso social general surgen nuevos requerimientos para la actividad científica de dirección en todos los niveles de la economía nacional.

En la dirección de la economía y en la planificación, bajo propia responsabilidad, de los productores socialistas, basada en los planes económicos y en el cálculo económico, vemos un rasgo esencial de la planificación económica socialista. En concordancia con la objetiva estructuración sistemática del proceso de reproducción hemos transmitido a las empresas la responsabilidad del proceso de reproducción de la correspondiente industria, a la VVB (Uniones de empresas socialistas) la responsabilidad de las relaciones de reproducción de las diversas ramas de esa industria; a los organismos locales la de las relaciones de reproducción determinadas territorialmente y al Consejo de Ministros la del proceso total. El entrelazamiento del medio social del habitante de una región (provincia, distrito) con el proceso económico de reproducción, es el punto de partida de la autoresponsabilidad de los orga-

nismos locales y de sus relaciones con la dirección y planificación centrales.

Al vincular orgánicamente la dirección estatal central de las cuestiones fundamentales del proceso de reproducción social con la actividad económica con propia responsabilidad en las empresas y en los territorios, permanecemos fieles al centralismo democrático. Los clásicos del marxismo leninismo han señalado repetidamente que el principio del centralismo democrático es un principio de organización y de desarrollo fundamental de la sociedad socialista. Sus formas concretas deben armonizar constantemente con el nivel alcanzado por el desarrollo social, por la economía y la propia conciencia personal. Nos guiamos sobre todo por las palabras de Lenin: «Nada es más erróneo que confundir centralismo democrático con burocratismo y rutina... el centralismo, comprendido en sentido verdaderamente democrático, presupone la posibilidad, creada por primera vez en la historia, del desarrollo pleno y sin obstáculos, no sólo de las particularidades locales, sino también de las iniciativas locales, de la diversidad de las formas, métodos y medios de la marcha hacia la meta común».¹

Los trabajadores participan siempre más activamente en la planificación y dirección del Estado y de la economía. Con la formación de los consejos sociales en las VVB y de los comités de producción en las empresas, se crearon nuevas posibilidades y formas de organización para incorporar directamente el saber y la capacidad de los trabajadores en el proceso de planificación y dirección. Con el desarrollo de la unidad

¹ V. I. Lenin, borrador original del artículo «Las próximas tareas del poder soviético», 1918, Obras, vol. 27, ps. 196-197.

dialéctica entre la democracia y el centralismo obtenemos la máxima efectividad de toda nuestra actividad social.

La revolución técnico-científica, que se desarrolla objetivamente, exige, hoy más que nunca, seguir impulsando la cooperación económica con la Unión Soviética y con los demás países socialistas.

El crecimiento de las fuerzas productivas en los países socialistas refuerza la tendencia hacia la internacionalización de la vida económica y requiere al mismo tiempo el empleo y perfeccionamiento consciente de las relaciones económicas internacionales en la comunidad de pueblos socialistas. En relación con estas circunstancias atribuimos gran importancia al rápido establecimiento de la cooperación industrial planificada entre las empresas y las asociaciones de la RDA y de la Unión Soviética.

Las relaciones económicas exteriores, que Marx consideró como una parte importante del proceso de reproducción ampliado y como una fuerza productiva autónoma, son, bajo las condiciones de desarrollo presentes y futuras, de una importancia cada vez más grande para la continuidad, el ritmo y la calidad del ulterior progreso económico.

Cooperación: eslabón principal de la concentración y especialización socialistas

Camaradas: El crecimiento rápido y equilibrado, a largo plazo, de la economía socialista, requiere la organización social del trabajo a un nivel cada vez más elevado. En el proceso de la revolución técnico-científica se ahonda muy rápidamente la división social del trabajo. Por eso es necesario encontrar formas de reducir, de acuerdo con el entrelazamiento complejo

de los procesos de producción en la economía socialista, el gasto total de trabajo social para la fabricación de importantes productos en el sistema general de producción y codeterminar en todo momento el más alto nivel técnico científico.

El camino hacia la concentración y la especialización en la sociedad socialista pasa por la cooperación socialista. Marx demostró que la organización del trabajo social se convierte en una «fuerza productiva social de trabajo o en fuerza productiva del trabajo social. Surge de la cooperación misma».¹ Hacer completamente efectiva esa cooperación es una tarea de primer orden en la organización del sistema económico del socialismo como un todo. En la cooperación inteligente y planificada entre las unidades productoras de mercancías, es decir: las fábricas, empresas de comercio, cooperativas de producción agrícola, etc., entran ampliamente en acción las relaciones de producción socialistas con toda su superioridad respecto al capitalismo.

De ahí que la cooperación no sea una cosa que pueda ser dictada administrativamente. Descansa más bien sobre la propia responsabilidad cada vez mayor, de los productores socialistas de mercancías en todas las fases del proceso de reproducción y sobre la alta calidad de la planificación económica. De ahí que sea completamente lógico que el desarrollo de las formas de cooperación que descansan sobre verdaderas relaciones económicas en la industria socialista estén a la orden del día después de que han sido elaborados los principios de la propia responsabilidad de las empresas y de su regulación económica en relación con la autofinanciación.

¹ Karl Marx, *El Capital*, Dietz Verlag, Berlín 1947, p. 347.

En todo ese proceso la cooperación misma origina nuevas formas de desarrollo de las relaciones de producción socialistas.

Quisiera profundizar sobre los problemas de la cooperación socialista tomando como ejemplo a la agricultura.

En las múltiples relaciones de cooperación organizadas, encuentran nuestros campesinos cooperativistas la manera de emplear completamente esa fuerza de masas de modo socialista, no sólo en la agricultura, sino en todos los campos de la industria de productos alimenticios. El desarrollo de las relaciones de cooperación trae ventajas económicas tanto para los campesinos como para la sociedad. Las relaciones de cooperación se extienden desde las formas simples de colaboración mutua entre cooperativas hasta las asociaciones y comunidades de cooperación unidas diversamente y dirigidas unitaria y democráticamente. Dichas relaciones son la continuación consecuente y lógica del proceso de transformación socialista de la agricultura en la RDA.

Las relaciones de cooperación constituyen una nueva calidad de las relaciones sociales entre los colectivos socialistas de productores. Bajo nuestras condiciones, constituyen la forma más alta de colaboración consciente y planificada de las empresas en la agricultura. En estricto cumplimiento de los principios de la libre voluntad, de la igualdad de derechos y de la conservación de la autonomía jurídica de las empresas participantes, esas relaciones son organizadas por los mismos campesinos cooperativistas.

Nuestros esfuerzos están constantemente encaminados a impedir de antemano toda forma de esquematismo, por ejemplo, la anticipación de determinadas reglamentaciones. Los campesinos mismos deciden

con quién, con qué objeto y de qué manera sus cooperativas de producción agrícola entablan relaciones con otras cooperativas. Las relaciones de cooperación constituyen, en la actual fase de desarrollo, el eslabón principal gracias al cual nosotros aspiramos a lograr la requerida concentración de la producción agrícola y la especialización de las empresas agrícolas socialistas. Al mismo tiempo la cooperación posibilita la adecuada complementación, desde el punto de vista de la producción, de las empresas agrícolas con las de la industria de la alimentación. Los primeros pasos en el sentido de las cadenas de cooperación orientadas a la fabricación, que unen todas las fases de la producción y la circulación sobre la base de relaciones directas y contratos estrictos, permiten constatar ya en el actual estadio, que la forma de cooperación desarrollada es una base excelente para el tránsito a métodos industriales de producción y a una organización más racional de toda la industria de productos alimenticios. Por esta razón, esas relaciones de cooperación tienen una gran significación, no sólo para la economía sino también para todas las facetas del desarrollo social en el campo y para la vinculación de la industria y la agricultura. Las relaciones de cooperación, al mismo tiempo que orientan la acción y el pensamiento de los campesinos cooperativistas hacia una mutua y consciente colaboración en aras de una meta común más allá de los límites de sus empresas, ejercen importantes funciones ideológicas.

Nuestra experiencia muestra claramente que las diversas formas o fases de la propiedad socialista no son obstáculos para la cooperación de las empresas en la agricultura y, más aun, en toda la esfera de la

industria de productos alimenticios. Las relaciones de cooperación conducen más bien a que el proceso de producción y apropiación socialista sobrepase los límites de las diversas empresas cooperativistas y a que se logre, con la socialización, que el patrimonio cooperativo socialista sea mucho mayor que el que pueden alcanzar las cooperativas que producen individualmente. Ese mayor patrimonio no resulta solamente de la existencia de los bienes comunes de los socios de las comunidades de cooperación, sino también de que el patrimonio de varias LPG se forma en medida cada vez más amplia, mediante una constante y estrecha colaboración, aportando los bienes de otros grupos de cooperativas (LPG) y los bienes propiedad del pueblo.

A consecuencia del creciente entrelazamiento de la agricultura con otros dominios de la economía se llega hasta el engranaje directo de propiedad cooperativa y propiedad del pueblo que conduce a la constitución sólida de nuevas formas de propiedad socialista, por ejemplo, la propiedad común (propiedad cooperativa y propiedad del pueblo). Así se crea al mismo tiempo un importante fundamento socio-económico para el ulterior acercamiento entre la clase obrera y la clase campesina cooperativista y la unión entre ellas alcanza un grado más alto.

Camaradas, ¡unas últimas palabras!

¿A qué conclusiones se llega cuando se aplican las ideas expuestas por Marx en *El Capital* al análisis del desarrollo social en ambos Estados alemanes?

Está claro que en el Estado alemán socialista, la RDA, las causas de las crisis han sido eliminadas, que el pueblo trabajador ha tomado las riendas de su destino

y que paso a paso domina los problemas de la edificación socialista y la estructuración de la sociedad socialista.

En el Estado germano-occidental, por el contrario, se agudizan las contradicciones antagónicas del capitalismo. El dominio de los grandes monopolios y del militarismo frena el desarrollo progresivo en todos los terrenos. El gobierno homogéneo del capitalismo monopolista de Estado pudo dividir a la clase obrera y a las fuerzas democráticas, pero no es capaz de resolver los problemas vitales del pueblo.

No hay solución a ese problema mientras dominen en Alemania occidental el capital monopolista y el militarismo. Con la adhesión de Alemania occidental al imperialismo de los Estados Unidos por medio de los Tratados de París y el pacto de la OTAN, ha sido impedida la solución del problema alemán; pues lo esencial de los Tratados de París es la determinación de que la República Federal germano-occidental quede integrada al sistema de pactos imperialistas de los EE. UU. y que la reunificación de Alemania debe estar ligada a la incorporación de toda Alemania a la OTAN. Esto es contrario a los intereses nacionales del pueblo en ambos Estados Alemanes. Las experiencias de las dos guerras mundiales que partieron de suelo alemán, hacen evidente que una Alemania unida sólo puede ser realidad y permanecer como un Estado cuyas características sean la pacífica labor científica y el buen trabajo de sus gentes, las relaciones pacíficas con todos los pueblos, una política antimperialista y la no participación en bloques militares. Todo ello garantizado por el gobierno democrático del pueblo y con la erradicación de la dictadura de los monopolios y de la casta militar.

“El punto de partida para estar en armonía ambos Estados alemanes es la coexistencia pacífica basada en el reconocimiento de la realidad, la renuncia de Alemania occidental a la pretensión de tener la representación exclusiva de toda Alemania, compromiso entre ambos Estados alemanes sobre la renuncia a la violencia, el establecimiento de relaciones normales y con iguales derechos entre ambos Estados alemanes, la renuncia a toda medida discriminatoria, la no intervención en los asuntos internos del otro Estado alemán, el reconocimiento de las fronteras existentes, acuerdos sobre renuncia al armamento nuclear y sobre el desarme, la contribución, en igualdad de derechos, a la seguridad europea”.

Cada trabajador y cada organización obrera deberían reflexionar con motivo del 100° aniversario de la aparición de **El Capital** sobre la significación de la filosofía del proletariado fundada por Marx.

En la historia de la humanidad no se conoce ninguna otra teoría, filosofía o ideología que posea una fuerza comparable

a la del marxismo. La teoría de Marx es un poder material en el verdadero sentido de la palabra, porque las masas la han hecho suya.

De ahí que hoy ya no se trata de comprobar si Marx tenía razón. La vida misma ha dado fe de las proféticas palabras de Lenin de que el marxismo es omnipotente porque es cierto. La validez y la veracidad, la fuerza y la seguridad en el triunfo del marxismo-leninismo llevan hoy a cientos de millones de trabajadores en todo el mundo a hacer realidad con la lucha de clase y con un trabajo abnegado, las leyes del desarrollo socio-económico descubiertas por Marx, para construir de esa manera la sociedad tal como la necesitan.

Independientemente de lo que sucede en Alemania occidental, la clase obrera y el pueblo de la RDA marchan por el camino del progreso social, por el camino de la construcción del sistema socialista, en alianza fraternal con la URSS y con los demás países socialistas, y aplican las ideas revolucionarias de Marx en la práctica social.



DOS TEXTOS INEDITOS DE CARLOS MARX

El método de la economía política *

Si consideramos un país desde el punto de vista de la economía política, nos fijamos ante todo en su población, en su distribución, sus clases, las ciudades, el campo, el mar, las distintas ramas de producción, las exportaciones y las importaciones, la producción y el consumo anuales, los precios de las mercancías, etc.

Parece que se debe partir de lo real y lo concreto, de las premisas reales y, por tanto, en la economía, por ejemplo, de la población, base y sujeto de todo acto so-

cial de la producción. Pero, estudiada la cosa más de cerca, se ve que esto es falso. La población es una abstracción si prescindimos, por ejemplo, de las clases que la forman. Y, a su vez, estas clases serán una palabra vacua si no conocemos los elementos sobre que descansan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etc. Estos presuponen el cambio, la división del trabajo, los precios, etc. Por ejemplo, el capital no es nada sin el trabajo asalariado, sin el valor, el dinero, el precio, etc.

Así pues, si comenzáramos por la población, nos formaríamos una representación caótica del todo. Precisando más las cosas, llegaríamos, analíticamente, a conceptos cada vez más simples y, partiendo de lo concreto representado, nos remontaríamos a conceptos abstractos cada vez más tenues,

* El siguiente texto, que se publica por primera vez en español gracias a la gentileza del Dr. Wenceslao Roces, a quien se debe la presente traducción, ha sido tomado de la obra de Marx titulada *Grundrisse der Kritik der politischen Oekonomie (Rohentwurf) 1857-1858*. Esbozo de Crítica de la Economía Política (Borrador) 1857-1858. Historia y Sociedad lo ofrece al público latinoamericano en ocasión de haberse celebrado recientemente el centenario de la aparición del primer tomo de *El Capital*, de cuyos materiales preparatorios forman parte los dos materiales que se incluyen en este número.

hasta llegar a las determinaciones más simples de todas. Y, partiendo de ellas, habría que proceder de nuevo a la inversa, para llegar por último nuevamente a la población, pero ahora ya no como una representación caótica del todo, sino como una rica totalidad de muchas relaciones y determinaciones.

El primero de estos dos caminos fue el que siguió históricamente la economía, al nacer. Los economistas del siglo XVIII, por ejemplo, partían siempre de la totalidad viva, de la población, la nación, el Estado, un conjunto de Estados, etc.; y terminaban siempre desentrañando por medio del análisis algunas relaciones determinantes, generales y abstractas, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etc. Una vez que se habían fijado y abstraído en mayor o en menor medida estos elementos singulares, comenzaban los sistemas económicos, que desde lo simple, tal como el trabajo, la división del trabajo, las necesidades y el valor de cambio, se remontaban hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial.

Este último es evidentemente, el método científico certero. Lo concreto es concreto porque es la síntesis de muchas determinaciones y, por tanto, la unidad de la variedad. En el pensamiento aparece, por consiguiente, como un resultado y no como un punto de partida, a pesar de que es el punto de partida real y también, por tanto, el punto de partida de la intuición y la representación. Por el primer camino, la representación se volatilizaba toda ella en una determinación abstracta; por el segundo, las determinaciones abstractas llevan a la reproducción de lo concreto por la vía del pensamiento. De ahí que Hegel

cayera en la ilusión de captar lo real como resultado de la síntesis, la profundización y el movimiento del pensamiento por sí mismo, siendo así que el método que consiste en remontarse de lo abstracto a lo concreto no es, para el pensamiento, sino la manera de asimilarse lo concreto, de reproducirlo como lo espiritualmente concreto, y no, en modo alguno, el proceso de nacimiento de lo concreto mismo.

Así, por ejemplo, la categoría económica más simple, digamos v. gr. el valor de cambio, presupone la población, una población que produce dentro de determinadas relaciones; y presupone, asimismo, cierto tipo de familia, de municipio o de Estado, etc. El valor de cambio solo puede existir en cuanto relación abstracta, unilateral, de una totalidad viva y concreta ya dada. En cambio, como categoría, el valor de cambio tiene una existencia antediluviana.

Por tanto, para la conciencia —y así sucede con la conciencia filosófica— que ve en el pensamiento conceptual el hombre real y, por tanto, en el mundo concebido en cuanto tal la realidad misma, que no existe para ella más que así, el movimiento de las categorías constituye el acto real de la producción, que lamentablemente sólo recibe un impulso de fuera, cuyo resultado es el mundo; y esto es —pero estamos de nuevo ante una tautología— cierto en cuanto que la totalidad concreta, como totalidad de pensamiento, como concreción de pensamiento, es in fact un producto del pensar, del concebir; pero en modo alguno fuera o por encima de la intuición y la representación del concepto que piensa y se engendra así mismo, sino de la elaboración de intuición y representación en el concepto. La totalidad, tal como aparece

en la mente como totalidad de pensamiento, es un producto de la cabeza pensante, que se asimila el mundo del único modo en que le es posible hacerlo, modo que se diferencia de la asimilación artística, religiosa, prácticamente espiritual de este mundo. El sujeto real sigue existiendo, al igual que antes, fuera de la mente, con su propia sustantividad, mientras la mente se mantenga en una actitud puramente teórica, especulativa. Por tanto, también en el método teórico tiene necesariamente que flotar siempre ante la representación, como premisa, el sujeto, la sociedad.

Ahora bien, estas categorías simples ¿no tienen también una existencia histórica o natural independiente, anterior a las más concretas? Por ejemplo, Hegel arranca acertadamente, en la filosofía del derecho, de la posesión como de la relación jurídica más simple del sujeto. Pero no existe posesión alguna con anterioridad a las relaciones de familia o de señorío y avasallamiento, que son relaciones mucho más concretas. En cambio, sería exacto afirmar que existen familias y tribus que solamente poseen, pero no tienen propiedad. La categoría más simple se manifiesta, pues, como la relación entre las simples corporaciones familiares o tribales y la propiedad. En la sociedad más alta se manifiesta como la relación más simple de una organización más desarrollada. Pero se da siempre por supuesto el substrato concreto, cuya relación es la posesión. Podemos representarnos a un salvaje aislado poseyendo. Pero la posesión no es, aquí, una relación jurídica. Es falso que la posesión se desarrolle históricamente hasta convertirse en la familia. Por el contrario, presupone siempre esta "categoría jurídica más concreta". No

obstante, quedaría siempre en pie, por lo menos, el que las categorías simples son la expresión de relaciones en las que puede haberse realizado lo concreto menos desarrollado, sin haber puesto todavía la relación más multilateral que se expresa espiritualmente en la categoría más concreta, mientras que lo concreto más desarrollado retiene la misma categoría como una relación subordinada. El dinero puede existir y ha existido históricamente antes de que existiera el capital, antes de que existieran los bancos, el trabajo asalariado, etc. En este sentido, cabe, pues, afirmar que la categoría más simple puede expresar las relaciones dominantes de un todo menos desarrollado, o las relaciones subordinadas de un todo más desarrollado, relaciones que existían ya históricamente antes de que el todo se desarrollara en la dirección que se expresa en una categoría más concreta. En este sentido, la trayectoria del pensamiento abstracto, que se remonta de lo más simple a lo más complejo, correspondería al proceso histórico real.

Pero cabe también afirmar, por otra parte, que existen formas de sociedad muy desarrolladas, aunque históricamente más rudimentarias, en las que encontramos las formas más altas de la economía, por ejemplo la cooperación, la división del trabajo ya desarrollada, etc., sin que exista ninguna clase de dinero, como ocurre por ejemplo en el Perú. Y también en las comunidades esclavas vemos que el dinero y el cambio que lo determina no aparece, o solamente aparece en pequeña medida, dentro de cada comunidad, sino solamente en sus fronteras, en el comercio con otras y que, en general, es falso colocar el cambio en el

centro de la comunidad, como el elemento originario constituyente. Al comienzo, advertimos que se manifiesta más bien en las relaciones entre las distintas comunidades que entre los miembros de una y la misma comunidad. Además, si bien el dinero desempeña ya desde muy pronto y en todos los aspectos un papel, observamos que en la antigüedad solo es elemento dominante en ciertas naciones unilateralmente determinadas, en las naciones comerciales. E incluso en la antigüedad más culta, entre los griegos y los romanos, el dinero plenamente desarrollado, premisa de la moderna sociedad burguesa, solo aparece en el período de su disolución. Por tanto, esta categoría totalmente simple no aparece históricamente en su intensidad más que en los estadios más desarrollados de la sociedad. Y no, ni mucho menos, inundando todas las relaciones económicas. Por ejemplo, en la época de máximo desarrollo del imperio romano, el fundamento eran el impuesto y los pagos en especie. En rigor, el dinero sólo llegó a adquirir pleno desarrollo, allí, dentro del ejército. Y tampoco abarcó nunca la totalidad del trabajo. Por tanto, aunque la categoría más simple pudiera haber existido históricamente antes que la más concreta, en su pleno desarrollo intensivo y extensivo puede corresponder precisamente a una forma compleja de sociedad, mientras que la más concreta puede llegar a desarrollarse plenamente en una forma de sociedad menos desarrollada.

El trabajo parece ser una categoría totalmente simple. También la representación del trabajo bajo esta generalidad —como trabajo en general— es antiquísima. Sin embargo, económicamente, concebido de este modo tan simple, el “trabajo” es

una categoría tan moderna como las relaciones que engendran esta abstracción simple. El sistema monetario, por ejemplo, presupone la existencia totalmente objetiva aún de la riqueza, como cosa externa, plasmada en el dinero. Frente a este punto de vista, representó un gran progreso el que el sistema manufacturero o comercial desplazara la fuente de la riqueza del objeto a la actividad subjetiva, al trabajo comercial y manufacturero; pero sigue, a pesar de todo, concibiendo esta actividad en cuanto limitada a hacer dinero. Frente a este sistema aparece el fisiocrático, que establece como creadora de riqueza una determinada forma del trabajo —la agricultura— y que ya no ve el objeto mismo bajo el ropaje del dinero, sino como producto en general, como el resultado general del trabajo. Pero este producto, limitado aún en cuanto a la actividad, como producto que sigue siendo determinado por la naturaleza, como producto agrícola o producto de la tierra par excellence.

Adam Smith dio un formidable paso de avance, al eliminar toda determinación de la actividad creadora de riqueza: trabajo puro y simple, ni el trabajo manufacturero ni el comercial ni el agrícola, sino tanto el uno como el otro. Con la generalidad abstracta de la actividad creadora de riqueza, tenemos ahora también la generalidad del objeto determinado como riqueza, el producto en general, o el trabajo en general, pero como trabajo pretérito objetivado. Cuán grande y difícil era este paso lo revela el hecho de que el propio Adam Smith reincide, de vez en cuando, en el sistema fisiocrático. Ahora bien, podría creerse que, con ello, no se ha hecho más que descubrir la expresión abstracta de la

relación más simple y más primitiva en que los hombres aparecen como productores, en cualquier forma de sociedad. Y, en un sentido, esto es cierto. Pero, en otro sentido, no lo es. La diferencia hacia un determinado tipo de trabajo presupone una totalidad muy desarrollada de tipos de trabajo reales, ninguno de los cuales predomina ya sobre todos.

Así, vemos que las abstracciones más generales nacen siempre sólo a través del más rico desarrollo concreto, en el que uno aparece como lo común a muchos o a todos. De este modo, lo que uno deja de poder pensarse solamente en forma particular. De otra parte, esta abstracción del trabajo en general no es solamente el resultado espiritual de una totalidad concreta de trabajos. La indiferencia hacia el trabajo determinado corresponde a una forma de sociedad en la que los individuos pueden cambiar fácilmente de trabajo y en que el tipo determinado de trabajo es, para ellos, accidental y, por tanto, indiferente. Aquí, el trabajo se ha convertido en medio para crear riqueza en general, no solo en la categoría, sino en la realidad, y deja de aparecer entrelazado, en cuanto determinación, con los individuos en algo particular.

Donde más desarrollado aparece este estado de cosas es en la forma más moderna de existencia de las sociedades burguesas, en los Estados Unidos. Es aquí, por tanto, donde comienza a ser una verdad práctica la abstracción de la categoría "trabajo", "trabajo en general", trabajo sans phrase, el punto de partida de la economía moderna. Por tanto, la más simple abstracción que la economía moderna coloca en la cúspide y que expresa una relación anti-

quísima, válida para todas las formas de sociedad, solo se hace valer prácticamente bajo esta abstracción como categoría de la sociedad más moderna. Podría afirmarse que lo que en los Estados Unidos aparece como producto histórico —es decir, esta indiferencia hacia el trabajo determinado— se manifiesta entre los rusos, por ejemplo, como predisposición natural. Sin embargo, media una diferencia endiablada entre el hecho de que los bárbaros se hallen predispuestos a ser empleados para todo y el que el hombre civilizado se emplee para todo él mismo. Además, a esta indiferencia hacia la determinación del trabajo corresponde, entre los rusos, la sujeción tradicional a un trabajo muy determinado, del que sólo se ven lanzados por las influencias de fuera.

Este ejemplo del trabajo revela palmaria-mente cómo hasta las categorías más abstractas, pese a que valgan —precisamente por esta su abstracción— para todas las épocas, son, al mismo tiempo, sin embargo, en cuanto a esta determinación abstracta, el producto de relaciones históricas y sólo tienen plena validez para estas relaciones y dentro de ellas.

La sociedad burguesa es la organización histórica más desarrollada y más variada de la producción. Las categorías que expresan sus relaciones y la comprensión de su estructura nos permiten, por tanto, penetrar en la estructura y en las relaciones de producción de todas las formas de sociedad ya desaparecidas, sobre cuyas ruinas y cuyos elementos se levanta aquella, cuyos residuos todavía no eliminados arrastra consigo, cuyos gérmenes apenas iniciales se desarrollan y cobran importancia en ella, etc.: la anatomía del hombre

nos da la clave de la anatomía del mono. Por tanto, los indicios de organismos superiores que apuntan en las especies animales inferiores sólo pueden llegar a comprenderse cuando se conoce ya lo superior. De ahí que la economía burguesa nos suministre la clave para llegar a conocer la economía antigua, etc. Pero no, ni mucho menos, a la manera de los economistas que embrollan todas las diferencias históricas y se empeñan en ver en todas las formas de sociedad las formas burguesas. Conociendo la renta de la tierra podemos conocer el tributo, los diezmos, etc. Pero no tenemos derecho a identificar aquella con éstos. Y como, además, la sociedad burguesa es una forma contradictoria de desarrollo, las relaciones de las formas anteriores sólo aparecen en ella, con frecuencia, atrofiadas o incluso disfrazadas. Tal ocurre, por ejemplo, con la propiedad comunal.

Por tanto, si es cierto que las categorías de la economía burguesa encierran una verdad con respecto a todas las demás formas de sociedad, esto solo debe entenderse *cum grano salis*. Pueden encerrar estas formas desarrolladas, atrofiadas, caricaturizadas, etc., siempre con una diferencia esencial. El llamado desarrollo histórico descansa siempre sobre el hecho de que la forma última considere las formas anteriores como fases que conducen a ella, y, como rara vez y sólo bajo condiciones muy determinadas es capaz de criticarse a sí misma —y, al decir esto no nos referimos, naturalmente, a los períodos históricos que se consideran a sí mismos como períodos de decadencia—, se concibe siempre de modo unilateral. La religión cristiana sólo fue capaz de abrirse paso hacia

la comprensión objetiva de las mitologías anteriores a partir del momento en que dio cima en potencia, por así decirlo, hasta cierto punto, a su autocrítica. Del mismo modo, la economía burguesa sólo ha llegado a comprender la feudal, la antigua, la oriental, cuando la sociedad burguesa comenzó a hacerse su autocrítica. Allí donde la economía burguesa no se identificaba puramente con el pasado en un plano mitológico, su crítica de la sociedad anterior, es decir, de la feudal, con la que todavía se veía obligada a luchar directamente, era igual a la crítica que el cristianismo hacía del paganismo o el protestantismo del catolicismo.

En la marcha de las categorías económicas, como en general en toda ciencia histórica, social, debe tenerse presente que, lo mismo en la mente que en la realidad, viene dado el sujeto, que aquí es la moderna sociedad burguesa, y que las categorías son, por tanto, formas de existir, determinaciones de existencia y, con frecuencia, solo expresan aspectos singulares de esta determinada sociedad, de este sujeto, razón por la cual tampoco científicamente comienza, en modo alguno, allí donde se habla de ella en cuanto tal. Debe tenerse esto en cuenta porque en seguida nos suministra elementos decisivos en cuanto a la clasificación.

Nada parece más natural, por ejemplo, que el comenzar por la renta de la tierra, por la propiedad territorial, puesto que va unida a la tierra, fuente de toda producción y de toda existencia, y a la primera forma de producción de todas las sociedades más o menos consolidadas, que es la agricultura. Pero nada sería más falso. En toda forma de sociedad hay una determi-

nada producción que asigna a todas las demás su rango e influencia, y cuyas relaciones son, por tanto, determinantes. Es una iluminación general que tiñe todos los demás colores y los modifica en su particularidad. Un éter especial que determine el peso específico de toda existencia que vive en él. Por ejemplo, en los pueblos de pastores. (Los pueblos que viven simplemente de la caza o de la pesca se hallan más allá del límite en que comienza el verdadero desarrollo). En ellos se da esporádicamente cierta forma de agricultura. Ello determina la forma de la propiedad territorial. Esta es una propiedad común y retiene esta forma en mayor o menor medida, según que dichos pueblos se atengan más o menos a la tradición, como ocurre, por ejemplo, con la propiedad comunal entre los eslavos. En los pueblos en que se ha afianzado la agricultura —afianzamiento que representa ya una importante etapa—, en los que ésta predomina, como ocurre en los pueblos antiguos y en los feudales, incluso la industria y su organización y las formas de propiedad que a ellas corresponden presentan, más o menos, un carácter de propiedad territorial; o bien dependen totalmente de ella, como entre los romanos antiguos, o bien, como en la Edad Media, imitan la organización del campo en la ciudad y las relaciones propias de aquélla. El capital presenta incluso en la Edad Media —en la medida en que no se trataba de capital puramente monetario—, en cuanto herramienta tradicional, etc., este carácter inherente a la propiedad de la tierra. En la sociedad burguesa ocurre a la inversa. La agricultura se convierte cada vez más en una simple rama de la industria y se

halla totalmente dominada por el capital. Y lo mismo ocurre con la renta de la tierra. Bajo todas las formas en las que impera la propiedad territorial, sigue prevaleciendo el factor naturaleza. En cambio, allí donde impera el capital prevalece el elemento creado por la sociedad, por la historia. La renta de la tierra no puede comprenderse sin el capital. Pero sí puede comprenderse al capital sin la propiedad de la tierra. El capital es el poder económico de la sociedad burguesa que todo lo domina. Debe ser el punto de partida y el punto de llegada, y desarrollarse antes que la propiedad sobre la tierra. Una vez examinados ambos por separado, deberán estudiarse sus relaciones mutuas.

Sería, por tanto, irrealizable y falso presentar las categorías económicas por el orden en que fueron históricamente las determinantes. Su sucesión se halla más bien determinada por la relación que guardan entre sí en la moderna sociedad burguesa y que es cabalmente la inversa de la que aparece como su sucesión natural o la que corresponde a su desarrollo histórico. No se trata del orden que las relaciones económicas ocupan históricamente en la sucesión de las distintas formas de sociedad. Y menos aún del orden que ocupan “en las ideas” (Proudhon), (de una representación confusa del desarrollo histórico). Sino de su trabazón dentro de la moderna sociedad burguesa.

La pureza (determinación abstracta) con que los pueblos comerciales —fenicios, cartagineses— aparecen en el mundo antiguo aparece determinada precisamente por el predominio de los pueblos agrícolas mismos. El capital, en cuanto capital comercial o monetario, aparece cabalmente bajo esta

abstracción allí donde el capital no es todavía elemento dominante de las sociedades. Los lombardos y los judíos ocupan esta misma posición frente a las sociedades medievales entregadas a la agricultura.

Otro ejemplo de la distinta posición que las mismas categorías ocupan en las diversas fases de la sociedad: una de las últimas formas de la sociedad burguesa: las **joint-stock companies**. Pero también aparecen al comienzo de ella, en las grandes compañías comerciales privilegiadas y dotadas de monopolio.

El mismo concepto de la riqueza nacional se desliza en los economistas del siglo XVII de tal modo —idea que en parte persiste todavía en los del XVIII que parece como si la riqueza se creara solamente para el Estado y como si su poder fuese proporcional a esta riqueza. Era la forma todavía inconscientemente hipócrita en que la riqueza misma y la producción de la riqueza se anunciaba como la finalidad de los Estados modernos, considerándose és-

tos como medio para la producción de la riqueza.

Debe seguirse, evidentemente, un plan en el que: 1) las determinaciones generales abstractas, que corresponden, por tanto, más o menos, a todas las formas de sociedad, pero en el sentido más arriba explicado. 2) Las categorías que forman la estructura interna de la sociedad burguesa y sobre las que descansan las clases fundamentales. Capital, trabajo asalariado, propiedad de la tierra. Sus relaciones mutuas. La ciudad y el campo. Las tres grandes clases sociales. Circulación. Crédito (privado). 3) Síntesis de la sociedad burguesa bajo la forma del Estado. Considerado en relación consigo mismo. Las clases “improductivas”. Impuestos. La deuda pública. El crédito público. La población. Las colonias. Emigración. 4) Relación internacional de la producción. División internacional del trabajo. Cambio internacional. Exportación e importación. El cambio exterior. 5) El mercado mundial y las crisis.

Karl Marx

Consecuencias sociales del maquinismo automatizado *

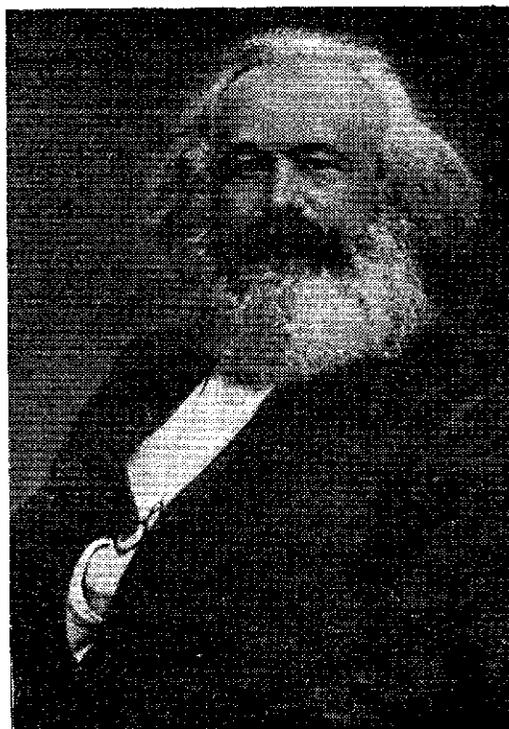
El proceso de trabajo.—Capital fijo.—Medio de trabajo.—Máquinas.— Capital fijo. Transformación de las fuerzas de trabajo en fuerzas del capital fijo o circulante.—Medida en la que el capital fijo (máquinas) crea valor.—Lauderdale.—Las máquinas implican la existencia de una masa considerable de obreros.¹

En el sentido más estricto,² el medio de producción es el capital que se consume a sí mismo en el proceso de la producción, es decir, el capital fijo. En sentido más amplio, todo el proceso de la producción, junto con los elementos que lo componen —como la circulación, por cuanto que ésta es substancial—, es sólo un medio del capital cuyo único objeto es el valor. Desde el punto de vista de la sus-

* Este texto forma parte de los manuscritos de Marx conocidos con el nombre de "Fundamentos de la Crítica de la Economía Política" (*Grundrisse*), que aparecerá próximamente en traducción francesa. *Historia y Sociedad* lo da a conocer por primera vez en español, traducido del francés por Daniel Cazes y Magdalena Sancho. La traducción francesa, publicada en la revista *Anthropos* No. 3, 1967, págs. 113-131, así como el título y las notas se deben a Roger Dangeville.

¹ Marx no pretende hacer aquí el análisis tecnológico del sistema automático de las máquinas, sino establecer las consecuencias económicas y sociales de la introducción de este sistema. Tampoco pretende presentarnos un punto de vista personal. Con modestia, hace, en todos los puntos esenciales de su exposición, las citas de sus predecesores: Owen, Hodgskin, Fourier, etc. Se ve aquí de manera viva cómo el pensamiento de Marx está ligado al de éstos.

² Parece que en la edición alemana hay un error de descifre; en efecto, en ella se lee "en sentido enfático"; por lo tanto en lugar de *emphastischen* se propone *engsten*.



tancia, la materia prima es el medio de producción para el producto, etcétera.

Se puede decir que el capital fijo consumido en el proceso de producción, no es, en el fondo, otra cosa que su valor de uso que actúa como medio y agente de transformación de la materia prima en producto. Es posible que su valor de uso sea simplemente la condición tecnológica del desarrollo del proceso (el lugar en el cual se efectúa éste, por ejemplo las instalaciones fijas), o la condición inmediata de la acción eficaz del medio de producción (por ejemplo, todas las materias instrumentales). Ambas condiciones son los supuestos materiales en el desarrollo del proceso de producción en general o de la utilización y de la conservación del instrumento (medio) de trabajo. Por lo demás, este último sólo tiene utilidad en el seno de la producción y en vista de ella: carece de cualquier otro valor de uso.

Originalmente, cuando el valor se transforma en capital, el proceso de trabajo es, pura y simplemente, vuelto a tomar por el capital en el estado en que se halla: frente a estas condiciones materiales, el capital representa, pues, sencillamente la totalidad de las condiciones del proceso y se escinde, al igual que el proceso mismo, en sus diversos elementos cualitativos: **materia de trabajo** (término más adecuado que el de materia prima), **medio de trabajo** (instrumentos, etc.) y **trabajo vivo**.

Conforme a su sustancia material, el capital se divide, pues, en estos tres elementos. Pero tan pronto como entra en movimiento, se restablece su unidad gracias al **proceso de trabajo** (en el cual estos elementos diferentes se incorporan activamente unos en otros); cuando al alcanzar su reposo, se transforma en producto.

Estos diferentes elementos sustanciales —material de trabajo, medio de trabajo y trabajo vivo— se presentan, pues, como los **factores esenciales del proceso de trabajo** que el capital ha de apropiarse. Se advierte que estas sustancias materiales —o bien su valor de uso y su proceso real—, se descomponen de hecho según su destino económico.

Tenemos: 1o.) Los tres elementos tal como existen antes de cambiarse en fuerza de trabajo, antes del proceso verdadero que, **desde el punto de vista del valor**, no son más que fracciones cuantitativamente diferentes, del capital que constituye su unidad representando su suma. La forma específica —valor de uso de cada una de estas fracciones—, no produce ningún cambio en su destino uniforme. Tal diferencia de forma se reduce, pues, al hecho de que el capital se escinde cuantitativamente en fracciones diversas.

2o.) En el seno del proceso productivo, el elemento del trabajo y los otros dos no se diferencian formalmente más que de una sola manera: el primero crea el valor y los otros dos son valores constantes. Por el contrario, la diversidad de estos valores de uso y su relación material no tienen nada que ver con la forma determinada del capital. Pero en el proceso del capital, la diferencia entre el **capital circulante** (materia prima y producto) y el **capital fijo** (medio de trabajo), recubrirá la diversidad de estos elementos y de estos valores de uso. Tal diferencia no subsistirá más que lo que subsisten las diferencias de **forma** propias del capital mismo³ y correspondientes a su destino.

³ Esta cuestión de "forma" determina el modo de producción capitalista. Un pasaje de esta obra de Marx precisa cuál es la relación entre la forma y la sustancia o materia, y muestra que la acción de la forma es determinante: "Al realizarse en la materia, el trabajo modifica la forma

La relación puramente cuantitativa de todos estos factores aparece en adelante como una diferencia cualitativa del capital mismo, y ésta es determinante para su movimiento global (rotación). El material y el producto del trabajo —los elementos neutros del proceso de trabajo que son la materia prima y el producto—, ya no están determinados simplemente por el trabajo: son valores de uso del capital que atraviesa sus diferentes fases.⁴

En tanto que el medio de trabajo tiene un carácter inmediato y se halla en el estado histórico en el que el capital lo toma y lo vuelve a tomar en su proceso de valorización, sólo puede sufrir un cambio formal. Pero ello basta para que no se presente más únicamente con sus propiedades físicas: se ha convertido en una forma de existencia particular del capital, forma que está determinada por el conjunto del proceso capitalista; se trata de capital fijo.

Siendo acogido de esta manera en el proceso de producción del capital, el instrumento de trabajo sufre aun innumera-

de ella: esta transformación está determinada por la finalidad del trabajo y por la actividad eficiente de éste. Con esta transformación, no imprime una forma exterior a la materia, simple reflejo efímero de la sustancia, como sucede con los objetos inertes. En efecto, la materia del trabajo se conserva bajo una forma determinada, siendo transformada sin cesar y estando sometida a la finalidad del trabajo. De esta manera, el trabajo es el fuego vivo que da forma a la materia. Es lo que hay de perecedero y de temporal en ella: es la conformación del objeto por el tiempo vivo" (pág. 266).

4 En su forma enajenada, asalariada, la finalidad del trabajo se convierte en la del capital en el seno del proceso de producción, el cual explota en provecho propio las virtudes creadoras del trabajo: "Utilizando el instrumento y conformando a la materia prima, el obrero comienza por conferir al valor de ella una cantidad de forma nueva, equivalente al tiempo de trabajo de su salario; lo que agrega además, es sobretrabajo, plusvalía. Pero lo que se conserva en el instrumento y en la materia no es sólo su forma, sino también su sustancia, y —desde el punto de vista económico— su sustancia es tiempo de trabajo objetivado" (pág. 265).

bles metamorfosis, la última de las cuales es la máquina o, mejor aun, el sistema automático de máquinas, movido por el autómatas que es la fuerza motriz que se pone en sí misma en movimiento.⁵ (Sistema de maquinaria: solo automatizándose la maquinaria alcanza su forma más acabada y más adecuada, y sólo así se transforma en sistema).

Este autómatas está compuesto de innumerables órganos mecánicos e intelectuales, lo que determina que los obreros no sean otra cosa que accesorios conscientes.

En la máquina —y más aun en el sistema de la maquinaria automática—, el medio de trabajo se transforma, incluso en su valor de uso y en su naturaleza física, en una forma de existencia que corresponde al capital fijo y al capital en general. La forma que reviste el instrumento de trabajo inmediato en el momento en que fue incorporado al proceso de producción capitalista, queda abolida: por lo tanto, se conforma al capital mismo y es su producto. La máquina ya no tiene nada en común con el instrumento del trabajador individual; se distingue completamente del instrumento que transmite la

5 Para evitar que se atribuya a Marx el mérito de haber profetizado lo que hoy en día se llama automatización o automación, o, más llanamente, para que no se le atribuya haber sido el Píndaro del maquinismo (mérito que él atribuye a Ure), conviene recordar que Marx traduce aquí una cita de Ure que había reproducido al final del capítulo precedente. "Este término, en su acepción más rigurosa, entraña la idea de un vasto autómatas compuesto por muchos órganos mecánicos e intelectuales que operan concertadamente y sin interrupción para producir un mismo objeto, estando todos estos órganos subordinados a una fuerza motriz que se mueve a sí misma". Ure: *Philosophie des manufactures*, Bruselas, 1836, Tomo I págs. 18-19.

Es a la vez un gran honor y nunca suficiente. En efecto, la tarea de Marx es más ingrata, ya que saca las consecuencias económicas y sociales del desarrollo del maquinismo. Su continuación ha demostrado que la humanidad ha tenido efectivamente más genio para realizar maravillas técnicas que para sacarles partido en el plano de la sociedad entera.

actividad del trabajador al objeto. En efecto, la actividad se manifiesta más bien como el único hecho de la máquina, en tanto que el obrero vigila la acción transmitida por ésta a las materias primas y la protege contra las descomposturas.

Con el instrumento sucedía todo lo contrario: el trabajador lo animaba con su arte y con su habilidad propia ya que el manejo del instrumento dependía de su virtuosismo. Por el contrario, la máquina, que posee habilidad y fuerza en lugar de la del obrero, es ella misma el virtuoso, pues las leyes de la mecánica que actúan en ella le han dado un alma. Para permanecer constantemente en movimiento, la máquina debe consumir, por ejemplo, carbón y aceite (materias instrumentales), de la misma manera en que el obrero precisa de artículos alimenticios.

La actividad del obrero, reducida a una pura abstracción, está determinada en todos sentidos por el movimiento de conjunto de las máquinas; lo contrario ya no es cierto. La ciencia obliga a los elementos inanimados de la máquina, por su misma construcción, a que funcionen como autómatas útiles. Esta ciencia ya no existe, pues, en el cerebro de los trabajadores: a través de la máquina, actúa más bien sobre ellos como una fuerza extraña, como la potencia misma de la máquina.

La apropiación del trabajo vivo por el trabajo objetivado —de la fuerza y de la actividad valorizadoras por el valor en sí—, es inherente a la naturaleza del capital. Así pues, en la producción basada en la maquinaria, la apropiación se convierte en el hecho del proceso de producción mismo, tanto por lo que se refiere a sus elementos físicos como por lo que se refiere a su movimiento mecánico.

Consecuentemente, el proceso de pro-

ducción deja de ser un proceso de trabajo, en el sentido en el que el trabajo constituiría en tal proceso la unidad dominante. En los innumerables puntos del sistema mecánico, el trabajo ya no aparece más que como cuerpo consciente, bajo la forma de algunos trabajadores vivos. Esparcidos, sometidos al proceso de conjunto de la maquinaria, los obreros no forman más que un elemento del sistema cuya unidad no reside en los trabajadores vivos, sino en la maquinaria viva (activa) la cual, en relación con la actividad aislada e insignificante del trabajo vivo, aparece como un organismo gigantesco. En esta etapa, el trabajo objetivado aparece realmente, en el proceso de trabajo, como la potencia dominante ante el trabajo vivo, mientras que, hasta aquí, el capital no era más que la potencia formal y se apropiaba así el trabajo.

No siendo el proceso de trabajo más que un simple elemento del proceso de valorización, se realiza, incluso desde el punto de vista físico, una transformación del instrumento de trabajo en maquinaria y del trabajador en simple accesorio vivo de ésta; el trabajador no es más que un medio para la acción de la maquinaria.

Como lo hemos visto, el capital tiende por necesidad a aumentar las fuerzas productivas y a disminuir al máximo el trabajo necesario. Esta tendencia se realiza con la transformación del instrumento de trabajo en maquinaria. En el seno de ésta, el trabajo objetivado aparece, físicamente, como la fuerza dominante ante el trabajo vivo: no solamente se lo apropia, sino que también lo domina activamente en el proceso de producción real. En el capital fijo desarrollado en la maquinaria, el capital, que se apropia la actividad productiva del valor, actúa en un proceso que liga el va-

lor de uso del capital al de la fuerza de trabajo. Pero el valor objetivado en la maquinaria se presenta en tal proceso como condición previa: ante ella, la fuerza valorizadora del obrero individual se borra al haberse hecho infinitamente pequeña.

La producción en serie, inherente al sistema de la maquinaria, elimina toda relación del producto con la necesidad directa del productor y, por tanto, el valor de uso inmediato. La forma y las condiciones de su producción exigen que el producto sólo represente una relación simple para el valor de cambio, no siendo su utilidad nada más que una condición.

En la maquinaria, el trabajo objetivado no es un simple producto que sirve de instrumento de trabajo; constituye la fuerza productora misma. Para el capital el desarrollo del medio de trabajo en maquinaria no es de ninguna manera fortuito; es la transformación histórica de los instrumentos de trabajo tradicionales en medios adecuados a la forma capitalista. La acumulación de saber, de habilidad y de todas las fuerzas productivas generales del cerebro social, son entonces absorbidas en el capital que se opone al trabajo: tales acumulaciones aparecen en lo sucesivo como una propiedad del capital, o más exactamente del **capital fijo**, en la medida en la que éste entra en el proceso de trabajo como un medio de producción efectivo.

La maquinaria aparece, pues, como la forma más adecuada del capital fijo, y éste como la forma más adecuada del **capital en general**, si se considera al capital en su relación consigo mismo. Pero resulta que, en la medida en que el capital fijo está ligado a un valor de uso particular bien determinado, deja de corresponder a la definición del **capital** que, a título de valor, es indiferente a toda forma determi-

nada de valor de uso. El **capital circulante** será entonces la forma más adecuada del capital fijo en su movimiento y en su relación con el exterior.

Como el maquinismo se desarrolla con la acumulación de la ciencia social —fuerza productiva general—, no es en el trabajo, sino en el capital, en donde se fija el resultado del trabajo social general. Y, de hecho, la fuerza productiva de una sociedad se mide según el **capital fijo**, que es su materialización; pero, a su vez, la fuerza productiva del capital se desarrolla gracias a este progreso general que el capital se apropia gratuitamente.

Este no es el lugar apropiado para entrar en detalle sobre la evolución del maquinismo. Nos basta considerar aquí los aspectos generales y de evidenciar que, desde el punto de vista físico, el medio de trabajo pierde su forma inmediata con el capital fijo cuando el capital aparece como tal, de manera tangible, ante el obrero. La ciencia se manifiesta entonces en las máquinas y aparece como extraña y exterior al obrero. El trabajo vivo se halla subordinado al trabajo materializado, el cual actúa de manera autónoma. Desde luego, el obrero es superfluo a menos que su acción esté determinada por la necesidad del capital.

Así pues, el capital no se desarrolló completamente en sus formas de producción específicas más que a partir del momento en el que el instrumento de trabajo perdió su forma inmediata para revestir la del **capital fijo**, apareciendo en el seno del proceso de producción como máquina ante el trabajo. El conjunto del proceso de producción ya no está entonces subordinado a la habilidad del obrero; se ha convertido en una aplicación tecnológica de la ciencia.

El capital tiende pues a conferir a la producción un carácter científico y a reducir el trabajo inmediato a sólo un simple accesorio de este proceso. Se constata, como sucede con la transformación del valor en capital, que éste implica previamente un cierto desarrollo histórico de las fuerzas productivas en general —entre las que se halla la ciencia—, para hacerlas progresar, a su vez, a un ritmo acelerado.

El volumen cuantitativo y la eficacia (intensidad) con los que el capital se desarrolla bajo su forma fija, indican muy precisamente el grado en que el capital es capital y somete al trabajo vivo, al mismo tiempo que al proceso de producción en general. Expresan, por otra parte, el nivel de acumulación de las fuerzas productivas objetivadas y del trabajo pasado.

Gracias a la maquinaria y a otras formas concretas del capital fijo (ferrocarriles, etc.), el capital adquiere una forma adecuada como valor de uso en el seno del proceso de producción. Pero esto no significa de ninguna manera que este valor de uso —la máquina—, constituya siempre capital, ni que maquinaria sea sinónimo de capital. De la misma manera en que el oro no dejaría de tener valor de uso si dejara de ser moneda, las máquinas no pierden su valor de uso dejando de ser capital.

Incluso si la maquinaria es la forma más adecuada del valor de uso del capital fijo, no se sigue de ninguna manera que su subordinación a las relaciones sociales capitalistas represente el modo de producción más adecuado y mejor para su utilización.

Se sabe que el tiempo de trabajo —simple cantidad de trabajo—, es, para el capital, el único principio determinante.

Ahora bien; el trabajo inmediato y su cantidad dejan ahora de ser el elemento determinante de la producción y, por tanto, de la creación de valores de uso. En efecto, se reduce cuantitativamente a proporciones ínfimas y cualitativamente a un papel ciertamente indispensable pero subalterno en relación con la actividad científica general, a la aplicación tecnológica de las ciencias naturales y a la fuerza productiva que proviene de la organización social del conjunto de la producción —tales son los dones naturales del trabajo social, aunque se trate de productos históricos—. Es así como el capital, en tanto que fuerza dominante de la producción, se encamina a sí mismo hacia su disolución.

Habiendo hecho del proceso de trabajo un proceso científico que somete las fuerzas naturales y las hace actuar al servicio de las necesidades humanas, la transformación del proceso de producción aparece como una propiedad inherente del capital fijo, en oposición al trabajo vivo. En adelante, el trabajo individual deja en general de aparecer como productivo. El trabajo del individuo ya sólo es productivo en los trabajos colectivos que someten a las fuerzas de la naturaleza. Esta promoción del trabajo inmediato al rango de trabajo social muestra que el trabajo aislado está reducido a la impotencia frente a lo que el capital representa, y concentra fuerzas colectivas y generales. Por otro lado, gracias a una propiedad inherente al capital circulante una rama de la producción puede proseguir su actividad en ligazón con el trabajo proporcionado por otra.

En lo que nosotros hemos llamado pequeña circulación, el capital adelanta al obrero el salario que éste cambiará por

productos necesarios para su consumo. El dinero que el obrero obtiene sólo posee este poder porque, simultáneamente, hay trabajo en una rama vecina. Sólo porque el capital se apropia su trabajo, puede darle, en forma de dinero, una asignación sobre el trabajo de otro. Pero este cambio de su propio trabajo no se presenta determinado simplemente por la coexistencia simultánea del trabajo de otros obreros en otras ramas, sino por el adelanto que le hace el capital.

Es, pues, gracias al capital circulante en general, y a la porción de capital circulante que recibe en particular, por lo que el obrero puede efectuar la operación vital que consiste en alimentarse durante la producción. Este consumo no aparece como un intercambio vital entre las fuerzas de trabajo que cooperan, sino como el intercambio nutritivo del capital, como la forma de existencia del capital circulante.

De esta manera, todas las fuerzas del trabajo son transformadas en las del capital: en su parte fija, la fuerza productiva (independiente y exterior a él), es absorbida en forma materializada; en su parte circulante, se halla por una parte que el obrero mismo produjo condiciones de renovación de su trabajo y, por otra parte, que el intercambio de las condiciones de su trabajo se efectúa gracias a la existencia del trabajo en otras ramas.

Pero todo esto acontece como si el capital hiciera los adelantos al obrero y como si asegurara la simultaneidad de la actividad en todas las ramas. (En realidad, estos dos puntos habrá que tratarlos en el capítulo consagrado a la acumulación). Bajo su forma circulante, el capital se coloca como intermediario entre los diversos trabajadores.

El capital fijo, en tanto que medio de producción, cuya forma más adecuada es la maquinaria, no produce valor, es decir, no acrecenta el valor del producto, más que en dos casos: 1o.) Por cuanto que él mismo tiene un valor, es decir, que es él mismo un producto del trabajo y contiene por tanto determinada cantidad de trabajo en forma objetivada; 2o.) En la medida en que acrecenta la tasa de sobretrabajo en relación con el trabajo necesario, haciendo capaz al trabajo, después del acrecentamiento de su fuerza productiva, de crear en tiempo más reducido una masa mayor de productos necesarios para la subsistencia de la fuerza viva del trabajo.

Así pues, es un lema burgués perfectamente absurdo el que pretende que el obrero se reparte con el capitalista, porque por medio del capital fijo (que no es, por lo demás, otra cosa que el producto del trabajo ajeno apropiado por el capital), este último le disminuiría el tiempo de trabajo o le haría el trabajo más fácil (con la máquina, quita más bien toda independencia y todo atractivo al trabajo).

Sucede todo lo contrario: el capital sólo utiliza las máquinas en la medida en que éstas permiten al obrero consagrarle una mayor parte de su tiempo, es decir, trabajar más tiempo para el capitalista y menos tiempo para sí mismo. Gracias a ellas, el tiempo necesario para producir un objeto determinado se reduce, efectivamente, al mínimo; pero eso sucede únicamente para que un máximo de trabajo valore un máximo de objetos. El primer caso es importante porque el capital reduce a un mínimo —desde luego sin tener la menor intención de hacerlo—, el trabajo humano, el desgaste de fuerzas. Este servicio prestado al trabajo emanci-

pado es la condición de su emancipación.

Todo esto muestra el absurdo de Lauderdale, quien ve en el capital fijo una fuente autónoma de valor, independiente del tiempo de trabajo. El capital fijo no constituye tal fuente más que en la medida en que él mismo es tiempo de trabajo objetivado y en que toma tiempo de sobretrabajo.

La introducción de las máquinas presupone históricamente —véase antes el texto de Ravenstone—,⁶ una mano de obra supernumeraria. Sólo cuando hay una superabundancia de fuerzas de trabajo la máquina interviene para reemplazar al trabajo.

Sólo en la imaginación de los economistas la máquina viene en ayuda de los trabajadores. La máquina sólo puede operar con masas de obreros cuya concentración, frente al capital, es, históricamente, una de las condiciones previas, como lo hemos visto. La máquina no surge para paliar una falta de mano de obra, sino para reducir a la parte necesaria para el capital una fuerza de trabajo disponi-

ble en masa. La fuerza de trabajo debe existir masivamente para que se desarrollen las máquinas. (Tendremos que regresar sobre este punto).

Lauderdale cree haber hecho un gran descubrimiento cuando afirma que las máquinas no acrecentan la fuerza productiva de los obreros sino que reemplazan a éstos o efectúan lo que ellos no pueden hacer con sus propias fuerzas.⁷

El capital implica, por definición, que el acrecentamiento de la fuerza productiva del trabajo aparece como el aumento de una fuerza exterior al trabajo, y como el debilitamiento del trabajo. El instrumento de trabajo hace independiente al trabajador y lo convierte en propietario. La maquinaria, en tanto que capital fijo, lo hace dependiente y objeto de la apropiación. La maquinaria sólo produce este efecto cuando tiene la forma de capital fijo, y sólo tiene este carácter porque el obrero es asalariado, porque el individuo activo no es más que un simple obrero ante ella.

Capital fijo y capital circulante: dos formas diferentes del capital.—Capital fijo y continuidad del proceso de producción.—Maquinaria y trabajo vivo (la rama de las invenciones).

Hasta aquí, el capital fijo y el capital circulante sólo se presentaron como determinaciones diferentes y pasajeras; helos aquí, ahora, ratificados como formas par-

ticulares de existencia del capital: al lado del capital fijo se halla el capital circulante. Ahora son, pues, dos tipos de capital. Si se considera un capital en una

⁶ Al final del capítulo que precede a este texto, al igual que en *El Capital* (1er Libro, 4a Sección), Marx menciona el siguiente pasaje de Ravenstone:

“Las máquinas sólo muy rara vez pueden ser empleadas con éxito para abreviar el trabajo de los individuos; se perdería más tiempo en construir las que el que se economizaría empleándolas. No son realmente útiles más que cuando actúan sobre grandes masas, cuando una máquina puede sostener el esfuerzo de miles de hombres. Es, pues, en los países más poblados, en donde hay más

hombres desocupados, donde más abundan las máquinas. No son utilizadas en razón de la penuria de los trabajadores, sino en razón de la facilidad con la que éstos pueden ser puestos a trabajar en masa gracias a ellas” (Piercy Ravenstone: *Thoughts on the Tunding System and its Effects*, Londres, 1824, pág. 45).

⁷ James Maintland Lauderdale: *Recherches sur la nature et l'origine de la richesse publique et sur les moyens et les causes qui concourent a son accroissement*, trad. del inglés por E. Lagetie de Lavaisse, París, 1808, pág. 119.

rama de producción determinada, aparece dividido en estas dos porciones o bien se descompone, en determinada proporción, en estos dos tipos de capital.

Originalmente se observaba en el seno del proceso de producción la diferencia entre medio de trabajo, material de trabajo y producto del trabajo; esta diferencia alcanza ahora al capital circulante (que engloba a los dos últimos) y al capital fijo.

La distinción puramente física del capital reaparece ahora en su misma forma y se manifiesta en esta diferenciación.

El error de Lauderdale y de los demás que afirman que el capital como tal e independiente del trabajo crea valor, y por lo tanto también plusvalía (ganancia), proviene de su visión demasiado superficial de las cosas. La forma material del capital fijo, o el valor de uso de la maquinaria, da una apariencia de verdad a su afirmación. Pero el autor de *Labour defended* (a quien citamos aquí varias veces) opone a esta tesis la de que el constructor de carreteras sólo busca compartir con el usuario, pero que la carretera misma no podría hacerlo.

Aunque pasa realmente por estas diversas fases, el capital circulante está en posibilidad de disminuir o de aumentar, de abreviar o de prolongar el tiempo de circulación; en una palabra, de hacer más o menos laborioso el paso del capital en las diferentes etapas de su producción. . . . Consecuentemente, la plusvalía susceptible de ser producida en un espacio de tiempo dado puede ser disminuida por interrupciones, sea porque el número de reproducciones se hace menor, sea porque la masa de capital invertido constantemente en el proceso de producción se contrae. En ambos casos, no se trata de

una disminución del valor adelantado, sino de una disminución de la rapidez de su crecimiento.

Como lo hemos anotado de pasada, el capital fijo indica el grado de desarrollo de la gran industria en general (el capital fijo crece, pues, proporcionalmente a las fuerzas productivas de la industria). Tan pronto como alcanza determinado nivel, materializa él mismo estas fuerzas productivas e incluso se transforma en ellas en tanto que producto adelantado. Por lo tanto toda interrupción del proceso de producción provoca directamente una disminución del capital mismo, de su valor adelantado. En efecto, el valor del capital fijo sólo se reproduce en proporción a su utilización en el proceso de producción. Cuando el capital fijo no es utilizado, pierde su valor de uso y su valor no es transmitido al producto.

De esta manera, entre más se desarrolla el capital fijo en gran escala, en el sentido en que lo entendemos aquí, la continuidad del proceso de producción, o el flujo constante de la reproducción, se convierte más en una condición y en una amenaza exterior del modo de producción capitalista.

Incluso en este plano, la apropiación del trabajo vivo por el capital sigue siendo, en la maquinaria, una realidad inmediata, aunque la producción sea un proceso de análisis proveniente directamente de la ciencia, y una aplicación de las leyes mecánicas y químicas que permiten a la máquina efectuar el mismo trabajo que antes hacía el obrero. Sin embargo, la maquinaria no conoce tal desarrollo sino cuando la industria alcanza un nivel muy elevado, cuando el capital ha sometido a todas las ciencias a su servicio y cuando, además, la maquinaria

disponible le procura fuentes apreciables.

La invención se convierte entonces en una rama de los negocios y la aplicación de la ciencia a la producción inmediata determina las invenciones al mismo tiempo que las solicita. Pero no es esto lo que ha abierto el camino seguido en general por la maquinaria ni aquel en el que ella progresa en particular, pues este camino es un proceso de análisis, el de la división del trabajo por ejemplo, que transforma cada vez más los gastos del obrero en operaciones mecánicas, aunque en de-

terminado punto la mecanización lo releva (an economy of power).

El modo determinado del trabajo queda aquí, pues, transferido del obrero al capital bajo la forma de la máquina, y la fuerza del trabajo vivo se halla desvalorizada debido a esta transferencia. Lo que era actividad del trabajador vivo se convierte en actividad de la máquina.

Es así como el obrero concibe directamente la apropiación de su trabajo por el capital: éste absorbe trabajo vivo "como si el amor poseyera su cuerpo".⁸

Contradicción entre el principio de base (medida del valor) de la producción burguesa y su propio desarrollo. Máquinas, etc.

El intercambio de trabajo vivo por trabajo objetivado, es decir, la manifestación del trabajo social bajo la forma antagónica del capital y del asalariado, es el desarrollo último de la relación del valor y de la producción fundada en el valor.

La premisa de esta relación consiste en que la masa de tiempo de trabajo inmediato, la cantidad de trabajo utilizado, representa el factor decisivo de la producción de riquezas. Ahora bien; a medida que se desarrolla la gran industria, la creación de riquezas depende cada vez menos del tiempo de trabajo y de la cantidad de trabajo utilizada, y cada vez más de la potencia de los agentes mecánicos puestos en movimiento durante la duración del trabajo. La enorme eficacia de estos agentes, a su vez, carece de cualquier relación con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción; depende más bien del nivel general de la ciencia y del progreso de la tecnología,

o de la aplicación de esta ciencia a la producción. (El desarrollo de las ciencias —entre las que se hallan tanto las naturales como todas las demás—, es, desde luego, una función del desarrollo de la producción material).

La agricultura, por ejemplo, se convierte en una simple aplicación de la ciencia del metabolismo material de la nutrición y en el modo más ventajoso de su regulación para el conjunto del cuerpo social.

La riqueza real se desarrolla ahora, por una parte, gracias a la enorme desproporción entre el tiempo de trabajo utilizado y su producto, y, por otra parte, gracias a la desproporción cualitativa entre el trabajo, reducido a una pura abstracción, y la potencia del proceso de producción que vigila: es esto lo que nos revela la gran industria.

El trabajo no aparece tanto como una

⁸ Esta expresión aparece en el Fausto, de Goethe, 1a Parte, 3er acto.

parte constituyente del proceso de producción. El hombre se comporta más bien como un vigilante y un regulador ante el proceso de producción. (Esto vale no solo para la maquinaria, sino también para la combinación de las actividades humanas y el desarrollo de la circulación entre los individuos).

El trabajador ya no inserta como intermediario entre el material y él al objeto natural transformado en instrumento; ahora inserta al proceso natural, que transforma en un proceso industrial, como intermediario entre él y toda la naturaleza, de la que se ha vuelto amo. Pero él mismo ocupa un lugar al lado del proceso de producción, en lugar de ser su agente principal.

En esta confusión, no es ni el tiempo de trabajo utilizado ni el trabajo inmediato efectuado por el hombre lo que aparece como fundamento principal de la producción de riqueza: es la apropiación de su fuerza productiva general, su inteligencia de la naturaleza y su facultad de dominarla desde el momento en que se constituyó como un cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social representa el fundamento esencial de la producción y de la riqueza.

El robo del tiempo de trabajo ajeno sobre el que reposa la riqueza actual, se presenta como una base miserable en comparación con la base nueva, creada y desarrollada por la gran industria misma.

Desde que el trabajo, bajo su forma inmediata, dejó de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser su medida, y el valor de intercambio deja también de ser la medida del valor de uso. **El sobretrabajo de las grandes masas** ha dejado de ser la condición del desarrollo de la riqueza ge-

neral, de la misma manera en que el **no-trabajo de unos cuantos** ha dejado de ser la condición del desarrollo de las fuerzas generales del cerebro humano.

La producción basada sobre el valor de intercambio se desploma por este hecho, y el proceso de producción material inmediato se ve despojado a sí mismo de su forma mezquina, miserable y antagónica. Se da entonces el libre desarrollo de las individualidades. Desde luego, ya no se trata de reducir el tiempo de trabajo necesario para desarrollar el sobretrabajo, sino de reducir en general el trabajo necesario de la sociedad a un mínimo. Ahora bien; esta reducción supone que los individuos reciban una formación artística, científica, etc., gracias al tiempo liberado y a los medios creados en beneficio de todos.

El capital es una contradicción en proceso: por una parte, estorba la reducción del tiempo de trabajo a un mínimo, y por la otra coloca al tiempo de trabajo como la única fuente y la única medida de la riqueza. **Disminuye** pues el tiempo de trabajo bajo su forma necesaria para **aumentarlo** bajo su forma de sobretrabajo. En una proporción creciente, hace pues del sobretrabajo la condición —cuestión de vida o muerte— del trabajo necesario. (En Francés en el original).

Por una parte, despierta a todas las fuerzas de la ciencia y de la naturaleza así como a las de la cooperación y de la circulación sociales, para hacer que la creación de la riqueza, sea independiente (relativamente) del tiempo de trabajo utilizado para ella. Por otra parte, pretende medir las gigantescas fuerzas sociales creadas así por el semental del tiempo de trabajo, y encerrarlas en límites estrechos, necesarios para la conservación, en tanto

que valor, del valor ya producido. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales —simples fases diferentes del desarrollo del individuo social—, se presentan únicamente el capital como medios para producir a partir de su base demasiado reducida. Pero, de hecho, son las condiciones materiales, capaces de hacer estallar esta base.

“Una nación es realmente rica si, en lugar de 12 horas, trabaja 6. La riqueza no consiste en comandar la producción de sobretrabajo” (riqueza real), “sino en la producción de tiempo disponible para cada individuo y para toda la sociedad, fuera del tiempo empleado en la producción inmediata”.⁹

La naturaleza no construye ni máquinas ni locomotoras ni vías férreas, ni telégrafos eléctricos ni telares automáticos, etc.

Estos son producto de la industria humana, de la materia natural, transformados en instrumentos de la voluntad y de la actividad humanas sobre la naturaleza. Son instrumentos del cerebro humano, creados por la mano del hombre; son órganos materializados del saber.

El desarrollo del capital fijo indica el grado en el que la ciencia social en general, el saber, se han convertido en una fuerza productiva inmediata, y, consecuentemente, hasta qué punto las condiciones del proceso vital de la sociedad están sometidas al control de la inteligencia general y llevan el sello de esta; hasta qué punto las fuerzas productivas sociales no son sólo producidas bajo la forma del saber, sino también como órganos inmediatos de la praxis social, del proceso vital real.

Significado del desarrollo del capital fijo (para el desarrollo del capital en general.—Relación entre la creación de capital fijo y de capital circulante. Tiempo disponible: el capital tiene como tarea esencial crearlo. Su forma contradictoria bajo el reinado del capital. Productividad del trabajo y producción de capital fijo (The Source and Remedy, etc.).—Uso y consumo: The Economist.—Duración del capital fijo.

El desarrollo del capital fijo indica, de una manera más, el nivel de desarrollo de la riqueza en general, o el desarrollo del capital. El objeto orientado directamente hacia el valor de uso igualmente que hacia la producción de valor de cam-

bio; es el producto que sirve para el consumo. La fracción de la producción que sirve para producir capital fijo crea objetos que no son ni para el consumo inmediato, ni de valor directamente intercambiable (o, por lo menos, no son valores de cambio inmediatamente realizables).

El grado de productividad ya alcanzado

⁹ The Source and Remedy of the National Difficulties, deduced from Principles of Political Economy, in a Letter to Lord John Russel, Londres, 1821, pág. 6. El autor de este trabajo es anónimo.

nos indica si una parte del tiempo de producción basta para la producción inmediata, y si una parte cada vez más creciente puede ser empleada para crear medios de producción. Esto supone que la sociedad esté en estado de esperar, y que pueda deducir, tanto del consumo inmediato como de la producción que le está consagrada, una parte creciente de la riqueza ya creada, para emplearla en un trabajo que no es inmediatamente productivo (en el seno del proceso de producción material).

Todo ello exige, pues, que se haya ya alcanzado un cierto nivel de productividad y un excedente relativo; y puede decirse, más precisamente, que este nivel se mide directamente por el grado en que el capital circulante se transforma en capital fijo.

Cuando el volumen del sobretrabajo relativo depende de la productividad del trabajo necesario, el volumen del tiempo de trabajo —igualmente vivo que objetivado—, empleado en la producción de capital fijo, depende de la productividad del tiempo de trabajo que sirve para producir artículos de consumo inmediato. Se nota que esta relación implica la existencia de una población supernumeraria y de una producción excedente.

En otras palabras, el producto resultante del tiempo de trabajo utilizado en la producción inmediata debe ser relativamente excedente, a fin de sobrepasar la cantidad necesaria para la reproducción del capital empleado en estas únicas ramas.

Esta sobrepoblación y esta superproducción relativas deben ser aun más importantes ya que el capital fijo participa débilmente en la creación de artículos de consumo inmediato e interviene poco en

su proceso de producción inmediato; dicho de otra manera, hay más máquinas ocupadas en la construcción de ferrocarriles, canales, acueductos, telégrafos, etc., que en el proceso de producción para la subsistencia inmediata.

Regresaremos a este punto más adelante, pero desde luego sabemos que es de una transformación insuficiente o excesiva de capital circulante en capital fijo, de donde provienen la alternancia incesante de la superproducción y de la subproducción de la industria moderna, así como las perpetuas oscilaciones y contradicciones en la desmesura.

Sea como sea, el capital crea una gran cantidad de tiempo disponible, fuera del tiempo de trabajo necesario a la sociedad en general y a cada uno de sus miembros en particular; en otras palabras, crea un margen de espacio para el desarrollo de todas las fuerzas productivas de cada individuo y por tanto, de la sociedad.

Esta creación de tiempo de no-trabajo aparece, para el capital y los sistemas anteriores, como un simple tiempo de no-trabajo, de tiempo libre para unos cuantos. Pero en lo que concierne al capital, éste aumenta el tiempo de sobretrabajo de la masa por todos los medios de la ciencia y del arte, porque su riqueza es una función directa de la apropiación del tiempo de sobretrabajo, siendo su meta directa el valor y no el valor de uso. De esta manera, el capital es, a pesar de sí mismo, el instrumento que crea los medios del tiempo social disponible, que reduce sin cesar a un mínimo el tiempo de trabajo para toda la sociedad y libera, por tanto, el tiempo de todos para el desarrollo propio de cada quien.

Sin embargo, él mismo tiende a crear tiempo disponible, por una parte, para

transformarlo, por la otra, en sobretrabajo. Si consigue demasiado bien crear tiempo disponible, sufrirá de superproducción y el trabajo necesario será interrumpido porque el capital ya no puede convertir ningún sobretrabajo en valor. Entre más se desarrolla esta contradicción, más se revela que el crecimiento de las fuerzas productivas no podría frenarse más por la apropiación del sobretrabajo ajeno.

Las masas obreras deben apropiarse, pues, su propio sobretrabajo. De esta manera, el tiempo disponible deja de tener una existencia contradictoria. El tiempo de trabajo necesario se mide desde luego por las necesidades del individuo social, y el desarrollo de la fuerza productiva social crece con una rapidez tan grande que, incluso si se calcula la producción en función de la riqueza de todos, el tiempo disponible aumenta para todos.

La verdadera riqueza significa, en efecto, el desarrollo de la fuerza productiva de todos los individuos. Desde luego, ya no es el tiempo de trabajo, sino el tiempo disponible el que mide la riqueza.

Si el tiempo de trabajo es la medida de la riqueza, es porque la riqueza se funda sobre la pobreza y porque el tiempo libre resulta de la base contradictoria del sobretrabajo; en otras palabras, ello supone que todo el tiempo del obrero sea considerado como tiempo de trabajo y que él mismo sea rebajado al rango de simple trabajador y quede subordinado al trabajo.

Es por ello que la maquinaria más desarrollada obliga hoy en día al obrero a trabajar más tiempo del que trabajaba el salvaje o del que trabajaba él mismo cuando disponía de instrumentos más rudimentarios y primitivos.

“Si todo el trabajo de un país bastara sólo para producir la subsistencia de la población, no podría haber en él sobretrabajo, y por tanto nada podría reservarse para la acumulación del capital. Si en un solo año el pueblo produjera suficiente para el sustento durante dos años, el consumo de un año debería anularse o habría que detener el trabajo productivo durante un año. Pero los poseedores del sobreproducto o capital... emplean a los trabajadores para un fin que no es directa o inmediatamente productivo, como por ejemplo en la construcción de máquinas, y así en adelante”. (The Source and Remedy of the National Difficulties).

El desarrollo de la gran industria tiene como consecuencia que su base, la apropiación del tiempo de trabajo ajeno, deje de representar o de crear la riqueza. El trabajo inmediato en tanto que tal, deja de ser el fundamento de la producción puesto que se transforma en una actividad que consiste esencialmente en la vigilancia y en la regulación, mientras que el producto deja de ser creado por el trabajador individual inmediato y es más bien el resultado de la combinación de la actividad social que de la simple actividad del productor.

Hodgskin¹⁰ saca de ello la siguiente conclusión: Cuando se desarrolla la división del trabajo, “cada obrero produce sólo una parte de un todo. Como cada parte no tiene ni valor ni utilidad por sí misma, no hay nada que el obrero pueda atri-

¹⁰ Se encuentra la misma cita en El Capital, 4a Sección, XIV, IV. Marx precisa ahí: “El autor de este notable escrito es Ch. Hodgskin...”. La presente cita así como la siguiente están tomadas de la misma obra: Labour Defended against the Claims of Capital proved, Londres, 1825, págs. 20, 25. La segunda cita (véase el texto más adelante), se halla en la Histoire des Doctrines Économiques, Tomo VII pág. 156 de la edición de Costes. Marx expone ahí ampliamente las ideas de Hodgskin.

buirse personalmente, nada de lo que pueda decir: este es mi producto, quiero tomarlo para mí". (En inglés en el original).

En el intercambio directo entre productores, el trabajo individual inmediato se halla realizado en un producto particular (y no en una parte del producto), y su carácter social común —objetivación del trabajo general y satisfacción de la necesidad general—, sólo se plantea a través del intercambio.

En el proceso de producción de la gran industria sucede lo contrario. Cuando la fuerza productiva del medio de trabajo ha alcanzado el nivel del proceso automático, y la premisa consiste en el sometimiento de las fuerzas naturales a la inteligencia social, mientras que el trabajo inmediato del individuo deja de existir, o, mejor, se transforma en trabajo social. Es así como desaparece la otra base de este modo de producción.

En el seno mismo del proceso de producción del capital, el tiempo de trabajo que sirve para producir capital fijo se relaciona con el trabajo que sirve para producir capital circulante, como el tiempo de sobretrabajo se relaciona con el tiempo de trabajo necesario. A medida que se hace más eficaz la producción que sirve para satisfacer las necesidades inmediatas, se puede orientar una parte mayor de ella hacia la satisfacción de necesidades de la producción misma, o hacia la fabricación de medios de producción.

Desde el punto de vista físico, la producción de capital fijo puede ser orientada sea hacia la producción de valores de uso inmediatos, sea hacia la producción de valores indispensables para la reproducción del capital, es decir, que ella puede tener en el seno mismo de la creación de valor una relación con el valor de uso.

Por el contrario, cuando la producción de capital fijo ya no está orientada hacia el valor en tanto que objeto inmediato, sino hacia la producción de medios que sirven para crear valor, la producción de valor se halla colocada materialmente en el objeto de la producción, como meta de la producción y de la objetivación de la fuerza productiva: es un valor que produce la fuerza del capital.

En la producción del capital fijo, el capital se sitúa como fin en sí y se hace eficaz en tanto que capital, y esto con una potencia mucho mayor que en la producción de capital circulante. Por lo tanto, también en este sentido el volumen del capital fijo y la parte que su producción ocupa en la producción general indican la medida del desarrollo de la riqueza basada en el modo de producción del capital.

Hodskin escribe: "El número de obreros depende en todo momento de la cantidad de capital circulante o, más exactamente, de la cuantía de los productos proporcionados por el trabajo que existe simultáneamente en las otras ramas y que los obreros pueden consumir". (En inglés en el original).

Los pasajes de varios economistas que hemos citado antes, se relacionan todos con el capital fijo considerado como parte del capital invertido en el proceso de producción: "El capital circulante es consumido; el capital fijo es simplemente utilizado en el gran proceso de la producción" (*The Economist*, VI. 1). Nada más falso, pues esto no se aplica más que a la parte del capital circulante consumida por el capital fijo: las materias instrumentales; sólo el capital fijo es consumido "en el gran proceso de la producción", considerado como proceso de producción inmediato.

aquí como un momento. Las condiciones y las objetivizaciones de ese proceso son ellas mismas momentos uniformes de ese movimiento. Ciertamente, los individuos sólo aparecen como sujetos de este proceso, pero mantienen igualmente relacio-

nes entre ellos, relaciones que reproducen sea simplemente, sea de una manera más amplia. Es por tanto su propio proceso en movimiento constante lo que ellos renovan paralelamente al mundo de la riqueza que crean.

Owen y su concepción histórica de la producción industrial (capitalista).

En sus *Six lectures delivered at Manchester* (1837), Owen establece la diferencia creada por el capital entre los obreros y los capitalistas a partir del momento en que este modo de producción se desarrolla verdaderamente (sobre la amplia base que adquiere con la gran industria, fundada en el aumento del capital fijo). Owen no deja de subrayar que el desarrollo del capital es una condición necesaria de la regeneración social.

Dice, a la letra: "Fue instruyéndose progresivamente sobre la creación y la dirección de estos vastos establecimientos" (industriales) "como vuestro conferenciante" (Owen) "llegó a tener conocimiento de los graves errores y de los inconvenientes que resultan de todas las tentativas, pasadas y presentes, hechas para mejorar el carácter y la situación de sus conciudadanos".

Citaremos aquí este pasaje completo para poder utilizarlo en su momento:

"Los productores de la riqueza desarrollada se dividen en obreros que trabajan con materiales maleables y obreros que trabajan con materiales duros, colocados directamente bajo las órdenes de patrones, cuya meta es hacer dinero y utiliza-

des gracias al trabajo de aquéllos a quienes emplean.

"Antes de la introducción del sistema de manufactura que utiliza la química y la mecánica, las operaciones se efectuaban en una escala reducida. Había muchos pequeños artesanos secundados por unos cuantos compañeros que esperaban, a su vez, convertirse en pequeños artesanos. En general, comían en la misma mesa y vivían juntos. Reinaba entre ellos un sentimiento y un espíritu de igualdad.

"Desde que se comenzó a usar en gran escala las fuerzas de la ciencia para hacer funcionar los talleres, se asiste a un cambio gradual de todas estas relaciones. La mayor parte de los talleres, para ser eficaces, deben ser dirigidos extensivamente y con un capital mayor.

"Los pequeños artesanos, con sus pequeños capitales, sólo tienen reducidas oportunidades de éxito, especialmente en lo que concierne a los talleres que trabajan materias maleables tales como la lana, el algodón, el lino. Hay un hecho evidente: todo el tiempo que ha de durar la clasificación actual de la sociedad y nuestro modo de dirección de la vida social, los pequeños artesanos serán cada

aumentar el tiempo libre, esto es, el tiempo que sirve para el desarrollo completo del individuo, lo que actúa de vuelta sobre la fuerza productiva del trabajo y la aumenta.

Desde el punto de vista de la producción inmediata, el tiempo economizado puede ser considerado como el que sirve para producir **capital fijo, un capital fijo hecho hombre** (en inglés en el original). Por lo demás, es claro que el tiempo de trabajo inmediato no puede permanecer encerrado en su contradicción abstracta con el tiempo libre, como sucede en la economía burguesa. El trabajo no puede convertirse en un juego como lo deseaba Fourier¹¹, quien tuvo el gran mérito de demostrar que la meta última exige que se elimine no solamente la distribución actual, sino también el modo de producción incluso en sus formas más desarrolladas.

El tiempo libre —para el ocio igualmente que para las actividades superiores—, transformará de la manera más natural a quien goza de él, haciéndolo un individuo diferente, y es este hombre transformado el que aparecerá en seguida en el proceso de producción inmediato. El hombre en transformación halla en el proceso de producción inmediato tanto una disciplina como materia para ejercicios de aplicación, un saber experimental y una ciencia creadora. El hombre realizado, por su parte, no halla en ese proceso más que una ciencia ya objetivizada en la sociedad, y de la que su cerebro ya está henchido. Pero en estos dos estadios de la historia humana, se trata siempre

¹¹ Charles Fourier: *Le Nouveau Monde industriel et sociétaire, ou invention du procédé d'industrie attrayante et naturelle distribuée en série passionnées*, Paris, Éditions Anthropos, 1967, vol. VI.

de un ejercicio en la medida en la que el trabajo exige una práctica manual al igual que una libertad de movimiento, como se advierte en la agricultura.

El sistema de la economía burguesa sigue un desarrollo progresivo y desarrolla su propia negación como resultado último. Aun nos enfrentamos aquí a un proceso de producción inmediato. Si consideramos a la sociedad burguesa en su conjunto, la sociedad, es decir, el hombre en sus relaciones sociales, siempre aparece como último resultado del proceso de producción. Todo aquello que, como el producto, etc., tiene una forma sólida, aparece únicamente como un momento, que se desvanece en ese movimiento. El proceso de producción inmediato sólo se presenta



aquí como un momento. Las condiciones y las objetivizaciones de ese proceso son ellas mismas momentos uniformes de ese movimiento. Ciertamente, los individuos sólo aparecen como sujetos de este proceso, pero mantienen igualmente relacio-

nes entre ellos, relaciones que reproducen sea simplemente, sea de una manera más amplia. Es por tanto su propio proceso en movimiento constante lo que ellos renovan paralelamente al mundo de la riqueza que crean.

Owen y su concepción histórica de la producción industrial (capitalista).

En sus *Six lectures delivered at Manchester* (1837), Owen establece la diferencia creada por el capital entre los obreros y los capitalistas a partir del momento en que este modo de producción se desarrolla verdaderamente (sobre la amplia base que adquiere con la gran industria, fundada en el aumento del capital fijo). Owen no deja de subrayar que el desarrollo del capital es una condición necesaria de la regeneración social.

Dice, a la letra: "Fue instruyéndose progresivamente sobre la creación y la dirección de estos vastos establecimientos" (industriales) "como vuestro conferenciante" (Owen) "llegó a tener conocimiento de los graves errores y de los inconvenientes que resultan de todas las tentativas, pasadas y presentes, hechas para mejorar el carácter y la situación de sus conciudadanos".

Citaremos aquí este pasaje completo para poder utilizarlo en su momento:

"Los productores de la riqueza desarrollada se dividen en obreros que trabajan con materiales maleables y obreros que trabajan con materiales duros, colocados directamente bajo las órdenes de patrones, cuya meta es hacer dinero y utilida-

des gracias al trabajo de aquéllos a quienes emplean.

"Antes de la introducción del sistema de manufactura que utiliza la química y la mecánica, las operaciones se efectuaban en una escala reducida. Había muchos pequeños artesanos secundados por unos cuantos compañeros que esperaban, a su vez, convertirse en pequeños artesanos. En general, comían en la misma mesa y vivían juntos. Reinaba entre ellos un sentimiento y un espíritu de igualdad.

"Desde que se comenzó a usar en gran escala las fuerzas de la ciencia para hacer funcionar los talleres, se asiste a un cambio gradual de todas estas relaciones. La mayor parte de los talleres, para ser eficaces, deben ser dirigidos extensivamente y con un capital mayor.

"Los pequeños artesanos, con sus pequeños capitales, sólo tienen reducidas oportunidades de éxito, especialmente en lo que concierne a los talleres que trabajan materias maleables tales como la lana, el algodón, el lino. Hay un hecho evidente: todo el tiempo que ha de durar la clasificación actual de la sociedad y nuestro modo de dirección de la vida social, los pequeños artesanos serán cada

vez más empujados por aquellos que poseen grandes capitales. La antigua igualdad que había entre los productores, relativamente más feliz, debe dejar su lugar a una desigualdad más considerable entre patronos y obreros, desigualdad que no tiene precedente en la historia de la humanidad.

“El gran capitalista se ve promovido al rango de señor imperioso, que dispone de la salud, de la vida y de la muerte de sus esclavos, como lo desea, pero **indirectamente**. Adquiere este poder asociándose a otros grandes capitalistas que tienen el mismo interés que él, y él obliga a quienes emplea a actuar conforme a sus miras.

“El gran capitalista se baña ahora en la riqueza sin conocer ni siquiera su manejo. No lo ha aprendido, pues ha adquirido su poder gracias a su riqueza. Ahora bien; su riqueza y su poder enceguecen su espíritu, y cuando lesiona gravemente a otros, se imagina que les hace un favor.

“Sus servidores, como él los llama, son de hecho sus esclavos y se hallan reducidos a una degradación sin esperanza; la mayoría de ellos está privada de salud, de comodidades domésticas, de reposo y de las sanas y libres alegrías de antaño. El agotamiento excesivo de sus fuerzas, debido a sus ocupaciones monótonas e interminables, los incita a hábitos de inmoderación y los hace torpes en el pensamiento o en la reflexión. No pueden tener

ningún placer físico, intelectual o moral que no sea de la más baja especie; todos los verdaderos placeres de la vida están muy alejados de ellos. En una palabra, la existencia que lleva la mayor parte de los obreros en el sistema actual, no vale la pena de ser vivida.

“No podría hacerse responsables a los individuos de los cambios que dan lugar a todos estos resultados; actúan, por el contrario, en el orden normal de las cosas, que es una etapa necesaria y preparatoria de la gran y decisiva revolución social que está en marcha. Sin grandes capitales, no se podrían crear grandes establecimientos, no se podría hacer admitir a los hombres la gran eficacia de las nuevas combinaciones ni demostrar su valor superior, ni hacer producir más riquezas anuales de las que se pueden consumir, ni demostrar que la riqueza debe alcanzar una cualidad superior a la que se produce actualmente.

“Tal como es, el nuevo sistema químico y mecánico de la manufactura debe ampliar las capacidades humanas, preparar a los hombres para que comprendan otros principios y prácticas para adoptarlas, y preparar de esa manera, en los negocios, el cambio más benéfico que el mundo haya conocido. Tal es el nuevo sistema manufacturero que crea la necesidad de una clasificación nueva y superior de la sociedad” (págs. 57-58).



LA LUCHA POR AMERICA LATINA, 1924-1929*

En América Latina casi no se escribe historia contemporánea. Sabemos más de la Colonia que del cómo y el por qué de los sucesos de los últimos setenta u ochenta años.

La labor de documentación, periodización e interpretación de esa época apenas se ha iniciado y cuando ocasionalmente se rompe el silencio, se trata por lo general de una nueva contribución al estudio de un fenómeno que es (o se considera) crucial y cuyos senderos han sido ya recorridos. El observador que quiere obtener una visión general y completa de la época se encuentra con una historiografía que asemeja una cadena, algunos de cuyos eslabones han sido excesivamente engrosados, mientras que otros —la mayoría— exhiben una debilidad alarmante.

Mientras se multiplican los planes y esquemas para el futuro de un continente en crisis, las raíces más importantes de la realidad presente se ignoran. Paradójicamente, esto no parece molestar a la

mayoría de los planificadores, más preocupados con la elegancia de sus modelos que en el conocimiento del origen profundo de los problemas actuales.

Una de las tareas más urgentes en la superación de este atraso, es el ordenamiento y publicación de los materiales necesarios para la reconstrucción, precisamente de los períodos y aspectos más desconocidos.

Raquel Tibol ha tenido el acierto de ordenar y presentar en forma aprovechada para el estudioso y accesible, para el amplio público, una serie de materiales de inestimable valor en el conocimiento de uno de los periodos decisivos y menos estudiados —eslabón delgadísimo— de la historia de América Latina.

Los artículos y notas del periódico *El Machete* que nos ofrece Raquel Tibol en su libro, cubren el período crucial de marzo de 1924 a julio de 1929. Era una época tempestuosa, extrañamente parecida en la agudeza y complejidad de sus contradicciones, a la actual.

La Revolución de Octubre y la Primera Guerra Mundial habían sometido al sistema capitalista a una dura prueba. En muchos lugares el Estado burgués había

* Raquel Tibol: Julio Antonio Mella, en *El Machete*. México, 1968. Fondo de Cultura Popular.

estado a punto de derrumbarse. En Alemania y Hungría se habían establecido —aun cuando brevemente— gobiernos revolucionarios. Se iniciaba la crisis general del capitalismo. En los países coloniales y dependientes crecía el descontento y se multiplicaban las luchas de liberación nacional. La revolución china avanzaba, radicalizándose. India despertaba y en el Cercano Oriente crecían los movimientos antimperialistas.

América Latina no permanecía al margen de ese proceso. La revolución en México, a pesar de sus contradicciones, había marcado nuevos derroteros de oposición al imperialismo y de transformación antifeudal. Se organizaba el movimiento sindical; se encrespaba la ola de la lucha por la Reforma Universitaria. Se formaban partidos antimperialistas y comunistas. Se desarrollaba el pensamiento marxista.

La reacción respondió a ese reto con una ofensiva mundial contra la clase obrera y los movimientos de independencia. Los intentos de Alemania y Hungría fueron ahogados en sangre. Las grandes huelgas en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos fueron derrotadas con lujo de violencia. Chang Kai-shek iniciaba su traición. En América Latina, se aislaba a México. Los marines intervenían en Nicaragua y Haití. Se instauraban dictaduras como la de Machado en Cuba. Se perseguía y asesinaba a los dirigentes e intelectuales democráticos.

El libro de Raquel Tibol nos presenta la visión que de ese mundo tenían Mella y los marxistas mexicanos. A través de sus páginas se suceden en concatenación afiebrada, temas como el **Primer Congreso Antimperialista** de 1925; las labores de la **Liga Antimperialista de las Américas**; el

ascenso de la dictadura de Machado en Cuba; el **Congreso Antimperialista de Bruselas** (1927); la influencia de la Revolución de Octubre y la construcción del socialismo en la URSS sobre los movimientos democráticos latinoamericanos; la lucha entre el APRISMO y los marxistas; las movilizaciones en defensa de Sacco y Vanzetti; la solidaridad con la lucha dirigida por Sandino; el **Congreso Panamericano de la Habana de 1928**; las actividades de la **Confederación Obrera Panamericana**, movida desde los Estados Unidos por William Green y la lucha contra el fascismo que ascendía al poder en Italia y se fortalecía en Alemania.

Los artículos y notas reunidos en el libro, son el testimonio más importante de las primeras aplicaciones en México del método marxista a los problemas de América Latina. Todo estudio serio de la historia de esa corriente deberá iniciarse con este libro.

También será un documento fundamental para el conocimiento de la evolución política e ideológica del joven dirigente cubano, Julio Antonio Mella. Están ahora al alcance de todos los escritos de los últimos tres años de vida de Mella, años de cristalización ideológica e incansable actividad revolucionaria que tenía por escenario el continente entero.

Son notables, entre otros, los dos trabajos teóricos de Mella incluidos: la polémica con el APRA y su ensayo sobre "La misión de la clase media". En el primero, Mella señala las raíces de la concepción que habrían de llevar al APRA y su dirigente Haya de la Torre a convertirse en elementos conservadores y proimperialistas. Con extraordinaria perspicacia se descubre detrás la fraseología marxista, la preparación de una traición.

Mella establece el paralelo ideológico entre el populismo ruso y el aprismo en la negación del papel de la clase obrera en la revolución latinoamericana, la exageración de la importancia de los intelectuales y la idealización de las comunidades indígenas como embrión de una sociedad futura.

En su ensayo sobre la clase media en México, Mella apunta tesis importantes cuyo estudio, desgraciadamente, no se prosiguió. Refiriéndose a una de las capas medias, señala que "en muchos lugares del país se pueden encontrar obreros que tienen otras fuentes de entradas para su economía familiar, además del salario, si no por sí mismos, por algunos de los miembros de su familia". Y concluye después de dar ejemplos y describir a ese sector: "Son estos elementos híbridos—medio obreros, medio capitalistas— los que le dan cierta tipicidad al movimiento sindical mexicano".

Mella supo ver a tiempo, un fenómeno que con el tiempo cobraría una importancia creciente: "el elemento de clase media más numeroso en México... es una resultante de los intentos para liquidar el feudalismo y establecer un capitalismo nacional con base agraria. Los campesinos que han logrado constituir un pequeño patrimonio con la tierra recibida o comprada y los pocos que han logrado mitigar su sed de refacción con algunas de las gotas que han salido de ese gotero que es el Banco Nacional de Crédito Agrícola, son los pilares más fuertes de la clase media nacional".

Mella considera que en países como México debe considerarse a las capas medias como una clase que ocupa una posición particular y diferente de los capitalistas

y obreros y juega un papel importante en la vida social y política.

¿No confirma acaso la experiencia de estos últimos cuarenta años la tesis apuntada ya en 1928? Tanto en México como en muchos otros países de América Latina el desarrollo del capitalismo ha engrosado y renovado constantemente esa clase media, cuya acción vacilante ha iniciado y también liquidado muchos movimientos progresistas. Sin duda, si se hubiera continuado desarrollando la idea apuntada por Mella se hubiera podido comprender mejor tanto la corriente del populismo mexicano (otros la llaman de los demócratas revolucionarios) como otros fenómenos similares en Latinoamérica.

Un documento de gran importancia reproducido en el libro es la resolución adoptada por El Congreso Antimperialista de Bruselas sobre Latinoamérica. En él se abordan con gran claridad varios de los problemas que afectaban en aquella época a Latinoamérica:

a) se reconoce su importancia decisiva para el imperialismo norteamericano y se señalan los cuatro países que se encuentran bajo el ataque más directo: México "en donde el imperialismo por su actuación diplomática y continuas amenazas de ocupación militar, quiere ahogar las aspiraciones del pueblo e impedir la consolidación de sus conquistas revolucionarias"; Nicaragua y Haití que han sido ocupados por los marines; y Panamá, que "después de haber sido desmembrada de Colombia, sufre hoy la imposición de un nuevo tratado que le arrebató los últimos restos de soberanía nacional".

b) Para evitar generalizaciones superficiales y permitir un análisis más científico de la situación de Iberoamérica se dife-

rencian cuatro zonas. La primera, México, Centroamérica y el Caribe en donde el imperialismo "aparte de intereses económicos tiene razones de carácter militar que los llevan a construir canales y bases militares". (Se señala que México se diferencia a la burguesía nacional que, por lo de su movimiento antimperialista). La segunda, está formada por las repúblicas bolivarianas (Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia) donde la acción del imperialismo se encuentra en el período del empréstito, la gran concesión y el tratado leonino. La tercera, está constituida por Argentina, Uruguay y Chile, "donde el imperialismo inglés conserva aún alguna influencia y el desarrollo industrial es el más avanzado de la región y la cuarta, constituida por el Brasil, país cuyo desarrollo presenta grandes particularidades". Aun cuando esta división pudiera discutirse —como cualquier otro intento de definir zonas en América Latina— puede verse que había plena conciencia de las diferencias de condiciones en las cuales se desenvolvían las luchas políticas en el continente.

c) Es notable la definición que se hace de las fuerzas que concurren en la lucha antimperialista: "La base de la lucha contra el imperialismo —se dice— se encuentra en las masas obreras y campesinas... los intelectuales, los estudiantes y la clase media..." No existe ninguna referencia a la burguesía nacional que por lo demás, no aparece citada como fuerza antimperialista en ningún otro documento de la época referente a la América Latina.

Pero éstos no son sino algunos de los problemas abordados en los artículos reproducidos. En verdad los comentarios sobre la multitud de ideas esbozadas sobre la América Latina de aquella época podrían extenderse considerablemente y servir de base para una serie de artículos importantes. Por otra parte, a pesar de que la gran mayoría de los documentos no se refieren a México, existen en ellos juicios sobre el carácter de la Revolución Mexicana y las diferentes fuerzas políticas que actuaban en aquel período cuya originalidad nos hace desear que este libro sea pronto seguido por otros en los cuales se publiquen los materiales de **El Machete** referentes a México.

Raquel Tibol ha dividido el material por temas y ha introducido notas aclaratorias muy oportunas y sobrias. Rafael Carrillo y Gómez Lorenzo, director y jefe de redacción respectivamente de **El Machete** en aquel período, fueron consultados para localizar los seudónimos y anónimos de Mella. La edición es pulcra y atractiva, con una maravillosa portada de Siqueiros e ilustraciones sacadas del inagotable material que proporcionan los dibujos y caricaturas de Orozco, Rivera, Siqueiros y Xavier Guerrero en el mismo periódico **El Machete**.

En una palabra, nos encontramos ante una exitosa aportación hecha por Raquel Tibol y el **Fondo de Cultura Popular** al conocimiento del México contemporáneo.

E. Semo

RECIENTES EDICIONES



siglo
veintiuno
editores
sa

Ho Chi Minh en la revolución

Compilación de B. FALL.

376 pp. \$ 34.00.

MONSEÑOR GERMAN GUZMAN

El Padre Camilo Torres

328 pp. \$ 28.00.

JUAN BOSCH

Pentagonismo, sustituto del imperialismo

160 pp. \$ 7.00.

reedición

L. ALTHUSSER

La revolución teórica de Marx \$ 25.00.

CASA DE LAS AMERICAS

revista bimestral

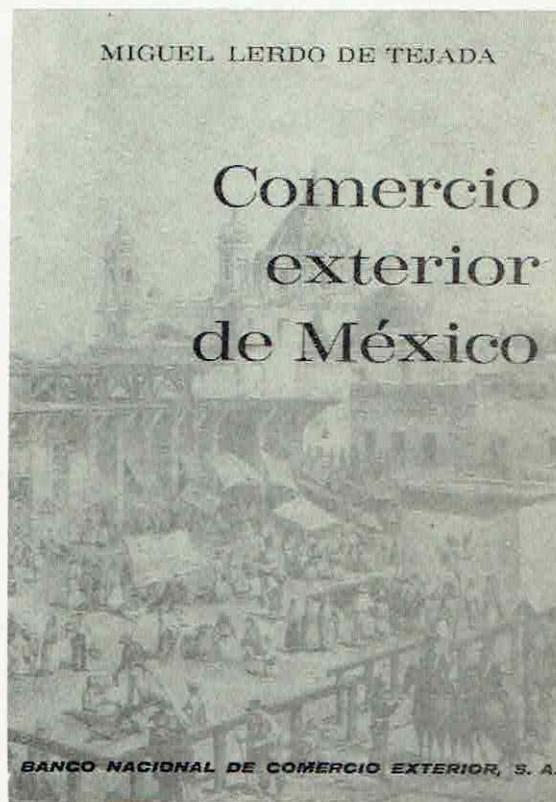
Colaboraciones de los mejores escritores latinoamericanos y estudios de nuestras realidades

Director: ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Suscripción anual, en el extranjero: Correo ordinario, tres dólares canadienses. Por vía aérea, ocho dólares canadienses.

**Casa de las Américas, Tercera y G. El Vedado,
La Habana, Cuba**

**El Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.,
anuncia la publicación de una
edición facsimilar de**



Precio \$ 50.00

Solicitudes al

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

Venustiano Carranza 32/México 1, D. F.

hy
s

ediciones
historia y sociedad

\$ 25.00